



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

LICENCIATURA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Memorias del futuro.

Una etnografía de los cambios en los procesos del morir, la muerte y el duelo en el contexto de Covid-19.

Trabajo terminal en formato de tesis

que para acreditar las unidades de enseñanza aprendizaje de

Trabajo de Investigación Etnográfica Aprox. Explicativa y Análisis Explicativo III

y obtener el título de

LICENCIADA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

presenta

Erika Lizbeth González Mejía

Matrícula No. 2173053919

Comité de Investigación:

Director: Dr. José Federico Besserer Alatorre

Asesoras: Dra. María Ana Portal Ariosa

Mtra. Claudia Itzel Pérez Rodríguez

Ciudad de México

Mayo 2022

*En memoria de todos los olvidados,
aquellos que fueron solo cifras, sin voz y sin familias.
Para ellos,
he aquí una expresión del trabajo de cuidado memorial
de preservar sus presencias en el mundo terrenal.*

AGRADECIMIENTOS¹

Agradezco desde lo más profundo de mi corazón a todas las personas que creyeron que algún día lograría una de tantas metas que me he puesto, gracias por tanta paciencia y tanto cariño. Gracias a toda mi familia...

Es infinito mi agradecimiento y mi respeto por todas aquellas personas que aceptaron colaborar para la realización de este proyecto que trata de un tema complicado emocionalmente hablando porque trastoca las fibras más sensibles de cada uno de nosotros, sobre todo por el contexto en el cual estamos inmersos. Gracias por destinar un poco de su valioso tiempo y darme el espacio y la confianza para conocerlos.

Gracias a las familias de la Sra. Julia, la Sra. Rosa y el Sr. Moices. Espero que este proyecto cumpla la función de ser un homenaje a su legado, de darle identidad a sus familias y a ustedes, que se sepa que no son solo y meras cifras, son gente con historias que contar...

Gracias a mi amada Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, y a todas y todos los profesores y profesoras que conforman el Departamento de Antropología Social, porque sin sus enseñanzas no estaría hoy llegando hasta este punto. Quiero agradecer también a todos los trabajadores que nos apoyan a los alumnos para realizar cualquier trámite administrativo, por siempre escucharnos con paciencia y apoyarnos para entregar en tiempo y forma nuestros documentos.

Sin duda, este trabajo abrió mis ojos y fue una luz que permitió mi crecimiento académico, pero también espiritual. Escribir sana muchas heridas, y agradezco al Dr. José Federico Besserer Alatorre por asistirme en este proceso, por ser tan sabio y paciente, por hacerme ver tantas cosas de las que no era consciente. Él siempre propició un ambiente de trabajo muy gentil con todos y cada uno de sus alumnos y

¹ Esta investigación forma parte del Proyecto: *“Las memorias de lo urbano: territorio, identidades y sentido de pertenencia ante la urbanización neoliberal”*. Financiado por el CONACYT con la clave A1-S-27875, convenio 13513483 del Fondo Sectorial de Investigación para la Educación (SEP-CONACYT).

alumnas. Gracias por aceptar dirigir esta investigación, por aceptarme en su proyecto “Convergencias Urbanas”, y gracias por impulsarme a tomar oportunidades. Gracias por tantas asesorías, por no dejarnos solos, por estar siempre disponible, por ser tan fraternal. Sus enseñanzas serán inolvidables.

Quiero agradecerles también a mis asesoras: a la Dra. María Ana Portal Ariosa y a la Mtra. Claudia Itzel Pérez Rodríguez. Gracias por regalarme algo de su tiempo para leer esta investigación. Gracias por su paciencia, por sus aportes, por resolver juntas nuestras dudas y gracias por sumar con sus comentarios. Gracias por impulsar mis ganas por seguir estudiando y por tomar en cuenta este proyecto para compartirlo con las generaciones venideras.

Gracias a todos mis compañeros que, a la distancia, por las clases en línea, me daban sus consejos, y que mediante equipos de trabajo pudimos acompañarnos en este proceso de redacción de la tesis. Te agradezco sobre todo a ti, mi querido amigo y compañero Nestor, gracias por quedarte despierto cuando lo necesité, gracias por estar, por confiar y por ser ese amigo divertido que siempre había estado buscando, te admiro y te quiero mucho.

Y volviendo al inicio, mi familia siempre paciente y alentándome a seguir adelante, gracias a mis padres: Rosy y Roberto, por nunca dejarme sola; por apoyarme hasta el infinito en todas mis locuras. Agradezco que estén los dos conmigo para que vean que su esfuerzo dio frutos, aunque por lo mientras, este logro apenas sea la semilla... Los amo muchísimo, y quiero que se sientan orgullosos de mí siempre, como yo lo estoy de ustedes. Gracias por ser los mejores padres que el destino me pudo conceder. Qué bonito coincidir en el mismo árbol genealógico y llevar su sangre eternamente.

Mamá y Papá me han enseñado que el lenguaje y las expresiones del amor son variadas, y a pesar de que somos una familia diferente, cada uno me ha dado un poco de sí para que yo vaya construyendo mi propio camino. Mamá, a ti te agradezco tu compañía incondicional, sin importar la hora o los motivos. Gracias por cuidarme y protegerme durante toda mi vida. Gracias por no dejarme sola y exigirme e impulsarme siempre a dar más de mí. Gracias por apoyar mis proyectos

y ser una parte importante para la redacción de esta investigación, porque me compartiste tus anécdotas. Papá, a ti te agradezco que, a pesar de tanto tiempo, aún sigas aportando con tu trabajo a mi educación. Quizá no compartimos mucho tiempo juntos, pero cuando tú puedes también me acompañas, aunque tengas que manejar por horas... Gracias por transmitirme también tus experiencias para realizar este proyecto, lo valoré muchísimo. Mis padres con tantos esfuerzos, emocionales, físicos y de trabajo, siempre han estado conmigo. Ante todo, somos un buen equipo, junto con mi hermano.

Gracias también Betito; mi hermanito. Siempre eras esa distracción que de pronto necesitaba cuando todo me estresaba y sentía que no podía. Gracias por escuchar mis ideas a cualquier hora, por ser hasta mi traductor emocional. Te quiero con todas mis fuerzas y hasta el infinito.

Agradezco a mis abuelas: Rosita y Julia. Ellas ya no están conmigo desafortunadamente, pero espero que a dónde quiera que estén, se sientan orgullosas de que concluí una parte importante de mi formación académica, ellas así siempre lo quisieron. Voy a llevarlas siempre en mi corazón, pero sobre todo en mi memoria, porque hasta que tenga vida, cuidaré siempre de sus recuerdos.

Quiero extender mi total gratitud a los autores de los que me apoyé para sentar mis primeras ideas y pulirlas con responsabilidad, respeto y con asertividad analítica. Algunos de estos autores ya no están entre nosotros, pero espero que esta investigación también sea parte de un homenaje a sus aportes teóricos.

Finalmente, quiero agradecer a los futuros lectores. Ojalá y espero que esta investigación sea funcional para aquellos lectores que se sumen a los caminos de estudiar la muerte en función de la memoria. Gracias a cada una de estas mentes del mañana que sé que seguirán aportando también a esta tesis.

¡Gracias!

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN:	9
A través de la historia de la salud en la Ciudad de México: pandemias y epidemias	11
Herramientas de investigación	12
Diseño de investigación:	16
Lo que se ha dicho de la muerte en la disciplina antropológica	19
a) <i>La muerte como objeto de estudio de la antropología social:</i>	19
b) <i>Situar a la muerte: lugares de socialización, el depositario y la morada de restos mortales</i>	25
c) <i>Los trabajos de memoria a través de los cuidados</i>	27
d) <i>Historias de vida</i>	29
e) <i>Objetos de la memoria</i>	30
f) <i>Postmemoria y memorias del futuro</i>	31
Resumen de aspectos que se encontraron en los casos etnográficos	32

CAPÍTULO 1. Contexto histórico: las crisis en los lugares <i>de</i> y <i>para</i> la muerte a través del tiempo en relación con las pandemias y epidemias en la Ciudad de México.	37
1.1 (S. XV) Época prehispánica: El “tzompantli” y la cercanía con la muerte.....	38
1.2 (S. XVI) Época colonial: La evangelización y la lejanía con la muerte	41
1.3 (S.XVII) Las clases sociales y la personalización de altares domésticos	45
1.4 (S. XVIII) Secularización de la muerte: Lugares extramuros y el tabú hacia los cementerios respecto a la salud y seguridad pública.....	46
1.5 (S. XIX) La reglamentación de los lugares <i>de</i> y <i>para</i> la muerte	49
1.6 (S. XX) La incineración como una forma “nueva” de desahogo de los restos mortales y la administración de la muerte a manos de empresas privadas.....	51
1.7 (S.XXI) La domesticación de los restos mortales y la digitovirtualización de los procesos: morir, muerte y duelo en el contexto del COVID-19	53
1.8 ¿Qué tiene que ver la <i>memoria</i> respecto a las crisis en los <i>lugares de</i> y <i>para</i> la muerte en relación a las pandemias y epidemias en la Ciudad de México?	56

Capítulo 2. El enfrentamiento con el morir: El cuidado como trabajo de la memoria para la contención de los afectos	59
2.1 Introducción: “Breve historia re-vivida” de la Sra. Julia	60

2.1.1 <i>Memoria colectiva y memoria individual: Los cuidados paliativos de la Sra. Julia y los trabajos de la memoria como productores del “yo”</i>	69
2.1.2 <i>“La buena memoria” vs el olvido: Intercambio de cuidados como acto de gratitud transgeneracional</i>	76
2.2 <i>Convergencias memoriales en el cementerio: la muerte pública y la construcción de la memoria social autorizada</i>	82
2.2.1 <i>Memoria autorizada: La memoria de la muerte en marcos de poder</i>	83
2.2.2 <i>Lugar de la memoria: Los cementerios tradicionales como el hábitat de los muertos y el habitar de la memoria social (ritual de inhumación)</i>	84
2.3 <i>Ritualización de la memoria: Exequias funerarias póstumas a la inhumación</i>	92
2.4 <i>La tradición se adapta para immortalizarse: Cambios y conflictos del proceso de morir, muerte y duelo que la familia Guevara enfrentó durante la pandemia por Covid-19</i> ...	109
Capítulo 3. La notificación del “face” de la muerte	117
3.1 <i>Introducción, lo que mi abuelita Rosa me dejó</i>	118
3.1.1 <i>Producción de la memoria individual: El impacto de la vejez en las infancias</i>	127
3.1.2 <i>Reproducción de las memorias: los recuerdos transgeneracionales</i>	133
3.2 <i>Memorias en concreto, nombramiento del espacio</i>	135
3.2.1 <i>Parques-cementerios: la privatización de los “lugares de la memoria de y para la muerte”</i>	137
3.2.2 <i>El caminar en el parque de la necrópolis, experiencias de visitas</i>	144
3.2.3 <i>Desprendimiento corporal más no emocional</i>	146
3.3 <i>Las memorias en el silencio: Uso de cubrebocas</i>	149
3.3.1 <i>¡Sin tocarse!, restricciones afectivas a través del cuerpo</i>	150
3.3.2 <i>Literalmente, la memoria incorporada: de fotografías a tatuajes</i>	160
3.4 <i>La socialización del duelo en redes sociales virtuales</i>	164
3.4.1 <i>Breve manual para entender las redes sociales virtuales en pandemia por Covid-19</i>	165
3.4.2 <i>Resultados, testimonios, redes de apoyo y bibliografías virtuales</i>	173
Capítulo 4: Domesticación de los procesos de morir, muerte y duelo durante la pandemia por Covid-19	177
4.1 <i>Introducción: Él, mi padre</i>	179
4.1.1 <i>Al cuidado de los síntomas: Proceso de enfermedad en casa</i>	183
4.1.2 <i>Colectivizar el cuidado y la construcción de saberes</i>	190
4.2 <i>Domesticación de los lugares de la memoria de y para la muerte</i>	192

4.2.1	<i>Incineración, desahogo de los restos mortales</i>	193
4.2.2	<i>Continuidad de la memoria: el altar doméstico como árbol genealógico</i>	195
4.3	Hacia la construcción de una memoria íntima	197
4.3.1	<i>Exequias funerarias del Sr. Moices: Hacia la trascendencia del ser</i>	198
4.3.2	<i>Objetos de la memoria y/o memoria de los objetos: Recursos mnemotécnicos encontrados en el altar doméstico</i>	205
4.3.3	<i>El hogar como ciudadela de la salud y las memorias familiares</i>	209
4.3.4	<i>El cuidado del altar análogo a la inmortalidad memorial</i>	210
Capítulo 5.	Análisis transversal de los casos etnográficos	214
5.1	¿Por qué una emergencia sanitaria influye en los procesos del morir, la muerte y el duelo?	215
5.2	La memoria de los afectos construye la historia familiar: cuidados y relatos	218
5.3	Para la posteridad: Patrimonialización pública, privada e íntima de los <i>lugares de la memoria de y para la muerte</i>	221
5.4	Ritualidad y memoria: Las religiones como agencias de viajes	227
5.5	La memoria incorporada: la materialización de los afectos a través del cuerpo	229
5.6	Objetualización de la memoria en los procesos de duelo	231
5.7	El per-Don, el olvido y la postmemoria: Miradas hacia el futuro.....	232
Reflexiones finales.	<i>“Memorias del futuro”</i>	235
BIBLIOGRAFÍA:	241

INTRODUCCIÓN:

La ronda de la muerte, este caminar de un ente extraño que pareciera familiar casi como un pariente, pero que en realidad es de gran desconocimiento para la humanidad, se presenta con múltiples facetas y máscaras para finiquitar la vida de todos los seres vivos en general, en algún tiempo, lugar y contexto determinados.

La cotidianidad de los individuos en forma de rutina; cosas que hacer, cuándo y cómo hacerlas, muchas veces no contempla formas de morir, pues sería bastante extraño que así se hiciese, ya que estaríamos hablando entonces de un miedo extremo que, a la vez, implicaría patologías de procesos emocionales² bastante riesgosas (Ariès en Bueno, 2013: 87). Negarse a la muerte ajena y el morir propio, ha implicado que la muerte se vea como un tabú, un tema del que no se habla o difícil de tratar dentro del núcleo familiar. Sin embargo, sí hay una conciencia de que la muerte existe, y situarla en la estructura social, ha sido una labor exclusiva de los seres humanos y que depende justamente de los trabajos de cuidado en lo que respecta a las formas de conmemoración hacia los difuntos.

Y a propósito de las formas de conmemoración, ¿será que éstas han sido siempre iguales? o ¿cuál es el propósito de recordar sucesos trágicos, emocionalmente hablando?, ¿por qué la muerte se reestructura en la cotidianidad de los vivos expresándose desde las prácticas de tratamiento corpóreo de los cadáveres como forma de cuidado a la materialidad? y ¿la significación de la muerte a través de símbolos, mitos y rituales son una extensión de la presencia inmortal? ¿se tratará entonces de un proceso de supervivencia en las mentes de los que quedan con vida?.

Parece que el cuidado funciona como una especie de trabajo de la memoria que los vivos hacen para no desdibujar de su historia a sus seres queridos

² El miedo a la muerte existe, se le denomina "*tanatofobia*" y se trata de un cuadro de ansiedad en el cual se refleja el pánico hacia el proceso del morir propio y ajeno. Las personas llevan individual y colectivamente el proceso de duelo que trae consigo la pérdida de un "ser querido"; sin embargo, el impacto de esta pérdida puede generar traumas y trastornos de pánico que tienen que ver con el enfrentamiento a volver a vivir una pérdida, un abandono o una separación (Cadman, 2021).

fallecidos. Y, al mismo tiempo, para no desdibujarse a ellos mismos de su propia historia e identidad tanto familiar como individual. Porque el trabajo del cuidado de la memoria, además de hacerse para los otros, también se hace para sí mismo.

Esta investigación se desarrolló con inquietudes tanto en el plano teórico, como etnográfico y con atención a procesos de cambio en el tiempo. La exploración del tema nos llevó a preguntarnos cómo un acontecimiento histórico tan influyente como la pandemia de Covid-19, puede influir en los ejes centrales de investigación de este trabajo como son la muerte y la memoria. Nos preguntamos entonces cómo es que las formas de conmemoración cambiaron a partir de este hito histórico, sin perder de vista que las formas de conmemoración también son variables según los contextos familiares y específicos de cada caso, pues cada colectividad familiar vuelve suya a la muerte y a los procesos de duelo. Tampoco queremos dejar pasar que cada individuo llevará a cabo la forma de significar la muerte y de sentir su duelo.

Así entonces, las miradas hacia la muerte pueden ser social y colectivamente compartidas, y estructuradas individualmente. Es en este contexto que la articulación de estos procesos permiten la construcción de una memoria compartida, mediatizada y autorizada, lista para transmitirse a las generaciones que emergen, a estas memorias las hemos llamado, en este texto, “*memorias del futuro*”. Esta especie de *memorias empaquetadas* son dinámicas, están en movimiento transgeneracional, apuntadas a formar una identidad compartida a través de las historias de los relatos de otros, pero que formarán la historia nuestra, la propia; la que es de carácter individual.

Desde una perspectiva antropológica, la muerte y la memoria tienen una relación estrecha, que es indispensable analizar para entender, por ejemplo, el por qué de la conmemoración comunal e individual de la muerte; o por qué hay un trabajo individual y colectivo para la construcción y el cuidado de la memoria. Estos procesos pueden encontrarse en la transmisión de liturgia mística y, a su vez, pueden llevarse a la práctica mediante la ejecución de rituales. Pueden estar incluso vinculados a tabúes, que son las prohibiciones respecto a la muerte, y que son tabúes que van desde lo material-corpóreo, hasta lo afectivo-emocional. De

hecho, a veces en la vida diaria y, en un contexto afectivo de cariño se invisibiliza esta parte del ciclo vital, probablemente con la finalidad de no pensarle, de olvidarle en las penumbras de nuestra mente.

A través de la historia de la salud en la Ciudad de México: pandemias y epidemias

Para poner esta investigación en contexto, es pertinente mencionar que nuestro estudio histórico se concentra, como caso específico, en la Ciudad de México. En el transcurso de la investigación, nos dimos cuenta que las epidemias son acontecimientos históricos que influyen en forma muy importante sobre las formas de memorialización de la muerte, los muertos y el duelo. Esto se debe, para empezar, a las restricciones que los aparatos estatales establecen para la contención de los contagios, lo cual imposibilita, por ejemplo, la sociabilidad entre miembros de una comunidad.

Esta investigación toma en cuenta las transformaciones en los lugares en donde la conmemoración de la muerte se lleva a cabo. Además, también tomamos en consideración la importancia que tienen los *recursos mnemotécnicos* como “asistentes” que facilitan la rememorialización. Conforme la historia se va escribiendo, también se han ido transformando los lugares y los objetos de memoria pues, surgen nuevos, o se mantienen vigentes los existentes, o bien, caen en desuso, y esto a su vez implicaría nuevas formas de memorialización.

Ahora bien, como veremos en esta investigación con las epidemias, aparecen en cada época histórica nuevas directrices públicas, o restricciones sanitarias. Será sorprendente la forma en la que la muerte como personaje mítico, más allá de ser un fenómeno biológico, se fue transformando a lo largo del tiempo. Estas transformaciones se pueden observar en todas las escalas desde las representaciones sociales más generales, hasta las representaciones individuales, pasando por las comunales, locales y familiares.

Las formas de morir, también son dinámicas, y más que aminorarse han proliferado (como engendros que surgen de los amoríos de la muerte).

Hoy en día, las disposiciones sanitarias influyen en la conmemoración de los muertos y los sentimientos de duelo, provocando la adaptación a “nuevas normalidades”, poniendo a prueba la resiliencia de las memorias presentes para no dejarse perder en el futuro a través de las mentes de las nuevas generaciones y, para no dejar perder su pasado y sus historias.

Herramientas de investigación

Como experiencia propia, la vivencia y expectación de la actual pandemia por Covid-19, impulsó en mí la ya de por sí incesante inquietud de conocer la funcionalidad de los rituales funéreos. Debido al establecimiento de una legislación sanitaria que, además de impedir las aglomeraciones, también restringía el contacto físico —como acompañamiento principal del consuelo emocional—, mucha gente conocida o extraña, expresaba sus inquietudes acerca de cómo se llevarían a cabo los funerales durante la pandemia. ¿Sería con vecinos, o con cápsulas informativas en medios de comunicación, o en plataformas virtuales? Muy pronto las primeras personas que celebraban rituales funerarios en pandemia exponían sus vivencias. La gente estaba angustiada porque los rituales no serían como se acostumbraba. Serían sin gente, aparentemente sin acompañamiento físico y emocional.

La inquietud inicial de este proyecto fue conocer cómo se hacían las pompas funerarias “tradicionales”. Nos centramos en la religión católica para no extender la investigación. Así entonces, se realizó una búsqueda de bibliografía que permitió reconocer que las epidemias y las pandemias son fenómenos de tal magnitud y fuerza que son capaces de transformar la cotidianeidad de la población y, desde luego, también su vida ritual y particularmente: “los ritos funerarios”. Es por este motivo que las epidemias tomaron para esta investigación el papel de hitos históricos.

Una vez recabada la bibliografía, la información se organizó en un diagrama dividido en periodos de un siglo cada uno: desde la época prehispánica (S. XV) hasta la actualidad (S. XXI). Se encontraron diferencias en cuanto a los lugares de la muerte; los gestores —autoridades— políticos y económicos del morir; las formas de llevar a cabo un proceso de duelo y algunos elementos de usanza social, comunal o individual para representar a manera de *performance* a los difuntos. Este diagrama lo convertimos después, en un escrito en prosa.

Posteriormente, hicimos una búsqueda de casos que permitieran ejemplificar los cambios que sufrieron las exequias funerarias durante un período más reciente que fue el desarrollo de la pandemia por Covid-19.

Ahora quiero hacer un breve paréntesis en esta exposición. Me permito cambiar la voz narrativa para compartir que lamentablemente para mis propias emociones, la búsqueda de casos no fue difícil. Mis abuelitas; la materna y la paterna, fallecieron durante el año 2020 en un lapso no mayor a cinco meses entre un deceso y el otro. Quiero explicar que la idea de no usar la primera persona a lo largo de este trabajo fue una decisión para tomar cierta distancias para no llevarme golpes emocionales (de por sí imborrables a la fecha), mostrar profesionalismo, y poder concluir la investigación. Escribir la tesis me permitió conocer más los sentires de mi familia e incluso la propia historia familiar. Recuperar cada anécdota a lo largo de la investigación tuvo un sentido e importancia mas allá de solo “escribir la tesis”, para mí fue un proceso que poco a poco ha ido resarcido las heridas que la pérdida en sí deja. La muerte de mis abuelitas no está relacionada con la enfermedad por Covid-19, sin embargo, al suceder en un contexto pandémico, los cambios no se hicieron esperar. Las restricciones eran prácticamente iguales para todos, aunque en algunos casos, a estas restricciones se sumaban otras.

Por otro lado, cuando platicaba con aquel amigo que hice durante la pandemia, me comentó que había perdido a su padre por la enfermedad de Covid-19. Él me comentó que podría tomar su caso para esta investigación. Con todo el respeto y admiración del mundo, agradezco infinitamente su colaboración y valentía al abrirme las puertas de su casa pero, sobre todo, las puertas de su corazón y su alma.

Como parte de la investigación etnográfica, en ocasiones se realizó *observación no participante*, en donde se siguieron por algún tiempo los perfiles en plataformas virtuales de algunos integrantes de la familia. Para tener documentados tales datos, se hicieron capturas de pantalla con el consentimiento de los colaboradores. Se optó por la *observación no participante* porque no interactuábamos con ellos a través de comentarios u otro tipo de reacciones en el plano virtual; esto con la finalidad de no alterar lo que compartían en sus redes sociales virtuales y su forma de estar en familia en estos medios de comunicación.

Otra herramienta de investigación y redacción fue tomar en cuenta la *historia de vida* de las personas que fallecieron en estos tres casos etnográficos. Estas historias están contadas desde la voz de algunos de sus familiares.

Así mismo, haremos uso de las fotografías familiares como herramienta de documentación etnográfica; esto con la finalidad de darle identidad a las personas fallecidas y, proporcionar a los lectores, este instrumento visual para que puedan conocer las formas de ritualización y conmemoración de algunas prácticas funerarias, a fin de observar, mediante este recurso visual, cómo cada familia resignifica los espacios de morada de los restos mortales, etc.

Es importante destacar que, a través de las entrevistas, las publicaciones en plataformas virtuales y las historia de vida, fue surgiendo un tema que, de forma irónica, había pasado de largo, casi como un tema olvidado. Nos referimos a la *memoria*.

Pensar a los rituales funerarios en función de la memoria, fue una luz para la investigación, prácticamente la columna que soporta cada palabra, hasta cada espacio en blanco de este trabajo. De alguna forma, la experiencia de hacer etnografía cambia a los investigadores, y se vuelve sustancial darle el crédito a todas aquellas personas que colaboraron para cada uno de los procesos de redacción: desde el inicio hasta su culminación.

Ahora, como habíamos mencionado con anterioridad, el cuidado como uno de varios de los ejes temáticos de este proyecto de investigación, también se materializó en la forma en la cual nos acercamos a quienes aceptaron colaborar en esta investigación, ya que tomamos en cuenta la fase de duelo en la que se

encontraban, o su estado anímico en general, incluso presindir de algunos para no perjudicarles emocionalmente al revivir un suceso trágico. Por esta razón, quisiéramos adelantarles a nuestros lectores, que encontrarán distancias temporales en cuanto a los testimonios de las tres familias seleccionadas. Esto no es ninguna casualidad, de acuerdo a nuestras observaciones en el trabajo de campo en modalidad presencial o en línea, tratamos de empatizar con el proceso de duelo de cada uno de nuestros informantes, con la finalidad de no invadirlos con más preocupaciones y sentimientos de tristeza.

Desde la empatía y el respeto, como investigadores en formación (y especialmente si los proyectos tienen como uno de sus ejes temáticos la muerte y sus implicaciones emocionales), es de suma importancia acercarse con muchísimo tacto y consideración a las fibras más sensibles y expuestas de las personas que están llevando un proceso de duelo. Así entonces, debemos tratar de cuidar a quienes colaboran en nuestros proyectos de investigación y, en este tema en particular —como en todos los estudios sobre la muerte—, debemos humanizar lo que en las noticias solo han sido “cifras”, tomando en cuenta además a todas aquellas personas que están detrás de ellos a través de los trabajos de cuidado.

Queremos que estos párrafos sean el medio en los cuales se exponga sobre cómo algunas familias han llevado acabo la reestructuración de sus vidas a partir de una pérdida familiar que sucede en un contexto pandémico; el cual, como ya hemos mencionado, ha imposibilitado o modificado las prácticas que implican la conjunción de lazos de solidaridad para afrontar el duelo de manera colectiva y, por otro lado, de forma individual.

Destacamos que cada una de las herramientas de investigación tienen su peso importante para el proyecto; sin embargo, fue a través de las *historias de vida* en donde nos empezamos a dar cuenta que la conmemoración de alguien que ya falleció implica la inmortalización de su presencia y de sus vivencias, pero también, de la sobrevivencia de la comunidad familiar a la que perteneció. Estos cuidados de la memoria son indispensables no solo para la construcción de la presencia de quienes han fallecido, sino que, al mismo tiempo, esta presencia a través de la

memoria contribuye a la supervivencia de la familia reiterando los lazos que unen a cada uno de los miembros con ésta.

Las *historias de vida* son un cúmulo de testimonios y relatos que la familia y sus miembros se encargan de construir y empaquetar en el contexto del presente para transmitirlos hacia el futuro; para las memorias emergentes. En donde, las memorias, lejos de estar petrificadas, se encuentran en movimientos constantes a través de las generaciones. La mediatización de estas memorias y la garantía de ser transmitidas pasa por distintos factores, pero eso lo veremos más adelante en la investigación. Sin embargo, el mismo hecho de sustraer las memorias para inmortalizarlas, consiste, en resumen, en un “*proyecto familiar para la conservación*” (Candau, 2001: 185); en donde han de seleccionarse acontecimientos para construir una narrativa preferentemente colectiva para su transmisión. En este sentido, las *historias de vida* de índole particular, se vuelven un patrimonio que conforman parte de la historia colectiva familiar. En las *historias de vida* que se construyen sobre los familiares difuntos, existen procesos de discriminación de la información, incluso del olvido de la misma —si es conveniente, a manera de protección de la imagen del difunto o colectiva—, así se organiza y se clasifica, y se gestiona y autoriza el discurso para evitar perder el pasado y, con ello, la pérdida de la identidad presente; siendo entonces, la *historia de vida*, un “*discurso metamemorialista*” (Candau, 2001: 185), puesto que no solo es la memoria que tenemos de nosotros, sino la memoria que tenemos de los otros.

Para efectos de nuestro proyecto, a la *historia de vida*, preferimos llamarla “*historia re-vivida*”, pues así no se pierde su carácter (re) transmisible.

Diseño de investigación:

Para esta investigación se seleccionaron, como hemos dicho, tres casos. La presentación de cada uno de ellos, debía seguir una estructura similar abordando los mismos temas; esto nos facilitaría hacer una comparación entre los casos en relación con la variable temporal, principalmente, ya que las defunciones sucedieron en distintos momentos de la epidemia. De esta manera, podríamos ver los cambios

paulatinos que tuvieron las celebraciones de los rituales funerarios durante la pandemia por Covid-19. La finalidad de esto es que, mediante las conclusiones, ofrezcamos a los lectores un análisis transversal con la relación comparativa de los tres casos etnográficos. A continuación, se muestra la estructura de redacción de cada uno de los casos:

En primer lugar, en cada uno de los casos etnográficos, los lectores encontrarán una historia re-vivida de la persona que falleció; esto con la finalidad de plasmar justamente su historia a través de la investigación, volviéndose la tesis misma, parte del legado memorial de cada una de las comunidades familiares entrevistadas. Posteriormente, se hace un análisis teórico respecto a lo recabado a partir de los testimonios que narran las historias de vida, a fin de teorizar temas como: cuidados y asistencia moral u obligatoria o ambas; afectos, sentires, saberes, reciprocidad y transmisión, todo en función de los trabajos de la memoria que conciernen al cuidado y la producción-reproducción de una identidad compartida e individual. De igual manera, la etnografía realizada nos hizo darnos cuenta de la importancia que tienen los cuidados que se realizan al pasar por un proceso de enfermedad. Este acompañamiento podría entenderse de la siguiente manera: el trabajo de cuidados físicos y memoriales son un acto de gratitud transgeneracional.

En segundo lugar, nos interesa conocer la forma de desahogo de los restos mortales: ya sea mediante inhumación o incineración. Al mismo tiempo, se hace una descripción del lugar de morada de los restos mortales. Se contempla la teorización de los lugares dominantes destinados para la muerte y aquellos emergentes que resultan poco convencionales. Así entonces, concretamente se describirán: dos tipos de estructura arquitectónica del cementerio, que es, por un lado, el municipal —estilo tradicional— y, por otro, el “*parque memorial*” —parques-cementerios, estilo americano—. Se abordarán las plataformas sociales virtuales como un espacio emergente en donde se están socializado los procesos de morir, la muerte y el duelo. Por último, se analizarán los altares domésticos como recintos sagrados dentro del hogar.

En tercer lugar, nos interesan las formas de conmemoración social, familiar e individual: éstas van desde la celebración de exequias funerarias en determinadas fechas relevantes para la familia, y las celebraciones funerarias autorizadas por la religión católica. También, de la socialización individual o colectiva —aunque a veces esporádica³— del duelo en redes sociales virtuales. El cuerpo como lienzo de las memorias familiares; los tatuajes funcionando como un recurso mnemotécnico para la transmisión de la memoria a través de referentes simbólicos que reconstruyen la imagen del fallecido. De igual manera, el hecho de hacer acompañar a los capítulos con un breve fragmento de una canción, fue porque la música muchas veces también se vuelve un objeto de la memoria. Las letras de algunas canciones son en algunos casos también una breve introducción metafórica a lo que se encontrará en cada capítulo o subtema del mismo.

En cuarto lugar, se puntualizan algunos de los cambios más importantes a los que cada familia tuvo que enfrentarse durante la pandemia por Covid-19, pues recordemos que imposibilitaron llevar los funerales como lo estipula convencionalmente la religión católica.

Finalmente, en cada caso etnográfico (que son presentados en capítulos individuales cada uno), se agregó un anexo fotográfico para ilustrar lo que se comenta en el texto. Se trata de algunas fotografías familiares; fotografías de los procesos de las exequias funerarias; capturas de pantalla de la interacción social en plataformas virtuales para la comunicación; también fotografías de los cementerios, para conocer el estilo arquitectónico, y fotografías de los altares domésticos que cada familia pone. Aquí, ilustramos la colocación de los altares momentáneos que se ponen para la realización específica de las exequias funerarias y, por otro lado, habrá fotografías de los altares domésticos religiosos y/o funerarios que permanecen inamovibles dentro de los domicilios de cada una de nuestras familias entrevistadas.

Flanqueando los capítulos que presentan los casos de estudio, tenemos dos capítulos. El el primer capítulo de este proyecto que se centra en una investigación

³ Se ahondará respecto al tema hasta el capítulo 3.

histórica de las pandemias y epidemias en la Ciudad de México. Esta investigación está dividida en periodos de un siglo cada uno; desde la época prehispánica hasta nuestros días. Posteriormente, se ofrece una breve explicación del por qué de este pasaje histórico por las crisis sanitarias en la Ciudad de México. Sigue a los capítulos etnográficos, un capítulo donde se hace la comparación de cada uno de los casos con base en las variables anteriormente mencionadas, con el objetivo de realizar un análisis transversal y apuntalar las diferencias y semejanzas para establecer, por un lado, sus nodos de convergencia y, por el otro, los elementos en que se diferencian. La idea es identificar los elementos que son constantes, y por el otro, los cambios que pudieran denotar posibles formas emergentes que tomen estas prácticas ya que sabemos (por el capítulo histórico) que algunos de los cambios que se dan en las crisis que caracterizan a las epidemias, marcan nuevas formas de organización social en torno a la muerte.

En las reflexiones finales, tratamos de hacer un análisis concreto y general de la funcionalidad, pero sobre todo de la importancia de la conmemoración de los difuntos a través de la celebración de rituales funerarios pues, adelantamos que su función principal, indiscutiblemente es el cuidado de las memorias sociales, las memorias comunales/familiares y las memorias individuales.

Lo que se ha dicho de la muerte en la disciplina antropológica

a) La muerte como objeto de estudio de la antropología social:

La muerte ha sido objeto de estudio en los intereses temáticos de la antropología social casi al mismo tiempo en el que esta disciplina nació. La muerte es un hecho social que permite la continuidad del ciclo vital de todos los seres vivos. Sin embargo, los seres humanos son, por excelencia, la especie que ha tratado de múltiples maneras de conservar su legado histórico. Esto puede verse, por ejemplo: en la materialización de su presencia mediante objetos, la explicación mitológica de

la muerte, y la trascendencia espiritual que las religiones ofrecen como un panorama esperanzador.

Esta continuidad de la presencia que los vivos hacen de los difuntos, se trata de un trabajo de cuidado recíproco en el conglomerado familiar; en donde, los *cuidados*, funcionan como objetos de intercambio que permiten la producción y la reproducción del parentesco. No son solo cuidados que sirven para la fisicalidad; que van desde alimento, vestido, vivienda y otros tipos de prácticas que provean la satisfacción de necesidades básicas. En este sentido, queremos retomar en este proyecto de investigación, la importancia de los trabajos de cuidado para la memoria; esto genera, de igual manera, una producción y reproducción de los miembros integrantes de una familia, lo cual, se hace mediante prácticas que tienen que ver con la conmemoración y las formas de llevarla a cabo mediante: ceremonias; los lugares adecuados para plantar la memoria; así como los objetos y; la performatividad del legado histórico a través del uso corporal.

En antropología social, particularmente, en la escuela evolucionista, el autor Edward Tylor y sus contribuciones teóricas, dejan ver que la *muerte* ha sido vista como un suceso sobrenatural, más allá de uno real. La necesidad de trascendencia por parte de los seres humanos, les ha llevado a la usanza de su capacidad creativa para imaginar sitios en donde la esencia de los muertos pueda ser bienvenida; ya que en el plano vital y real, su alma ya no puede estar entre los vivos, porque se vuelve ya sea una especie de entidad espantosa y castigadora o, una entidad protectora digna de veneración y respeto (Duche, 2012: 208).

En este sentido, el padre del psicoanálisis Sigmund Freud, planteó que la muerte es un proceso anatómico funcional. Se preguntaba el por qué de la pulsión de los seres humanos por conseguirle una explicación a la muerte mediante las religiones, lo cual en muchos casos, las vuelve necesarias. Para él, todo lo anterior, implicaba una necesidad de trascendencia, además de ser, por otra parte, un proceso legal que permitía la adecuación de roles sociales por parte de los dolientes (Duche, 2012: 208-209).

En cuanto a la escuela funcionalista, el antropólogo Bronislaw Malinowsky, mayormente interesado en la importancia de los rituales sociales que se dedican para la muerte; en donde éstos también funcionan como un mecanismo para clasificar los estatus tanto del fallecido como de sus dolientes. Explicó que no hay solo un tipo de ritual funerario, sino que éstos dependen justamente del contexto y las causas que nos lleven a sus celebración. En resumen, podría decirse que el ritual en sí se propone ser una parte fundamental para normar la vida social (Duche, 2012: 209).

Respecto a lo anterior, el antropólogo Evans-Pritchard, explicó que la muerte implicaba un proceso de organización sociopolítica, pues la muerte es un acto de sucesión de poder (Duche, 2012: 209-210). Las religiones, nuevamente, juegan una parte sustancial para la clasificación social y política, después de presentarse uno o varios decesos dentro de un grupo social. Así mismo, los comportamientos en la vida social deberán regirse estrictamente hacia el bien, pues el establecimiento de deidades castigadoras en el mundo espiritual, puede tomar factura una vez que la muerte se haga presente.

La escuela estructuralista en antropología también retomó a la muerte como objeto de estudio, el antropólogo Claude Lévi-Strauss criticó las posturas anteriores respecto a la muerte, pensando que se había dejado de lado su carácter individual. Sin duda, son de suma importancia la vida ritual y las creencias míticas. Sin embargo, qué pasaba con el carácter individual de la muerte, como: pensar en el cuerpo del individuo, pero también y, en conjunción, lo que pasaría en el cuerpo cultural; en donde, la muerte de los unos permite la reproducción de los otros y seguir manteniendo la vida y vitalidad sociocultural del todo el grupo de parentesco. (Duche, 2012: 210).

El antropólogo Jack Goody planteó que las ceremonias funerarias para los muertos son distintas según los tipos de muerte; además de pensar que es gracias a ellas en donde los conflictos se concilian, se reconoce el estatus de la vida frente a la muerte y viceversa. Es aquí en donde suceden situaciones interesantes como lo señala Duche (2012: 210):

- a) La conciliación de los conflictos gira en torno a los difuntos principalmente, como un sujeto que cohesiona a sus dolientes a través de sentimientos y emociones que la pérdida genera.
- b) La conjugación de vivos con muertos permite mantener a las generaciones siguientes, mediante el reconocimiento de sí mismos a través de los ancestros.
- c) En las ceremonias funerarias sucede la disculpa de las rencillas que había entre los dolientes mediante el reconocimiento social de permanecer unidos, porque va implícita la permisión de recordar a los muertos.

En resumen, este autor parece puntualizar la importancia no solo en las ceremonias mortuorias, sino más bien, el papel del difunto en sí mismo, pues es éste el protagonista de tales festejos fúnebres y, de no estar “presente” en su muerte, la conciliación de conflictos y la conmemoración, no tendrían razón de ser.

El antropólogo Clifford Geertz sugirió que es de suma importancia reconocer los símbolos que juegan en torno a las ceremonias funerarias, el principal símbolo es la *muerte* en sí misma, pero cada cultura la significa según su profecía religiosa. Pensando que la muerte como símbolo está sujeta al relativismo cultural (Duche, 2012: 211-212).

El antropólogo Marvin Harris discutió que la muerte es la regulación demográfica y de recursos que consume el grupo social; un ciclo en donde mueren unos y nacen otros, en donde hay ganancias, pero pérdidas también (Duche, 2012: 212).

El antropólogo Renato Rosaldo, retoma en sus argumentos la parte de los sentimientos de duelo que surgen al presentarse una pérdida de un miembro o varios de nuestro grupo social de pertenencia. Propone que son las ceremonias funerarias estrategias culturales que funcionan para afrontar las pérdidas y los sentimientos de duelo, en donde y poco a poco -o el tiempo que se considere-, nuevamente la vida se va (re) estructurando (Duche, 2012: 212).

Otro destacado antropólogo dentro de la escuela de la antropología simbólica —junto a Clifford Geertz— es Victor Turner, quien —retomó el término “*rito de paso*”

o “rito de iniciación” del etnógrafo Arnold van Gennep— planteó que los difuntos se encuentran en una zona liminal, saliéndose éstos de la estructura de la vida, y es aquí que mediante las celebraciones rituales funerarias, en donde los vivos se proponen dedicar rezos con la finalidad de proveer el descanso para el difunto y su componente espiritual.

El antropólogo Louis-Vincent Thomas en su destacado libro *“Antropología de la muerte”*, aborda varias problemáticas acerca del morir en distintos planos y en distintos contextos, dando cabida a uno de sus principales argumentos respecto a que hay *“varios tipos de muerte(s)”* (Enciso, 2018: 164). El propio autor define la *muerte* como: *“el acontecimiento universal irrecusable por excelencia”* (Thomas, 1983: 7) y, como los seres humanos somos conscientes de esta finitud biológica, es a través de los aparatos de imaginario social—como las creencias religiosas— en donde buscamos trascender y perpetuar nuestro(s) recuerdo(s) en las *“mentes-memorias”* de los otros, dejando a nuestros dolientes re-construir nuestra materialidad a partir del ejercicio mental de recordar. Además, esta imaginación social funciona como un consuelo respecto al miedo que produce el mismo hecho de morir y trascender, puesto que no se sabe a dónde vamos. Por ello, las religiones parecen funcionar como *“agencias de viajes”* (Trejoluna, 2020).

El antropólogo Claudio Lomnitz en su texto *“La idea de la muerte en México”* (2010), ofrece un pasaje histórico de la concepción simbólica de la muerte en distintos periodos temporales en la Ciudad de México, que van desde la época prehispánica y comprende hasta una parte del siglo XXI. A partir de esta extensa investigación, el autor visibiliza cómo las concepciones, las creencias y las prácticas en torno a la muerte han ido cambiando según las situaciones que se presentan en cada contexto histórico. A través de su libro, podemos distinguir que, además de ser la muerte un objeto de estudio para varias disciplinas científicas, también se vuelve objeto y musa de las artes; a veces, se vuelve un discurso sátiro de las jerarquías sociales, o un delicioso dulce que se coloca en ofrendas, o una entidad maligna que pronto viene y se va para dejarnos dolidos.

Por otro lado, el trabajo etnográfico que realizó el antropólogo Oscar Lewis en su libro *"Los hijos de Sánchez. Una muerte en la familia Sánchez"*; en donde construyó la historia propia de la persona fallecida a partir de múltiples testimonios contados de forma particular por algunos miembros de la familia, (García, s/f: 556), explícito o no, es un trabajo sobre memoria, bastante sugerente para la investigación nuestra. La muerte de un miembro que pertenece a alguno de nuestros círculos sociales —en este caso: la familia— se vuelve un punto en donde convergen e interactúan diversas actitudes frente a la finitud de un ser querido, es decir, un momento en donde se articulan distintas perspectivas individuales sobre la muerte; en donde se reconstruye la biografía no solo de los difuntos, sino también la historia familiar. La historia particular que compartíamos con aquél que murió, e incluso nuestra historia propia como seres individuales, es una razón de ser de hacer trabajos de memoria que tienen que ver con la evocación de otros y de nosotros mismos.

La autora Delci Torres en su artículo *"Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas"*, expone las funcionalidades sociales, antropológicas y psicológicas que corresponden a los actos rituales para la comprensión de la muerte, cuya causa principal por la que se celebran tienen que ver justo con *"reforzar el sentido de la supervivencia social"* (Torres, 2006: 9). Sin embargo, en este proyecto, proponemos que la función principal de los rituales funerarios es la de la conmemoración del legado histórico de los difuntos, ya que mediante esto, apoyamos el argumento de la supervivencia social a través de reforzar la identidad social, colectiva e individual mediante trabajos de cuidado de la memoria, lo cual, garantizaría la producción y reproducción y el movimiento transgeneracional de las historias de los miembros de la familia, éstas siendo empaquetadas y, autorizados los relatos sobre las memorias (los recuerdos) que se desean transmitir a las generaciones venideras.

b) Situar a la muerte: lugares de socialización, el depositario y la morada de restos mortales

El tratamiento de la muerte también comprende las investigaciones que tienen que ver con el repositorio y morada de los restos mortales. Es importante entender cuál es la funcionalidad de estos lugares para la muerte. Sin embargo, más allá de ser meros lugares para la muerte, son *lugares de la memoria para la conmemoración de la muerte*. Para un ritual —sea de la índole que sea— es necesario un lugar en dónde llevarlo a cabo, ya que es básicamente un elemento fundamental (Mauss, 1979:73).

Los “*lugares de la memoria*” los describe el autor Pierre Nora, desde los temas sobre el nacionalismo pero, al conjuntarlo con el concepto de “*patrimonio*” y pensarlos como lugares en donde se establecen relaciones simbólicas entre el lugar y los que asisten a éste, esto los convierte en sitios en donde reposan — literalmente— sus memorias y representan su identidad (Campos y López, 2004: 24). Los lugares de la memoria que están explícitamente relacionados a la patrimonialización de la muerte son: los cementerios. Veamos qué se ha dicho al respecto:

El antropólogo Michael Foucault define a los “*cementerios*” como “*hereropatías*” o “*los otros espacios*” de los espacios, en donde:

...el cementerio es ciertamente otro lugar en relación a los espacios culturales ordinarios; sin embargo, es un espacio ligado al conjunto de todos los emplazamientos de la ciudad o de la sociedad, [...] ya que cada individuo, cada familia tiene parientes en el cementerio (Foucault, 1967: 4).

Los cementerios son el lugar de socialización final, en donde los restos mortales son depositados con la finalidad de darle continuidad a un culto o remembranza de los muertos. Los cementerios son un lugar de cita en donde algún día hemos de reunirnos—si es que somos inhumados—.

Ahora bien, no queremos adelantar lo que se leerá en el primer capítulo de esta presente investigación, así que solamente mencionaremos y adelantaremos que los cementerios han pasado por distintas crisis que demandan cambios en su

estructura; en la legislación que los rige, las instituciones que se han encargado de las operaciones de administración y gestión del morir en las ciudades; cambios en algunos discursos consuetudinarios que han surgido en torno a los cementerios; así como también, la emergencia de algunos estudios arquitectónicos de los mismos, esto a fin de visibilizar su evolución estética.

El desahogo de los restos mortales no solo se realiza mediante la inhumación, existe —por lo menos en la Ciudad de México, para delimitar el territorio del estudio— otra práctica para el desahogo de los restos mortales: la incineración. Esta práctica implica contemplar moradas —lugares— para los restos mortales diferentes a los cementerios pues, el producto de la incineración —las cenizas de los difuntos— se resguardan en nichos en iglesias o cementerios, o bien, en un espacio del hogar; aunque algunas otras personas esparcen las cenizas de sus difuntos en sitios que eran sus favoritos en vida, o las reparten entre sus familiares, esto por mencionar solo algunos destinos que tienen las cenizas.

Ahora, dejando de lado el desahogo y la morada de los restos mortales, es importante destacar otros lugares de la memoria quizá un tanto inusuales: nos referimos a las plataformas virtuales y digitales, ya que a través de ellas se llevan a cabo algunos rituales, se almacena información y hace que éstas nos ayuden a recordar ciertos eventos de nuestra vida, incluso, se digitalizan y virtualizan estos lugares que ya habíamos referido: los cementerios y los hogares.

Siguiendo con el planteamiento anterior, el autor Joel Candau dice al respecto que *“las sociedades modernas tienen una conciencia aguda del olvido y de la pérdida inherentes a todo cambio social”* (Candau, 2006: 106), es por ello que empleamos muchísimos recursos para el almacenaje de los recuerdos y su conservación. Las plataformas virtuales encaminadas al mantenimiento de las relaciones sociales pero virtuales, son el ejemplo más claro de este tipo de lugares. En ellas también se disponen recursos a los usuarios para que ellos se mantengan comunicados y expresen mediante publicaciones su identidad.

En otros casos, es importante mencionar, por ejemplo, que la autora Stefania Rasile en su tesis *“Un cementerio para la digitalización de la muerte”*, ha propuesto que trasladar los recintos mortuorios a espacios digitales permite no sólo digitalizar

la arquitectura mortuoria, sino también, digitalizarlos para su posterior consulta e inmortalizarlos en el tiempo, volviéndolos estáticos dentro de estos espacios digitales, pero sujetos a la gestión de la experiencia de visita de cada individuo.

Como sabemos, la usanza de las nuevas tecnologías permite ampliar la captura y atesorar la información que se desee dentro de los dispositivos tecnológicos; de hecho, la propuesta de la autora es justamente la digitalización de un cementerio con la finalidad de narrar el lugar a través de una visita virtual. Los cementeros se han digitalizado también para poder apreciar su arquitectura e incluso volverse museos. En resumen, según la autora, los cementerios son una manifestación material de la memoria individual y colectiva. Debido a que la autora tiene un profundo interés en cuanto a la materialidad de los espacios funerarios destinados convencionalmente a las inhumaciones, tiene una postura estricta frente a la práctica de la incineración pues, para ella, implica el desarraigo entre cuerpo y lugar, sin embargo, y más adelante en nuestra investigación —específicamente en el capítulo 4— retomaremos y discutiremos el tema.

Resumiendo lo anterior respecto a los *lugares de la memoria*, el tratamiento corpóreo de los difuntos es una expresión más de la praxis del cuidado físico y memorial que los vivos hacen para los difuntos.

c) Los trabajos de memoria a través de los cuidados

Queremos hablar ahora sobre otro tema de interés de nuestro proyecto de investigación, que es: los *cuidados* como expresiones del acompañamiento y asistencia de una enfermedad en el lecho de muerte de un familiar. Los cuidados son además de productos de intercambio —en este sentido, transgeneracional—, actos cuya carga emocional y afectiva implica una obligación moral por realizarlo. Además, han de ser actos de humanidad con la finalidad de ayudar, apoyar y aligerar los padecimientos que merman la salud de una persona, en estos casos etnográficos, los cuidados hacia una persona enferma.

Los afectos son vividos por y mediante el cuerpo. Cuidar de alguien modifica nuestro estado de ánimo y nos cambia como personas, siendo más solidarios o, por el contrario, alejarnos para que anímicamente no nos pase factura la tarea complicada de cuidar de un ser amado en un duro proceso de enfermedad, en donde la pérdida se vuelve un hecho real y fatídico; a este último panorama, correspondería el cuidado de sí mismos. En realidad, todo el tiempo decidamos cuidar o no de alguien, tratamos de proveer el cuidado propio y ajeno, pero los cuidados vistos como obligaciones morales pueden, por ejemplo, aligerar los sentimientos de culpa que devienen después de una defunción.

Los cuidados además de reflejarse en los tratamientos corpóreos de un cuerpo muerto, también se reflejan en la celebración de exequias funerarias; por ejemplo, en el texto *“La culturalización de los afectos: emociones y sentimientos que dan significado a los actos de protesta colectiva”* escrito por Gabriela Rodríguez, Carlos Juárez y María del Consuelo Ponce de León se hace una revisión exhaustiva de la aparición de afectos en ciertos momentos de la vida cotidiana. El compartir los afectos en determinados espacios, situaciones y contextos es porque éstos están estrictamente acotados y contruidos psicosocialmente, en donde ciertas comunidades se cohesionan a través del significado que comparten de sus emociones y sentimientos. Los autores canalizan los afectos comprendidos dentro de un lenguaje único, el cual, es capaz de materializarse en gestos, palabras, o tonos de voz o, algunas otras acciones como: los abrazos o besos, la preocupación por algo o por alguien, etc., pues, *“hay una conexión entre una emoción y su expresión”*. (Rodríguez, Juárez y Ponce de León, 2011: 194)

Los sentires que surgen dentro de ciertos momentos de los rituales funerarios, muchas veces son reproducidos por efectos de un proceso contagioso que, justamente, consiste en las redes de solidaridad y reciprocidad que surgen a partir del reconocimiento de la muerte ajena y la propia, además de funcionar como una red de acompañamiento en el duelo. A esto, y en resumen, añadimos que la autora Bertha Mendlovic quien retoma de Connerton, el concepto de *“memoria incorporada”* a la cual define como: *“... una memoria no discursiva, interiorizada, dada cuerpo y que incluye un proceso emocional”* (Connerton en Mendlovic, 2014:

302), y es aquí cuando el cuerpo y la mente convergen a través de la *memoria incorporada de los afectos*, porque es el cuerpo el vehículo de nuestros sentires, afectos y saberes.

Sin embargo, los comportamientos corporales y afectivos están en relación con lo que puede llamarse la “*memoria autorizada*” definida por el autor Joel Candau como memorias que marcan la pauta sobre los comportamientos de una colectividad que comparte una cultura (Candau, 2006: 105). Aquí las emociones adquieren significado porque están estrictamente simbolizadas, a este proceso el autor Abilio Vergara le denomina “*emosignificaciones*” (Vergara, 2018: 299); y es la autora Aleida Assmann quien dice que la simbolización de los recuerdos “... es la *única manera de asegurar la reproducción de la memoria*” (Assmann en Saban, 2020: 383).

d) Historias de vida

Por otro lado, también existe un tipo de memoria que además de estar permeada por su contexto cultural, adquiere ciertas particularidades: nos referimos a la *memoria colectiva de lo familiar*, porque es la familia la primera sociedad de la infancia en donde construimos nuestros primeros recuerdos que, al pasar de los años iremos olvidando, pero ahí estará la familia para recordar quiénes fuimos — como individuos con una identidad particular— y quiénes somos — como seres sociales con una identidad que se comparte con una o más colectividades, en este caso, la familia— (Augé, 1998: 25).

Vale la pena hablar, en este momento, sobre la importancia de la historización de los difuntos que surge como parte fundamental y uno de los propósitos de los rituales funerarios. De acuerdo con el autor Marc Auge (1998), quien apunta que la historia de vida cuenta con una carga fuertemente afectiva y pretende satisfacer la necesidad primera de contar los relatos más destacables, importantes y los que enaltezcan la memoria de los difuntos. Cabe preguntarse cómo, para qué y con qué queremos recordar a los difuntos a fin de construir la historia colectiva de ellos.

Por su parte el autor Paul Ricoeur (1999) planteó la pulsión humana de pedir “*perdón*” mediante la historia de vida que se construye presentado el fallecimiento. Al ya no pedir perdón directamente al difunto y, como medio para disculpar la culpa, la historia de vida construida en su mayoría —el relato— por momentos y testimonios que certifiquen y enaltezcan la memoria del difunto, es precisamente la expresión principal de la “*pedida de perdón*”. De igual manera, construir un relato que conmemore asuntos benévolos para que la identidad del grupo como tal no se corrompa. Para el autor, la discriminación de asuntos considerados indignos de transmitir, obedece al acto mismo de evadir, mediante el olvido, asuntos que no favorezcan la memoria en particular del difunto o, a la imagen de quienes construyen la historia y, por ende, la del relato final mismo para los demás.

Los relatos autorizados son una parte fundamental formadora de las memorias colectivas y las memorias individuales; en este sentido, las historias de vida pueden ser “*marcos sociales*”, teorizado el concepto por el autor Maurice Halbwachs (1968), pues están construidas por testimonios, vistos éstos como productos intercambiables, transmisibles y heredados por su dinamismo transgeneracional, son: “*el lazo vivo de las generaciones*” (Halbwachs en Candau, 2001: 135).

Para el autor Joel Candau (2001), las historias de vida son un relato fundador del grupo social en cuestión “*...que tiene su lugar en el juego identitario*” (Candau, 2001: 139) en donde “*al mismo tiempo en que construye su identidad personal por una totalización provisoria de su pasado, el individuo hace pues el aprendizaje de la alteridad*” (Candau, 2001: 138), de los otros que conforman a su familia, en este caso.

e) Objetos de la memoria

Sin embargo, apoyarnos de la memoria de los demás, a veces no resulta suficiente, porque la memoria no es perfecta, porque quienes la poseen en este caso, son los humanos —particularmente estamos hablando de la memoria de seres humanos—. La imperfección memorial ha llevado a depositar la memoria en otros elementos

que nos apoyen a la evocación de momentos y situaciones importantes; así que para no perder nuestra memoria, a veces nos apoyamos con objetos que evocan algún recuerdo, ejemplo de esto son: las fotografías, imágenes religiosas, objetos transgeneracionales, cartas, etc., a estos objetos se les ha de llamar “*recursos mnemotécnicos*”. De igual manera, el empleo de objetos, se vuelve necesario e importante al momento de realizar los rituales funerarios pues, se tratan de elementos simbólicos con un fin ya determinado.

Pensamos que también debe destacarse la memoria que se tiene sobre los objetos, ya que, de alguna manera, son éstos parte de la performatividad de roles culturales y familiares. Además, los *lugares de la memoria* muchas veces suelen ser recintos que almacenan *objetos de la memoria*, como una iglesia por ejemplo, en donde hay un aglomerado de imágenes de antepasados sacralizados que son una especie de objetos que nos unen como colectividad, porque aceptamos y somos adeptos a esa memoria autorizada, adeptos a determinada fe, y por ende creyentes de su eficacia.

f) *Postmemoria y memorias del futuro*

Ya por último nos gustaría mencionar como planteamientos finales el concepto de “*postmemoria*”. Para la autora Karen Saban el término “*postmemoria*” es “*una forma especialmente subjetiva, íntima, afectiva, y virulenta del recuerdo, a pesar de la distancia temporal y de la mediación con la que se construye*” (Saban, 2020: 397). Así entonces la “*postmemoria*” ha de tratarse de la reactivación de los recuerdos del pasado, lo cual, lleva a hacer una re-interpretación y re-significación de los sucesos, que, en este caso, se viven en colectivo, a fin de incentivar una memoria selectiva, contendiente y resiliente. Con esto último también aparece el “*olvido*”, pues éste es la manifestación de una memoria selectiva que discrimina información, una memoria crítica y funcional. Para no revelar nuestras conclusiones respecto de este tema, adelanto a los lectores que el análisis al respecto de la “*postmemoria*” que se transmite hacia las “*memorias de futuro*” las encontrarán en nuestras reflexiones finales.

Es importante hablar en este momento de las "*tragedias como recurso identitario*" (Candau, 2001: 147) de las que el autor Joel Candau (2001) hace referencia. Los acontecimientos difíciles, específicamente, los trágicos como, por ejemplo: las pérdidas familiares, "*son tiempos fuertes que construyen memorias fuertes*" (Candau, 2001: 96), que generan una suerte de "*marcas compartidas*" (Candau, 2001: 147) de una comunidad, la familia, en este caso. Estas marcas que se comparten en familia, permiten mediante los acontecimientos difíciles, la pertenencia a una identidad particular y colectiva.

Resumen de aspectos que se encontraron en los casos etnográficos

En el primer caso etnográfico, el de la Sra. Julia, acaecida el día 1° de abril del año 2020. Se contó con gran asistencia de personas a la celebración de sus exequias funerarias. Se llevó a cabo una misa en la iglesia con la asistencia de sus hijos, únicamente.

Las exequias funerarias como el *novenario*, el *levantamiento de cruz*, las *exequias mensuales* y el *1° Aniversario luctuoso* fueron celebradas en su casa, y fueron comandadas por una amiga y vecina, quien también incentivaba la participación de los asistentes —en especial de sus familiares— a fungir como rezanderos.

La inhumación sucedió en un cementerio municipal de estilo tradicional; en donde, los dolientes pueden apropiarse del espacio y estilizar la tumba de su familiar según como ellos quieran.

La familia ha destinado —durante generaciones— un mismo lugar para el altar doméstico, sin embargo, cuando se hacen las ceremonias funerarias, se construye uno momentáneo.

La pandemia por Covid-19, para la fecha en la que sucedió el fallecimiento de la Sra. Julia no trajo muchos cambios al principio. Pero, posteriormente, las

exequias tuvieron que cumplir con las estipulaciones sanitarias para la contención de contagios.

El segundo caso etnográfico corresponde al de la Sra. Rosa, acaecida el día 4 de agosto del año 2020. Para las exequias funerarias, no se contó con un aforo numeroso de gente, eran más en plan de rezos familiares. No se hizo una misa de cuerpo presente, debido a la que la familia deseaba ocupar la capilla del cementerio y el velatorio del mismo; sin embargo, tuvieron problemas con la funeraria.

Las exequias funerarias como el *novenario*, el *levantamiento de cruz*, las *exequias mensuales* y el *1º Aniversario luctuoso* fueron celebradas en su casa y fueron comandadas por su mejor amiga y comadre; ella fungió como rezandera por algunos meses pues, también falleció. Posteriormente, algunos de sus familiares capitaneaban los rezos.

La inhumación sucedió en un cementerio privado de estilo americano, llamados: “parque-cementerio “ o “parque-memorial”. Su estilo se asemeja al de un jardín en el cual solo se monta una lápida sobre la tumba de los difuntos, parecen pasar desapercibidas las diferencias sociales en ese lugar.

La pandemia por Covid-19, para esta fecha, ya había cobrado la vida de muchas personas; así que en este caso, las restricciones sanitarias eran muy estrictas. La mayor parte del tiempo se usaba cubrebocas, se sanitizaba a los asistentes antes de entrar al domicilio, se invitaban solo a personas cercanas a la familia y, en ocasiones, se hacían videollamadas para ver y escuchar los rezos.

La familia de la Sra. Rosa, particularmente, ha usado las redes sociales virtuales como lugares para mediatizar su duelo, y mantenerse en contacto con más personas.

De igual manera, su altar tiene una peculiaridad; todos los días y a todas las horas se transmite un video que contiene fotografías de la Sra. Rosa. También algunos familiares de la Sra. Rosa han encontrado otra forma de recordarla mediante tatuajes.

El tercer caso etnográfico es el del Sr. Moices, acaecido el día 23 de septiembre del año 2020. Falleció en la sala de un hospital debido a que padecía la enfermedad de Covid-19. Se pudo contar con aforo de gente debido a que mediante la incineración, las restricciones sanitarias no eran tan estrictas.

La familia del Sr. Moices realizó las exequias funerarias en su hogar, contrataron un rezandero y a veces, la familia también se hacía responsable de los rezos. En algunas ocasiones, se pudo solicitar una misa en la iglesia; esto sucedía cada mes. La familia destinaba un tiempo cada semana para rezar por el Sr. Moices.

La morada de sus restos mortales es su propio hogar en un altar doméstico que se ubica en la habitación de quien fuera su esposa. Esto implica que la familia siempre mantenga ordenado y limpio el altar, como una labor de cuidado en donde se está al pendiente de las cosas que hacen falta para el altar.

Después de plantear lo que veremos en los capítulos etnográficos, quisiéramos adelantar que, durante la pandemia por Covid-19 y las restricciones sanitarias que modificaron las formas convencionales de socialización entre colectivos cuando de exequias funerarias se trataba, provocaron la visibilización o la emergencia de nuevos *lugares de la memoria de y para la muerte*, en cuya etnografía encontramos tres, los cuales, describimos anteriormente, pero resumiremos a continuación:

- a) Cementerio; que puede ser la institucionalización de la morada de los restos mortales o la privatización del tratamiento y morada de los mismos.
- b) Hogar (unidad doméstica); la domesticación de los restos mortales y la celebración íntima de las exequias funéreas.
- c) Plataformas virtuales (cibespacio) y la digito-virtualización de las exequias funerarias y de las personas.

Con lo anterior, el tratamiento social que reciben los fallecimientos ha cambiado precisamente por la restricción a las actividades que impliquen aglomeraciones de agente en espacios reducidos y, por el riesgo que implicaría la

convivencia con un cuerpo mortal cuya causa de muerte fuese precisamente contraer coronavirus. Los cambios y diferencias más notorias fueron las siguientes:

PRÁCTICAS FUNERARIAS	Públicas	Privadas	Íntimas
1. Depositorio	Inhumación	Inhumación	Incineración
2. Morada	Cementerio municipal	Cementerio privado	Hogar
3. Exequias	Iglesia y hogar	Hogar	Hogar e iglesia

En base al análisis ya sintetizado en el esquema anterior, nos encontramos con los siguientes puntos que resumen algunas de las nuevas características y transformaciones de los rituales funerarios:

1. La privatización de las exequias funerarias.
2. Restricciones sanitarias en los cementerios; posterior, falta de espacios para realizar inhumaciones.
3. Domesticación y domiciliación de los restos mortales.

Sin embargo, la memoria que se construye en cada uno de estos espacios no es la misma porque las prácticas sociales que ahí se desarrollan tampoco lo son. En nuestra investigación etnográfica nos encontramos que las formas de memorialización que cohesionan a los dolientes son las siguientes:



A lo largo de la investigación, pretendemos explicar a los lectores qué implican los diferentes tipos de memoria que mencionamos anteriormente en las formas de conmemoración de los difuntos a partir de distintas prácticas rituales o no. Los distintos tipos de memoria que se ejecutan son sustancialmente importantes, porque son el cuerpo del empaquetado de los relatos para la construcción de una memoria y una historia familiar en aras de perpetuar la identidad nuestra y la de los nuestros, pero también de las generaciones futuras. De este empaquetado y su transmisión, se esperaría la supervivencia de la memoria más allá de la muerte pura, que no es otra cosa más que el olvido perpetuo.

CAPÍTULO 1. Contexto histórico: las crisis en los lugares *de*⁴ y *para*⁵ la muerte a través del tiempo en relación con las pandemias y epidemias en la Ciudad de México.

¿Los lugares *de* y *para* la muerte en la Ciudad de México han sido siempre como los conocemos ahora?, más bien, ¿cuál es el imaginario social, colectivo o individual que los representa para darle a un lugar características que tengan que ver con la muerte?, y de los que recordamos ¿qué sabemos realmente sobre ellos?; ¿han sido éstos siempre lineales, estáticos, e incluso suficientes? y, además, ¿son solo lugares *de* y *para* la muerte, pues es que acaso no evocan otras perspectivas? Estas dudas tratarán de resolverse en el presente capítulo pues, desmembrar la historia que cubre a los espacios *de* y *para* la muerte, nos será de mucha utilidad para describir, de igual manera, a los casos etnográficos que veremos más adelante.

Los lugares destinados para la morada de los restos mortales han cambiado por múltiples factores, de hecho, no eran como los que conocemos ahora. Incluso deberíamos cuestionarnos si hoy a la fecha, existe algún lugar por excelencia *de* y *para* la muerte —¿acaso la muerte no está en todos lados?—. Quizá algunos lugares tengan un reconocimiento más legítimo en comparación con otros, pero eso no quiere decir que tengan mayor o menor importancia. Parece que la muerte y sus lugares *están a la moda* y a través del tiempo se transforman.

Mediante la consulta de algunas fuentes secundarias, nos pudimos dar cuenta que las epidemias o pandemias, sin duda marcaban un antes y un después en las formas de tratamiento del morir, la muerte y el duelo y; por ende, de los lugares para cada uno de estos procesos rituales. Esta peregrinación y/o transformación de los saberes; de los depositarios y prácticas rituales para el desahogo de los restos mortales, no solo trae consigo crisis que tienen que ver con una administración precaria de la muerte: como la falta de espacios en estos lugares (por ejemplo, los cementerios); y de los espacios que sí hay —que son de índole

⁴ Al decir *espacio de* ha de tratarse como una serie de elementos que evocan la identidad de “dicho” espacio, es decir, el conjunto de elementos que personifican el lugar.

⁵ Al decir *espacio para* significa el propósito o la utilidad de dicho lugar porque cumple con ciertas reglas que lo hacen apropiado para fines determinados.

público—, hace falta la inversión para la contratación de personal o el mejoramiento de la imagen del lugar. A estas situaciones de crisis, sumaríamos una nueva, una que tiene que ver con la forma de memorialización a futuro, ya que, así como los espacios *de y para* la muerte se transforman o trasladan sus celebraciones a “otros lados”, las memorias también hacen la mudanza.

A continuación, veremos cómo los *lugares de y para la muerte* en la Ciudad de México han sufrido crisis de cambios gracias a las epidemias y pandemias, trayendo consigo transformaciones respecto a la administración de algunos aparatos de poder, por ejemplo: cambios en la ideología de la muerte respecto al duelo, éste último reglamentado por prácticas religiosas y, posteriormente, a la secularización de las mismas, e incluso, hasta la aparición de nuevas religiones. La preocupación que tiene el Estado por la seguridad y la salud pública, además, de la inquietud por incentivar el mejoramiento del paisaje urbano para fines turísticos, implicó la descentralización de los lugares *de y para la muerte*, o bien, la privatización de éstos, en donde algunas empresas toman las riendas de la administración de la muerte y se pagan ciertos servicios para el cuidado del espacio.

Finalmente, hablaremos sobre la domesticación y digitovirtualización de la muerte; en donde, en el primer caso, compete a la celebración de las exequias funerarias dentro de los hogares; y en el segundo, nos referimos a la usanza de las redes sociales virtuales, no solo para la celebración de algunos rituales funerarios, sino también, para visibilizar y socializar el duelo con la comunidad virtual.

1.1 (S. XV) Época prehispánica: El “tzompantli” y la cercanía con la muerte

Los seres humanos a lo largo de la historia de la humanidad, nos hemos enfrentado con distintas catástrofes que ponen finitud a la vida de manera masiva, tal es el caso de epidemias o pandemias, cuyo agente patógeno alcanza grandes cantidades de vidas humanas debido al desconocimiento de su erradicación y a otros factores de propagación que facilitan la enfermatización masiva de la población.

Los pobladores del México prehispánico durante el siglo XV, antes de la llegada de los conquistadores españoles, enfrentaron algunas crisis sanitarias, éstas generalmente relacionadas a enfermedades en vías respiratorias, por ejemplo: *“los aztecas sufrieron una posible difteria⁶”* (CNPC⁷, 2008: 6) en el año 1456. Además se enfrentaron a desastres naturales como: inundaciones o sequías, esto promovía la escasez de cosechas y propinó hambrunas y, debido a la mala alimentación, los cuerpos debilitados no resistían las enfermedades (Mandujano, (s/f): 2).

La *muerte* y todo el aparato imaginario que la rodeaba en esa época, tenía que ver con algunos otros ámbitos como el poder y la forma de ejercer dominio entre las distintas civilizaciones precolombinas; el *“hacer morir”* (Thomas, 1983: 123) instauraba poderío social, económico e incluso religioso. De hecho, la arquitectura mortuoria que describe lo anteriormente mencionado es el *Tzompantli⁸* que, en la civilización Mexica, no solo era una estructura que marcaba jerarquías sociales, pues también tenía una gran importancia religiosa, debido a que los sacrificios humanos eran dedicados a sus dioses con la finalidad de que éstos, en un sistema de reciprocidad, retribuyeran este pago en sangre para obtener la fertilidad de la tierra y, con ello, la fertilidad y abundancia de toda la población. Podría decirse que, a partir de el ofrecimiento de sacrificios, se esperaba prevenir catástrofes como hambrunas y otras enfermedades relacionadas con *pestes⁹* que pudieran causar la muerte.

⁶ La Organización Mundial de la Salud (OMS) define a la difteria como *“una enfermedad infecciosa causada por la bacteria *Corynebacterium diphtheria*, que infecta principalmente a la garganta y las vías respiratorias superiores, y produce una toxina que afecta a otros órganos. [...] La toxina difteria hace que una membrana de tejido muerto se acumule sobre la garganta y las amígdalas, dificultando la respiración y la deglución. La enfermedad se transmite a través de contacto físico directo o de la inhalación de las secreciones aerosolizadas por tos o estornudos de individuos infectados”*.

(OMS, s.f., *Difteria*)

[https://www.paho.org/es/temas/difteria#:~:text=La%20difteria%20es%20una%20enfermedad,que%20afecta%20a%20otros%20%C3%B3rganos\)](https://www.paho.org/es/temas/difteria#:~:text=La%20difteria%20es%20una%20enfermedad,que%20afecta%20a%20otros%20%C3%B3rganos)

⁷ Coordinación Nacional de Protección Civil.

⁸ El *Tzompantli* consistió en el empalamiento horizontal de los cráneos humanos, los cuales, se obtenían de los cautivos en guerra, éstos se ofrecían en sacrificio para los Dioses y, además, era una estructura arquitectónica que sirvió también para instaurar poderío social, económico, religioso y cultural (Matos, 1986: 105-118).

⁹ Epidemias o pandemias.

Ahora bien, respecto al tratamiento de los restos mortales; era bastante común la socialización prolongada con los mismos, no solo por lo que mencionamos anteriormente, sino porque cuando los índices de mortandad eran altos a causa de enfermedades que se extendían de forma rápida en la población, los cuerpos permanecían en lugares públicos, contaminando el ambiente de los que aún conservaban salud.

El desahogo de los restos mortales durante esa época consistió principalmente en la *incineración* de los cuerpos, sin embargo, y aunque en menor incidencia, también practicaron la *inhumación* de los cadáveres. La explicación del porqué la *incineración* como práctica imperante, era porque permitía la conservación de los cuerpos sin la necesidad de convivir con la putrefacción cadavérica dentro de los hogares. Las celebraciones rituales duraban varios días y se ofrecía comida y bebida —generalmente embriagante— a todos los participantes. El cuerpo del difunto era adornado con telas o con papeles; también éste se ataba para evitar su retorno con los vivos. Se le colocaba dentro de su boca, alguna piedra preciosa —como jade u obsidiana; las cuales representarían su corazón—. Se ofrecían sacrificios en su nombre o se les colocaba alguna máscara. Estas prácticas se hacían según su jerarquía social. De manera previa a la incineración, al difunto se le cortaba un mechón de cabello, el cual, se guardaba en una caja adornada y, una vez terminado el ritual funerario, los restos que yacían después de la incineración; además de la máscara y la piedra, eran guardados en la caja. A ésta última la conservaban como un *recuerdo* dentro del *hogar* (Sahagún y Las Casas en Matos, 1986: 69-79).

Es de suma importancia mencionar que el destino final del difunto estaba asociado al género de la muerte, así entonces, existieron cuatro lugares en donde

se residía después de morir: a) *Tonatiuhican*¹⁰, b) *Tlalocán*¹¹, c) *Mictlán*¹² y el d) *Chichihuacuauhco*¹³ (León, 2019:16).

Como pudimos ver, a lo largo de este siglo, la epidemia por difteria pudo haber puesto en una cuerda floja las celebraciones de los rituales funerarios, pues si nos imaginamos un panorama en donde los muertos eran tantos que los cuerpos quedaban expuestos en lugares públicos, no solo significarían contagios masivos, sino también, la usencia de los rituales de desahogo de los restos mortales, debido a la falta energía de los demás para poder llevarlos a cabo, pues habría crisis de hambruna. Pero de alguna manera, las ideologías religiosas se convirtieron en una especie de *cura* de algunos padecimientos de la población, además de preservar el orden y la jerarquía sociopolítica.

1.2 (S. XVI) Época colonial: La evangelización y la lejanía con la muerte

Con la llegada de los conquistadores españoles y con la instauración de un nuevo orden político, económico, social, cultural y hasta religioso, devinieron un sinfín de tragedias para los pobladores del México prehispánico, y es que, aunque antes ya habían pasado por algunas crisis sanitarias, ahora había otras condiciones de vida que permitieron la propagación de nuevas enfermedades y, por ende, las muertes masivas de los pobladores indígenas de la región.

La primera gran epidemia fue *Viruela*¹⁴, y ésta se presentó durante el año 1520. Aproximadamente unos diez años después, se desató la segunda gran

¹⁰ Su nombre significa *Casa del sol* o *acompañantes del sol*: Este lugar era exclusivo de los guerreros que morían en combate durante la guerra, además, las mujeres muertas en parto también eran merecedoras de la casa del sol pues, también se les consideraba unas guerreras (Matos, 1986: 61).

¹¹ Su nombre significaba *paraíso de Tláloc* (dios de la lluvia): A este lugar le correspondían personas cuya causa de muerte estaba relacionada con el agua, por ejemplo: ahogados, por un rayo; otras enfermedades como: la gota, hidropesía, sarna, bubas y lepra (León, 2019: 16).

¹² Éste significa *reino del señor Mictlantecuhtli* y *la señora Mictecacíhuatl* (los dioses del inframundo): Era el destino de quienes morían de forma natural, sin importar la clase social del difunto (Matos, 1986: 69).

¹³ Era un lugar en el cual se encontraba un *árbol nodriza*: "*a donde iban los niños pequeños. De las ramas del árbol brotaba leche para alimentarlos*" (León, 2019: 16).

¹⁴ Es una enfermedad bastante grave de fácil transmisión mediante la saliva o el contacto con ropa infectada. Salen grandes erupciones en todo el cuerpo, concentrándose éstas en el rostro y las

epidemia que fue *Sarampión*¹⁵. La tercera gran epidemia fue *Salmonela*¹⁶, la cual, se desarrolló durante el año 1545. Y ya a entre 1595 y 1596 estalló la que sería la última epidemia de la época; sin embargo, ésta fue mixta, y consistió en presentar sarampión, *paperas*¹⁷ y *tabardillo*¹⁸ (Mandujano et al., s.f.: 6-8).

Reducir estas enfermedades masivas y la contención de los agentes patógenos protagonistas de los padecimientos, dejaría de lado el contexto de violencia que se vivió durante esa época; el autor Claudio Lomnitz no le pudo haber llamado mejor: "*holocausto del siglo XVI*" (Lomnitz, 2006: 19); "*cabe preguntarse si hay muerte más horrible que la que consiste en privar a un pueblo de su cultura, sus raíces y sus valores, negándole el derecho a preservar su identidad*" (Thomas en León, 2019: 22).

El autor Guillermo Bonfil al respecto nos dice:

Las nuevas condiciones de vida y de trabajo que imponen los colonizadores también llevaban a la muerte.

Las epidemias provocadas por enfermedades traídas por los invasores que eran desconocidas para el mundo precolonial y frente a las cuales los indios carecían de resistencias, se desatan en el momento mismo de la conquista

extremidades (Biblioteca Nacional de Medicina, 2020. *Viruela*. <https://medlineplus.gov/spanish/ency/article/001356.htm>).

¹⁵ Es una infección comúnmente presentada en la infancia que puede transmitirse mediante la saliva salpicada al toser o estornudar; su sintomatología es: fiebre, tos seca, escurrimiento nasal, dolor en garganta, conjuntivitis, sarpullido en el cuerpo, y manchas diminutas en la boca (Mayo Foundation for Medical Education Research, s.f., *Sarampión*. <https://www.mayoclinic.org/es-es/diseases-conditions/measles/symptoms-causes/syc-20374857>).

¹⁶ Se trata de una infección ocasionada por la bacteria del mismo nombre cuyos efectos repercuten en el aparato digestivo, presentando síntomas como: fiebre, diarrea, sangre al evacuar, escalofríos, vómitos, dolor de cabeza y de estómago. Uno puede contraer la enfermedad por comer alimentos crudos o poco cocidos (Mayo Foundation for Medical Education Research, s.f., *Salmonela*. <https://www.mayoclinic.org/es-es/diseases-conditions/salmonella/symptoms-causes/syc-20355329>)

¹⁷ Se trata de una infección que ocasiona la inflamación severa de las glándulas salivales que se encuentran ceca de la garganta, algunos síntomas son: dolor al masticar o tragar, debilidad y fatiga por dolores musculares y de cabeza, fiebre y pérdida de apetito (Mayo Foundation for Medical Education Research, s.f., *Paperas*. <https://www.mayoclinic.org/es-es/diseases-conditions/mumps/symptoms-causes/syc-20375361>)

¹⁸ Es una enfermedad infecciosa transmitida por la bacteria *Rickettsia prowazekii*. Se transmitió por picadura de pulga y cuyos síntomas son escalofríos, dolores intensos de cabeza y manchas cutáneas (RAE. 2018. *Tabardillo*. [https://www.rae.es/dhle/tabardillo#:~:text=RAE%20DiccAutoridades%20\(NTLLE\)-,tabardillo.,como%20morados%2C%20cetrinos%2C%20%26c](https://www.rae.es/dhle/tabardillo#:~:text=RAE%20DiccAutoridades%20(NTLLE)-,tabardillo.,como%20morados%2C%20cetrinos%2C%20%26c))

y continúan recurrentes durante todo el periodo colonial causando terrible mortandad entre la población india. La baja de la población, la pérdida de tierras de cultivo y la exaltación inmoderada de tributos empobrecen a las comunidades y abaten y desequilibran su dieta original, dejando a la población todavía más inerte ante las enfermedades (Bonfil, 1987: 128).

Este panorama de violencia debe entenderse con todas sus aristas completas, ya que además de tratarse de la institucionalización de un nuevo orden político, económico y social, también se instauraba un nuevo orden religioso y, la administración de la muerte no fue la excepción. Como ejemplo de violencia simbólica, mencionaremos la construcción de nuevos recintos ceremoniales de la religión de los colonizadores —católica— sobre los templos ceremoniales de las comunidades indígenas; además, de destruir las representaciones escultóricas de sus dioses en lugares públicos (Bonfil, 1987: 134).

Con la instauración de un nuevo orden colonial, la administración de la muerte pasaba también a manos de las instituciones creadas durante la edificación de la Nueva España. La Iglesia fue la institución más importante de aquella época, debido a que servía como doctrina, hospicio, nosocomio y hasta como *cementerio*. La iglesia se convirtió en el primer espacio *legal y autorizado de y para* la muerte, celebrando ahí casi todos los procesos rituales: desde la implementación de unas normas nuevas para el desahogo de los restos mortales, la jerarquización del espacio para los mismos y la celebración de misas exequiales.

Como podemos ver, durante este siglo, los colonizadores bajo su sistema religioso, administraron desde el morir —con su llegada implementaron nuevos riesgos de morir—, la muerte —en cuanto a representaciones mitológicas— y el duelo. Como veremos a continuación, apoyándonos de la investigación que realizó el antropólogo Claudio Lomnitz para su libro “*La idea de la muerte en México*” (2006):

1. La religión católica hacía una clara distinción entre el *bien* y el *mal*; la forma de actuar en vida era juzgada después de la muerte. Los individuos tenían toda una vida para redimirse y seguir el camino del

bien. Además de las buenas acciones particulares, debían ser *buenos cristianos* asistiendo a misas, pagando diezmo y cumplir con los mandamientos y los sacramentos que establecía la Iglesia (tareas respecto a la evangelización).

2. La Iglesia estableció también, como una obra de misericordia, el enterramiento de los difuntos, dentro de su propio espacio o en territorios aledaños a ella. Además, implementó algunas reglas de cómo debían llevarse a cabo y de forma correcta la *preparación del difunto*¹⁹, la *manera de enterrarlo*²⁰ y las *exequias funerarias*²¹ que debían de hacerse durante y después de concluir el ritual de enterramiento (Lomnitz, 2006: 162-163).

Para concluir, las pompas majestuosas de las misas exequiales solo eran para unos cuantos, en sí, para los que podían sostener estos gastos y, de hecho, la jerarquía dentro del espacio que se hacía en la iglesia respecto a los enterramientos humanos dependía íntimamente de la posición socioeconómica del difunto. Los que estuviesen más cerca del altar de la iglesia era más probable su salvación y estar en el reino de *Dios*²². Pero como un dato interesante que nos encontramos al revisar alguna bibliografía respecto a la historización de las epidemias y pandemias en México, fue que en la segunda gran epidemia (sarampión) “*ocurrieron apariciones*

¹⁹ Los ojos del difunto debían estar cerrados; el cuerpo se cubría con una sábana blanca o se vestía con algún hábito religioso y, en lo que respecta al comportamiento de los dolientes para con el difunto, ellos debían vestir de *luto*, o sea, vestir todos de negro.

²⁰ El cuerpo debía estar en un ataúd de madera y se le colocaba un estandarte de cruz para posteriormente colocarlo en la iglesia. Alrededor del ataúd debían ponerse veladoras para iluminar el alma del difunto. Antes de enterrar el cuerpo, la tumba se bendecía con *agua bendita*.

²¹ Las campanas de la iglesia repiqueteaban según la categoría social del difunto; el sacerdote desempeñaba labores de acompañamiento guiando el desarrollo de la liturgia para las exequias funerarias y para que los asistentes le acompañasen también siguiendo los rezos o los cantos. Durante estos rituales los asistentes podían llorar, pero moderando sus emociones. Después, se podía hacer una reunión con baile, comida y bebida para los asistentes, pues estas costumbres prehispánicas resultaron prácticas difíciles de erradicar para los colonizadores; así entonces, las prácticas rituales son un claro ejemplo de sincretismo de la fusión cultural entre los conquistadores y los pobladores indígenas.

²² El alma también podría ir a tres lugares diferentes: al *cielo* donde está *Dios*, al *infierno* donde está el *Diablo*, y por último al *Purgatorio* —una zona liminal entre el bien y el mal—, quien no se había limpiado de los *pecados* que, cometidos en vida, el alma tendría la oportunidad de purificarse en el *Purgatorio* para obtener un pase al *cielo* e ir con *Dios*.

de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe y las siguientes curaciones milagrosas de los indígenas [...] se la tomó como protectora especial contra las enfermedades epidémicas” (Mandujano et al., s.f.: 9).

1.3 (S.XVII) Las clases sociales y la personalización de altares domésticos

Para el siglo XVII, se seguían enfrentando a otras enfermedades que cobraban vidas en cantidades masivas, considerándolas epidemias. En los años 1641, 1667 y 1696, se desató una epidemia llamada por los indígenas como: *Matlazáhuatl*²³, esta enfermedad atacaba casi exclusivamente a los indígenas que vivían en condiciones precarias que, en realidad, eran mayoría.

Una forma de contención de los contagios dependió del interés de algunas autoridades como: la Iglesia y los sacerdotes, instituciones civiles y virreyes y, a partir de este siglo, el *Real Tribunal del Protomedicato*, —el cual entró en funciones en el año de 1646, cuyos miembros eran médicos catedráticos de la Facultad de Medicina de la Real y Pontificia Universidad de México (Rodríguez y Rodríguez, 1999: 191)—, fueron quienes pensaron que era sumamente urgente la construcción de *programas de salud*. Entre las medidas de sanidad estaban, por ejemplo: el *"saneamiento ambiental y en el suministro de agua para beber a la Ciudad de México"* (Rodríguez y Rodríguez, 1999: 191). Al mismo tiempo en que este tipo de organizaciones se erigían, o bien, empezaban a empoderarse, las prácticas vernaculares estaban en constante casería, pues esta época también significó la prohibición de prácticas de curación tradicionales.

²³ Era una enfermedad que estaba relacionada con el consumo de bebidas fermentadas. A la actualidad, pudo haberse tratado de *fiebre tifoidea*, su sintomatología es: fiebre alta, dolor de cabeza, dolor estomacal, estreñimiento o diarrea, esta enfermedad es causada por la bacteria *Salmonella typhi* (Mayo Foundation for Medical Education and Research, s.f., *Fiebre tifoidea*. <https://www.mayoclinic.org/es-es/diseases-conditions/typhoid-fever/symptoms-causes/syc-20378661>)

En lo que respecta a las ceremonias fúnebres, la clase alta podía solventar sin problemas las exequias de sus difuntos²⁴, y las clases pobres no disponían de recursos excedentes para poder llevarlas a cabo con todo excentricismo; además, de no poder pagar impuestos funerarios como, por ejemplo: un espacio dentro de la Iglesia para enterrar a sus muertos²⁵. Recordemos que la analogía de la cercanía del difunto respecto al altar religioso de la Iglesia dependía de la vecindad con Dios.

También en esta época la distinción de las clases sociales era visible respecto a los altares a los difuntos que se ponían para conmemorar el “*Día de Muertos*”²⁶. Estos altares se erigían tanto en los panteones parroquiales o dentro de la Iglesia —dependiendo dónde se ubicara el difunto— sobre lo que es su sepulcro, y también, se levantaban altares en los hogares de los que son sus dolientes.

En el *altar doméstico*, aunque en un *espacio más íntimo*, podían verse también las diferencias de clase; porque lo que se ofrenda es lo que se tiene, lo que puede darse, quizá con un poco de sacrificio, pero sin más ni menos, el propósito es honrarlos y no olvidarnos de ellos.

1.4 (S. XVIII) Secularización de la muerte: Lugares extramuros y el tabú hacia los cementerios respecto a la salud y seguridad pública

En lo que respecta al siglo XVIII, aun existía el riesgo de contraer *Matlazáhuatl*, sin embargo y debido al interés —de las autoridades anteriormente descritas— por erradicarla, fue una época en donde nacían los hospitales modernos, además de que la Iglesia también se encargaba de la asistencia médica (Rodríguez y

²⁴ El autor Claudio Lomnitz rescata otro dato importantísimo, el propósito de tener los individuos de la clase alta nombres bastante largos en comparación con los nombres de los de la clase baja era para que, en cuanto fallecieran, mayor número de santos intercedieran por su alma, así que al momento de ser bautizados podrían recitarse “tal” cantidad de nombres (Lomnitz, 2006: 220)

²⁵ Como un dato interesante, Lomnitz nos dice que las clases pobres no tenían dinero suficiente para poder comprar ataúdes de madera, así que envolvían el cadáver en un *petate* -es un tapete tejido hecho de palma-; de ahí el dicho o la frase mexicana que refiere a cuando alguien ha fallecido: “*¡ya se petateó!*” (Lomnitz, 2006: 216)

²⁶ En el calendario los días más importantes para este festejo son el 1° y el 2° del mes de noviembre.

Rodríguez, 1999:192). Aún se seguían protocolos de saneamiento del ambiente, con la finalidad de purificar el aire²⁷. Por otro lado, las autoridades de aquella época sugerían mantener la higiene al momento de preparar alimentos y a no tirar desechos perecederos en las calles (Rodríguez y Rodríguez, 1999:193).

A los panteones parroquiales y a la Iglesia misma se les venía una crisis, debido a estas ideas higienistas, y lo centralizados que estaban estos lugares para el desahogo de los restos mortales, fue imposible no inculparlos por las enfermedades que no cesaban. Se creía que de las exhalaciones de la tierra de los panteones salían toda clase de enfermedades debido al estado de putrefacción de los cuerpos.

Por primera vez en muchos años, socializar con estos *lugares de y para la muerte*, estaba significando un grave problema, así surgió la idea de *descentralizarlos*. Además de la preocupación de que los muertos a causa de enfermedades altamente contagiosas fueran enterrados en lugares aún más alejados de la ciudad.

Así entonces, la muerte como problema público, tiene sus orígenes en el siglo XVIII. Aparecieron estas primeras ideas higienistas debido a la preocupación también por la estética del paisaje urbano de la ciudad, y en donde la salud pública comenzaba a posicionarse como un servicio que garantizara el estado. Los cementerios se comenzaron a descentralizar, y desmonopolizar las tareas que desde el siglo XVI la Iglesia desempeñaba.

El siglo XVIII fue testigo de cómo la muerte comienza a verse más como un problema público que como un objeto ceremonial. Fue difícil que las personas desarraigaran sus prácticas funerarias de la iglesia, pues implicaría una lejanía con Dios. De hecho, los cementerios descentralizados eran vistos como lugares

²⁷ Se construía una hoguera con ramas aromáticas para purificar el aire (Rodríguez y Rodríguez, 1999: 194)

extraños, lugares no sagrados; pero, por parte de otros, la Iglesia también era un lugar de recelo, de miedo a la propagación de contagios.

En lo que respecta a las inhumaciones, comenzaban a circular otra clase de reglas, por ejemplo: *“la profundización de las fosas, uso de cal viva, exhumaciones después de cinco años”* (Morales, s.f. 98). Sin embargo, cuando se desataban las muertes por las epidemias, los espacios empezaban a ser insuficientes, por lo que era común reutilizar los espacios, y que las reglas descritas anteriormente no se siguieran correctamente; de hecho, por el recelo de los nuevos lugares que estarían destinados a las inhumaciones, debido a que no eran espacios *sacralizados* como la Iglesia, las clases altas aún pagaban grandes cantidades para seguir enterrando a sus difuntos dentro de la Iglesia.

En resumen, es una época en donde empiezan a vislumbrarse crisis como:

1. Falta de espacios para las inhumaciones en consecuencia de la alta mortandad que las epidemias provocaban.
2. Tensiones entre autoridades civiles y científicas con la Iglesia respecto a la resolución del problema de la sanidad del ambiente.
3. La muerte se ve más como un problema de seguridad y salud pública que como un objeto de honor y celebración.
4. La desconfianza que tenía la población en cuanto a la construcción de cementerios en lugares no bendecidos por la Iglesia y alejados de ella; pero, por otra parte, la desconfianza que algunos tenían de asistir a la Iglesia por miedo de contraer alguna enfermedad.

1.5 (S. XIX) La reglamentación de los lugares *de y para* la muerte

Los esfuerzos por parte del Estado se prolongarían hasta el siglo XIX. En este periodo de secularización de las exequias funerarias y la descentralización de los recintos mortuorios, también se establecieron los lineamientos bajo los cuales tenían que operar los *camposantos*²⁸.

Este siglo se caracteriza específicamente por la descentralización de los *cementerios*, pero también por la secularización de algunas prácticas funerarias, y así, la iglesia iba perdiendo poder en cuanto a la gestión de las mismas (Valdés, 2010: 28).

Para establecer un cementerio público, éste debía tener estrictas características como: “[...] *construirse tomando en cuenta la dirección de los vientos dominantes y que estuviesen alejados de la población; las inhumaciones deberían efectuarse solamente en la tierra*” (Mandujano et al, s.f. 7); y *"todos los cementerios debían situarse en lugares altos, secos, alejados de las poblaciones, opuestos al viento dominante y donde sus filtraciones no estuvieran unidas con las aguas de las fuentes o acueductos destinados al uso público"* (Mandujano et al, s.f. 5).

Durante este siglo, la epidemia que más azotó a la población fue el *Cólera*, presentándose en los años 1833 y de 1848 a 1850, respectivamente. Esta situación repercutió también en los cementerios, pues éstos tenían que estar divididos en seis partes; en donde cuatro secciones correspondían a las inhumaciones por cólera, y las otras secciones faltantes para inhumaciones que correspondían a otras epidemias u otras causas de muerte. Para la realización de las exhumaciones, se debían esperar por lo menos cinco años, sin embargo, las exhumaciones estaban prohibidas si la causa de muerte había sido alguna enfermedad epidémica (Mandujano et al, s.f. 5).

²⁸ Son los cementerios que se construyeron a los límites de la ciudad, pero llamados así para que la gente no tuviera desconfianza de ellos.

Para el año de 1848 “*se prohíbe que cualquier comunidad o autoridad construya nuevos panteones, estipulándose que solo la municipalidad puede hacerlo*” (Morales, s.f. 101).

Entre 1855 y hasta 1863, durante los gobiernos de Juan Álvarez, Ignacio Comonfort y Benito Juárez, fueron promulgadas las *Leyes de Reforma*, etapa que consistió en la desarticulación de la amalgama “Iglesia-Estado” y, es aquí cuando la Iglesia pierde poder de todas las funciones que desempeñaba en el pasado; por ejemplo, el registro que tenía de los matrimonios, nacimientos y defunciones, pues en el año de 1857 se crea el *Registro civil* (Rodríguez y Rodríguez, 1999: 5). A partir del año de 1871, se estableció “*de manera oficial la clausura de los cementerios parroquiales ubicados dentro de los límites urbanos, se advirtió que únicamente estarían destinados a la conservación de restos y se prohíben las inhumaciones en nichos*²⁹” (Mandujano et al., s.f. 3). Y ya en el año de 1891, se promulga el *Código sanitario*, el cual, “*incluso prescribía la manera de realizar las inhumaciones, las exhumaciones y el traslado de cadáveres*” (Mandujano, et al., s.f. 5).

Para esta época, los cementerios además de ya no parecer lugares sacralizados, ahora son lugares ajenos, lugares extraños, quizá hasta lugares del miedo a lo nuevo, a lo desconocido, a lo nuevo por conocer. Además, son lugares divididos por causa de muerte, y causaba angustia asistir a ellos, por miedo a contagiarse de alguna enfermedad. De hecho, si nos imaginamos lo distantes que quedaron de las ciudades, ir de visita era una travesía. Ahora sí, vivos y muertos estaban más allá que separados por la línea entre la vida y la muerte, sino también por la distancia representada en kilómetros y tiempo. Además de que otro efecto de la resignificación de estas residencias mortuorias como espacios públicos y secularizados, traía consigo la aceptación de cualquier persona sin importar las distinciones de clase, raza, edad, grupo social o religiosidad (Morales, s.f. 100).

²⁹ “*Un nicho es un espacio construido con el espesor de un muro, en donde se resguardan las urnas con las cenizas de la persona fallecida, se encuentran hileras superpuestas de forma vertical y horizontal*” (Mausoleos de Tequis, 2021. *Nichos funerarios para cenizas*. <https://www.mausoleosdetequis.com/blog/nichosparacenizas/>).

1.6 (S. XX) La incineración como una forma “nueva” de desahogo de los restos mortales y la administración de la muerte a manos de empresas privadas

En el siglo XX no cesaban los brotes de enfermedades epidémicas. Durante este periodo se presentaron las siguientes epidemias: En 1918 se desató un brote de *Gripe Española*³⁰ —influenza AH1N1— (Arellano, 2020). Para 1940 la *Malaria* o *Paludismo*³¹ atacaba a la población en México (SSA³², 2016). Entre 1948 y 1955 se desarrollaba una enfermedad llamada *Poliomielitis*³³ (Gómez, s.f.). La última epidemia del siglo fue el VIH/SIDA³⁴ en el año de 1983 (Valencia et al., 2007: 2).

En consecuencia, de que las epidemias no cesaban y, por ende, también los fallecimientos, pronto los cementerios públicos resultaron insuficientes; así que en el año de 1909 se inauguró el primer horno crematorio para seres humanos en el Panteón de Dolores (Ramos et al., 2002: 581). Recordemos que la incineración había sido una práctica prohibida por más de cuatro siglos al instaurarse el nuevo orden colonial, sin embargo, la incineración ahora podría significar la solución a las dos problemáticas latentes: la falta de espacios en cementerios públicos, y el control de las enfermedades epidémicas probablemente causadas por estos mismos espacios insanos, en donde se inhumaban cuerpos de personas que morían a causa de patologías infecciosas.

³⁰ “El cuadro sintomático consistía en: jaquecas intensas, dolor corporal, inflamación de garganta y fiebre de entre 38° y 40°, también había casos de vómito, diarrea y hemorragias nasales, faríngeas y gástricas, así como dificultades respiratorias, razón por la cual se confundía con bronquitis, neumonías y bronconeumonías” (Arellano, 2020).

³¹ “Enfermedad causada por un parásito llamado *Plasmodium*, cuyo vector es un mosquito del género *Anopheles*, específicamente el mosquito hembra. Los parásitos se multiplican en el hígado y después infectan a los glóbulos rojos. Los principales síntomas son: escalofríos, sudoración, vómitos y dolor de cabeza. Los síntomas aparecen 7 días después de haber sido infectado. Si los pacientes no se atienden rápido, pueden morir a causa de una anemia grave” (SSA, 2016)

³² Secretaría de Salud Pública.

³³ Se trata de una enfermedad que si no se atiende a tiempo, puede dejar terribles secuelas como los son la invalidez permanente de algunos miembros del cuerpo, principalmente los niños son la población más afectada. “El microorganismo causante de esta enfermedad se encuentra en el tubo digestivo” (Gómez, s.f.).

³⁴ Los síntomas principales son los siguientes: disnea, fiebre, fatiga, problemas nutricionales, dolor de garganta, infecciones recurrentes y sudores nocturnos, diarrea persistente además de vómitos, úlceras bucales, aparición de llagas o manchas rojas en el cuerpo. Principalmente se transmite por contacto sexual o por contacto directo con la sangre (Valencia et al., 2007: 2)

Desde la segunda mitad del siglo XIX y repercutiendo la primera del siglo XX, “*la supresión del control eclesiástico de los sitios de inhumación alentó las iniciativas para el establecimiento de panteones privados*” (Valdés, 2010: 82), lo que significaría ampliar esta mercantilización de los *lugares de y para la muerte*; ofreciendo las empresas privadas, paquetes de servicios funerarios. Además, los “*cementerios privados [...] permitían albergar pensamientos, prácticas y tendencias religiosas diferentes a la hegemónica*” (Velásquez, 2009: 28). Con el nacimiento de los cementerios privados, también se desató una ola de distintas tendencias artísticas de *arquitectura mortuoria* de adaptación estética del lugar, siendo en México las más comunes como: el estilo americano y el estilo inglés, ambas proponen una ornamentación en donde impera la naturaleza y el minimalismo en las lápidas, por ello se les conoce con el nombre de “*parques-cementerios*”.

A diferencia de los cementerios privados, en los cementerios públicos era común ver que extensos o cortos *epitafios*³⁵ estaban inscritos en las lápidas de los difuntos, además de llevar también su nombre completo, fecha de nacimiento y fecha de defunción. De igual manera, en los cementerios públicos eran notables las diferencias religiosas, de clase, de edad o de sexo, además de algunas preferencias que en vida tuvo el difunto.

Durante esta época, dentro de los cementerios se edifican los nichos y los *osarios*³⁶ a fin de contener y mantener un espacio para recordar las reliquias de nuestros seres queridos. De igual manera, los cementerios pierden la tendencia de la horizontalidad del espacio para dar paso a la nueva forma de acomodo de los restos mortales. La verticalidad en los cementerios permitía ampliar el número de inhumaciones, e incluso, la renta o la compra de un espacio para acomodar a los

³⁵ Los epitafios eran textos honrosos que los dolientes inscribían en la lápida de su o sus difuntos para honrar generalmente lo que era su personalidad, lo que querían que se recordara de ellos. En la primera mitad del siglo XIX eran textos generalmente escritos en verso y a veces bastante largos, pero para la segunda mitad del siglo XIX se acortó la epigrafía por la falta de espacio en los cementerios (Valdés, 2010: 84-85), además de que “*circulaban nuevas modas y estilos escultóricos*” (Valdés, 2010: 85)

³⁶ Los osarios, según la RAE son “*lugares en las iglesias o en los cementerios que están destinados para reunir los huesos que se sacan de las sepulturas a fin de volver a enterrar en ellas*” (RAE, 2021).

miembros de una misma familia, apiladas sus tumbas unas sobre otras, como una metáfora de los edificios en la ciudad (Rasile, 2019: 12-15).

Debido a que la mancha urbana se extiende con rapidez, los cementerios públicos o privados están siendo nuevamente absorbidos en la ciudad, sin embargo, la tendencia de los “*parques-cementerios*”, responde también a la idea de mantener una imagen urbana con un panorama limpio y tranquilo.

1.7 (S.XXI) La domesticación de los restos mortales y la digitovirtualización de los procesos: morir, muerte y duelo en el contexto del COVID-19

El siglo XXI también es alcanzado por enfermedades epidémicas. La primera epidemia que se presentó en el año 2009 fue la epidemia de *Influenza* causada por el virus A/H1N1³⁷, la cual “*se propaga rápido mediante brotes estacionales que se repiten anualmente, generalmente en otoño y en invierno*” (Ruiz y Kuri, 2016: 205). Ahora, está la pandemia actual que se vive a nivel mundial causada por el virus SARS-CoV-2, mejor conocido como *Coronavirus* o Covid-19, “*declarado como pandemia en marzo de 2020*” (Díaz y Toro, 2020:183). Su sintomatología es compleja, como veremos a continuación:

El curso de la Covid-19 es variable y va desde la infección asintomática, hasta la neumonía grave que requiere ventilación aislada y es frecuentemente fatal. [...]. Los síntomas más comunes son: fiebre y tos, donde la primera puede ser alta y prolongada; la tos puede ser seca o prosectiva. También se presentan dolores de cabeza, fatiga, dolor en la garganta, congestión nasal y rinorrea, alteraciones de los sentidos del gusto (ageusia) y del olfato (anosmia). Algunos pacientes también registran malestares intestinales, como, por ejemplo: náuseas, vómitos, dolor de estómago o algunos trastornos alimenticios (sucede porque hay una mayor carga viral en la materia fecal) (Díaz y Toro: 2020: 193).

³⁷ El virus se propaga a través de gotículas expulsadas al momento de habla, estornudar o toser, y puede sobrevivir entre 48 y 72 horas en superficies lisas y porosas, la persona desarrollará síntomas entre 1-4 días después de contraer el virus (Ruiz y Kuri, 2016: 207).

Siendo esta una tesis que se desarrolla análoga al caminar del Covid-19 por el mundo, pudimos darnos cuenta que, al igual que en las pandemias anteriores, hay también cambios significativos en la forma de concebir, tratar y acercarse a los *lugares de y para la muerte*; además, han cambiado también, las formas de celebrar las exequias funerarias a fin de contener los contagios.

En cuanto al tratamiento de los restos mortales, recordemos que, en el siglo pasado, la incineración comenzaba a usarse nuevamente después de haber sido una práctica funeraria prohibida durante varios siglos y, en lo que respecta a la pandemia por Covid-19, uno pensaría que para no revivir viejos problemas en torno a la falta de espacios en los cementerios y que las inhumaciones implicaran riesgos que atenten contra la salud de los demás, se establecería desde un principio que la incineración fuera la forma correcta de tratamiento de los restos mortales. Sin embargo, pensar en la incineración como alternativa de desasimiento de los restos mortales, vino después de que se presentara un colapso respecto a los espacios disponibles en los cementerios. Además, no toda la gente recibe de manera cómoda ese tipo de práctica de desapego de los restos mortales de sus seres queridos, pero para las personas que fallecían a causa de Covid-19 estrictamente debían ser incineradas.

Ahora bien, en lo que concierne a las celebraciones de algunas exequias fúnebres, también se estipularon ciertos lineamientos que debían seguirse de manera estricta para evitar los contagios. Los rituales funerarios ya no podían celebrarse como la tradición lo dictaba, por ejemplo: ya no podía contarse con la asistencia de personas en un ambiente de convivencia encaminada al apoyo, ni celebrarse las misas dentro de las Iglesias.

Sin embargo, el uso de la tecnología, nos ha permitido en este contexto de crisis sanitaria, no perder contacto con los demás, pues sabemos de los otros a través de las redes sociales virtuales. En lo que va de la pandemia, cuando nosotros abrimos nuestras plataformas de comunicación virtual como Facebook, WhatsApp, Twitter o Instagram —por mencionar algunos— somos testigos de las ausencias que va dejando la pandemia. De alguna manera, los dolientes han encontrado en

las redes sociales virtuales un ambiente que les genera la confianza de compartir con los demás el duelo por el que están pasando, así como compartir algunas exequias funerarias a través de plataformas audiovisuales que permitan a los usuarios estar presentes en una reunión a pesar de la distancia física; así, se crean pequeñas comunidades en torno a los comentarios que surgen de alguna publicación, de algún video o de una foto en donde se escriben mensajes de apoyo y acompañamiento.

Por otra parte, el hogar se vuelve un lugar de suma importancia, muchas veces invisibilizado por su capacidad de contener un sinfín de cosas o problemáticas...

Haciendo una comparación del siglo XX con el siglo XXI en cuanto al tema de las incineraciones, recordemos que en el siglo XX las *urnas*³⁸ con las cenizas podían ser dejadas en nichos construidos en los cementerios o en las iglesias, pero para el siglo en el que nos encontramos, esta práctica no puede ser efectuada, así que se sugiere colocar un *altar* dentro del hogar para conmemorar a los difuntos, a este periodo le hemos llamado la *domesticación* de la muerte, y a veces pasando ésta por un proceso de *digitovirtualización*. Si hacemos un viaje al pasado y regresamos al primer tema de este capítulo, veremos que en el México prehispánico —del postclásico y en la zona centro de Mesoamérica— esta práctica era la habitual para el desahogo de los restos mortales, así que en este siglo no sería la primera vez que se *domestica* a la muerte.

³⁸ Las urnas funerarias o para cenizas son contenedores elaborados de distintos materiales para poner en su interior las cenizas de un difunto, las hay de distintos tamaños y formas.

1.8 ¿Qué tiene que ver la *memoria* respecto a las crisis en los *lugares de y para la muerte* en relación a las pandemias y epidemias en la Ciudad de México?

Hablar de la convergencia entre la muerte y la memoria se vuelve de suma importancia para poder explicar la funcionalidad principal de los rituales funerarios, éstos últimos son parte fundamental de la identidad de una comunidad, ya que se tratan de procesos reglamentados culturalmente, pero que tienen sentido a través de la memorialización social, muchas veces manifiesta bajo las lógicas de las diferentes cosmologías religiosas en todo el mundo. Durante nuestra investigación a este fenómeno le llamaremos: “*memoria autorizada*” (Candau, 2006: 105).

Para comenzar, mencionaremos que los ritos funerarios operan en diferentes perspectivas que, la autora Delci Torres describe en su texto “*Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas*” (2006); las funciones que ella propone son las siguientes:

1. Funciones sociológicas: “*Los lazos de solidaridad que se establecen entre los deudos del difunto y sus allegados. [...] Permite estrechar vínculos de fraternidad y de apoyo para superar el dolor por la pérdida del ser querido*” (Torres, 2006, 111).
2. Funciones antropológicas: “*Aluden al mito que se escenifica con el rito. [...] lograr la trascendencia de una vida terrena a una divina, promover el descanso del alma del fallecido, facilitar la reencarnación del difunto y mitigar el dolor de los familiares*” (Torres, 2006, 111).
3. Funciones psicológicas: “*Atenuación de los múltiples sentimientos de negación que advienen con la muerte*” (Torres, 2006, 111).

Dicho lo anterior, y complementando los aportes teóricos de la autora, proponemos en esta investigación que la racionalidad de estas celebraciones solemnes en honor a los difuntos, consisten en reconstruir la presencia de éstos dentro del plano terrenal, pues son los mitos religiosos panoramas esperanzadores que nos llevan a creer en posibles reencarnaciones y reencuentros en un futuro lejano o próximo. De igual manera, y éstos a su vez, tienen como objeto, el prolongar

la estancia de la personalidad del fallecido dentro de la memoria colectiva de cada familia y de cada individuo.

Todas las prácticas funerarias que conciernen a los procesos de morir, muerte y duelo, no son más que otras de las tantas representaciones culturales de nosotros mismos. El tratamiento que le damos a nuestros muertos habla mucho acerca de nuestra identidad cultural. Y en resumen, si tratáramos *“el morir como suceso vacío”* (González, 2021: 3) impidiendo los lazos de solidaridad que surgen del acompañamiento, ya sea en el lecho de muerte o a los dolientes que están viviendo la tragedia de perder a un ser querido y, además, no simbolizamos la muerte *“a través de mitos y los actuamos en rituales”* (González, 2021: 3), estaríamos coartando la funcionalidad antropológica y sociológica de los ritos funerarios que, de alguna manera, tratan de dar esa esperanza y alivio al miedo de la pérdida perpetua; y también es importante entender que del duelo —entendido éste como *“un proceso emotivo que le da continuidad a la presencia de un ser querido que ha fallecido”* (González, 2021: 3)— surge todo este interés sentimental que hace que los individuos establezcan lazos de acompañamiento, o que de manera individual, traten de reestructurar sus vidas después de la pérdida.

El duelo es importante porque ahí se contienen nuestros afectos en reciprocidad con la comunidad a la que pertenecemos —por ejemplo, la familia—, pero también los afectos que le guardamos a quién ya falleció. A veces cuantificar el dolor del duelo se responde justo con la reciprocidad afectiva y emocional que se estableció durante la convivencia con un ser querido, sin embargo, cada una de estas funciones que tienen los rituales no son más que otros de los tantos trabajos de memoria que realizamos diariamente para no perder nuestra identidad ya sea social, colectiva o individual y, a su vez, la memoria adoctrinada por la cultura a la que pertenecemos, que es la que autoriza; y entendamos que memorizar es inmortalizar-nos.

Después de realizado el andamiaje histórico referente a los *lugares de y para la muerte*, hemos visto cómo *“las prácticas funerarias han sido múltiples y diversas, lo mismo que la forma de preservar los restos mortales”* (Herrera, 2013: 115), o sea

que *“no solo implica un cambio de lugar, implica también cambios en la forma de practicar, de vivir, de significar estos lugares”* (Velásquez, 2010: 29) y, a su vez, *“este cambio de ‘lugar institucional’ de la muerte trae consigo otras formas de verla, practicarla y asumirla, es decir, pasar de las iglesias como lugar central para enterrar a los muertos, a los cementerios tradicionales (católicos, libres, universales, privados), posteriormente a los parques-cementerios y a los hornos crematorios”* (Velásquez, 2010: 29). Sin embargo, con la crisis sanitaria actual de coronavirus, han surgido dos nuevos lugares en donde se llevan a cabo celebraciones fúnebres, tal es el caso del hogar como recinto mortuario y las plataformas virtuales, éstas a veces como museos para la remembranza de algunos momentos compartidos por una comunidad y transmitirlos a otra o a otras.

Como se ha dicho, podemos ver que durante esta pandemia, también se hicieron presentes los cambios morfológicos y fisiológicos tanto de los lugares *de y para* la muerte y, al mismo tiempo, la ejecución de los rituales funerarios, fracturando así las celebraciones tradicionales llevadas a cabo por instituciones como la iglesia y relegando la profesionalización e institucionalización que administraban el proceso de morir, la muerte y el duelo, pues actualmente, se están poniendo a prueba los saberes, los conocimientos y los sentimientos de los propios dolientes quienes son ahora los que capitanean u organizan las exequias fúnebres.

En los siguientes capítulos ejemplificaremos con algunos casos etnográficos los cambios que las prácticas funerarias, la morada y desahogo de los restos mortales han tenido durante la pandemia por Covid-19. Además de entender cómo se compone un lugar de la memoria, pues quizá sea necesaria la ritualización de algún suceso —este hecho de vivirlo y re-vivirlo siguiendo ciertas líneas temporales— y así perpetuar la memorialización y transmisión de eventos a otras generaciones, inspirando en éstas, sentimientos de arraigo respecto al lugar por la contención afectiva que los ancla en un círculo vicioso de evitar olvidar a sus seres queridos, o más bien para no olvidarse de sí mismos.

Capítulo 2. El enfrentamiento con el morir: El cuidado como trabajo de la memoria para la contención de los afectos

En el presente capítulo recopilaremos la historia de vida de la Sra. Julia a través de entrevistar a una de sus hijas. Posteriormente se profundizará teóricamente en la racionalidad de cuidar a un ser querido y cómo esto se relaciona con la memoria.

La segunda sección del capítulo tiene que ver con la descripción del *cementerio tradicional* (municipal) como *lugar* institucional *de* y *para* la muerte y contenedor de la memoria social, además de transcribir algunas experiencias que se relacionan con las visitas al cementerio desde la inhumación hasta la conmemoración de algunas fechas importantes para la familia, por ejemplo: el “Día de Muertos” o el Aniversario luctuoso.

En la tercera sección del capítulo, se reseñarán algunos de los rituales funerarios y veremos que el propósito de éstos es reconstruir la presencia de la Sra. Julia dentro de la familia aún después de la muerte, en este incansable ejercicio de memoria para perpetuar su estancia en la familia e impedir la desunión de la misma.

De igual manera, se retomará la funcionalidad de los *altares funerarios domésticos* y/o los *altares domésticos religiosos* como una especie de árboles genealógicos que evocan el pasado y el presente de una familia, pues se construyen para las *memorias del futuro*.

Por último, describiremos cuáles fueron los obstáculos que la familia de la Sra. Julia enfrentó para la realización de los rituales funerarios durante la pandemia por Covid-19.

2.1 Introducción: “Breve historia re-vivida” de la Sra. Julia



“¡Ay Julia!”

¡Qué porte tan exuberante!, ¿verdad?, tan vívido, con tanta calidez, con tantos matices, ¡uy sí!, de las primeras fotos que salían a color y que te las podían tomar en un estudio fotográfico. No era porque a blanco y negro desluciera quién era ella, pero la realidad es que muchas fotos se perdieron, y las que quedaron a veces eran muy difíciles de restaurar; sin embargo, esta fotografía es perfecta, hasta parece que ella los observa mientras leen estas líneas...

Fotografía 1. Es una fotografía del álbum

familiar de la Sra. Julia.

Una fotografía es profunda, ¿no lo creen?, y es que no solo es por la técnica de iluminación o el ángulo, sino porque tienen la característica de detener el tiempo, o más bien, de detener un recuerdo a través del tiempo, son como una “lata” de conserva de las memorias.

La Sra. Rosenda, una de las hijas de la Sra. Julia de Guevara Hernández, nos contó la historia de vida de su madre en una breve entrevista que tuvimos:

La Sra. Julia nació el 5 de diciembre de 1942 en el pueblo de “El Rosario” en el Estado de Tlaxcala, México. Fue la primogénita del segundo matrimonio del Sr.

Antonio de Guevara³⁹ de hecho, se robó a quién sería su mujer, a la Sra. Manuela —la madre de la Sra. Julia—, quien tuvo un destino desafortunado con el padre de sus siete hijos⁴⁰, ya que, el Sr. Antonio bebía mucho en un lugar llamado “El Tinacal⁴¹” —que era una pulquería— y, debido al estado de ebriedad se comportaba de una manera violenta con su mujer.

La Sra. Julia fue recibida por una partera al momento del alumbramiento, así se acostumbraba antes. A parte de la poca cantidad de hospitales, y la lejanía de éstos con los pueblos, la gente les tenía desconfianza a esos lugares.

Como la Sra. Manuela aún estaba convaleciente de su embarazo, el Sr. Antonio fue solo a registrar a la niña; de hecho, cuando asistió al registro civil también iba en estado de ebriedad. Este señor tenía un “secreto” ... Tenía una novia de nombre “Julia” a la quería muchísimo, por esa razón le puso ese nombre a la primogénita que tuvo con la Sra. Manuela y, además, registró a la niña como únicamente suya e hija de madre desconocida. Y es que, a pesar de ser un secreto, la Sra. Manuela terminó por enterarse de la infidelidad de su marido porque tiempo después ella fue junto con él al registro civil para registrar a su hija, cuyo nombre fue: “María Cristina”, sin embargo, una trabajadora le dijo al señor que a esa niña ya la habían registrado y su nombre era: “Julia de Guevara”, así que tuvieron que ir con otras autoridades y hacer perdediza la segunda acta de nacimiento, el nombre de “María Cristina” quedaba olvidado.

La Sra. Rosenda me dijo que en el pueblo todo se sabía, así que por eso la Sra. Manuela —su abuela— se enteró de que el Sr. Antonio sostenía una relación extramarital con la “tal” Julia y, a partir de ese momento, la Sra. Julia vivió el desamor de su propia madre...

La Sra. Rosenda recuerda que su madre —la Sra. Julia—, le contaba que la Sra. Manuela desde que ella tenía cinco años la ponía a matar pollos y gallinas; eso

³⁹ Hijo de padres españoles. Era un hombre alto, rubio y de unos hermosos ojos azules.

⁴⁰ En orden de nacimiento: La Sra. Julia, Matías, Estela, Teresa, Celia, Clemente y Gaudencio.

⁴¹ Le pregunté a la Sra. Rosenda por qué ese lugar se llamaba así, ella me comentó que antes, en las pulquerías, había un barril o tinaco que almacenaba el pulque y que ahí mismo llevaba su proceso de fermentación; el barril tenía una llave que abrían para servir el pulque en los jarrones.

era algo que a ella no le gustaba hacer. Además, también desempeñaba otras tareas domésticas a su corta edad, como: calentar tortillas, hacer la comida, hacer el aseo de la casa, cuidar de los animales e incluso hacerse cargo de sus hermanos pequeños.

Un *recuerdo triste* que la Sra. Julia tenía de su madre era que ésta le pegaba en la cabeza con palos, ella no entendía por qué su madre le pegaba siempre ahí, ella tenía más partes del cuerpo, no nada más la cabeza... Con base en esta experiencia, la Sra. Julia vivió una situación incómoda con “una gallina desobediente”, por más que la arriaba con un palo de madera no quería entrar al corral, así que para que entendiera le dio un palazo en la cabeza pues, pensaba que, si su madre lo hacía con ella, igual y con la gallina resultaba... Sin embargo, la Sra. Julia mató a la gallina, así que para que no la regañaran hizo un caldo de gallina para recibir a sus padres que venían de trabajar, de esa manera que quedó libre de cualquier regaño y golpes.

Cuando la Sra. Julia tenía 10 años quedó huérfana de padre. El Sr. Antonio de Guevara falleció a causa del alcoholismo. A partir de ese momento, las tareas domésticas para la Sra. Julia se intensificaron a pesar de su corta edad, porque su madre tenía que salir a trabajar vendiendo algunas cosechas o animales.

Después de cuatro años, la Sra. Hilaria —tía de la Sra. Julia—, fue a visitar a su hermana la Sra. Manuela. Hilaria le propuso a su hermana que le diera a Julia para que pudiera llevar una vida adecuada de cualquier niña de su edad; para que pudiera ir a la escuela y dedicarse solamente a estudiar, pero las cosas no fueron así... La Sra. Hilaria tenía a la pequeña Julia como “sirvienta⁴²” en su casa y, además, consiguió meterla en otra casa a trabajar también como “sirvienta”. Hilaria no remuneraba el trabajo que hacía su sobrina en su casa y, además su tía le quita a Julia el dinero que le pagaban por trabajar en la otra casa.

⁴² Recordemos que es una historia de vida que se ambienta en los años de 1956 y era común que se les denominara de esta manera a las trabajadoras domésticas. Actualmente es un concepto de connotaciones peyorativas y que invisibiliza el trabajo que, en su mayoría, desempeñan mujeres; pues, la referencia de “servir” hace que las mujeres se conviertan en objetos con calidad y vigencia, al igual que los trabajos que ellas produzcan.

A los 16 años, Julia entró a trabajar a una cocina económica en el Mercado de Tacuba en la Ciudad de México; y con un poco más de confianza, Julia le contó a la dueña de esa cocina cómo era maltratada por su tía Hilaria.

Un día, Julia tenía que repartir una comida a una fábrica, ahí se encontró con un señor llamado Pedro que, más o menos, le llevaría uno 20 años. Don Pedro la metió a la fábrica y la convirtió en “su mujer⁴³”. Don Pedro lleva a Julia a vivir con una de sus tías y rentan un cuarto para que puedan estar ellos solos ya como una pequeña familia. Así fue como Julia se separó de su tía Hilaria para vivir con Don Pedro.

La tía de Don Pedro tenía como negocio un comedor en su casa y Julia le ayudaba a atenderlo y a hacer de comer. Según lo que le contó la Sra. Julia a su hija Rosenda, la tía de Pedro siempre fue muy buena con ella; de hecho, cuando Julia salió embarazada, la dejaba descansar y después cuidar un rato de sus hijas. Don Pedro y la Sra. Julia tuvieron dos hijas: Mary y Meche. Fue difícil para Julia cuidar de dos niñas a su corta edad, pero trataba de buscar soluciones, para cuidar de ellas, y a la tía de Pedro no le molestaba que Julia cuidara a sus hijas en horario de trabajo. Don Pedro se iba por varios días, a tal punto que cada vez la visitaba menos.

Una vez Don Pedro y la joven Julia fueron al registro civil para registrar a las niñas. Estaban formados en una fila cuando de pronto Pedro cruzó miradas con otra señora, Julia se dio cuenta de eso porque Pedro se inquietó, luego él se salió de la fila y agarró camino a quién sabe dónde, solamente su silueta se veía cada vez más pequeña... Esa señora que inquietó a Don Pedro se acercó a Julia y le contó que ese señor con el que venía ya era casado, que tenía muchos hijos, y Julia después de ese día, no volvió ver a Don Pedro. A pesar de esta separación con Pedro, la tía de este señor nunca la dejó sola, posiblemente porque se sentía culpable por las

⁴³Esta era una expresión que hacía referencia al momento en el cual una mujer se entregaba a un hombre, es decir, que tenía relaciones sexuales. Tener intimidad con alguien -en algunos casos- era sinónimo de posesión y de crearse un lazo de unión como de un matrimonio, aunque no estuvieran legalmente casados. Si como mujer te entregabas a un hombre, no podrías entregarte a otro.

acciones de su sobrino de las cuales ella tenía conocimiento pero que ella calló para no complicar la vida de Pedro.

Cuando Julia tenía 21 años conoció inesperadamente a un señor llamado Luis; él fue de vista a la casa de la tía de Don Pedro. Julia no se encontraba en casa, había salido rápidamente a un mandado. Cuando ella regresó fue a ver a sus hijas y, ahí, se encontró con un señor que estaba cargando a sus pequeñas Mary y Meche. Él le dijo que podía ir a trabajar sin pendiente de sus hijas, que mientras él estuviera ahí las iba a cuidar. Julia se enteró que Pedro y Luis eran primos, que Luis vivía en Hidalgo, pero vino a la Ciudad de México porque estaba recién separado de su esposa. Con el tiempo, la tía de Pedro y Luis se dio cuenta de que éste último empezaba a sentir atracción por Julia, y que ella no le era del todo indiferente, así que se disgustó y le advirtió a Julia que si le correspondía a Luis ella se tendría que ir de la casa.

Y es que, aunque Julia no le correspondió a Luis, ella prefirió irse de la casa de la tía de Pedro para evitar problemas. Entonces, ella llega a la casa de Ema, quien era su comadre. Ema era una mujer muy bondadosa, y solo vivía con su madre que, en carácter, era todo lo contrario a Ema. A pesar de los buenos tratos de Ema, y que Julia aportaba el trabajo doméstico en la casa, la mamá de Ema siempre la trató muy mal a escondidas de su hija. Ema era “cultora de belleza⁴⁴”, y a veces estaba todo el día en el salón de belleza, así que no podía darse cuenta de cómo su madre maltrataba a Julia. A pesar de todo, Julia y Ema siempre se consideraron como hermanas.

Para sorpresa de Julia, Luis la siguió buscando hasta encontrarla... Julia decidió hacer vida con él, a pesar de que él era mayor que ella por 15 años aproximadamente. Luis fue quien se hizo responsable de todos los gastos y no dejaba que Julia trabajara, solo quería que ella se hiciera cargo de sus hijas, del hogar y de los hijos que vinieran después. Julia siempre le tenía la comida hecha y la casa limpia; ellos no vivían con tantos lujos, pero vivían felices y tranquilos. El Sr.

⁴⁴ El nombre para la profesión que desempeñaba la Sra. Ema ha caído en desuso, ahora es más común que se les llame: “estilistas”.

Luis siempre fue muy respetuoso con ella, y ella con él, se querían mucho y eran muy buen equipo. No era un hombre que tomara y mucho menos le pegara a Julia; su vicio era el tabaco. Luis siempre procuró a su familia y la mantuvo desempeñando trabajos de jardinería en la “Vidriera México”.

Con el tiempo llegaron más hijos, así nació Luis -el primogénito del Sr. Luis y la Sra. Julia-, después nació “Beto” (Roberto), “Rosy” (Rosenda) -la primogénita del Sr. Luis-, “El seco” (Esteban), “La nena” (Malena) y “Gera” (Gerardo). El hecho de que la familia se extendiera, llevó al Sr. Luis a comprar un terreno para vivir mejor, y poco a poco ir construyendo la casa.

Sin embargo, Julia se metió a trabajar a escondidas de Luis, porque ella quería contribuir a construir la casa y así acelerar la construcción y aligerarle los gastos y las presiones a su pareja, pero cuando él se enteró se enojó, pero Julia le explicó sus razones y él aceptó que ella también quisiera trabajar para que juntos hicieran un patrimonio para sus hijos.

Cuando la Sra. Julia tenía 32 años enfrentaría uno de las más grandes tragedias de su vida, ya que Luis, su compañero de vida y padre de sus hijos, fue asesinado. Lamentablemente lo atropellaron debido a una apuesta con uno de sus conocidos, no fue una apuesta de dinero, sino una apuesta por un partido de fútbol... La Sra. Julia enfrentaba la vida sola junto a sus ocho hijos.

La Sra. Rosenda me contó que, sin duda, el fallecimiento de su padre afectó a todos de alguna u otra manera, pero que su hermano Luis, quien fue el primogénito del Sr. Luis, se vio severamente afectado por la pérdida, debido a que incluso, compartió algunas horas de trabajo con su papá. Después de unos días del sepelio, el joven Luis perdería paulatinamente la vista sin alguna “razón” aparente. La entonces pequeña Rosy (Rosenda) recuerda que todos sus hijos se despidieron dándole un beso al ataúd de su padre, pero ella no quiso porque quería recordarlo siempre con vida, no quiso que la imagen de su padre muerto se quedara en su mente...

Pasaron tres años de la muerte del Sr. Luis. Fueron tiempos difíciles, en donde el carácter de la Sra. Julia se “endureció” y, además, tenía que desempeñar jornadas de trabajo exhaustivas, a veces, hasta triples; trabajaba en dos o tres casas de familias adineradas haciendo labores domésticas y de cuidado. Cuando llegaba a su casa apenas tenía tiempo de poder hacer algo para comer y casi no había tiempo para compartir con sus hijos. Rosy desde muy pequeña tuvo que hacerse cargo de las tareas domésticas del hogar, pues hacía la comida, cuidaba a sus hermanitos, a veces lavaba, hacía el aseo y también estudiaba.

Antes de morir, el Sr. Luis y la Sra. Julia hicieron algunas celebraciones para sus hijos, entre ellas están: XV años, primera comunión, confirmación y bautismo; Don Flumencio se convirtió en padrino de todos los hijos del Sr. Luis, pero cuando él falleció, el compadre Flumencio se acercó a Julia para brindarle su apoyo.

Julia comenzó a arreglar trámites para poder cobrar la pensión de su esposo y algunos seguros. Eran tiempos en los que el dinero no faltaba tanto y la casa se empezó a construir más rápido. Rosy y sus hermanos a pesar de que estaban pequeños ayudaron incluso con el transporte de los materiales de construcción, me dijo que eran como hormiguitas construyendo su casa.

Ahora a la vida de la familia de la Sra. Julia llegaba un señor llamado Sergio, él conoció al Sr. Luis desde que eran pequeños, pues crecieron juntos en un orfanato. A Luis lo adoptó uno de sus tíos, después de que perdiera a sus padres en un accidente; y a Sergio lo adoptó una familia adinerada. Siempre fueron muy buenos amigos y cuando Sergio se enteró de la muerte de su amigo, quiso ayudar a su familia. El Sr. Sergio apoyó económicamente a la Sra. Julia, y hasta les daba “su domingo⁴⁵” a los hijos de Luis y Julia.

Por otro lado, la Sra. Julia recibió el apoyo emocional de Don Flumencio, quien era su compadre, sin embargo, ambos comenzaron a sentir atracción. Cuando Julia acepta a Flumencio como pareja, el Sr. Sergio le quita todo el apoyo que le

⁴⁵ Cuando se es un niño, los padres o los padrinos acostumbran a dar cierta cantidad de dinero a sus hijos justo en los días “domingo”; puede que sea cada fin de semana o cada dos semanas. Los niños disponen de ese dinero para algunos pequeños gastos, en su mayoría algunas compras por gustos, ya sea comprar dulces o juguetes; incluso, algunos padres enseñan a sus hijos a ahorrar el dinero.

brindó durante aproximadamente tres años. Sergio argumentó que se sentía muy decepcionado de Julia porque *“no había respetado la memoria⁴⁶”* del Sr. Luis.

La Sra. Rosy recuerda a Don Flumencio como un señor comprensivo con todos los hijos de Julia, un señor que daba consejos y, que muchas veces, se comportaba como un padre para ellos; también era el único que podía contener el carácter tan fuerte de la Sra. Julia y quién le hacía cuestionar a la misma sus métodos de enseñanza en la educación de sus hijos. Era un señor tranquilo, que pensaba con la cabeza fría y no por impulso, se complementaban bien, quizá por ser polos opuestos. La elección de la Sra. Julia tuvo otra consecuencia, pues su hijo Luis se enfadó mucho, y la actitud con su madre cambió, se volvió un chico violento, serio, desconfiado y distante de la familia en general; le guardó mucho resentimiento a su madre y tomó una actitud similar a la que tomó el Sr. Sergio.

Por otro lado, con Don Flumencio, la Sra. Julia tuvo a dos hijos, uno de nombre Elías, quien murió a los 29 días de nacido por una gastroenteritis mal atendida y, por último, tuvo a “Chino” (Jesús). Julia decidió rehacer su vida. El contexto familiar en el que se encontraba era muy difícil, y Flumencio le ofreció ese apoyo anímico que necesitaba... Lo que me comentó la Sra. Rosy fue que Don Flumencio se convirtió en padrino de todos, porque quizá el Sr. Luis se había dado cuenta de las intenciones de Flumencio, así que para evitar “el peligro” decidió hacerlo su compadre.

Ya con el tiempo, Julia se dedicó a vender comida o dulces, en puestos propios; posteriormente, instaló su propio local de comida, a un lado de su casa.

Como madre fue una mujer de carácter fuerte; una persona posesiva a la que le costaba mucho desprenderse de lo que ella tenía o sentía como suyo, no solamente cosas materiales, incluso de sus propios hijos. Como toda madre, les dio consejos a sus hijos y, en medida de lo posible, trató de que no les faltara nada, pero al mismo tiempo, dejar que sus hijos también se esforzaran por cuenta propia,

⁴⁶ “Guardar la memoria” es una expresión común que hace referencia a respetar el luto por alguna o algunas personas. “Guardar y guardarse” es una expresión que limita a hacer ciertas cosas que no vayan encaminadas al respeto de un difunto.

que no dependieran tanto de ella, porque no podía estar tanto tiempo con ellos debido al trabajo excesivo que ella realizaba para mantener a toda su familia.

Era una madre y en general una persona con una personalidad bastante peculiar, era muy sincera, aunque a veces las realidades dolieran o fuera muy cruda la manera en que ella las decía, sin embargo, al menos para la Sra. Rosy, el hecho de que su madre fuera así la hizo tener un carácter fuerte y con una personalidad propia en donde no dependió de nadie para poder alcanzar sus objetivos.

La Sra. Julia se caracterizó también por tener mal humor de forma constante, o quizás prolongada, pero ella así era, quizá por la infancia tan sufrida que vivió; por vivir desde muy pequeña violencia doméstica y, además, matar a las gallinas cuando apenas era una niña, lo cual nunca le gustó hacer...

Entre otras cosas, la Sra. Julia cuando era solo una niña, le llamaba mucho la atención observar las actividades que la partera —que era la señora que la había traído al mundo— desempeñaba en el pueblo. Esa admiración la llevó a desarrollar habilidades como: curar a la gente, dar masajes y recetar remedios caseros para curar enfermedades. Ella nunca cobró a la gente que asistía con ella para aliviar sus padecimientos; siempre tuvo la idea de que, si cobraba por ello, perdería el “don” -talento- que Dios le había regalado. Ella llegó a curar desde esguinces hasta la esterilidad de algunas mujeres. La Sra. Julia además de atender su local de comida, también ofreció sus servicios gratuitos para curar a la gente.

La Sra. Julia cuando se enojaba hacía gestos de disgusto, como: voltear los labios y girar los ojos hacia arriba. Cuando las causas estaban perdidas era común que ella siempre dijera: *“Pues ya pasó, ¿ya qué quieres hacer?”* en un tono sarcástico. También le gustaba coleccionar figuras de cerámica o de resina; en especial era coleccionista de cosas que hacían alusión a vacas, ella tuvo tazas, platos, especieros y hasta un pastel de cumpleaños que tenía una vaca hecha con betún que le mandó a hacer su hijo “Gera” junto con su esposa “Juanita”.

También, cuando algún miembro de la familia comenta recetas de curación mediante plantas medicinales o masajean a otros mostrando las mismas aptitudes,

actitudes y aficiones, no les queda más que decir “¡Ay Julia!”, con esta expresión no solo dejan ver el parentesco que tienen como miembros pertenecientes a una familia, sino la forma en la cual recuerdan a la Sra. Julia. De esta manera, existen frases como “referentes” que evocan momentos de la familia; son frases en las que, de forma inmediata, hacen que devengan un cúmulo de recuerdos, en este caso, recuerdos sobre quién fue la Sra. Julia.

Como pudimos ver a lo largo de la historia re-vivida de la Sra. Julia, las situaciones se comportan como andamiajes que construyen la personalidad de un individuo; situaciones que se viven en colectivo, interactuando en distintos sustratos sociales como la familia en donde se nace y la que se construye como propia, o el trabajo, la escuela y hasta la ciudad misma.

2.1.1 Memoria colectiva y memoria individual: Los cuidados paliativos de la Sra. Julia y los trabajos de la memoria como productores del “yo”

*“Yo he sufrido tanto por tu ausencia,
Desde ese día hasta hoy no soy feliz;
Y aunque tengo tranquila mi conciencia,
Sé que pude haber yo hecho más por ti”*
—Alberto Aguilera Valadez⁴⁷, *Amor Eterno*.

En esta sección de la investigación, hablaremos sobre cómo la familia de la Sra. Julia afrontó el proceso de su enfermedad antes de que ella falleciera, es decir, cuáles fueron las experiencias que tuvieron cuando tenían la responsabilidad de su cuidado. Por otro lado, se mostrará cómo al ser humano enfermo o convaleciente,

⁴⁷ Es un cantautor mexicano muy popular mejor conocido por el nombre de Juan Gabriel. La letra referenciada es una estrofa de la canción “Amor eterno”, la cual, él escribió para su madre cuando ésta falleció.

cuando lo invade el presentimiento y la angustia de que su muerte está demasiado próxima, realiza trabajos exhaustivos de memoria que consisten en evocar sus propios recuerdos y, a su vez, los comparte con sus receptores más cercanos: las personas que se encargan de sus cuidados.

Hay muchos factores que nos hacen pensar que el proceso de vida de una persona ha llegado a su límite⁴⁸, por ejemplo: ser una persona de la tercera edad o tener una enfermedad muy grave y, asumir *el morir*, al menos en este contexto, hace que la gente que comparte con el enfermo sus últimos días de vida también realice junto con él *trabajos de la memoria*, haciendo una antología de recuerdos que éste le transmite, y de cierto modo, como trasfondo de ello, hay una producción evocativa del “yo” y del “nosotros” ya sea como individuos o como seres socialmente divisibles.

Ahora bien, en este sentido, la memoria no puede entenderse sin *transmisión*, pues “*el concepto transmisión es nuclear en cualquier enfoque antropológico de la memoria*” (Candau, 2006: 107) y tiene mucho que ver con la concepción de heredar “algo” dentro de una sociedad en específico. *Transmisión* significa conservación y mantenimiento y, a través de ello, almacenar y difundir los saberes entre sujetos pertenecientes a una colectividad. A pesar de transmitir lo heredado y heredar después a otras generaciones, los recuerdos no quedan exentos de sufrir metamorfosis. Aseguramos que ningún recuerdo es exacto al suceso real. El hecho de *transmitir* genera una identidad compartida pero también una identidad individual.

La transmisión se entiende mediante intercambios de productos sociales: como “... *conjunto de relaciones que implican actos de dar y recibir*” (Calderón, 2018: 21). Los intercambios permiten la extensión de los vínculos afectivos, reproducir saberes, traspasar roles sociales, etc.; en este sentido, los *cuidados* también se vuelven objetos de intercambio.

⁴⁸ Aquí nos estamos refiriendo a un proceso de muerte “natural”, alejándonos un poco sobre las muertes por accidentes, asesinatos o suicidios.

Los familiares de la Sra. Julia que vivieron de cerca sus últimos días de vida son sujetos importantes para transmitir a los demás los conocimientos y saberes que adquirieron de esta experiencia de cuidar a un enfermo y del cuidado mutuo que se estableció entre ellos —enfermo y cuidadores—, pero también de autocuidado que se procuraban a sí mismos (Garcés y Giraldo, 2013: 189).

La remembranza de estas situaciones difíciles de crisis familiar no es una tarea sencilla, porque hay entrecruces espacio-temporales de los sucesos, pero podríamos sugerir que, los cuidadores como espectadores de los padecimientos físicos y anímicos de su familiar desmejorado, captan de manera diaria cada información que le sugiere el contexto trágico. Hay acontecimientos verdaderamente imposibles de evocar por miedo a volver a sentir dolor, es decir, que a veces hay recuerdos que se evitan para no permear el presente y seguir adelante y recuerdos que se olvidan para transmitir a las *memorias del futuro* lo mejor de cada integrante de la familia.

Como experiencia de la investigación, el navegar a través de esta temática de enfrentar la muerte inminente de un familiar, resultaba casi imposible no generar en los familiares de la Sra. Julia algunos sentimientos como dolor o tristeza, puesto que recordaban momentos sumamente complicados dentro de la familia, sin embargo, también existieron instantes de felicidad cuando recordaban algunas anécdotas divertidas con la Sra. Julia debido a su sarcasmo. Hemos de decir que también, durante toda esta reestructuración memorial que surge al enfrentar *el morir* de un familiar, algunos recuerdos transmutan para quizá recordar lo mejor de ellos, olvidando convenientemente lo que pudo doler o afectar, y esta abstracción memorial es parte del cuidado de sí, pero también del cuidado de los otros, de los que quedan, de los que vienen y de los que se van cuando la muerte les alcanza.

El cuidado de sí mismo no es una práctica con la que nacemos sabiendo cómo hacerla, ya que los cuidados de uno mismo los aprendemos porque otros nos enseñan cómo hacerlo, así nos transmiten sus experiencias. Cuando somos pequeños no nos damos cuenta de esta capacidad, no nos ocupamos de nosotros mismos porque otros se encargan de hacerlo; con el tiempo vamos adquiriendo

nuestro autoconocimiento a través del reconocimiento de nosotros mismos, sabemos nuestros alcances y nuestros límites físicos y mentales. Pero no siempre gozamos de esta capacidad de autocuidado; por ejemplo, cuando nos enfermamos dependemos de otros para que nos cuiden, y de esto no solo se encargan nuestros seres más allegados, ya que a veces dependemos de la profesionalización de cuidados que llevan a cabo las y los médicos, las y los enfermeros.

En el caso de la Sra. Julia una vez que la llevaron al hospital aproximadamente el día 16 de marzo de 2020, los doctores comunicaron que ya no era posible someterla a una cirugía —para operar los divertículos que tenía en los intestinos— debido a que su estado de salud ya estaba muy mermado por las muchas enfermedades físicas que padecía, entre ellas: hipertensión, diabetes y osteoporosis, una fractura en el tobillo y otra en la cadera, por ello siempre le dolía su pie, y necesitaba de algunos apoyos como bastón o andadera para caminar mejor. De hecho, ya en los últimos dos años, la Sra. Julia ya no podía mantenerse en pie, eso llevó a la familia a adaptar el espacio para que la Sra. Julia pudiera hacer algunas actividades y, también para facilitar los trabajos de cuidado. Ella también padecía depresión debido a su estado de salud y a la tristeza que le provocaba que sus hijos no fueran a verla frecuentemente.

Para estos meses, la pandemia por Covid-19 empezaba a extenderse por toda la República Mexicana —y el mundo— y, debido a que los doctores estaban conscientes de que en muy poco tiempo empezarían a internar a gente contagiada, les dijeron a los familiares de la Sra. Julia que lo mejor era llevarla a su casa y hacer *cuidados paliativos* pues, debido a la gravedad de los padecimientos de la Sra. Julia, era probable que ella ya no viviera mucho tiempo. Los *cuidados paliativos* se sugieren cuando un paciente está completamente desahuciado, donde ya no hay nada que hacer para que se recupere y es mejor cuidarlo en casa para aligerar la pena de estar en un hospital como sitio desconocido y sin la cercanía de su familia. Además, si le sumamos la presencia de un nuevo riesgo mortífero, los doctores prefirieron que ella estuviera en su casa y evitar que se contagiara de coronavirus, debido a que era bastante probable que pudiera contraer esa enfermedad a causa

de sus bajas defensas. La contención afectiva de este tipo de cuidados tiene una carga emocional sumamente intensa, los familiares tratan de estar en todo momento y cubrir las necesidades de su familiar que ahora también es su paciente.

La Sra. Julia murió en su casa el día 1° de abril del 2020 a las primeras horas del día entre las seis y siete de la mañana. Su hijo Gera estuvo con ella en su último aliento, ese hijo que la cuidó por tantos años. Gera vio como la vida de su madre se escapaba de entre sus manos... Después les hablaron a todos los hermanos para darles la noticia.

Antes de que la Sra. Julia falleciera, algunos de sus hijos le hacían videollamadas o le marcaban por teléfono para saber cómo estaba. La Sra. Rosy nos comentó que en una llamada que tuvo con su madre, se dio cuenta que a veces ya no hilaba bien las palabras o se quedaba en silencio, debido a los medicamentos tan fuertes que le aplicaban en el hospital para aliviar sus dolores, sin embargo, la Sra. Julia nunca olvidó detalles de cada uno de sus hijos.

“Yo admiro mucho el valor de mis hermanos. Yo también la cuidé un tiempo en mi casa junto con mis hijos, pero los doctores decían que debido a sus enfermedades no podían operarla de nada; desde entonces, fue asumir que la calidad de vida de mi mamá se iba a ir mermando con el paso del tiempo, a todos nos pasa eso ¿no?, solo que cuesta trabajo asumirlo. En ningún hospital la podrían operar, hay cosas que a los doctores se le salen de las manos. Cuando mi mamá se sintió mejor y quiso volver a su casa, poco a poco volvió a sentirse mal, y yo decidí ya no ir a verla porque no me hubiera gustado verla en ese grito de agonía. No sé si fue cobardía, pero no quería ponerme mal también. Yo heredé la hipertensión y no puedo pasar por emociones fuertes, porque no quería que mis hijos me vieran mal pues aún me necesitan. Estaba muy resentida con la vida, yo creo que ni a tu peor enemigo le desearías sufrir tanto en su lecho de muerte, así como sufrió mi madre a causa de sus tantas enfermedades. A veces solo le marcaba para saber cómo estaba, y si podía le mandaba dinero a mi hermano para apoyarlo con los medicamentos de mi mamá” (Sra. Rosy, en una entrevista el día 1 de julio de 2020)

Por otro lado, la Sra. Meche —hija de la Sra. Julia— y la Sra. Juanita —su nuera— que fueron unas de las cuidadoras en los últimos días de la Sra. Julia, nos

cuentan lo mal que la pasaron en esos momentos, ya que fue un proceso emocionalmente desgastante:

“Mi mami gritaba día y noche por el dolor, nos pedía que le diéramos su pastilla para el dolor, pero ya se la había tomado. Yo quería hacer de todo para aliviar su dolor, pero ya no podía hacer más, tampoco llenarla de medicamentos, todo el tiempo estaba como drogada” (Palabras dichas por la Sra. Meche en una plática que se dio en la familia el día 4 de abril de 2020, cuando la Sra. Meche contaba esto, lloró de coraje e impotencia).

“Yo quise apoyar a mi esposo con cuidar a su mamá, a mi suegra. Trataba de hacerle de comer lo que decía su dieta, pero no comía, por eso ya en sus últimos días tratamos de complacerla. Mi papá tuvo Alzheimer y yo sufría mucho viendo cómo su salud se iba deteriorando —en ese momento rodaron lagrimas por su rostro, pero las limpió para seguirnos contando—. Como ya tenía la experiencia de mi papá, yo sabía cómo poner pañales para adulto y monitoreaba los medicamentos para que se los tomara sus horas. Yo quería aligerar esos sentimientos de tristeza en mi esposo, por eso lo apoyaba en lo más que podía. Además, cuando estábamos solos, trataba de darle ánimos con palabras y abrazos; pero igual, cuando yo me quedaba sola pues no podía evitar sentirme mal y llorar. A nadie nos gusta ver a un familiar sufriendo, quieres hacer de todo para que ya no sufra, pero pues es la ley de la vida” (Palabras de la Sra. Juanita en una plática que se tuvo antes de celebrar la misa mensual para conmemorar el fallecimiento de la Sra. Julia, 1 de julio de 2020)

“Yo sentía bien feo de ver así a mi madre. Yo soy policía y luego ves cada persona que no valora su vida, y ahí te preguntas porqué a las personas que somos honestas y queremos a nuestros familiares nos pasan estas cosas —el Sr. Gera llora de coraje y con ese mismo coraje se limpia las lágrimas rápidamente—. Mi “jefa” —su madre— no debió sufrir tanto, no se lo merecía. Ahora que hacen todas estas celebraciones y que le rezan y todo, me da coraje porque ahora si pueden darse el tiempo de venir a la casa, ya para qué si ya no está, eso lo hubieran hecho en vida, ahorita ya no tiene caso. Ella no quería tanto el dinero para sus medicinas, yo podía ver de dónde lo sacaba, ella lo único que quería era que fueran a verla todos sus hijos” (Palabras dichas por el Sr. Gera en una entrevista que se tuvo antes de

celebrar la misa mensual para conmemorar el fallecimiento de la Sra. Julia, 1 de julio de 2020).

Después de transcribir los comentarios anteriores de algunos de sus allegados que fueron los que la cuidaron, podemos darnos cuenta de lo importantes que son los *cuidados de sí* y los cuidados para los demás, en un acto de reciprocidad. Sin embargo, no debemos dejar de lado los trabajos de memoria que transcurrieron durante esos tiempos difíciles.

Cuando la Sra. Juanita nos dice que ya ha pasado por un evento así, podemos ver que ya está adoctrinada en cuanto al tema de cuidados paliativos, y aunque la Sra. Meche también nos dijo que ha tenido experiencias de esa índole, le costaba mucho más trabajo cuidar a su madre por el dolor que le causaba ver su sufrimiento, esto tiene mucho que ver también con la categoría de parentesco que determina la relación con el finado (Bracho y Carmona, 2008: 17) y, por otro lado, el dolor que la muerte provoca tiene que ver justo con las vivencias positivas o negativas de los recuerdos compartidos y con los lazos afectivos que se establecieron e incluso, panoramas imaginados que tuvimos y sabemos que ya no van a cumplirse.

Cuando la Sra. Rosy creyó conveniente no asistir a ver a su madre porque tenía la certeza de que iba a apostar su salud al enfrentar la situación, nos dimos cuenta que no todos viven el proceso de enfermedad y cuidados de la misma manera. Sin embargo, ella nos cuenta que cuando cuidó de su madre siempre le tuvo mucha paciencia, porque cuando ella envejezca le gustaría que sus hijos la trataran bien. Cuando la cuidó aprendió muchas cosas, por ejemplo: supo cómo utilizar artefactos médicos para checar la presión arterial y los niveles de azúcar en sangre de su mamá. Cuando a veces se reúnen como familia comparten los mismos saberes, hablan a veces de marcas de medicamentos, y de cómo utilizan estos dispositivos para ellos mismos; cuando alguien se pone mal en la familia, incluso hasta los más pequeños saben cómo utilizarlos, como Alita, la nieta más pequeña de la Sra. Julia.

La familia se ha creado una memoria colectiva previa y posterior a la muerte de la Sra. Julia y retomando a el autor Maurice Halbwachs, tanto la memoria colectiva como la memoria autobiográfica —o individual— no podrían pensarse como dos pares dicotómicos, ya que ambas funcionan y se transmiten mediante “*marcos sociales*”, es decir, intercambio y transmisión de saberes memorizados con otros miembros del grupo, algo así como:

...naciones heredadas, tradiciones de pensamiento; en suma, son esquemas mentales que orientan la percepción y el recuerdo. Los marcos sociales [...] forman parte de un orden colectivo simbólico y solo dentro de ese orden pueden recordar y darle sentido al pasado (Halbwachs en Saban, 2020: 382),

en aras de encaminar una *memoria* con mirada hacia el *futuro*.

2.1.2 “La buena memoria” vs el olvido: Intercambio de cuidados como acto de gratitud transgeneracional

En la siguiente sección del capítulo dos, ahondaremos en el tema de la “*buena memoria*” no solo desde el vértice fisiológico comprendiendo las características funcionales de ésta como “*una actividad compleja que, [...] conserva, transmite, olvida, abandona, expulsa, destruye, censura, embellece o sublima el pasado*” (Candau, 2006: 89), sino que también, trataremos a la “*buena memoria*” desde una connotación moral que no es otra cosa que el hecho mismo de devolver a otros lo que me han transmitido, ya sean recuerdos, saberes, afectos y cuidados como un acto de gratitud transgeneracional.

Los cuidados también se intercambian, e intercambiarlos significa no olvidarse de uno mismo y de los demás, se vuelven un acto de dar, recibir y devolver. Cuidar de otros es porque ellos lo necesitan, muchas veces por estar en un estado o situación de vulnerabilidad, y cuidamos de otros porque algún día nosotros también lo necesitaremos, es como prever a través de otro u otros el cuidado de sí mismo; de esta manera, cuidar de otros se vuelve, metafóricamente,

un acto de cultivar para cosechar; en donde, el “sustrato” social más próximo para dar e inculcar cuidados es la familia, apuntalando hacia una memoria colectiva de lo familiar.

Quisiéramos mencionar una situación que recabamos de la etnografía con la familia de la Sra. Julia, en donde, observamos una analogía lúdica sobre los cuidados:

La nieta más pequeña de la Sra. Julia, cuyo apodo es “Alita”, vio y vivió el proceso de enfermedad, pero también disfrutó de su abuela cuando ella se encontraba con una salud estable, de hecho, a veces su abuela cuidaba de ella cuando su mamá — la Sra. Juanita— y su papá —el Sr. Gera— tenían que salir a trabajar. Sin embargo, el ver diariamente los cuidados que sus mayores (padres, tíos o primos) aplicaban con su abuela y además de recordar cómo su abuelita la cuidaba cuando ella era más pequeña, la llevó a interactuar con sus juguetes de la misma manera, así que conductas como: dar de comer, dar medicina, mantener un estado de vigilia, arropar, etc., las ponía en práctica al momento de jugar.

Alita en medida de sus posibilidades, también cuidaba a su abuela: ella le llevaba la comida a su habitación, le hacía masajes, le preguntaba cómo se sentía y si ya quería comer, la hacía reír, le contaba sus anécdotas en la escuela, la cobijaba o ayudaba a arroparla, le prendía la televisión para que no se aburriera, entre algunas otras cosas más. A veces la pequeña cuando se arropa o le duele algo se da un pequeño masaje y recuerda que eso mismo hacía por su abuelita, porque ella le enseñó, pero ahora que la Sra. Julia ya no está, Alita lo hace por sí misma.

Ahora bien, después de este ejemplo y las pláticas con algunos de los familiares transcritas anteriormente, vamos a teorizar que los cuidados realizados en el espacio doméstico *“implican una considerable inversión emocional”* (Palomo, 2008: 22), de hecho, ésta es la especificidad de los trabajos de cuidados que se realizan en casa en comparación a los que se realiza en otros ámbitos. Es la familia la institución que nos forja para el futuro y para el mundo exterior, se trata de una comunidad afectiva, moral y solidaria que nos educa, y en donde aprendemos a socializar con los demás. Realizar labores de cuidados implica realizar *“trabajo emocional”* (Palomo, 2008: 25) pero también *“trabajos de la memoria”*, así *“cuando*

se habla de cuidados, en realidad se está hablando, entre otras cosas, de una gran cantidad de trabajo, un trabajo contingente, [...] que participa directamente en el mantenimiento o la preservación de la vida del otro, de asistir sus necesidades básicas o en promover su autonomía” (Molinier en Palomo, 2008:21).

En el conglomerado familiar los cuidados generalmente se entienden y se entintan con matices de “*actos de y por amor*”, pues más como actos de solo de gratitud, el cuidado no es una tarea que ha de hacerse por obligación porque se hace por y con amor, o quizá por amor es obligatorio cuidar de alguien, lo que sí se sabe es que el intercambio de cuidados sea como fuere, es esta actividad resiliente y valerosa ante la contienda del enfrentamiento entre nuestro bienestar *versus* los riesgos y peligros en un contexto determinado y, de esta contienda depende la supervivencia como grupo social. Entonces, entiéndase que cuidar y cuidarse han sido productos adaptativos que surgen del proceso de aprendizaje que llevamos de manera diaria y, aprender significa generar conocimiento (Morgado, 2005: 221-222), aprendemos de otros y de nosotros mismos en interacción con el medio social (Beck en Encino, 2018: 162).

Ahora, en lo que concierne a la memoria, el aprendizaje no tendría interpretación si no se almacena en nuestra mente y, posteriormente, disponemos de los saberes para en un futuro ponerlos nuevamente en práctica, pues solo así, este ciclo tendría sentido y sería una “*buena memoria*” si continuamos transmitiendo a las nuevas generaciones los recuerdos y saberes adquiridos durante situaciones de crisis de salud —en este caso— ya que podemos hacer uso de ellos en el futuro para saber cuidar de sí y de los demás, nos recuerdan a dónde pertenecemos, quiénes somos e incluso a quiénes nos debemos, todo esto en función del panorama de la memoria de los cuidados de forma transgeneracional.

Adentrándonos en otro tema, el compartir y compartirse implica otra labor de cuidados en cuanto a la producción de sujetos; para entender esto, mencionemos un ejemplo: Como acto de retribuir las enseñanzas que la Sra. Julia le transmitió a la Sra. Juanita —por ejemplo: cocinar, lavar, administrar los ingresos monetarios del hogar y la limpieza del mismo, además de la enseñanza de algunos *hobbies* como

el cuidado de las plantas y canarios— para ella no fue un acto que implicara molestia el cuidado de su suegra porque el cuidar de alguien es un proceso en el cual te encariñas con esa persona, al menos en la entrevista que se tuvo con la Sra. Juanita nos deja ver que esa es su manera de pensar pues, a pesar de que la Sra. Julia no sea su madre, la labor de cuidarla también era para apoyar a su esposo Gera.

Claramente ella nos comentó que a veces era difícil lidiar con el carácter de la Sra. Julia, pero que ella entendía las razones por las cuales su suegra fuera así, porque soportar un dolor tan agudo no debe ser nada fácil, y no solo el dolor físico, sino el dolor emocional de no poder ver a su familia unida antes de fallecer. La experiencia que vivió la Sra. Juanita al lado del proceso de enfermedad de su padre, la hizo no querer dejar solo a su marido en el proceso de enfermedad de su madre y porque ella ya sabía más o menos cómo cuidar a un enfermo, ella ya tenía esa empatía con la gente enferma.

De hecho, *“uno se transforma al hacerse cargo de otros”* (Garcés y Girando, 2013: 190) porque se transforma lo que aprendemos del o de los otros y de uno mismo; después de cuidar a un enfermo, por ejemplo, no volvemos a ser los mismos, o nos volvemos aún más sensibles, más sabios, o, por el contrario, más frívolos y lejanos ante la situación.

Al menos y reiteramos que en lo que concierne a los cuidados hechos por las familias dentro de sus hogares, implica que estas tareas tengan un sentido emocional y moral (Palomo, 2008: 13). Cuidar de otros y de sí significa reconocer estas labores como trabajos, en donde, en su mayoría, las familias no remuneran estas labores debido a la carga afectiva del contexto doméstico, son trabajos que se hacen por “amor”, sin esperar más que una retribución moral. El “buen” accionar no solamente quedará en las memorias de la familia como colectividad o en la memoria individual de sentirse tranquilo por no dejar que el enfermo se cuidase solo, sino también, en la memoria social que se construye a través de instituciones como: la religión⁴⁹.

⁴⁹ Explicaremos más adelante en el subtema 2.2 del presente capítulo, cuando nos referimos a la memoria social autorizada.

Como vimos, es un caso en donde mayoritariamente las labores de cuidado se realizaron en casa, con a veces marcadas divisiones sexuales del trabajo, pero en general, contribuciones al cuidado en la medida de las posibilidades de cada uno de los miembros de la familia, ya sea de acuerdo a su edad o sus ingresos económicos, por mencionar solo algunos.

Y en otro tema, el sentido de no olvidarse de sí mismo para no olvidar a los demás y viceversa, los *trabajos de la memoria* que se supone realiza una persona cuando presiente que su paso por la vida terrena ha llegado a su límite, trata de evocar sucesos de su pasado y los comparte para que los suyos los recuerden después. Todo esto se trata de un ejercicio del recuerdo que se tiene de sí y en donde aquel que siente que ya no estará más entre los vivos trata de no olvidarse a sí mismo para que los demás tampoco lo olviden, es un traspaso de la vida personal del individuo en crisis, el que está a punto de morir.

Presentada la muerte de un familiar, el recuerdo que los demás tienen del difunto, además de los afectos y la deuda de cuidados que se construyeron durante el tiempo de convivencia trasciende en prácticas como: el cuidado de los *altares domésticos religiosos y/o funerarios*, la conmemoración de fechas importantes — cumpleaños, aniversario luctuoso, “Día de Muertos”, y celebraciones como: el día de las madres, el día del padre, el día del niño, el día del abuelo, etc.—, el cuidado del lugar de la morada de los restos mortales; en ocasiones, hasta el cuidado del espacio que ocupó en vida como: su habitación, su oficina, objetos que coleccionó y algunos otros lugares característicos, como el local en donde trabajó, su taller en donde hacía trabajos artísticos, etc.

Además, el cuidado de los recuerdos tiene que ver justamente con la repetición de los mismos, apropiárselos y resignificarlos cada que queremos recordar aquello que fue de nosotros. Los recuerdos se perfilan de distintas formas a través del tiempo o el contexto en el cual se evocan. Es más común que cuando un fallecimiento es reciente, recordar implique sentimientos de dolor, tristeza, negación, frustración, ansiedad y angustia; sin embargo, con forme va pasando el tiempo, aquellos recuerdos empezarán a evocarse de manera gozosa, intensa y

calurosa. El dolor no se olvida, pero se aprende a vivir y aceptar las ausencias. Los seres humanos, estamos hechos para perder “cosas” materialmente hablando, pero también somos la única especie capaz de transportar y trascender nuestras presencias a otros planos que permiten inmortalizar nuestra presencia en los demás, pues hay un consumo de los individuos a través de los recuerdos y se quedan solo los que queremos guardar.

Así entonces, cuidar no es un acto que deje de hacerse después del fallecimiento de alguien, porque seguimos cuidando “sus cosas” y seguimos cuidando de los muertos, cuidando su recuerdo en nuestras memorias, su espacio ya no habitado y el que habita ahora en el cementerio, lo cuidamos porque con nuestra asistencia en determinadas fechas o diario, nosotros nos anclamos a ese lugar porque dejamos algo que solo un momento nos perteneció y también le pertenecemos.

En la siguiente sección, hablaremos sobre los “*lugares de la memoria*” y cómo éstos ofrecen algunas otras herramientas que permiten a los seres humanos seguir ejerciendo sus “trabajos de memoria”. Los cementerios son, por un lado, lugares sagrados y místicos, pero al mismo tiempo son profanos, e incluso peligrosos sobre todo cuando se los visita en un contexto de crisis sanitaria.

2.2 Convergencias memoriales en el cementerio: la muerte pública y la construcción de la memoria social autorizada

*“Las puertas del panteón se abrieron de par en par.
Sepultaron a mi amor. Juré, no volver a amar.
Hasta la tumba llegué, donde hoy descansa en paz;
Y en su tumba le dejé, tres claveles y un rosal”*
—Alberto Aguilera Valadez, *Tres claveles y un rosal*.

En el siguiente segmento del capítulo abordaremos a profundidad uno de los lugares institucionalizados *de y para* la muerte en su representación arquitectónica tradicional: los cementerios municipales o públicos; siendo éstos lugares en donde han de representarse las cualidades personales de los individuos fallecidos, como: edad, género, preferencias personales, religiosidad, la época en la cual aconteció el fallecimiento, hasta la clase social a la que pertenecieron, por mencionar algunos ejemplos.

En resumen, se trata de lugares en donde encontramos excentricismos personales que los propios dolientes expresan mediante la apropiación del espacio en donde está la tumba para escenificarlo, pues esta labor de cuidados como trabajos de la memoria se extienden más allá del morir de un familiar. Una vez finiquitada la vida de un ser querido nos quedará a cargo el cuidado del lugar en el cementerio, pero también, el cuidado de su recuerdo en nuestra memoria colectiva familiar e individual a través de los rituales que nos anclan a ese *lugar de la memoria de y para la muerte*.

Por otro lado, en este tipo de cementerios públicos se establece la normatividad de darle continuidad a esta especie de memoria social autorizada, en donde la muerte se subsume a los marcos de poder a cargo de discursos y prácticas tanto consuetudinarias como jurídicas (Velásquez, 2009: 25).

2.2.1 Memoria autorizada: La memoria de la muerte en marcos de poder

La memoria autorizada tiene que ver, por un lado, con el mantenimiento de las tradiciones —que son tanto mitos como rituales— lo que implica la fidelidad de su ejecución y conocimiento, lo cual se logra mediante la transmisión de una memoria social previamente estandarizada por la cultura a la que pertenecemos. Estas memorias arquetípicas no pueden cambiarse y su función es básicamente reglamentar el comportamiento entre seres humanos de un grupo social (Candau, 2006: 105). Así mismo, las deudas morales que se establecen en una comunidad religiosa cuyo líder sagrado se ha sacrificado por la humanidad, se vuelve de suma importancia no olvidar su inmolación porque de ella depende la reproducción de los adeptos a la misma. Es decir, las memorias autorizadas son una especie de manuales que regulan los comportamientos humanos individuales o en sociedad y los conducen mediante los senderos de la moralidad.

Por traer a colación la breve historización de los *lugares de y para la muerte* en el capítulo 1 y porque el caso etnográfico lo amerita, es importante detenernos en pensar cómo los procesos rituales tienen sentido a través de marcos de poder y sus discursos y prácticas tanto consuetudinarias como jurídicas. En lo que concierne a lo consuetudinario, se hace referencia al conjunto de prácticas autorizadas por una comunidad social religiosa, mientras que lo jurídico se encarga de la institucionalización y gestión de la muerte para prever la seguridad y la salud pública, eso a cargo de autoridades estatales correspondientes (Velásquez, 2009: 26). Así podemos ver que, según el contexto histórico en el que estemos y los riesgos de mortandad⁵⁰ que se presenten durante el mismo, los *lugares de y para la muerte* sufren modificaciones morfológicas y surgen nuevos tabúes en torno a ellos...

⁵⁰ "... desde un punto de vista sociológico, la muerte es una cuestión trascendental. La muerte es universal, pero los modos de morir en el seno de cada sociedad difieren sustancialmente" (Torralba en Pacheco, 2003: 30)

En nuestro caso etnográfico, la familia de la Sra. Julia es creyente de la religión católica porque ella se las inculcó durante toda su vida, así que la organización de sus exequias que tienen que ver con el despido de los restos mortales se hicieron de acuerdo a la organización tradicional de la religión católica, al menos eso fue lo que algunos miembros de su familia nos contaron, pues decían que su madre quería que cuando ella falleciera se hicieran al pie de la letra las celebraciones exequiales como lo dictaba su fe.

Sin embargo, nadie contaba con que en el año 2020 mismo en el que acaeció el fallecimiento de la Sra. Julia, se padeciera a nivel mundial una emergencia sanitaria. La pandemia por Covid-19 también, al igual que las pandemias anteriores, marca un parteaguas en los cambios en las formas de realizar los rituales, en este caso, de los rituales funerarios, rompiendo parcialmente la tradicionalidad, como ejemplo de ello, describiremos cómo algunas de las exequias fúnebres de la Sra. Julia permeadas éstas por la nueva normalidad sufrieron algunas modificaciones.

2.2.2 Lugar de la memoria: Los cementerios tradicionales como el hábitat de los muertos y el habitar de la memoria social (ritual de inhumación)

Los lugares más populares por excelencia para reubicar a los muertos, y reubicarnos a los que estamos vivos son los “*cementerios*”, los cuales, son recintos en donde se depositan los restos mortales, pero cuyas características no se reducen en ser solamente el vertedero local de los habitantes que poco a poco van muriendo, sino también, son el reposadero de un cúmulo de afectos que generan un sentimiento de arraigo y pertenencia con ese lugar, porque hemos dejado allí “algo” que un tiempo fue nuestro. Es decir, que existe una vinculación con el espacio a través de los afectos que nos anclan a nuestros familiares difuntos.

Ahora, dicho lo anterior, nos sirve como punto de partida para decir que situar a la muerte es darle un lugar, y es en los cementerios en donde se permite la convivencia desde lo que supone ya nos debería parecer ajeno, impropio e incluso

impuro, pues si bien los vivos no conviven con difuntos, son los lazos afectivos los que imposibilitan coartar esta distancia. Además de esto anterior, los propios lazos afectivos también están normados por ciertos discursos y éstos normatizan el cómo nos referimos y nos comportamos ante la muerte de alguien.

Los cementerios son lugares que nos recuerdan un destino compartido con los demás seres humanos. Los cementerios son lugares que nos replantean el cómo nos conducimos a través de los otros, ¿pues será acaso que el cuidado del espacio —de las tumbas— sea análogo a la huella memorial que dejamos en los otros? y quizá no en todos los casos se vislumbre esta situación, pero sí es una posibilidad bastante aceptable. Esto tiene que ver en la forma en cómo nos recuerdan nuestros seres queridos, y de cómo la ritualización del cuidado durante y después de la muerte se vuelve recíproco a los recuerdos anclados a un difunto.

Los cementerios también son esos lugares que aterran, lugares que imponen respeto, un lugar sacralizado mediante discursos de instituciones como la iglesia. Igualmente, son lugares en donde habita lo más mundano de la ciudad, y se vuelve mundano porque se trata de un espacio que no corta de tajo las relaciones que los vivos mantienen con los ya muertos; pues son los rituales los que crean e incitan el convite entre dos “mundos” diametralmente opuestos, y son los mitos los que permiten la apertura y el tacto bien avenido entre éstos a través de la reglamentación de las relaciones “sociales” entre individuos vivarachos y los ya exánimes. Así entonces, los cementerios son lugares de cita a través del parentesco o lazos de amistad, e incluso se han vuelto hasta museos, portales a otras dimensiones, o lugares vulgares para los curiosos, o en sí, lugares de la posesión en un sentido literal⁵¹.

Los cementerios no se han escapado de ser objetos de estudio en algunos trabajos antropológicos, queremos mencionar la definición que Michael Foucault

⁵¹ Como experiencia local, es bien sabido que en los cementerios se realizan distintos rituales que tienen que ver con trabajos de brujería, sin embargo, pensar en la posesión como sentido literal, tiene que ver con la idea que habíamos mencionado con anterioridad, pues son lugares que cohesionan los sentires y afectos amalgamados de familias completas y anclados a un mismo lugar. Poseer un lugar entonces es sentirlo como propio, en resumen, apropiarse de un espacio.

hace de los *cementerios*, a los cuales categoriza como “*heterotopías*⁵²” o “*los otros espacios*” de los espacios, en donde:

El cementerio es ciertamente otro lugar en relación a los espacios culturales ordinarios; sin embargo, es un espacio ligado al conjunto de todos los emplazamientos de la ciudad o de la sociedad, [...] ya que cada individuo, cada familia tiene parientes en el cementerio (Foucault, 1967: 4).

Los cementerios son el lugar de socialización final, donde los restos mortales son depositados con la finalidad de darle continuidad a un culto o remembranza de los muertos. Los cementerios son un lugar de cita en donde algún día hemos de reunirnos —si es que somos inhumados o puestas nuestras cenizas en los nichos construidos en el cementerio, o nuestros restos óseos contenidos en los osarios—.

A su vez, trataremos a los cementerios como los medios o canales en los cuales circulan los recuerdos, a éstos el autor Pierre Nora los ha nombrado: “*lugares de la memoria*” pues, es de suma importancia también describir estos lugares físicos y tangibles en los cuales circulan los recuerdos.

Comencemos preguntándonos qué es lo que nos motiva como sociedad o individuos a anclarnos a ese tipo de lugares profanos por su funcionalidad orgánica, única y primigenia, pero sagrados por la liturgia religiosa que los envuelve. Retomaremos el concepto “*lugares de la memoria*” del autor Pierre Nora para analizar el propósito social y antropológico de significar un espacio:

Los lugares de la memoria son múltiples híbridos, mutantes relacionados íntimamente con la vida y la muerte, con la vida y con la eternidad; enmarcados en una banda de Moebius de lo colectivo y lo individual, lo sagrado y lo profano, lo inmutable y lo caminante. [...] El propósito fundamental de los lugares de la memoria es detener el tiempo a través de capturar el máximo de significado con menos signos (Nora en Aguilar, 2018: 73-74).

⁵² “*La heterotopía tiene el poder de yuxtaponer en un solo lugar real múltiples espacios [múltiples tiempos], múltiples emplazamientos que son en sí mismos incompatibles*” (Foucault, 1967: 4). El cementerio puede entenderse como la armonización de las diferencias explícitas en las sociedades, pues, la muerte en sí misma, es la homogenización de destino final de los sujetos.

El autor Joel Candau también ha trabajado este concepto y nos ofrece la siguiente definición: “*Un lugar de la memoria es una unidad significativa, de orden material o ideal, a la que la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo convirtieron en un elemento simbólico de una determinada comunidad*” (Candau, 2006: 112).

Por otro lado, la autora Bertha Mendlovic cita el concepto de Pierre Nora sobre los “*lugares de la memoria*” y nos dice lo siguiente:

...lugares donde se ancla, condensa, cristaliza, refugia y expresa la memoria colectiva; a puntos de referencia –ya sean físicos o conceptuales- que señalan al pasado y juegan un rol crucial en la conformación de la identidad nacional en clave de ausencia de la memoria viva que, en la sociedad contemporánea, se desintegra (Nora en Mendlovic, 2014: 300).

Si bien, Nora habla sobre los lugares de la memoria que refieren al nacionalismo de una comunidad, el concepto puede servir también para definir a los cementerios como lugares de la memoria que los habitantes de una sociedad tienen de sí mismos en reciprocidad con sus familiares difuntos. Así entonces, los cementerios son parte de la *memoria social*.

Con estas afirmaciones, podemos definir a los *lugares de la memoria* como las biografías materiales que contienen biografías de las colectividades y de las individualidades, las cuales, se arraigan a estos lugares en un tiempo determinado. Estos lugares son los medios en los cuales se mediatizan afectos, saberes, sentires y emociones, es decir, son el canal por el cual viajan los mensajes, en este caso los mensajes memorables.

Por lo general, los *lugares de la memoria* son lugares de *consenso* que se vuelven referencias espaciotemporales pero sujetos a sufrir transformaciones debido a que se heredan y resignifican (Candau, 2006: 115). En resumen, los cementerios son lugares de la memoria en donde se realizan actos rituales para conmemorar la muerte ya sean realizados por una colectividad o de manera individual.

En realidad, todos tenemos distintas perspectivas cuando caminamos en un cementerio, y esto dependerá de muchos factores, por ejemplo: cómo es la estructura jerárquica y la arquitectura del cementerio que estamos visitando, cuál fue el evento que nos llevó a reunirnos en ese lugar, qué edad tenemos al visitarlo⁵³, cuál era nuestro parentesco con la persona que falleció, etc.

Caminar entre los intersticios de este lugar mientras respiramos el olor a petricor que éste emana durante el verano, o el olor a sequía durante el otoño, o ver a las abejas flotando sobre las flores nuevas, y ver con tristeza o preocupación los pétalos caídos de las flores que ya ni siquiera consumen el agua espesa y pestilente de los floreros de las tumbas abandonadas. Sentir asombro de cómo, aunque sea un lugar *de* y *para* la muerte, las lagartijas salen para saludar al sol, o algunas otras flores crecidas en el pasto abren sus corolas para alimentar a polinizadores forofos, en sí, cómo hay vida en un lugar que refiere a la muerte...

Estas y otras situaciones las observamos al asistir a la inhumación de la Sra. Julia. Sus restos se encuentran en un cementerio municipal⁵⁴, en estos cementerios encontramos un estilo arquitectónico tradicional en donde los espacios que se disponen para la inhumación se apropian por los dolientes y se expresan como lienzos para escenificar y representar las particularidades familiares y la personalidad de su familiar fallecido. En estos cementerios también encontramos desigualdades sociales y son visibles las brechas generacionales. Las flores

⁵³ Esto no es un dato sin sentido, vale la pena hablar sobre nuestra madurez mental para asimilar las cosas. Como experiencia propia, los cementerios para los niños son a veces lugares lúdicos, para jugar a esconderse entre las tumbas o usar a éstas de cómodos asientos cuando se han cansado de caminar, e incluso para los más pequeños son lugares intranquilos en donde se manifiesta un llanto incontrolable debido a la multitud de gente que asiste. Los cementerios son lugares que los niños se apropian de una manera bastante ingenua, a veces sin respetar límites, pues de pronto ves a tus primos o sobrinos con una flor entre las manos que tomaron de quién sabe dónde... La inocencia que se tiene durante la infancia no les permite entender de forma rápida por qué visitan ese lugar, por qué de pronto sus padres los regañan por no comportarse. No saben por qué fueron ahí, y si la visita se prolonga, el aburrimiento los carcome. ¿Qué pensarán cuando les piden despedirse de un familiar, y arrojar una flor a un hueco profundo? Quizá pensarán que es un juego que no habían jugado antes; y después con el tiempo, vendrá un bombardeo de preguntas cuando su cotidianeidad se fracture, porque preguntarán a dónde está tal o cual familiar; no es común que se les diga "están o está en el cementerio" pues más bien a parecen discursos desde lo religioso.

⁵⁴ A lo largo de todo el proyecto, en ningún momento vamos a referir el nombre de los cementerios, esto se hizo con la finalidad de ofrecer seguridad pues, estamos ante un contexto en donde las exhumaciones clandestinas están a la orden del día.

mismas son la metáfora de una memoria fresca frente a una memoria añeja; y si las flores son ausentes, es porque el cuidado de los muertos ha caído en los infortunios del olvido trágico.



Fotografías 2 y 3: Visita al cementerio el

día 2 de septiembre 2020. Ese día se llevaron flores. La memoria está fresca.

En el marco de la creencia en la fe católica, el *ritual de inhumación* deviene de la celebración del velorio y de la misa de cuerpo presente que se organiza dentro de la iglesia. El ritual de *inhumación* fue sin duda el más difícil para la familia de la Sra. Julia, porque es despedir y asumir que nunca más volverán a verla a sentirla, es un ritual de desapego corpóreo. Algunos de los comentarios que más nos impactaron en ese momento fueron los siguientes:

"Cuando bajaban la caja de mi madre —el ataúd— sentí algo que no puedo explicar; pero se sintió como si te arrancarán algo, te empiezas a sentir vacío, como que algo te falta. Es como si algo de ti se desprendiera y se muriera. Comienzas a preguntarte ¿quién eres?, porque estás incompleta. El que se haya muerto mi madre es como si se hubiera muerto también mi vínculo con la vida, porque ella me llevó en su vientre" (Palabras que la Sra. Rosy nos comentó en una plática durante la inhumación de su madre)

"Estén al pendiente del tío Beto, se ve muy mal. Se había aguantado mucho las ganas de llorar y ahorita pues se quebró. Le hacía como cuando era un niño emberrinchado. Era como un berrinche porque no se quería separar de su mamá" (Comentario que hizo la Sra. Rosy después de ver que su hermano estaba a punto de desmayarse)

Es un momento sumamente doloroso porque implica una separación y desvinculación corpórea entre vivos y muertos, además de estar permeada la situación con un sentimiento de abandono. Si recordamos la historia de vida de la Sra. Julia, el papá de sus hijos había fallecido varios años atrás y ahora con la muerte de ella sus hijos quedarían huérfanos. Por otro lado, ellos sienten culpabilidad al "abandonar" a su madre en un espacio pequeño y oscuro, pensando durante los primeros días el cómo se la estará pasando su madre...

"Te das cuenta que no te llevas nada cuando te mueres. Yo recuerdo que a mí mamá le encantaba su cama, y ahora está ahí guardada en una caja bajo una capa de cemento, y te preguntas si pasará frío, si siente incomodidad de estar ahí en ese lugar tan pequeño. Y pues para que al menos sienta su lugar acogedor y que uno se acuerda de ella pues debemos poner su cruz con su nombre, yo la voy a mandar a hacer con un herrero, además pues de vez en cuando llevarle flores para que ella se ponga contenta" (Palabras que la Sra. Rosy nos comentó en una plática después de celebrarse un Rosario⁵⁵)

Así los sentimientos de culpa se vuelven parte importante de la deuda que se tiene con el ser fallecido, de la deuda de cuidados. Otro de los comentarios durante la inhumación fue el siguiente:

"¡La vamos a extrañar mucho abuelita, pero el cielo está de fiesta porque ya anda por allá! ¡Una porra para mi abuelita!... ¡No nos vaya a olvidar abuelita!" (Palabras de Karen, una de las nietas de la Sra. Julia).

En este último comentario pudimos ver cuánta es la importancia de la memoria en una familia. Al hacerle rituales a los difuntos es gritarle que aún no nos

⁵⁵ En el próximo segmento de la investigación etnográfica del caso de la Sra. Julia explicaremos qué es un Rosario, sin embargo, es otro ritual de todo el repertorio de rituales funerarios póstumos a la inhumación.

hemos dejado de él, que no lo olvidamos, que de nuestra presencia no se librá tan fácil, porque aún le celebramos para inmortalizarlo en las memorias de los miembros de la familia. Durante la inhumación también escuchamos lo siguiente:

“Mi hija Lucero no pudo venir porque está embarazada, y no se quería poner mal. Además, para nosotros ya busqué pirul, pero no hay. ¡Qué raro!, todos los cementerios tienen un árbol de pirul” (Palabras de la Sra. Meche)

Como vimos en el comentario anterior, los cementerios son también lugares peligrosos, porque a lo que también nos dijeron los familiares de la Sra. Julia, son lugares que guardan muchas energías porque la gente asiste ahí a descargarlas, las energías a las que posiblemente se referían eran a las emociones que los dolientes sienten al despedirse de sus familiares.

Así mismo, existen algunos elementos que se supone no deben faltar en los cementerios y, el hecho de que no estén, causa extrañeza además de enojo e incomodidad. Le preguntamos a la Sra. Rosy porqué su hermana refirió que no había “árbol de pirul”, ella nos dijo que se debía poner una ramita con hojas detrás de las orejas, porque esto ahuyentaba las malas energías y a los malos espíritus intranquilos. También se debían tomar algunas hojillas de este árbol y frotarlas entre las manos para despedir su aroma y posteriormente recorrer con las manos todo el cuerpo para impregnar a éste con ese olor. Cuando le preguntamos cómo es que sabía esto, nos dijo que simplemente era algo que su madre les había enseñado, que era una práctica antigua de protección cuando uno asiste a los cementerios. De alguna manera, esta familia compartía desde que tienen memoria este saber que su madre les había enseñado y, el hecho de no haber “pirul” en el cementerio, les dejó intranquilos porque no tenían protección, así adjudican poderes mágicos a este árbol que también se encarga del cuidado de los asistentes al cementerio.

Como pudimos ver, el *intercambio de cuidados como acto de gratitud transgeneracional* es de suma importancia en el contexto familiar porque alimentan y retroalimentan sus lazos de solidaridad mediante la transmisión de saberes, pero también de memorias. La buena memoria la que es agradecida estará dispuesta a ayudarte y a cuidarte siempre que lo necesites, aún después de la muerte; pues

podrán realizarse una serie de celebraciones solemnes en donde se preserve la memoria que se tiene del difunto como cuidando su estancia entre los vivos y, al mismo tiempo, los rituales funerarios son parte del cuidado de sí para poder superar los sentimientos que la pérdida familiar provoca, ya sea de forma individual o



colectiva.

Fotografía 4: Después de la inhumación el día 2 de abril de 2020, se colocaron sobre la tumba todos los arreglos florales que se juntaron el día del Velorio. Los restos mortales descansan en el segundo nivel del título que adquirió la Sra. Meche.

2.3 Ritualización de la memoria: Exequias funerarias póstumas a la inhumación

“Yo tengo la certeza que el mundo no es mi hogar,

Sé que lo que hay aquí un día pasará,

Es una promesa que llevo en mi ser,

Pronto a mi dulce hogar con Cristo yo me iré”

—Ricardo Rodríguez, El viaje

En lo que respecta a lo que hemos de llamar ritualización de la memoria, quisiéramos mencionar que los rituales funerarios además de ser —como ya se había dicho—prácticas establecidas para el seguimiento a una memoria social compartida culturalmente hablando, son también una extensión del cuidado de sí y de los otros. Los cuidados son labores renovables hechos desde el plano afectivo y, éstos a su vez, actos de gratitud transgeneracional.

El cuidado de los muertos es una tarea que por excelencia realiza la especie humana, y gracias a los rituales funerarios existe una imposibilidad de desapego del cuerpo del difunto, así que a través de los ritos conservamos aún con vida el cuerpo memorizado de nuestros seres fallecidos. Lo materialista de nuestra actitud ante la muerte, hace que sea doloroso desapegarse de algo que ya hemos perdido, pero en este sentido, son las creencias religiosas las que ayudan a aligerar esta desesperanza que genera la distancia entre la vida y la muerte para prometernos que algún día hemos de reencontrarnos con lo que habíamos perdido.

Los rituales funerarios son ritos de transición que buscan el reordenamiento social después de presentarse el conflicto inicial (Van Gennep en Pacheco, 2003: 32) —la muerte—. Cada uno de los miembros de la familia ya sea individual o de manera colectiva —involuntariamente al realizar estos actos rituales—, buscan recuperar el equilibrio que se tenía antes de sufrir esta tragedia y, este reacomodo social no solo va dedicado a los que permanecen con vida, pues el propio difunto es un sujeto al que hay que reacomodar, pero en por lo menos dos sentidos: el cuerpo muerto es tratado como un agente extraño que pone en riesgo la vida de quienes le rodean y, al mismo tiempo, este mismo ente es el que los convoca como conglomerado familiar. Entonces, los cadáveres son objetos inanimados de los que hay que deshacerse debido a la peligrosidad que representan como contaminantes de la sociedad a la que una vez pertenecieron, pero es a través de las creencias religiosas en donde se divide el cuerpo de su componente espiritual y esto permite tratar a los muertos con sumo cuidado y respeto.

El primer ritual funerario de la Sra. Julia fue el *velorio*. Previo a realizarse el ritual, los familiares y amigos de la Sra. Julia iban llegando poco a poco a su

domicilio, y cuando arribamos a éste, se estaba oficiando una misa en el domicilio de la señora. Para ello, se había “contratado⁵⁶” a una rezandera. También ya estaba todo el equipo de velación⁵⁷ puesto. Debajo del ataúd, estaba un recipiente con rebanadas de cebolla remojadas en vinagre de manzana. Había una *cruc* hecha de cal, la cual, estaba adornada con algunos pétalos de flores blancas.

Entre el rezo, los reencuentros familiares se manifestaron en abrazos largos, palabras de apoyo y sentimientos de tristeza y enojo. Algunos familiares cuando llegaban al domicilio, se persignaban o pasaban directamente a ver el ataúd de su madre, el cual, se acomodó en donde es el comedor. Algunas personas llegaban con arreglos florales, con flores exclusivamente blancas. Los asistentes llegaban vestidos con ropas negras, y otros con lentes oscuros que ocultaban sus ojos llorosos. Otras personas llegaban con ingredientes para preparar café o con pan, comida que se acostumbra dar durante el *velorio*. Para el medio día, entre la Sra. Meche y sus hijas hicieron comida para aproximadamente más de cincuenta personas que asistieron a darle el último adiós a la Sra. Julia:

“Hicimos salsa verde de huevo con frijoles y arroz, porque recuerden que no se puede comer carne hoy” (Sra. Meche, 1° abril 2020)

Añadiremos el siguiente dato: el día 13 de octubre de 2020 en una llamada telefónica con la Sra. Alejandra —hija de la Sra. Meche y nieta mayor de la Sra. Julia—, le preguntamos por qué ese día en particular no podía comerse carne, y por qué había un recipiente con cebolla y vinagre debajo del ataúd de su abuela. Ella respondió lo siguiente:

“Ese día no se da carne porque el cuerpo de mi abuelita estaba presente. De alguna manera, si comiéramos carne sería como comerse el cuerpo de la persona que falleció. Y lo del vinagre y la cebolla siempre debe ponerse porque se supone que recoge olores, por si llegaran a salir del cuerpo” (Sra. Alejandra).

⁵⁶ Lo pusimos entre comillas porque no hubo contratos legales para garantizar su colaboración y tampoco la señora recibió un pago monetario por estos servicios. Era una vecina que se llevaba muy bien con la Sra. Julia y por eso quiso rezarle.

⁵⁷ Cuatro candelabros con su respectivo cirio- que es una vela larga, hecha de cera blanca-, un cristo de aluminio y una plancha de aluminio desplegable en donde se coloca el ataúd.

Ya por la noche que comenzaba el *velorio* no nos fue posible quedarnos porque acompañamos a la Sra. Rosy a su hogar; ella no quiso quedarse porque se sentía anímica y físicamente mal. Al día siguiente, el 2 de abril de 2020, se llevó a cabo el *ritual de inhumación*. Aprovechamos para preguntarle a la Sra. Alejandra qué había pasado durante el *velorio* y ella nos dijo que en ese momento se contaron algunas anécdotas que compartieron con la Sra. Julia; recuerdos que tenían que ver cuando eran niños, incluso de cuando eran adultos y se acercaban a ella pidiéndole un consejo.

“Nos empezamos a acordar de mi abue, de cuando éramos niños y cuando ya de grandes íbamos algunos a visitarla ya con sus bisnietos. Todos tenemos recuerdos un poco difíciles por su carácter, pero a nosotros no nos toca juzgarla, para eso está Dios, además, eso nos ayudó a nosotros para enfrentar la vida. Básicamente eso pasó en el velorio. Igualmente, luego nos turnábamos para cuidar el ataúd de mi abue; rodeábamos el ataúd para que no se quedara solita.

También nos acordamos de cuando ella estaba en el hospital. Yo la acompañé en esos días también para no dejarle todo a mi mamá —la Sra. Meche— y que sintiera mi apoyo. Yo hice algunos trámites en el hospital y también cuando había que sacar trámites para arreglar lo del panteón y la funeraria. Para esto, mi primo “Chino” tenía un espacio en un panteón privado; él vive hasta Querétaro, y pues se le complicó arreglar los papeles con puras llamadas de Querétaro a México.

Mi mamá tenía un título en un panteón municipal y mejor decidimos enterrarla en ese lugar, porque en el que tenía mi primo Chino pues estaba mi tío Flumencio, y pues mi abuelita y él no terminaron bien. Pienso que a mi abuelita no le hubiera gustado compartir espacio con mi tío Flumencio.

También me acordé de que ya no pude alcanzarla con vida para darle el último adiós. Ya cuando llegué ella ya había fallecido, lo único que hice fue acariciarle su cara y darle las gracias por todo lo que había hecho por mí, le dije muchas cosas, pero pues hay recuerdos que mejor te guardas para ti misma” (Sra. Alejandra vía telefónica el 13 de octubre 2020).

Como vimos en la entrevista que nos dio la Sra. Alejandra, hay una ronda de recuerdos algo así como el caminar anacrónico de las memorias durante las

exequias funerarias; en donde, de forma no ordenada, recuerdan anécdotas de cuando eran niños y cuando ya era adultos. Ahora, deconstruyendo los mensajes de la Sra. Alejandra podemos encontrarnos con los siguientes puntos:

1. Existe un “*olvido selectivo*” (Ricoeur, 1999: 9) en el que se recuerdan experiencias buenas o malas con el difunto, sin embargo, los dolientes deciden seleccionar cuáles son los recuerdos que desean conservar y cuáles no. Eso también se vuelve parte del cuidado de sí de la memoria individual y del cuidado de los otros; de nuestra memoria colectiva.
2. El cuidado y el acompañamiento corpóreo durante el velorio, en donde no se deja solo en ningún momento al difunto.
3. Conflictos familiares que se llevan hasta la tumba, la muerte a veces no significa la finitud de los problemas familiares.
4. La existencia de palabras de agradecimiento *post-mortem* para apaciguar los sentimientos de culpa y sentirse aún en comunicación con el difunto.
5. Transmisión de saberes tradicionales transgeneracionales, por ejemplo: el porqué de las cebollas con vinagre o la prohibición de comer carne durante el velorio.

Como antesala a la inhumación de la Sra. Julia, se le ofició una *misa de cuerpo presente* en la iglesia para darle el último adiós. Según la tradición de la religión católica, en esta misa se bendice el cuerpo para poder sepultarlo en el cementerio. A esta misa solo pudieron asistir sus hijos, los demás acompañantes nos quedamos a fuera de la iglesia; esto pasó debido a la pandemia pues no se permitían aglomeraciones en espacios cerrados.



Fotografía 5: Esta fotografía la tomó la Sra. Juanita para tener un recuerdo donde estuvieran todos los hermanos juntos, sin embargo, no en la mejor situación. La fotografía se tomó después de que los hijos de la Sra. Julia salieron de la misa de cuerpo presente, el día 2 de abril de 2020.

Después de la inhumación se acostumbra la celebración de los *novenarios*: es un ritual funerario que se realiza durante nueve días consecutivos y en donde se reza un “*rosario*”, que es el rezo típico que se dedica a los difuntos para pedir por su eterno descanso, en donde los dolientes interceden para que Dios los redima de todos sus pecados. De igual manera, es un elemento imprescindible que permite seguir y llevar un conteo de las oraciones, su estructura se asemeja a la de un collar, éste está compuesto por cincuenta cuentas de diferentes tamaños reunidas en

grupos de diez cada uno, y esta sarta de cuentas se une con un crucifijo. Generalmente, estas exequias fúnebres suelen realizarse en la noche para contar con mayor cantidad de personas. A los que asisten se les ofrece café y un pan ya sea salado o de dulce; también y si la familia puede con los gastos, se da de cenar.

Una vez que concluyen los novenarios, el ritual que sigue es el *levantamiento de cruz*, esa de cal que se colocó justo el día del velorio. Esta *cruz* se ofrenda con veladoras y es adornada con pétalos de flores, por lo regular rosas blancas y rojas. Para este ritual es importante que los hijos de la Sra. Julia vistieran de color negro, mientras que los nietos tenían que vestir de color blanco. Fue importante que en especial los familiares participaran en el rezo; pues así las peticiones del descanso eterno son más valiosas. La rezandera —Doña Yolita— pidió que cada uno de los asistentes rezara una oración, ella solamente sería la guía del ritual, de hecho, siempre hizo así los rezos. Entre los rezos también se acostumbraba cantar alabanzas religiosas; Doña Yolita llevaba copias de las letras impresas de las mismas para que nadie se quedara sin cantar.



Fotografía 6: Así luce la analogía del rosario de cuentas que se construye de flores para ofrendar la cruz de cal. Podemos ver también en la imagen, el altar momentáneo, la cruz de herrería con el nombre de la Sra. Julia y la cajita de madera en la cual se deposita la

cruz de cal, las flores del rosario y de más elementos que se mencionaron en la etnografía. Puede verse también el piso sucio debido a la prohibición de barrer durante esos días y, además podemos ver los colores de las ropas de los dolientes, quienes vestían de luto.

La *cruz de cal* se rodea por un “*rosario*” —imitando la estructura del *rosario de cuentas*— hecho de rosas blancas y rojas, y al igual que el *rosario de cuentas*, las flores son indicadores del tiempo y del tipo de oración que ha de rezarse. Cuando termina la oración correspondiente que rezó algún asistente, la rosa se levanta y se deposita en una *pequeña caja de madera*, la cual posteriormente será llevada al cementerio, obligatoriamente al día siguiente. Cuando los dolientes levantan la rosa, algunos le dan un beso, se persignan o la detienen entre sus manos mientras lucen pensativos; ya luego la depositan en la *cajita de madera*.

Una vez levantadas las rosas, ahora corresponde *levantar la cruz de cal* y depositarla igualmente en la caja; para esto, la familia se ayuda de una escoba y un recogedor de tamaño miniatura, porque no debe haber contacto con las manos. Como la cal es un polvo muy fino quedan residuos en el piso; por ello, éste ha de limpiarse con trapos nuevos de preferencia que estén húmedos y sean de color blanco. Como dato por añadir, la familia de la Sra. Julia no debía barrer la casa durante los nueve días del novenario; a lo que algunos de ellos nos contaron fue que si barrían era como barrer la *cruz de cal* y correr de la casa el alma de su ser querido.

Doña Yolita fue muy estricta en todos los rezos del novenario y hacía que los familiares rezaran las oraciones, ella solo los acompañaba y orquestaba los rezos, pero en particular, fue más estricta con el *levantamiento de cruz*; ella decía que el lugar debía quedar completamente limpio, ni rastro de cal, ni un pétalo de flor, ni una gota de cera que haya resbalado de las veladoras lloronas. En ese momento sugirió también a los familiares disminuir el llanto... Si algún elemento que sirvió para el novenario o del levantamiento de cruz quedaba dentro de la casa, o los familiares seguían llorando inconsolables, el alma de la Sra. Julia no podía irse

tranquila. Doña Yolita también dijo que la cajita debía ir a dejarse mañana mismo al panteón y enterrarla, al igual que todos los arreglos florales y las veladoras que se utilizaron. Para esa fecha, la Sra. Rosy ya tenía la cruz de aluminio que había mandado a hacer; ésta tenía el nombre completo de la Sra. Julia, su fecha de nacimiento y defunción.

Al día siguiente de concluido el novenario, el día sábado 11 de abril en una misa exequial en la iglesia, se mencionó el nombre completo de la Sra. Julia para pedir por su descanso eterno. Luego el sacerdote bendijo con una pringa de agua bendita y mediante un persigno a la cruz de aluminio y la cajita que se utilizó para el levantamiento de cruz. Posteriormente, los familiares de la Sra. Julia fueron al cementerio en donde estaban sus restos mortales. Pusieron la cruz de aluminio y la caja sobre la tumba; debido a que es un título en un cementerio, éste no lleva tierra, sino que lleva niveles⁵⁸ marcados por bloques de cemento. Ese día le pusieron música, una nieta iba a cantarle una canción, pero se le cortó la voz. Le lloraron otro de los tantos ratos que ya le habían llorado, sumándose a las lágrimas de antes—y le siguen llorando—. Le dejaron flores y ya de broma su hija la Sra. “Nena” le dijo:

“Ya nos vamos má, ahí nos cuida y ni modo, a usted que no le gustaban tanto los niños, quedó ahí con su bisnieto, también lo cuida y no se enoje con él”.

Los ritos funerarios consecuentes fueron las *exequias funerarias mensuales*, en donde también se hacen *rosarios*; se invita a la gente a participar y, al finalizar, se les ofrece comida, café, leche o atole y pan de dulce; esto para dar las gracias por haberlos acompañado. Siempre hacen una comida al finalizar estos rituales y, honestamente, hay una convivencia muy bonita entre todos los familiares que durante el rezo permanecían serios y tristes, pero que después y mientras comen, pasan ratos de alegría y de mucha diversión; hacen hasta bromas. Muchas veces cuando están comiendo, se mueven las cortinas o los adornos de papel que luego ponen en el altar momentáneo de la Sra. Julia. Ellos dicen que su madre se pone contenta porque los ve conviviendo, otros que quizá se quiere incluir en el desastre y otros que más bien está enojada porque no respetan la hora de la comida. Cada

⁵⁸ Del título que tiene la Sra. Meche en el cementerio consta de cuatro espacios o niveles.

hermano o hermana que asiste debe llevar un guisado, para que así haya variedad de platillos y cada quien se sirva lo que quiera, como un buffet.

Cuando se ofician este tipo de rituales, la familia construye un *altar momentáneo* en donde encontramos alguna fotografía de la difunta, arreglos florales, comida, veladoras e imágenes religiosas y, ya una vez terminado el rosario mensual, el altar se retira. También antes de dar la comida a los asistentes, se ofrece el banquete primero a la difunta; después de ponerle su plato de comida en el altar, los demás pueden comer.



Fotografía 7: Altar momentáneo del día 1 de marzo de 2021, un día en el cual se celebraba la 11° exequia funeraria mensual.

Por último, el día 1° de abril de 2021 se realizó el 1° Aniversario luctuoso de la Sra. Julia, en este ritual se hizo exactamente lo mismo que en el *levantamiento de cruz*, solo que el lugar de ser una *cruz de cal*, la *cruz* la conformaban veladoras intercaladas con los “*recuerdos*” que la Sra. Meche mandó a hacer. Ese día todos los familiares de la Sra. Julia tuvieron que vestir de blanco, y cada uno debía llevar una veladora blanca. Se construyó otro *altar momentáneo*, además del altar ya existente y permanente colocado en un espacio del hogar en donde las fotografías de la Sra. Julia conviven con imágenes religiosas; en éste hay flores frescas la

mayoría del tiempo y siempre debe haber una veladora encendida y un vaso con agua.



Fotografía 8: Altar momentáneo construido en el 1º Aniversario luctuoso de la Sra. Julia.



Fotografías 9 y 10: En el 1° Aniversario luctuoso se hizo un rosario de botones de rosas blancas y rojas. Ahora no se levantó la cruz de cal, sino la cruz que estaba hecha de los “recuerdos” y de las veladoras que llevaron los asistentes a dicho ritual funerario.

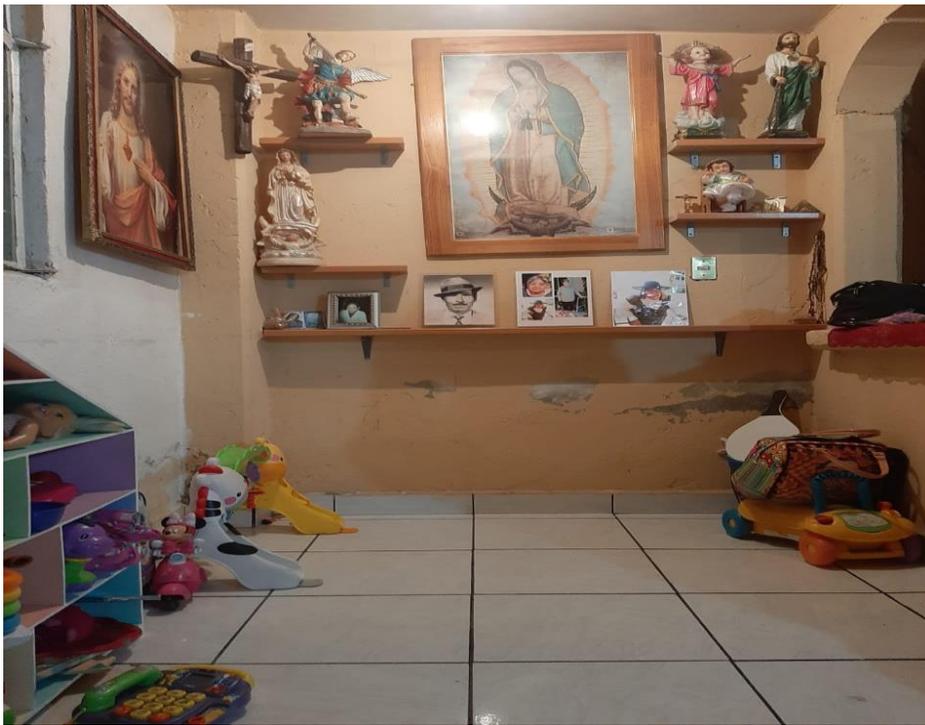


Fotografías 11 y 12: Conforme los rezos del rosario (la oración religiosa) se llevaban a cabo, los familiares pasaban a recoger una rosa y la depositaban en una pequeña caja transparente, ésta última se lleva también al cementerio. Todos los familiares debían vestir de blanco ese día.



Fotografías 13 y 14: Recuerdos que la Sra. Mecha mandó a hacer para el 1º Aniversario luctuoso de la Sra. Julia. Es una figura de cerámica de la Virgen de Guadalupe.

Quisiéramos mencionar que este lugar sagrado para la familia, convive con una escenografía lúdica pues, los miembros más pequeños del hogar juegan en ese espacio porque ahí están dispuestos sus juguetes. De hecho, cuando nos acercamos a jugar con Alita y su hermano, ella interrumpe el juego y muy a su manera nos presenta a su abuelita señalando su fotografía y dice hasta cuándo se la tomaron; dice que le ponen flores porque a ella le gustaban y que le ponen agua para que no le de sed. A veces si ella está comiendo un dulce, lo pone en el altar de la Sra. Julia y dice que lo quiso compartir con su abuelita, para que ella también lo probara.



Fotografía 15: Esta fotografía se tomó el 1° de marzo de 2021. Podemos ver que el altar permanente está igualmente instalado en el mismo lugar en donde está el área de juegos de los nietos más pequeños de la Sra. Julia.



Fotografía 16: Esta fotografía se tomó el 1° de noviembre de 2021. En esta fotografía vemos la conmemoración del “Día de Muertos”. Uno de los nietos de la Sra. Julia estaba jugando a las escondidas...

En lo que aún concierne al altar de la Sra. Julia, su nuera la Sra. Juanita siempre lo adorna de acuerdo a las efemérides importantes que cada mes contiene; así, por ejemplo, cuando es navidad, al lado del altar coloca el árbol de navidad; o cuando es “Día de Muertos” encontramos la aromática flor de cempasúchil, platos de comida, bebidas alcohólicas, dulces, objetos personales de los difuntos, incienso, papel picado, veladoras y fotografías de todas aquellas personas que ya les fueron.



Fotografía 17: Esta fotografía se tomó en la madrugada del día 2 de noviembre de 2021. En esta fotografía vemos la conmemoración del “Día de Muertos”. Debido a lo tarde que se tomó la fotografía, ésta no goza de mucha calidad.



Fotografía 18: Esta fotografía se tomó el 5 de diciembre de 2021, conmemorando el día de cumpleaños de la Sra. Julia, y también, una previa celebración a la navidad. En esta fotografía salen tres de sus hijas. A más de un año de la pérdida, la reunión familiar puede sanar heridas profundas. Fue un día en donde varias emociones se reunieron al mismo tiempo.

Retomando lo que la familia de la Sra. Julia pasó durante el levantamiento de cruz quisiéramos mencionar que son los rituales funerarios, además de ritos de tránsito, rituales *de purificación* (Pacheco, 2003: 29). Durante esos rituales Doña Yolita era muy estricta y precisa de que las exequias se realizaran con sumo cuidado y respeto. En torno a los rituales había prohibiciones y acciones aceptables; las manifestaciones de alegría no se permitían, si alguien se equivocaba al rezar, no debía evidenciarse con una risa burlesca, eso además de molestar a los asistentes también molestaría al difunto.

También cuando los asistentes levantaron la cruz de cal, debían hacerlo con elementos que impidieran mantener contacto ésta misma, porque todo lo utilizado y hasta la última pizca de cal no debían quedarse en casa y mucho menos entre las manos de los dolientes, porque así el alma no podía irse completa. Otra de las normas era el goce alimenticio que se daba el difunto antes que de los asistentes a

las exequias fúnebres. Otra regla de la que nos percatamos fue la regulación emocional de los dolientes, ya que una vez terminados los rituales funerarios — hasta el levantamiento de cruz— ellos debían de controlar su forma de llorar. En las exequias mensuales era imposible que los familiares no lloraran, pero si Doña Yolita los veía recibían un regaño; Doña Yolita les decía que no deberían ser tan egoístas, que pensarán más en su madre, que era tiempo de dejarla ir, sino lo hacían entonces significaría su falta de amor.

Los rituales funerarios tratan de reestructurar los roles sociales, y entre su celebración suceden modificaciones dentro del hogar, porque al perder el difunto su lugar en casa y adquirir uno en el cementerio volviéndose parte de la necrópolis, los familiares hacen reacomodos en su entorno, en este sentido, lo social lo materializan. También los rituales funerarios segregan la presencia de los difuntos en el plano terrenal de las existencias vivientes, pero por otro lado, es a través de estas memorias sociales autorizadas de lo religioso las que permiten interacciones entre los dos mundos, abriéndose como una especie de portales momentáneos que al concluir las exequias han de cerrarse, y si las prohibiciones que dicta la señora rezandera no se cumplen, significaría que los portales quedarán entreabiertos y, por ende, peligrosos.

2.4 La tradición se adapta para inmortalizarse: Cambios y conflictos del proceso de morir, muerte y duelo que la familia Guevara enfrentó durante la pandemia por Covid-19

El fallecimiento de la Sra. Julia sucedió el día 1° de abril del año 2020, a menos de un mes de haber iniciado la pandemia aquí en la República Mexicana. La Sra. Julia estaba en el hospital cuando el alza de contagios se empezaba a escuchar en las noticias, pero para estas fechas era común ver a mucha gente escéptica a tal suceso. Se habían implementado algunas medidas sanitarias como el uso de

cubre bocas, evitar las reuniones y sobre todo evitar aglomeraciones en espacios pequeños. Los doctores les sugirieron a sus familiares que mejor la retiraran del lugar y la llevaran a su hogar para hacer por ella los cuidados paliativos pues no sería posible realizar ya ninguna operación; los médicos no querían que la Sra. Julia debido a su estado de salud terminara por contagiarse de Covid-19, porque comenzarían a llegarles los primeros casos. Después de su salida del hospital aproximadamente el día 23 de marzo, solo estuvo con su familia unos diez días.

Sus familiares además de dar aviso a sus hermanos, llamaron a una ambulancia, porque correspondía dar parte a las autoridades de la defunción de la Sra. Julia. Cuando la ambulancia llega, el camillero iba a empezar a realizar llamadas para declarar la muerte por Covid-19, sin embargo, la Sra. Meche se enojó bastante porque sabía que esa no fue la causa de muerte de su madre; y como la unión hace la fuerza, y el Sr. Gera quien trabaja en la policía, pudieron arreglar ese problema...

“Yo no quería que trajeran el cuerpo de mi mamá de aquí para allá, que lo anduvieran manoseando, así que pensamos en otra alternativa para poder obtener el acta de defunción. A mí me dio coraje que dijeran que mi mamá había muerto de esa disque enfermedad inventada por el gobierno, nada más para alarmar a la gente” (Comentó el Sr. Gera en una plática con sus hermanos después de la inhumación de su madre el día 2 de abril de 2020)

“Yo le solicité al dueño de la funeraria que me ayudara a expedir el acta de defunción de mi madre, pues ellos tienen sus conectes; ellos ya saben a quién dirigirse y cómo moverse en estas situaciones; y pues pagas por un servicio, es eso...” (Comentó la Sra. Meche en una plática con sus hermanos después de la inhumación de su madre el día 2 de abril de 2020)

“Para no llevar a mi mamá de un lado para el otro, pues le dijimos al de la funeraria que por favor hiciera toda la preparación aquí en la casa. Ya en un rato había regresado con toda esa herramienta que utilizan, solo nos pidió dos botes o baldes grandes” (Comentó el Sr. Gera en una plática con sus hermanos después de la inhumación de su madre el día 2 de abril de 2020)

“Se escuchaba mucho ruido y pues yo fui de curiosa. Estaban haciendo todo ese procedimiento en el cuarto de mi mamá, y pues ya me acerqué para ver en qué ayudaba. Iban abriendo la puerta con un bote, y pues yo de acomodada, ¿verdad?, me acerqué a decirles que, si les ayudaba a cargar el bote y que me regañan, me dijo: ‘Les dije que ustedes no podían acercarse. Cuando ya sea momento de vestirla entonces nosotros les hablamos’, y pues ya toda regañada que me voy a sentar. Ese bote lo vaciaron en el baño, quién sabe que tenía” (Comentó la Sra. Nena en una plática con sus hermanos después de la inhumación de su madre el día 2 de abril de 2020)

De acuerdo con lo que nos contaron los familiares de la Sra. Julia, se preparó el cadáver en casa. Prácticas que pudieron haber sucedido durante la pandemia, con la finalidad de reducir contagios, porque muchas actividades y trabajos comenzaron a realizarse desde el hogar.

Otro cambio durante la pandemia, fue la misa de cuerpo presente, en donde solo pudieron asistir sus hijos, y los demás acompañantes nos quedamos esperando afuera de la Iglesia. Los hijos de la Sra. Julia entraron con cubrebocas y en las sillas de la iglesia uno se sentó en cada extremo; sin embargo, con forme avanzaba la misa, algunos hermanos se fueron acercando entre sí para darse muestras de apoyo como: abrazos, palmaditas en la espalda o miradas a centímetros de distancia.

Para cuando se celebraron los rituales funerarios de la Sra. Julia, algunas personas llegaban con cubrebocas y otras sin él. El cubrebocas se retiraba cuando al finalizar los rosarios se daba de comer a los asistentes. Durante todo el novenario se contó con la presencia de por lo menos unas cuarenta personas. La familia de la Sra. Julia es muy numerosa y muchos vecinos asistieron, además de sus clientes que iban a comprar comida en su local.

En las exequias mensuales era prácticamente igual, llegaban los asistentes con cubrebocas, se sanitizaban con alcohol al entrar al domicilio y se limpiaban los zapatos restregándolos en una jerga impregnada de cloro. Las personas ajenas se quedaban en el patio de la casa a escuchar el rosario, y los familiares se quedaban

en el altar y el comedor⁵⁹ de la casa. A la hora de la comida, los asistentes se quitaban el cubrebocas, se acercaban a la mesa y luego platicaban un rato. Algunos otros se retiraban.

Afortunadamente no hubo contagios, no se informó a los familiares de contagios después de haber asistido. Con el pasar del tiempo, los asistentes se redujeron en número, a veces solo asistía la pura familia y nunca completa, más que solo en el velorio, en donde se contó con un aforo considerable de gente; de ahí seguirían el *levantamiento de cruz* y en el *1° Aniversario luctuoso*.

En resumen, al ser este un caso que sucede previo a la pandemia, las formas tradicionales de la ejecución de las exequias no se vieron tan afectadas, pero sí sufrieron algunas modificaciones, pues, por ejemplo: aún se contó con una misa de cuerpo presente, aunque con algunas restricciones; y se contó con un espacio dentro de un cementerio municipal, como lugar público, porque ya habían adquirido previamente un título en el cementerio.

También la Sra. Nena vive muy cerca de una iglesia, por lo cual, todos los días domingos asiste a misa y le solicita al sacerdote que cada mes se mencione el nombre de su madre para rezar por su eterno descanso espiritual.

Cuando íbamos de visita al cementerio aproximadamente hasta el mes de julio, aún había espacios vacíos en el cementerio, pero para el mes de septiembre y agosto platicando con uno de los sepultureros, nos dijo que estaban ampliando los terrenos del cementerio porque ya no había más tumbas para sepultar; y luego por eso las personas buscan alternativas como la cremación o enterrar a sus muertos en cementerios de cuotas caras, pero pues no quedaba de otra.

Para el primer “Día de Muertos” después de la defunción de la Sra. Julia el día 1° de noviembre de 2020 y, en donde además se llevó a cabo el séptimo rosario mensual, no pudimos asistir al cementerio debido a las restricciones sanitarias:

⁵⁹ Los preparativos previos a los rosarios mensuales, siempre era recorrer la mesa a donde está la cocina o dejarla en el comedor, pero repegada en la pared, se ponían sillas, el altar momentáneo en la mesa adornado con una foto que llevaba la Sra. Meche, veladoras, flores y un cristo de resina.

“Es que se adorna la tumba de la abuelita, con pétalos de cempasúchil, mucha gente a veces pone comida o arreglos florales. Pero a mí me preocupa, porque ¿viste que había un camino hecho de pétalos de cempasúchil en la ofrenda?, bueno, pues ese camino se conecta con la tumba, por eso se adornan de la misma forma. Y no sé si sepa llegar, y luego es su primer año, por eso pues nos toca poner más veladoras, más flores, su comida favorita, algunas pertenencias que le gustaran mucho y sobre todo rezarle con más ganas, para que nos escuche y pueda venir a vernos” (Comentó la Sra. Meche en una plática que tuvimos cuando mirábamos la ofrenda que se colocó en el altar en la casa de la Sra. Julia, el día 1° de noviembre de 2020).

Para el siguiente año el día 1° de noviembre de 2021 ya se pudo asistir al cementerio. Ese día se adornó con flores la tumba de la Sra. Julia quien comparte espacio con uno de sus bisnietos. Se les colocaron flores, y con los pétalos de la flor de cempasúchil, se hizo una especie de marco alrededor de toda la tumba.



Fotografía 19: Esta fotografía se tomó el día 2 de noviembre de 2021. En esta fotografía vemos la conmemoración del “Día de Muertos”. Ese día acompañamos a los familiares de la Sra. Julia para decorar y arreglar la tumba que comparte junto con un bisnieto.

Durante todo el tiempo que estuvimos en el panteón mucha gente comenzaba a llegar, y vimos lo siguiente: había gente pintando las tumbas, decorándolas con flores, hasta un grupo musical a quién contrataban para cantar unas tres canciones para sus difuntos. También encontramos caras de resignación, otros gestos de dolor, reencuentro entre conocidos y obviamente ese reencuentro memorial. Se daban el tiempo de contar la historia de sus familiares, hablar sobre cómo la pandemia había impactado dentro de sus familias, etc.

El cementerio municipal, nos dimos cuenta, es un espacio de convergencias memoriales, desde en cómo se apropian los dolientes el espacio para personificarlo

y de cómo entre ellos también se conocen y se ubican. El cementerio como vertedero local de restos mortales, también se vuelve el reposadero de las memorias colectivas de toda una localidad.



Fotografía 20: Esta fotografía se tomó el día 2 de noviembre de 2021. En esta fotografía vemos la conmemoración del “Día de Muertos”. Así lucía el cementerio municipal. Mucha gente asistió a visitar a sus fieles difuntos; les dejaban flores, pintaban o limpiaban sus tumbas; lloraron y festejaron con música.

Aunque la familia de la Sra. Julia aún no configura la escenificación del espacio en donde descansan sus difuntos, sí planean hacerlo; han pedido presupuestos a albañiles, sin embargo, por el momento se sale de sus posibilidades económicas.

Como pudimos ver a lo largo de todo este segundo capítulo, los cuidados: estos actos de gratitud emocional hechos muchas veces desde el amor que comparte una comunidad, no terminan cuando la muerte de un familiar se presenta;

los cuidados trascienden más allá de la muerte, quizá no haya un cuidado corpóreo, pero hay un cuidado espiritual y memorial. Los trabajos de memoria que tratan de reconstruir la esencia de la personalidad de quien ha partido están subsumidos tanto a marcos de poder como las religiones, pero también a las formas en cómo la familia autoriza y olvida lo que pretende recordar; esta tarea de deconstrucción que se hace durante el duelo se transmite lo mejor de nuestros familiares difuntos, para ofrecer a las nuevas generaciones, a las *memorias del futuro*, la imagen más positiva de quienes fueron los integrantes de su familia.

Capítulo 3. La notificación del “face⁶⁰” de la muerte

En el presente capítulo, abordaremos de manera breve las remembranzas de algunos momentos que algunas de las nietas de la Sra. Rosa tuvieron a su lado, es decir, cómo ellas reconstruyen la historia de vida de su abuela a partir de sus memorias de la infancia, en donde, al mismo tiempo, podremos ver cómo a través de recordar a un ser querido que ya ha fallecido, también se hace una evocación de uno mismo, una evocación del “yo” que justo tiene que ver con la construcción de la *memoria individual*.

Posteriormente, hablaremos de los *parques-cementerios* como *lugares de y para la muerte* de índole privado; en donde el estado concede a empresas particulares la administración de la muerte en lo que concierne exclusivamente y, en primera instancia, al depositario de los restos mortales, haciéndolos recintos mortuorios en donde impera la homogeneización de la arquitectura fúnebre, ésta en una expresión minimalista que consiste justamente en la edificación de una lápida de cemento encima de la tumba y, en la cual, ha de grabarse solamente el nombre y la fecha de nacimiento y defunción del difunto. Además, predomina la preservación de un paisaje originalmente natural conservando un toque urbano, en donde la estructura vertical de las gavetas para el resguardo de restos mortales es similar a un edificio como los que hay en la ciudad, un ejemplo de *necrópolis* que se asemeja al caso etnográfico de nuestro capítulo anterior.

Otro de los temas que se tocarán en este capítulo es: cómo la pandemia modificó la forma de ritualidad tradicional de la fe católica, dictaminando restricciones sanitarias para las aglomeraciones y contactos físico-afectivos, pues estaban prohibidos para evitar contagios y resguardar la vida misma. Por ello, la emergencia y la utilización de las redes sociales virtuales para la ejecución de rituales fúnebres a través de transmisiones en vivo o videollamadas; o la documentación de estos difíciles momentos mediante imágenes digitales que

⁶⁰ Nos apropiamos de este concepto en inglés para referir dos situaciones: la primera es que “face” traducido al español significa “rostro” o “cara”; así entonces, la familia de la Sra. Rosa se enfrentó por primera vez a una defunción en su familia, se enfrentó cara a cara con la muerte; y además, cubriendo la segunda situación, muchos familiares recibieron esta notificación (noticia) a través de redes sociales como Facebook o WhatsApp.

compartían los conglomerados familiares en sus perfiles de redes sociales virtuales, permitieron la “asistencia” de personas sin mantener contacto interpersonal y, mantener informados a aquellos familiares o amigos que no podían asistir debido a la distancia que implica ya sea un viaje o, al mantenimiento de la “sana distancia” que se guarda durante la pandemia por Covid-19.

Por último, en este caso en particular, nos encontramos con fenómenos del duelo relacionados con las patologías emocionales de categoría extrema, pues algunos de los familiares de la Sra. Rosa, experimentaron al límite sus emociones de tristeza y dolor, llevándolos a desarrollar periodos de depresión, en donde la mayoría de ellos, coincide que se debe justamente al distanciamiento que en ese momento implicó la pandemia, imposibilitando incluso darle un último abrazo o beso a quien fuera su esposa, madre o abuela. También es importante mencionar que, durante la pandemia, la gestificación afectiva se imposibilitó dificultando la comunicación corporal, y para ello, posterior a la defunción de la Sra. Rosa, los dolientes encontraron una manera muy personal de memorizar su duelo a través del cuerpo, mediante los tatuajes.

3.1 Introducción, lo que mi abuelita Rosa me dejó...

*“Mi madre es un poema de blanca cabellera
que tiene a flor de labios un gesto de perdón.
Cuando tras larga ausencia regreso, ella me espera
Me abraza como a un niño, me besa con pasión”*
—Mariscotil, A., Uloa, C. y Arrieta, R.

Como investigadores, de la Sra. Rosa sabemos muy poco. Acceder a su historia de vida mediante sus hijos fue emocionalmente complicado por no decir casi imposible. Sin embargo, gracias a algunas anécdotas que sus nietas nos contaron, la Sra. Rosa fue una madre y abuela bastante tierna y cariñosa. Su muerte ha dejado muy

dolidos a sus familiares y, cuando intentábamos acercarnos a sus hijos para entrevistarlos, anímicamente se veían muy afectados.

El duelo no es solo un sentir colectivo, también es un sentimiento individual, y no podíamos hacer de esta investigación un martirio para nuestros colaboradores. Fue el acercamiento con algunos de los nietos de la Sra. Rosa que pudimos conocerla, y así también traer a colación y a debate otro subtema: “*el cuidado de sí mismo a través de los trabajos de memoria*”, pues lo que veremos a continuación, es la *construcción asistida de la memoria individual*, pensando entonces que no existe ni una memoria puramente individual y una memoria puramente colectiva, pues ambas convergen en determinados nodos.

Se presentarán entonces, algunas antologías memoriales que perfilan la reconstrucción de la presencia del paso por la vida de la Sra. Rosa; es decir, la “remembranza” de su personalidad.

“De lo que puedo recordar, no sé si sea mucho o poco, y quizá ella, mi abuelita, pueda enojarse conmigo por haber olvidado algunos detalles; por haber olvidado capítulos enteros de su vida... Bueno, pienso que ella posiblemente pueda perdonar mi falta de compromiso de guardar grandes anécdotas, por lo menos sé que no eran vacías, por algo me las compartió.”

Recuerdo que iba de vez en cuando a visitarla. Yo era una niña, no era como tomar el transporte yo solita, no sabía andar. Cuando podían llevarme mis padres, eran máximo unas tres visitas al año, generalmente iba cuando eran vacaciones, no podíamos ir tan seguido porque eran muchas horas de camino; cuatro horas de ida y cuatro de regreso, y eso si no había tráfico. Cuando iba a su casa aprovechaba todo el tiempo posible con ella: dormíamos juntas, nos levantábamos para ir al mercado, le ayudaba a cargar un poquito del mandado que traíamos para hacer la comida juntas, etc. No le ayudaba mucho, porque no alcanzaba la estufa, y cuando al fin la alcance, ni de broma me dejaba acercarme. Ella tampoco me dejaba agarrar cuchillos, me dejó usarlos en su presencia cuando tenía como diez años, yo le decía que ya podía usarlos, pero siempre me lo prohibía porque no quería que me lastimara; de ahí que yo tenga pavor a cortarme y, cuando eso me pasa, me enojo mucho y me acuerdo cuando mi abuelita me decía que eran peligrosos, cuando ella

me cuidaba. Mientras ella estaba orquestando la cocina y sus platillos, al verla le aprendí muchas cosas, y también me contaba algunas situaciones que le habían pasado en el tiempo que no había ido a verla.

Era hermoso cuando también llegaba mi tía Rosita, eran tan parecidas, no solo en el nombre, realmente mi tía es una extensión de mi abuelita, las dos eran dulces conmigo y me consentían mucho. Yo no tuve esa fiesta bien tradicional del festejo de los XV años aquí en México, pero mi abuelita y mi tía Rosita se cooperaron para comprarme mi último regalo de niña, una muñeca que aún conservo... En mis cumpleaños siempre había un regalo por parte de las dos.

Íbamos a almorzar juntas. En las mañanas siempre eran comidas de la calle, pero ya en la tarde los guisos de mi abuelita conquistaban las barrigas de todos.

Cuando terminaba el día, nos íbamos a dormir. Nos pasábamos horas platicando de leyendas tenebrosas, pero ni así se me iba el sueño, porque ella me cuidaba. Siempre, mientras yo crecía, la veía diferente a las demás abuelitas, teniendo energía para hacer tantas cosas; pero cada vivencia se acumulaba en su piel, eso le provocaba pliegues, y cada que iba de visita, al ver las arrugas de su cara y sus manos, sabía que tenía cosas nuevas para contarme. Con los años me preguntaba si yo había crecido o ella se había hecho chiquita, quizá tantas anécdotas no cabían más en su piel y se fueron a su espalda tan pequeña, tantas eran que se había encorvado un poco y cada vez más con el pasar del tiempo.

Cuando fue siendo más grande en edad, todas sus vivencias me las recontaba, luego dos veces en un solo día. La falta de novedad en ocasiones me aburría y mejor encendía la televisión o utilizaba mi celular, prefiriendo interrumpir lo que me contaba.

Poco a poco se fueron espaciando las idas al mercado, hasta que ya no volvieron jamás, porque ella ya no podía caminar, pensaba que quizá serían sus zapatos, pero en las noches se sobaba sus rodillas y se quejaba un poco del dolor que éstas le provocaban. Pensaba que ya no le gustaba ir al mercado, y subestimaba sus quejas de dolor físico. No sé, pero de alguna manera, pensaba que ella se sentía igual que yo, con energía, con ganas de correr, y de traer y hacer la comida para todo un ejército, pero ahora me doy cuenta que no era así, mi abuelita se estaba haciendo

más viejita, yo la recibí así, siendo mi viejita, mi abuelita, con arrugas y con dolores, que con los años eran más prominentes y agudos. La energía no duró para siempre, como yo pensaba, ella no podía ser eterna como yo creía, sabía poco sobre la muerte, pero jamás la había sentido y sufrido tan de cerca... Me costó y aún me cuesta entender que todo principio tiene un fin...

Yo pasé más tiempo con ella que con mi otra abuelita, porque mi abuelita Rosa era muy cariñosa, y en realidad ahora me doy cuenta que, aunque no pasaba mucho tiempo con ella, fue mi primer acercamiento con la vejez, pues ella me conoció al nacer antes que mi otra abuelita. Así cuando ella me veía crecer, yo también lo hacía, pero yo la vi envejecer, ella me vio convirtiéndome en una joven mujer. Recuerdo muy bien la antepenúltima y la penúltima vez que nos vimos, porque una vez fue el mero día de mi cumpleaños y luego en el suyo. Cuando fue su cumpleaños la verdad yo no le di un abrazo grande como felicitación, porque pensaba que para el siguiente año nos volveríamos a ver y, además, le daría un regalo comprado con mi propio dinero, así como ella me regalaba detallitos en mi cumpleaños, pero la realidad fue otra... Yo no me imaginaba que para el siguiente año ella ya no iba a estar conmigo, con todos los que la queríamos. Suena horrible, doloroso y muy cruel, pero ahora no puedo abrazar una lápida o la tierra... Nadie sabe qué pasará mañana en el futuro pues, y de haberlo sabido, hubiera abrazado más fuerte a mi abuelita; cómo iba yo a saber que ese sería nuestro último abrazo...

De hecho, la fuimos a ver unos días antes de que ella falleciera, pero por la pandemia no nos pudimos acercar a ella, no la pude abrazar por última vez. En este contexto, ‘abrazar’ o ‘besar’ parecen ser sinónimos de ‘contagiar’. Yo quería abrazarla muy muy fuerte, pero tampoco quería contagiarla de coronavirus. Fue como prevenir algún contagio, quizá también esa acción fue un sinónimo de ‘cuidado’, de cuidarla; porque si yo sabía que había contraído el virus era demasiado probable que me sintiera culpable. Y es que, aunque uno no está enfermo, es mejor reservarse las muestras de afecto, y quizá eso también denote el amor que les tenemos a nuestros seres queridos.

Yo recuerdo también que cuando íbamos a verla, y nos reuníamos todos los primos, siempre nos contaba lo que hacíamos de niños, y también nos contaba las

travesuras infantiles que habían hecho nuestros padres, sus hijos. Eran momentos muy bonitos y, a veces, nos sentíamos incrédulos por lo que nos contaba, no creíamos nuestros alcances, o nuestras aventuras. Ella nos contaba el cuento de nuestra historia, y aunque a veces nos parecía irreal, realmente le creíamos todo. Añoro mucho esos tiempos de alegría. Su casa, su olor, su disposición, su cariño y sus cuidados.

Ir a visitarla, muchas veces para mí fue un escape a los pequeños pero grandes problemas de mi andar por esta vida; problemas de cada edad, que si hoy los recuerdo les resto importancia o me dan risa. Su espalda era un escudo que me resguardaba de los regaños de mis padres cuando los hacía enojar. Mi abuelita era mi refugio, sus mimos eran la expresión más genuina de la calma, y sabíamos que todo tenía solución. A través de sus vivencias, las que de vez en cuando nos contaba, podíamos reflejar nuestra propia vida, y tomábamos sus anécdotas como lecciones.

Aproximadamente, a un año y medio de haber perdido a lo que para mí es la imagen más auténtica de ‘la mejor abuelita del mundo’, aún siento nostalgia, quizá no la tristeza del principio, porque uno se va como obligadamente transformando; como acostumbrando a la ausencia de las personas, pero aún cuesta mucho trabajo asumirlo, pero poco a poco uno va encontrando consuelo y se guarda muy en el fondo de nuestro ser una pequeña esperanza de que algún día nos volveremos a reunir. Yo pasé por etapas bastante difíciles, llegué incluso a tomar medicamentos para superar la depresión; incluso el miedo por la muerte, porque como era mi primera experiencia. En realidad, no supe cómo enfrentarlo de manera ‘sana’...

Yo pienso que además de ser un hecho el extrañar a nuestros seres queridos difuntos, también extrañamos algo de nosotros mismos. Yo, por ejemplo, me extraño a mí misma cuando era niña, pues fue a través de mi abuelita que me conocí en esa etapa de mi vida, porque pues de eso yo recuerdos propios no tengo, quizá solo pocos. Cuando ella se me fue, también se fue mi niña interior, mi etapa de la infancia.

Es complicado admitir que mi memoria, aunque relativamente joven porque tengo 22 años, no es como que recuerde todo tal cual pasó, y sé que con el tiempo la

originalidad de los recuerdos se va a transformar, porque los recuerdos se van decolorando a blanco y negro, igualitos a los cabellos de mi abuelita...

Y ahora, quién me iba a decir que mientras ella se esforzaba porque yo me recordara de niña mediante todas sus descripciones para que yo me descubriera y conociera, en este momento le iba a devolver lo que hizo por mí, pues ¿acaso no se las estoy describiendo ahora? Ojalá se la hayan imaginado o les haya hecho recordar alguna experiencia, pero si no es así, les dejo esta foto de mi abuelita Rosa, quien falleció hace un año y medio.

Y bueno, ahí estoy yo de niña con ella; y, de hecho, a veces siento que esa niña se murió junto con ella. Hay ocasiones en donde me cuesta trabajo recordarme como ella me recordaba. Hoy a mi abuelita quisiera decirle que ahora soy una mujer compuesta de la esencia de todas y cada una de sus enseñanzas, que soy una mujer destinada a preservar su imagen, contando a los próximos miembros de la familia quién fue Doña Rosita, mi abuelita”. (Palabras de Nenis —nieta de la Sra. Rosa— en el mes de noviembre de 2021).



Fotografía 21: Nenis recuerda que su abuelita le contó que esta foto se las tomó un fotógrafo en una fiesta. Según su abuelita, Nenis estaba enojada porque el ruido de la fiesta la había despertado.

De igual manera, otra de las nietas de la Sra. Rosa compartió en sus redes sociales una carta dirigida a su abuelita. La carta la publicó en su perfil de Facebook y en su “estado”⁶¹ de WhatsApp. A continuación, la carta:

⁶¹ Los “estados” de WhatsApp son textos, imágenes o videos que se comparten en un periodo de tiempo de máximo 24 horas; al menos en esta plataforma “los estados” se comparten únicamente con las personas que mutuamente se agregan como contactos. En plataformas como Facebook, Messenger, Instagram e incluso en WhatsApp, -por mencionar algunas- tenemos el influjo de configurar quiénes pueden acceder a ver nuestras historias; solo que en WhatsApp restringimos algunos contactos y en las otras App’s casi siempre las restricciones son quizás un poco más generales.

“Carta a la mejor abuelita del mundo ❤️

Hoy me desperté con mucha tristeza. Con lágrimas en los ojos me despido de ti a la distancia sabiendo que te vas de mí. De aquí en adelante mi agosto de cada año ya no será el mismo. Mis risas, esas que tanto te causaban alegría, ya no serán nunca las mismas porque te llevas un enorme pedazo de mi corazón, de mí. Doy gracias al universo por haberme permitido pasar toda mi infancia, adolescencia y parte de mi juventud a tu lado; y más aún agradezco al destino que también te pudo conocer y sacarte alegrías mi hijo, tu primer bisnieto; su inocencia no le permite aún asimilar que ya no estarás más con él viéndolo crecer, pero le harás mucha falta, y yo estaré contándole todo lo que hiciste en vida por su madre y recordándole cada uno de los momentos que pudiste vivir con él.

Te vas para nunca más volver, y es la hora de decirte adiós. TE AMO HASTA EL INFINITO 💕. Sé que te fuiste sabiendo todo el amor que te tendré por el resto de mi vida, porque siempre en mi vida te lo decía, te lo recordaba y, sobre todo, hacía que lo sintieras.

Llevo en alto y orgullosamente tu nombre, tu bendita sangre y ahora un pedacito de tu gran espíritu y corazón.

Hasta siempre dónde quiera que estés. En tus brazos nuevamente algún día llegaré y llegaremos todos los que te amamos.

Gracias por ser todo para mí. En una sola persona encontré tanto.

Atte: por siempre tu chiki 💕” (Carta que publica la Srita. Chikis el día 4 de agosto 2020)

Carta a la MEJOR ABUELITA DEL MUNDO ♡

Hoy me desperté con mucha tristeza con lágrimas en los ojos me despido de ti a la distancia sabiendo que te vas de mi, de aquí en adelante mi agosto de cada año ya no será el mismo, mis risas; esas que tanto te causaban alegría ya no serán nunca las mismas porque te llevas un enorme pedazo de mi corazón, de mi . Doy gracias al universo por haberme permitido pasar toda mi infancia, adolescencia y parte de mi juventud a tú lado y más aún agradezco al destino que también te pudo conocer y sacarte alegrías mi hijo. Tú primer bisnieto, su inocencia no le permite aún asimilar que ya no estarás más con él viéndolo crecer, pero le harás mucha falta y yo estaré contándole todo lo que hiciste en vida por su madre y recordándole cada uno de los momentos que pudiste vivir con él.

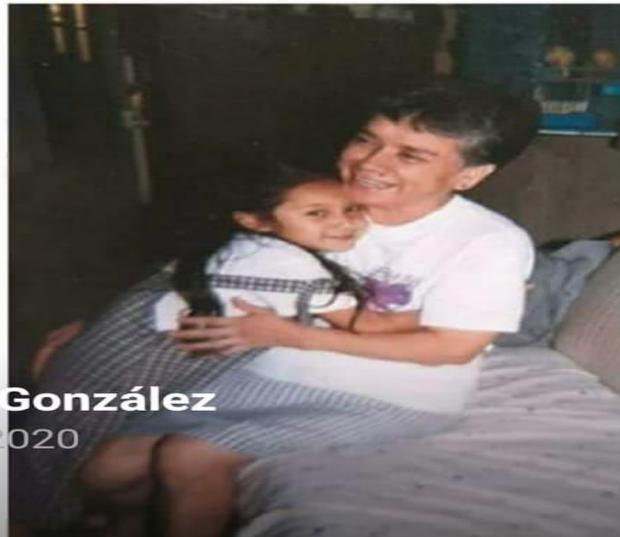
Te vas para nunca más volver, y es la hora de decirte adiós TE AMO HASTA EL INFINITO 💕 sé que te fuiste sabiendo todo el amor que te tendré por el resto de mi vida, porque siempre en vida te lo decía, te lo recordaba y sobre todo hacia que lo sintieras.

Llevo en alto y orgullosamente tú nombre, tú bendita sangre y ahora un pedacito de tú gran espíritu y corazón.

Hasta siempre, donde quiera que estés en tus brazos nuevamente algún día llegare y llegaremos todos los que te amamos.

Gracias por ser todo para mi, en una sola persona encontré a tanto.

Atte: Por siempre Tu chiki 💕



Rouse González

6 AGO. 2020

Fotografía 22: Captura de pantalla de la redacción que la Srita. Chikis, nieta de la Sra. Rosa publicó en sus redes sociales. Esta carta la redactó primero en su blog de notas de su dispositivo móvil y anexó una fotografía a dicho texto, una fotografía de su infancia.

Como vimos, las nietas de la Sra. Rosa relataron cada una a su manera el cómo recuerdan la vida y la personalidad de su abuela. En muchos puntos su construcción escénica converge, y una situación de suma importancia fue el papel que tuvo su abuela en el proceso de acompañamiento de la infancia de sus nietas; no solo a través del cuidado físico, sino del cuidado de las memorias a partir de los ejercicios de memoria que la Sra. Rosa abstraía de sus propios recuerdos para después compartirlos con ellas, y así éstas últimas, pudieran conocerse y conocer una etapa de su vida.

En el siguiente apartado de este subtema del presente capítulo, ahondaremos justamente la influencia que tienen los abuelos respecto al acompañamiento de las infancias, cuyos trabajos de memoria fungen como la *construcción asistida de la memoria individual* de los miembros más pequeños en las familias.

3.1.1 Producción de la memoria individual: El impacto de la vejez en las infancias

Nos atrevemos a asegurar que las memorias infantiles por lo tierna que es la corteza memorial y, como si fuera una pista de hielo, los recuerdos se deslizan como los patinadores que danzan y hacen piruetas: los patines sin duda dejan marcas, las cuales, son remplazadas o sobreexpuestas por los patinadores cada que pasan por el mismo sitio; así funciona la memoria infantil, una memoria que, como el hielo cuando lo abrume la primavera, tiende a borrarse. Los infantes se preocupan más por almacenar los recuerdos de su presente, pero por lo menos, las personas que tienen claro el pasado de la comunidad, se encargan de implantarlos en las memorias infantiles. Conforme pasa el tiempo, las mentes ya no son esa pista de hielo, sino más bien, pasan a ser lienzos en blanco en donde las huellas de bastas tinturas comienzan a colorear el color neutro y puro de dicha tela. Quien se desliza por el lienzo es el pincel dominado por propios, ajenos y uno mismo; hay pigmentos más fuertes que otros, y luego algunos son sustituidos por otros colores o diluidos entre líquidos para no dejar manchas desagradables. A este proceso por el cual

pasa la memoria infantil podría tratarse justamente de un fenómeno de *culturalización de la memoria*.

Pensar en una memoria puramente individual o en una memoria puramente colectiva es un gran error, las formas de memorialización son enseñadas y aprehendidas en colectivo, pero el poder de la usanza y de lo que deseamos recordar, queda a la merced de uno mismo. Para poder entender por qué no pueden desligarse la memoria individual y la memoria colectiva, retomaremos al autor Maurice Halbwachs quien asegura que:

...el individuo participaría en dos tipos de memorias... adoptaría actitudes muy distintas. Por una parte, en el marco de su personalidad, o de su vida personal, es en donde se producirían sus recuerdos... Por otra parte [...] como miembro de un grupo que contribuye a evocar y mantener recuerdos impersonales, en la medida en que éstos interesen al grupo (Halbwachs, 2004: 53).

Cuando sé es un infante, la conciencia en la memorialización de la memoria —tanto comunal como individual— es una habilidad que se adquiere con el pasar del tiempo; la fuerte insistencia de los relatos de las personas y los acontecimientos, los orígenes de la identidad compartida o individual, son labores que otros hacen para perfeccionar y moldear la mente de los demás —los infantes en este caso—.

Cuando sé es un infante, es fácil que el almacenamiento de las memorias se encuentre en un constante de *ires y venires* entre el pasado y el presente, lo cual, pueda parecer que de nuestros recuerdos infantiles hayamos perdido la memoria y, de lo poco que podamos recordar, son algunas reminiscencias; como pequeños lampareos en los que se vislumbra una realidad de la que no estamos del todo seguros. Por consiguiente, la memoria individual aunque se conserve como propia en ciertos momentos, también es trastocada por los marcos sociales de ciertos colectivos, esto en sí significaría que la memoria individual es objeto moldeable culturalmente hablando, porque cada colectivo cultural tiene sus maneras propiamente sociales de significar y estructurar las formas de vivir los recuerdos y; en resumen, para recordarnos a nosotros mismos, porque de hecho “*muchas veces necesitamos de los demás, para evocar nuestro propio pasado, necesitaríamos recurrir a los recuerdos de los demás*” (Halbwachs, 2004: 54).

La formación identitaria individual depende indiscutiblemente de apoyarse de la memoria colectiva —de la o las colectividades a las que pertenecemos—, así *“podemos apoyarnos en la memoria de los demás”* (Halbwachs, 2004: 48) ya que sus *“testimonios sirven para fortalecer o invalidar un acontecimiento, del cual no conocemos muchas de las circunstancias, esto ayuda a recomponer los recuerdos olvidados”* (Halbwachs, 2004: 25). Los *testimonios* son trabajos de la memoria que sirven para el reconocimiento individual y colectivo.

Y volviendo a los recuerdos de la infancia, o más bien, del olvido de nuestra infancia, la razón por la cual no los recordamos *“es porque, efectivamente, nuestras impresiones no podían basarse en nada mientras no éramos un ser social”* (Halbwachs, 2004: 38). Cuando sé es un niño, en realidad día a día estamos aprendiendo a manejar nuestros recuerdos consumidos en el presente y, lo que concierne al pasado, apenas nos estarían enseñando a estructurarlo en nuestras mentes. Por otro lado, los infantes están más interesados en pasar el tiempo con sus semejantes, niños pequeños iguales a él que pasan justamente por la misma etapa de desarrollo mental. Sin embargo, es el papel de la familia como sustrato social que cultiva la memoria, ya sea colectiva e individual, esto permite la germinación óptima de los recuerdos del infante, los recuerdos que se supone deben trascender temporalmente hablando, para que pueda comunicarse, pero sobre todo también entenderse con sus allegados, con sus familiares.

En este sentido, descifremos la razón por la cual es importante que los demás, en específico: los adultos, pongan especial cuidado y preocupación para revivir los recuerdos de los infantes, haciendo por ellos arduos y complejos trabajos de memoria, pues al parecer *“olvidar un periodo de la propia vida es perder contacto con aquellos que nos rodean”* (Halbwachs, 2004: 33). El evocar las memorias infantiles que los infantes no tienen o de las que tienen poca conciencia es, por ejemplo, una forma de ‘membresía’ que los incluye con los demás miembros de su familia, y desarrollan en ellos un sentido de pertenencia gracias a los testimonios que los demás tienen de su infancia y, al mismo tiempo, también tienen un *registro memorial asistido* de sus huellas de vida en su niñez.

La forma en la que los “*otros reconstruyen por nosotros hechos que hemos vivido con ellos*” (Halbwachs, 2004: 30) y, generalmente nuestros recuerdos infantiles, hace que no nos provoque esa extraña sensación de ya haber vivido ese hecho, algo a lo que se le llama *dèjà vu*, y esto se debe a que “*no tenemos ningún modo de reconstruir su imagen*” (Halbwachs, 2004: 30). Sin embargo, es importante mencionar que la creatividad de las sociedades también se refleja en las formas en las que tratan de perpetuar las memorias, dejando y vaciando en algunos objetos ciertos recuerdos. Tal es el caso de las nietas de la Sra. Rosa, pues las fotografías que nos prestaron para usarlas en esta investigación, no solo exponen la performatividad de las infancias y la vejez, sino el lazo afectivo que las unía y, platicando más a fondo con ellas, hasta nos platicaron el contexto que suscitó la toma de la fotografía; un contexto del que quizá no tienen un recuerdo propiamente registrado, pero que su abuela les platicó.

Ahora, dicho lo anterior, nos pareció importante descifrar la razón por la cual unos testimonios trascienden sobre otros, es decir: ¿qué legitima a los testimonios y hace que aceptemos su veracidad? Como hipótesis y sin recurrir en primera instancia a lo que algunos autores proponen, pensamos que son los roles sociales los que de alguna manera legitiman los testimonios, y unos se vuelven más importantes y trascendentes frente a otros. También la edad de quién guarda tal o cual testimonio es de suma importancia, así en este sentido, quien represente mayoritariamente al pasado, significa que sus relatos tengan mayor veracidad, porque esto significa su alto conocimiento y reconocimiento de sí mismo y de los demás, ya que son personas que resguardan la historia de la comunidad. Retomemos algunos aportes teóricos de autores expertos en temas de memoria: Maurice Halbwachs dice al respecto que:

El niño está también en contacto con sus abuelos, y a través de ellos se remonta a un pasado todavía más remoto. [...] los ‘viejos’ les transmiten el legado de costumbres y tradiciones de todo tipo (Halbwachs, 2004: 65).

Entonces, de alguna manera, los adultos mayores dentro de la familia —que, en este caso, lo fue la Sra. Rosa como abuela de Chikis y Nenis— son “*el vínculo*

‘vivo⁶²’ de las generaciones” (Halbwachs, 2004: 65) “ya que desde la infancia y gracias al contacto con los adultos, hemos adquirido muchos modos de reencontrar y precisar muchos recuerdos que, de otro modo, habríamos olvidado total o parcialmente” (Halbwachs, 2004: 71), y a su vez,

el recuerdo es, en gran medida, una reconstrucción del pasado con la ayuda de datos tomados del presente, y preparada de hecho con otras reconstrucciones realizadas en épocas anteriores, por las que la imagen del pasado se ha visto ya muy alterada (Halbwachs, 2004: 71).

De lo que mencionamos con anterioridad, y conjuntando nuestras reflexiones con los aportes de Maurice Halbwachs, existe una acción a la que nos gusta llamar: *una invitación a la historia familiar*, esta transmisión justamente perfila la identidad de los miembros de una misma colectividad. Si no comparten lo histórico, no son miembros del mismo grupo social y, quizá su memoria propia, la interna, pueda pecar de incompleta, pues necesita de otros para mantener un recuerdo de sí mismo y de un pasado que por sí solo no podría recordar si no es con ayuda de otros.

El hecho de que sean los ‘viejos’ —que en general se tratan de personas que ocupan el rol social y la categoría de parentesco de ser los ‘abuelos’— personajes que rejuvenecen los recuerdos porque los evocan en el presente y, al mismo tiempo, después de la apropiación memorial de la historia de la familia, permiten a otros miembros contar con un amplio repertorio de recuerdos que, muchas veces transformados por las líneas discontinuas temporales en las que se evocan o el contexto en que se cuentan y quiénes lo hacen, se están perfilando los recuerdos para el futuro. Es imposible saber cuánto y cómo es que se ha resignificado y deformado un recuerdo primigenio. Agregamos y quitamos tantos o pequeños detalles que, en realidad, y en lo que concierne a nuestros recuerdos infantiles, podremos encontrar siempre un collage de recuerdos tanto propios como externos.

⁶² Lo pusimos entrecomillado porque la Sra. Rosa falleció, sin embargo y más adelante en esta investigación, ahondaremos en las formas en las cuales sus familiares mantienen su legado en el presente.

Retomando algunos aportes teóricos del autor Marc Auge, mencionaremos que la historia familiar como *relato*, como antología de las vivencias de cada uno de los miembros de este conglomerado, es conferida y almacenada por las personas de edad más avanzada y, conforme surgen nuevas generaciones dentro de la familia, se confieren tareas y ejercicios de la memoria para educar a las ‘malas memorias’ —entendidas éstas como “*una memoria engañosa que nos retiene en el presente y aleja el pasado demasiado próximo para darlos la ilusión de perspectiva, que proporciona vaguedad y profundidad a los recuerdos más recientes*”— (Auge 1998: 26). Pensando que una mala memoria es la infantil, o más bien, una memoria en proceso de construcción; la familia es la sociedad principal a la que el infante tiene acceso y funge como la encargada de enseñar a recordar, ya que en ella se estipulan las maneras de estructurar los recuerdos.

El autor Marc Auge refiere la siguiente frase: “*la flor en este sentido es el olvido de la semilla...*” (Auge, 1998: 23), pero, al mismo tiempo, también es el retorno de la semilla, así que de olvido tiene quizá muy poco y, así mismo, pasa con los recuerdos y su caminar transgeneracional. Los trabajos de la memoria que consisten justamente en cultivarla desde la infancia, reflejan el interés de las familias por cuidar a sus miembros y su historia autobiográfica y colectiva, por ello, y retomando el caso de la Sra. Rosa, es importante mencionar que ahora serán sus nietos y sus hijos quienes hagan este ejercicio memorial para perpetuar la presencia de su abuela o su madre, y perpetuarse entre ellos mismos como una familia, siendo la Sra. Rosa un eslabón fundamental de su historia familiar porque fue una de los miembros más longevos en su familia.

Para concluir con los argumentos que tomamos de algunos autores, mencionemos que, como tal, no tenemos recuerdos de nuestra infancia, y de los que recordamos como propios resultan ser “*huellas mnémicas*” (Auge, 1998: 26). En realidad, lo que recordamos de nosotros en esta etapa de nuestra vida son los relatos que nos compartieron quienes los asumen como propios, más no los recuerdos propios individualmente hablando (Auge, 2004: 28). “*No es el recuerdo, sino las huellas, signos de la ausencia. Esas huellas están en cierto modo*

desconectadas de todo relato posible o creíble; se han desligado del recuerdo” (Auge, 1998: 30). Podemos ejemplificar esto, cuando nos cuentan alguna situación y como mirando hacia el horizonte tratamos de reproducir el recuerdo del emisor, así entonces, lo coloreamos, lo significamos y lo imaginamos porque no tenemos registros previos al respecto.

3.1.2 Reproducción de las memorias: los recuerdos transgeneracionales

Siguiendo con el tema que vimos anteriormente sobre el papel de los abuelos y su acompañamiento en las infancias mediante la *construcción asistida de una memoria* individual y colectiva a través del relato de los recuerdos que los adultos mayores se apropian y cuentan a sus nietos, quisiéramos mencionar que la memoria familiar o transgeneracional “*obtiene su fuerza y duración al apoyarse en un conjunto de hombres (personas), son los individuos los que la recuerdan, como miembros de un grupo”* (Halbwachs, 2004: 50) y, como sabemos, es la unidad familiar la primera institución social con la que interactuamos y la que nos educa durante la infancia (Calderón, 2018: 31-32).

Las relaciones parentales están llenas de emociones, sentires y afectos que permean la forma de comportamiento entre individuos dentro de una unidad doméstica. Los individuos de una familia comparten conocimientos y saberes, y éstos a su vez, son transmitidos de forma transgeneracional y almacenados en recuerdos dentro de la memoria tanto individual como colectiva de categoría familiar, algo así como “*memorias de segunda mano”* (Saban, 2020: 396), esto nos lleva a pensar que la identidad familiar funciona para el reconocimiento de los miembros que la componen y, al mismo tiempo, el propio autorreconocimiento frente a los otros.

Si bien es cierto que la vejez como etapa de vida, muchas veces se le define y concibe con términos peyorativos que, lejos de dignificar a los que integran el número poblacional de las personas categorizadas como adultos mayores, a la

vejez se la ha concebido como un “*sinónimo de caducidad*” (Rosales, 1997: 3), como una “*edad de deterioro, [...] etapa final, declive y terminal*” (Zetina, 1999: 25), esto quizá en términos biológicos; porque, por otro lado, la vejez es una etapa de la vida en la cual encontramos sabiduría, y casi siempre venerada y respetada por los de menor edad (Zetina, 1999: 26), es decir:

La perspectiva de la ‘interacción simbólica’ (Hill, 1970), en cambio, considera que las personas ancianas adoptan diferentes conductas según la concepción que tienen de las distintas relaciones que ellos mantienen con las demás personas y dentro de los grupos en los que están inmersos. Estas concepciones prefijadas simbólicamente —por cada cultura— son respuestas a su propio yo reflejado como espejo ante los demás, pero también son efecto de las representaciones que ellos tienen de sí mismos y que valoran en determinado sentido (Zetina, 1999: 33-34). En el contexto de la modernidad y en el modo económico: *el capitalismo*, los adultos mayores son concebidos como un sector no productivo, pero ese no es nuestro tema en la investigación. Consideramos pertinente retomar a la vejez como una etapa venerada y de sabiduría, porque en el contexto familiar —quizá en la mayoría de los casos— los ancianos, los “abuelitos” son personajes fuertes porque cargan con muchos relatos sobre el pasado de la historia familiar.

En lo que respecta al caso de la Sra. Rosa, el efecto que dejaron sus enseñanzas y los relatos que contó a sus nietas, las cuales, la aprecian desde el sentido más sublime del respeto y la admiración y, además, afectivamente la conciben como “la mejor abuelita” de este mundo, tiene que ver con lo anteriormente mencionado. Por otro lado, cuando iban viendo a su abuela decaer por la edad y sumando las enfermedades que también iban avanzando, es probable que, asumieran de manera temprana, una pérdida de roles sociales ante-mortem; es decir, una muerte social primero antes que una muerte biológica. Esto anterior puede verse desde el hecho de cómo la familia se organizó para cuidar a una persona enferma dentro de casa, ver a diario cómo su salud se deterioraba y que de la esperanza solo iban quedando algunos destellos.

Asumir la vejez y la primera experiencia que se tiene al convivir con ella: con cada fase de etapa física, anímica y emocional que ésta implica, también es una labor difícil y de resistencia. El cuidado cobra varias vertientes, ya que no solo hablamos del cuidado de las enfermedades, sino del cuidado memorial para perpetuar no solo la existencia de una persona en el plano tangible, sino también, para perpetuar la existencia de la familia propia, de cada uno de sus miembros.

En resumen, los *relatos* o *testimonios* como parte fundamental o expresiones del cuidado de sí y de los demás, también son objetos de intercambio a través de la transmisión; porque se supone deben de ser transmitidos a las nuevas generaciones, a las memorias del futuro, esto como una necesidad de perpetuar a la humanidad como especie pensante. No debemos de ignorar lo importantes que resultan ser los lazos afectivos para poder continuar con el legado memorial de una o varias personas y evitar a toda costa el olvido; porque esto, entonces, significaría la muerte perpetua.

3.2 Memorias en concreto, nombramiento del espacio

“Todas las noches iba al cementerio
a visitar la tumba de su hermosa,
la gente murmuraba con misterio:
‘es un muerto escapado de la fosa”
—Urquiza De La Rosa, G.

Siguiendo ahora con otro de los intereses temáticos de este proyecto de investigación, vamos a abordar en este segmento del capítulo el tema de los *lugares de y para la muerte*, pero de índole privado que, como vimos en el capítulo anterior, se tratan de *lugares de conmemoración de la muerte*.

Ahora, exploraremos brevemente cómo es la fisicalidad de un cementerio privado concebido como *parque-cementerio*, en donde la forma más visible de apropiarse del espacio es justamente mediante el nombramiento de una lápida de

cemento que se edifica sobre la tumba. Por ello, hemos decidido subtítular esta parte de la investigación como: “*Memorias en concreto*” pues, el nombramiento de la lápida es una metáfora que evoca los recuerdos que nos anclan a ese lugar, y con un espacio en específico, la tumba de nuestro ser querido.

El cementerio, en este caso, tiene otra manera de ser en cuanto a la arquitectura que lo representa, ya que la finalidad de estos espacios es, además de la unificación de las diferencias personales, el interés de ofrecer a los visitantes, una imagen de tranquilidad y de conservación de un paisaje natural. Así mismo, ofreceremos a los lectores algunas de las experiencias del caminar en el *parque-cementerio* a partir de las visitas que realizan los familiares de la Sra. Rosa y, además, cómo es que algunos de ellos buscan alternativas para representar, mediante algunos objetos, la personalidad que quien fuera su madre o abuela.

También veremos que el cuidado del espacio se privatiza a través de la contratación de servicios de mantenimiento, en donde son los trabajadores del cementerio los responsables de mantener la limpieza y la vigilancia del cementerio en general.

Si agregamos la situación de la crisis sanitaria por el virus Covid-19 que se enfrenta de manera global, el cementerio en el cual fueron inhumados los restos mortales de la Sra. Rosa seguía —aunque en ocasiones— las restricciones sanitarias que establecía en semáforo epidemiológico; así entonces, no fue posible ir de visita continuamente o en fechas importantes como lo es el “Día de Muertos”, el día de conmemoración del cumpleaños, el Aniversario luctuoso, la conmemoración mensual del día de la defunción, el día de las madres o el día del abuelo.

3.2.1 Parques-cementerios: la privatización de los “lugares de la memoria de y para la muerte”

Recordemos que la iniciativa de construcción de cementerios privados surge en México entre los siglos XIX y XX; y son producto del proceso de la supresión del control que la iglesia tenía sobre la administración de prácticas mortuorias. Los cementerios privados también surgieron debido a la falta de espacios en cementerios municipales —de estilo tradicional o públicos—, en donde la causa principal de la sobrepoblación en los cementerios muchas veces devenía de los efectos mortíferos de la aparición de epidemias. Por lo general, los cementerios privados se caracterizan por ofrecer un panorama de tranquilidad a través del minimalismo de su arquitectura. En este caso, nosotros junto con algunos de los familiares de la Sra. Rosa, visitamos un *cementerio de estilo americano* en el cual residen sus restos mortales.

Los *cementerios privados de estilo americano* generalmente reciben también el nombre de *parques-cementerios*, ya que en ellos impera una imagen de conservación de la naturaleza y relegando la huella urbana que los dolientes puedan edificar sobre las tumbas en aras del reconocimiento de la personalidad de sus seres queridos fallecidos, sin embargo, esto no significa que no estén ahí. Cuando hicimos personalmente un pequeño recorrido por este cementerio tan grande —a primera vista— nos encontramos con una pequeña capilla religiosa; pero, en las tumbas propiamente a primera vista, no había indicios de práctica religiosa alguna.

Pensamos entonces que, respecto a la historia de los “*parques-cementerios*”, éstos se fueron consolidando a partir de la sucesión de algunas situaciones, como lo son:

1. La secularización y descentralización de los recintos mortuorios: relegando el poder de administración que la iglesia tenía respecto de las prácticas de conmemoración de la muerte y el duelo; además de la preservación de una imagen de sanidad de la ciudad en base a la preocupación que el estado tenía por mantener la seguridad y la salud pública.

2. Posteriormente, el gobierno concede a agencias privadas la capacidad de administración de *lugares de y para la muerte*. Estos lugares mantienen cierta autonomía —ya que deben seguir cumpliendo con reglas estrictas de sanidad estipuladas por reglamentos estatales para los cementerios— y ofrecen paquetes de servicios funerarios (Camarillo, s/f: 14). Son cementerios más caros en comparación de los cementerios municipales, En este sentido, surge la mercantilización de la muerte y el duelo de manera más evidente.

3. Y, por último, la *privatización memorial*. Como ya hemos mencionado con anterioridad, las huellas personales mediante la escenificación del espacio están ausentes, en donde pareciera que los dolientes llevan a cabo su experiencia de duelo de manera reservada, poco expresiva, quizá trastocando en lo silencioso. Cuando se depositan sus memorias en este tipo de espacios que, mediante sus restricciones de culto religioso, afectivo y personal, pareciera que a primera vista son invisibles, pero eso no significa que la personificación del difunto y las prácticas religiosas particulares no estén ahí, pero iremos más Adelante de la investigación para entender esta hipótesis.

Vayamos ahora con nuestro caso etnográfico: La Sra. Rosa falleció el día 4 de agosto del año 2020, a unos cinco meses de haberse declarado la contingencia sanitaria mundial causada por el virus de Covid-19. Para esas fechas, nos encontrábamos en semáforo naranja, el cual, recordemos que significaba una alarma alta de contagio y, debido a esto, los rituales funéreos y algunas otras situaciones, sufrieron significativas transformaciones; además, la familia enfrentó algunas dificultades que impidieron contar con un aforo extenso de gente para el despido de los restos mortales de la Sra. Rosa, en realidad, solo se contaba con la familia.

El proceso del *morir* de la Sra. Rosa —en específico cuando sus enfermedades se agravaron— empezó justamente al mismo tiempo que la

pandemia iniciaba. Ella quería llevar su proceso de enfermedad en casa y estar al cuidado de sus hijos; sin embargo, cuando ellos la vieron cada vez más grave, no dudaron el llevarla al hospital:

“Con los días veía a mi jefecita cada vez más mal. Sé que ella nos pidió que no la lleváramos a un hospital, pero ni modo que la dejáramos así. Que como hijos no tuviéramos compasión de todo lo que estaba sufriendo. Afortunadamente tuvimos la posibilidad de llevarla a un ‘buen hospital’, queríamos que ella estuviera bien. Sus hijos somos muy trabajadores y ya veríamos el tema del dinero, realmente eso era lo de menos, lo que importaba es que ella estuviera bien y que todavía nos durara muchos años” (Estas palabras nos las compartió su hijo el Sr. Berna en una reunión que se hizo para festejar las fechas decembrinas en el año 2021).

La Sra. Rosa vivió sus últimos días en un hospital privado, su familia quería darle lo mejor para que ella recuperara su salud.

“Ella nos decía que se quería quedar aquí en su casa y morir aquí mismo, ¿pero tú crees que uno como hijo la iba a dejar así? Obviamente no, y en realidad nunca estuvo sola. Nos turnábamos para ir a verla. Uno debe de ser consciente de las limitaciones. La familia la amaba, pero tampoco darle todo el amor le podría salvar la vida, necesitábamos de los conocimientos de los especialistas médicos para estar seguros. Ella sabía que la cuidábamos porque la amábamos y la seguiremos amando, pero no era suficiente; es verdad que los pacientes al sentirse reconfortados por el cariño de sus familiares existen notables mejorías, pero sentíamos que ya no era suficiente. Le buscamos de todo para que ella estuviera bien, para que estuviera con nosotros. No sé si mi mami se fue enojada con nosotros por no respetar su decisión, pero sé que dónde quiera que esté ahora podrá entender por qué lo hicimos. Ir a un hospital y solicitar ayuda, o más bien, pagar por esos servicios, fue un acto de amor familiar, queríamos lo mejor para ella” (Palabras de Dany, uno de sus hijos en una entrevista vía telefónica el día 21 de enero de 2021)

El interés de la familia —en especial el de sus hijos— por seguirle dando lo mejor a su madre, también se vio reflejado en el tipo de cementerio que escogieron para la morada de sus restos mortales. La familia escogió un parque-cementerio

privado al estilo americano; el cementerio recibe también el nombre de “*parque memorial*”. Platicando con el Sr. Berna, se escogió este cementerio por sus instalaciones y, en segundo plano, por la ubicación del mismo, ya que queda relativamente cerca de los domicilios de todos los familiares de la Sra. Rosa.

En nuestra experiencia como investigadores, notamos que el cementerio está alejado de la ciudad; de hecho, la forma de llegar a él solamente es viajando en auto y se tienen que pagar varias casetas de cobro en las carreteras que, de hecho, aún se están pavimentando; además, se hace un recorrido ascendente debido a la altitud del cementerio.

Antes de ir al cementerio; de hecho, el día de la velación del cuerpo el 4 de agosto de 2020 —por la tarde y la madrugada del siguiente día—, le llamaron al Sr. Berna para notificarle que la asistencia al cementerio estaba restringida debido a los lineamientos sanitarios que estipulaba el semáforo epidemiológico, por ello, solo podían asistir diez personas a la sepultura de la Sra. Rosa. Para la mañana del 5 de agosto de 2020, el Sr. Berna decidió llevarse a todos los familiares que quisieran ir. Antes de asistir al cementerio, varios familiares ayudaron a hacer una pequeña comida para el trayecto hacia el *parque-cementerio*.

Una vez estando ahí, nos encontramos en la entrada con los vigilantes del lugar y, afortunadamente, nos dejaron pasar a todos. Este “*parque memorial*” abarca varias colinas enverdecidas por el pasto y los árboles y solo se encuentran edificadas las lápidas con el nombre, la fecha de nacimiento y defunción de los difuntos, además del número de la tumba, igualmente hay un florero construido en uno de sus laterales. Cuando entramos, un sepulturero los dirigió hacia en lugar de ubicación de la tumba. Había ya colocada una carpa y sillas para todos los asistentes al funeral. Luego, los sepultureros estaban listos para llevar a cabo su trabajo.

En este cementerio no es común encontrarse con flores secas o con basura tirada; todo el tiempo permanece limpio y con vigilancia aparentemente constante, pues desde la entrada se sigue con un protocolo para identificar a los asistentes.

Fue obviamente un momento muy doloroso para los familiares, porque algunos dejaban ir a su madre amorosa, otros a su dulce abuelita, otros a su fiel amiga o comadre y otro a su compañera de vida...

Cuando depositaron los restos mortales en la tumba, los hijos y el esposo de la Sra. Rosa se dieron un fraternal abrazo, desafortunadamente no estuvieron todos, ya que la única hija mujer de la Sra. Rosa y su hijo, el Sr. Dany, tuvieron que retirarse debido a que la Sra. Rosita se sintió muy mal de salud, y fue urgente llevarla a una clínica para que recibiera atención médica.



Fotografía 23: Abrazo —como consuelo físico— de los hijos y esposo de la Sra. Rosa el día de la inhumación. Puede verse el uso de cubrebocas y el estilo arquitectónico del cementerio.

Al finalizar la sepultura, la familia se reunió en las sillas que estaban bajo la carpa para comer algo por última vez en presencia de la Sra. Rosa; fue como su ‘última comida’. Una vez que se quitaron el cubrebocas para comer, pudieron verse los rostros completamente desconsolados; y entre miradas perdidas, de frustración

y de desánimo, pues ya comenzaron a comer. No comieron mucho ese día, comer era desgastante, cansado, los ánimos no daban para más...

El Sr. Berna les llevó una sorpresa a los asistentes: puso un video que hizo con ayuda de su celular en el que se colocaron imágenes, canciones, frases de despedida y agradecimiento que le dedicaban a la Sra. Rosa, también se colocaron algunos otros videos cortos de cuando cuidaron del proceso de su enfermedad, tanto en casa como en el hospital. Los familiares se despidieron de ella, dándole un fuerte aplauso y agradeciéndole todo lo que había hecho por ellos. También se le dejaron las flores que se juntaron al momento del velorio, y se persignaban algunos frente a la tumba de la Sra. Rosa.

Como dato por añadir, quisiéramos dar a conocer a nuestros lectores que, el ataúd que resguarda los restos mortales de la Sra. Rosa es de madera y está grabado con una imagen de la Virgen de Guadalupe; el Sr. Berna nos comenta que se eligió este diseño de ataúd porque su madre era muy devota de esta imagen sacra de la religión católica.

El Sr. Berna también nos comentó —en una entrevista— que como nunca había pasado por una crisis familiar como esta no estaban preparados, y cada trámite les parecía nuevo; además de que, por estar en duelo, a veces no se tenía consciencia de lo que pasaba a su alrededor y muchas veces se aprovechan de eso para hacer de los trámites un martirio para los familiares. De hecho, el primer reto al que se enfrentaron fue la tramitación del certificado de defunción, ya que el hospital no tenía los formatos, y éstos llegaron ya hasta en la tarde, aun cuando la Sra. Rosa falleció aproximadamente a las 12 del día.

La causa del fallecimiento de la Sra. Rosa fue una falla renal. Sin embargo, el hospital se amparó con una “prueba” de Covid-19 que le habían hecho a la Sra. Rosa, y dijeron que esa había sido su causa de muerte, porque ésta había salido positiva. Cuando sus familiares exigieron ver la prueba, aún no la tenían, la prueba salió negativa después de cinco días de la defunción de la Sra. Rosa, ya cuando la inhumación se había llevado a término.

“Fue lo más ilógico. ¿Cómo podían decir que mi mamá había fallecido de Covid-19 si aún no salían los resultados? La verdad todos nos pusimos súper enojados, porque querían poner eso en su acta de defunción, y era una falta de seriedad y responsabilidad por parte del hospital, estaban falseando datos. Pero según dicen que por cada defunción por Covid-19 que ellos registren, les dan recursos económicos para ellos en particular o para el hospital, pero nosotros no nos íbamos a dejar” (Palabras de su hijo el Sr. Juan en día 5 de agosto 2020 en una plática durante la sobremesa y tomando café por la madrugada).

Los familiares de la Sra. Rosa habían contratado los servicios funerarios de una empresa privada; sin embargo, ésta al recibir la primera acta de defunción expedida en donde se estipulaba que la causa mortal había sido Covid-19, ya no quisieron llevar a cabo los servicios funerarios como: embalsamado y arreglo estético del cuerpo, servicios de velación, asistencia a la capilla y el traslado del cuerpo en la carroza fúnebre; por ello, la familia contrató de emergencia a otra agencia de servicios funerarios a la que le explicaron la situación y se portaron muy solidarios al respecto.

Así mismo y, contemplando cada una de estas complicaciones que se les iban presentando, tomaron la decisión de prever el futuro en cuanto a asegurarse de un lugar para sus difuntos:

“Yo creo que es raro como pagar antes de que pase ‘eso que ya sabes’ —susurró— un lugar en donde te van a enterrar, pero pues la muerte nos llega a todos y así estamos prevenidos. Al principio tienes la sensación de que estás invitando a que la muerte entre en tu familia. Cuando estas situaciones pasan lo que quieres es estar tranquilo por lo menos en ese sentido, y no andar buscando a las prisas un cementerio” (Palabras del Sr. Roberto, hijo de la Sra. Rosa).

La familia pagó de contado un lote con cuatro gavetas y otro lote de la misma capacidad, pero con el pago diferido a doce mensualidades.

Ahora, regresando a la arquitectura de este “*parque memorial*”, es importante mencionar que, aunque pareciera ser un espacio laico y que homogeniza las diferencias sociales de los difuntos y sus dolientes, no significa que esto no esté

presente. El cementerio cuenta con una capilla religiosa; o bien, las creencias religiosas quedan bajo tierra, como el grabado del ataúd. Pero aún hay más que decir al respecto de las creencias contenidas en las fosas, sin embargo, eso lo veremos a continuación cuando se describan las ceremonias fúnebres póstumas a la inhumación de la Sra. Rosa, en aras de entender la *ritualización de la memoria*.

3.2.2 El caminar en el parque de la necrópolis, experiencias de visitas

Quisiéramos mencionar brevemente algunos comentarios que los familiares de la Sra. Rosa expresaron en base a sus experiencias del caminar por el parque cementerio después de la inhumación de la Sra. Rosa.

“Elegí ese cementerio porque quería darle dignamente el último adiós a mi madre. Ella siempre se esforzó porque nosotros estuviéramos bien, tanto hijos como nietos, y yo siempre trataba de consentirla, yo fui, por ejemplo, responsable de que ella conociera el mar... No quería que descansara en cualquier lugar, quería que estuviera en un lugar bonito y limpio y si estaba en mis manos poder brindarle este despido y que ella descansara en un lugar mejor, ni modo que no lo hiciera. Y en realidad, como los siete hermanos que somos, nos dividimos los gastos, y claro que entre todos pudimos pagar los servicios hospitalarios y funerarios” (Palabras del Sr. Berna en una entrevista en el mes de diciembre de 2021)

“A mí me gusta el cementerio en donde está mi madre, siento mucha tranquilidad porque hay contacto con la naturaleza. Pero en el fondo, me hubiera gustado que el cementerio permitiera hacerle como una capillita, ponerle alguna imagen de la Virgen de Guadalupe, porque mi mamá era muy devota de ella; en sí pues decorar el espacio en donde ella está, porque lo único que hay de ella que puede verse es su nombre y su fecha de cumpleaños y de fallecimiento. Igual, en este cementerio, solo puedes dejar flores, porque si plantas una plantita o quieres dejar algún recuerdo, los que se encargan de cuidar el cementerio siempre terminan por quitarlos, porque son estrictos en que todas las tumbas parezcan iguales. Mi hija si le llevó una plantita, y aún la tiene afortunadamente, quizá tuvimos suerte y, en

realidad, por todo esto de la pandemia, como que están permitiendo más libertad de poner objetos en las tumbas” (Entrevista con el Sr. Roberto —hijo de la Sra. Rosa— el 7 de febrero de 2021)

“La segunda vez que fui de visita al cementerio de mi abuelita, recuerdo que le arreglamos su tumba. Fuimos a sembrar unas semillas de pasto, le llevamos flores y lavamos la lápida para quitarle el polvo. En lo personal, no sabía en dónde se encontraba mi abuelita, se me olvidó porque tenía varios meses que no iba. Yo tengo la experiencia de haber visitado un cementerio municipal y son muy diferentes, en el cementerio municipal en donde están los restos de mi otra abuelita, que es la mamá de mi mamá; ahí sí se puede plasmar en la tumba la personalidad del difunto, y aquí la creatividad está limitada debido a su reglamento, a la estructura y la imagen que el cementerio debe preservar. Yo cuando fui al parque-cementerio le quise llevar a mi abuelita una planta, porque a ella le gustaban mucho. A mí me encantan las plantas suculentas, y hay una a la que comúnmente se le llama “rosa de mármol” y de inmediato pensé en mi abuelita, era como la metáfora de lo que queda de mi abuelita, de su nombre inscrito en una lápida. Ese día recuerdo que ‘regamos’ su tumba con su refresco favorito, porque antes de morir, mi abuelita le encargó a mi mamá que lo hiciera” (Entrevista con Nenis el 31 de enero de 2021)

Como hemos mencionado con anterioridad, este “parque-memorial” tiene quizá pocas huellas que reflejen diferencias religiosas, de género, de edad, de causa mortal, etc. Al principio, conociendo la religiosidad de la familia y, como hipótesis, creímos que la decisión de escoger ese lugar como morada de los restos mortales se debió a la proliferación religiosa dentro de la familia de la Sra. Rosa, en donde: hay miembros católicos, cristianos, testigos de Jehová, ateos, santeros y creyentes en la Santa Muerte; sin embargo, cuando le preguntamos a ellos si este había sido el motivo, nos dijeron que no. Siempre han sido una familia que respeta las creencias de cada uno, ninguno juzga las maneras en las cuales quieren recordar mediante su religión a la Sra. Rosa y, de hecho, a pesar de tener diferentes identidades religiosas, los rituales se siguieron conforme a la religión de la Sra. Rosa, ella practicaba el catolicismo.

“La verdad aquí creemos en todo y de todo, pero no por eso juzgamos. Si tú me respetas yo lo hago, y así siempre ha sido. Y a pesar de que yo no compartí al final

la misma religión de mi mamá, todos quisimos que sus funerales fueran católicos, porque a ella le hubiera gustado así, y nadie tuvo problema por eso. Todos en la medida de lo posible, rezábamos para su descanso eterno. Igual y unas cosas se te olvidan porque ya no eres de tal o cual religión, pero el esfuerzo se hizo, por el amor que le teníamos y le tenemos a mi madrecita” (Palabras de Berna en una entrevista en el mes de diciembre de 2021).

Ahora, vamos a analizar una situación que se presenta en una de las respuestas de nuestros colaboradores de investigación. Principalmente, nos parece sumamente importante la situación de “*memorizar el cementerio*” para saber llegar a nuestro destino. En cualquier cementerio los dolientes tienen que memorizar el espacio para saber en dónde están sepultados los restos de sus seres queridos, pero, a nuestro parecer, al acompañar a la familia de nuestro primer caso etnográfico y a la familia de la Sra. Rosa, la estructura arquitectónica del *parque-cementerio* dificulta la confianza de *saber llegar*.

De igual manera, los cementerios son espacios mutantes, entre hoy y mañana no son iguales, y fue impresionante ver como desde el 4 de agosto de 2020 que se acompañó a la familia para la inhumación de los restos mortales de la Sra. Rosa y, hasta después volver el día 31 de enero de 2021 para hacer una visita, vimos que las tumbas vacías ahora estaban habitadas; y es que debido a la crisis sanitaria por el virus de Covid-19, los espacios en los cementerios se ocupaban rápidamente y se volvían insuficientes.

3.2.3 Desprendimiento corporal más no emocional

Volviendo con el ritual de inhumación de la Sra. Rosa, como sabemos, la inhumación es justamente el desprendimiento corporal entre vivos y muertos, llámese por principios estéticos o de higiene social (Douglas, 1988: 91). Sin embargo, el desprendimiento emocional sería casi una utopía; quién no quisiera perder y no afrontar sentimientos de duelo, pero entonces no seríamos humanos si

no fuéramos capaces de sentir, y es que a través de los afectos que se siembran, cultivan y cosechan en los demás es como trascendemos en las memorias, en las generaciones.

Lo que nos hace retornar al cementerio es la memorialización de los afectos anclados a la imagen de nuestro ser querido. Cuando la inhumación de la Sra. Rosa se oficiaba, su única hija se sintió anímicamente mal y esto se reflejó en malestares físicos. La Sra. Rosita —la hija— presentó lo que al parecer fue un *ataque de pánico* al ver como el ataúd iba bajando hasta la última gaveta del lote del cementerio. Ella tenía la mirada “perdida”, no podía sostenerse en pie y las lágrimas cada vez más continuas seguían su curso por sus mejillas. Luego la sentaron en una silla y, como llevaban alcohol para sanitizar, le pusieron un poco en la nuca y le dieron a oler una servilleta impregnada de dicho líquido. Sin embargo, ella no reaccionaba y solo se limitaba a negar con la cabeza el hecho que veía. Algunos familiares se acercaron a echarle un poco de aire con las manos, y al ver que no reaccionaba, su hermano Dany y el esposo de la Sra. Rosita, se la llevaron a alguna clínica cercana. Cuando ella volvió en sí, sólo seguían rodando lágrimas por su rostro, no articulada ninguna palabra y no contestaba con su cuerpo ninguna muestra afectiva por parte de sus familiares.

"Cuando vi así a mi tía me sentí muy preocupada por su salud. Y luego cuando ya estaba estable y la volví a ver cuando regresó del médico, ella era inexpresiva. A veces le sonreímos o la abrazábamos para que ella sintiera nuestro apoyo, pero solo nos miraba fijamente; de hecho, casi sin parpadear. Recuerdo que tampoco hablaba, no quería comer. Yo pienso que una parte del alma de mi tía se fue lejos, y ya con forme pasaba el tiempo esa parte espiritual le volvió al cuerpo, aunque rota, Después de todo, habíamos perdido a un ser muy amado por todos nosotros"
(Palabras de Nenis el 5 de agosto de 2020)

La desvinculación emocional es ilusoria. La muerte duele y se acepta con el pasar del tiempo y, éste último, se apropia por cada individuo que enfrenta su proceso de duelo. Si bien es cierto que nunca se está preparado para afrontar la pérdida por la muerte, cuesta trabajo aceptar que los seres humanos nacimos para perder “cosas”: desde un objeto banal, un estatus o rol social, un empleo, etc. Sin

embargo, no todos están equiparados emocionalmente para enfrentarse ante estas situaciones de pérdidas. Las pérdidas conllevan a una desorganización de un mundo que nos parecía confortable, y adaptarse a estos cambios no es una tarea sencilla. Cuando nuestras emociones se exponen de manera exagerada y brusca o, por el contrario, se reprimen en el interior de nuestros pensamientos, son culturalmente educadas para mantener el control social. Esta represión se ve reflejada, por ejemplo: en la ingesta de medicamentos para el control de enfermedades vinculadas a procesos emocionales incorrectamente manejados. Veamos ahora el siguiente ejemplo:

"Yo le tenía mucho miedo a la muerte, no a la mía, sino a la de los demás. Perdí a mis dos abuelitas en menos de cuatro meses. En mi cabeza solo pasaba el pensamiento: 'y ahora quién sigue'. Tenía miedo de perder cosas y, desde luego, miedo de perder a alguien. Incluso, si se me perdía algún objeto insignificante, me abrumada no poder recuperarlo. Luego mi mamá enferma de Covid-19 y pensé lo peor. Un día tuve un ataque de pánico, fue algo muy extraño porque sentí muchas cosas: sentí frío, no podía respirar por más que me esforzaba; pensaba que así se sentiría la muerte. Me pusieron oxígeno ese día. Luego todo me daba risa, y luego estaba enojada, luego triste y luego otra vez el maldito miedo. Se me juntaron todas las emociones en un solo momento. Me llevaron al médico, y me diagnosticó depresión y ansiedad. Me dieron tres medicamentos controlados diferentes.

Luego pensaba que como tenía una idea de lo que era la muerte por la crisis que me dio, ya no tenía miedo de morir, no quería sufrir y quería estar con mis abuelitas; tampoco quería ver y estar presente en las pérdidas familiares que seguirían...

Una noche tomé pastillas; casi más de la mitad de una caja, tenía el deseo de no despertar al día siguiente, pero no pasó de que tres días después sufriera una fuerte migraña. Hasta la fecha sigo teniendo las crisis de migraña.

Suspendí los medicamentos de inmediato y sin ir al médico. Después devino toda la sensación de abstinencia. Pero pensaba que los medicamentos me habían causado esos dolores intensos de cabeza; las migrañas eran tan fuertes que trataba de pensar que ya no necesitaba esas pastillas.

Luego me recetaron unas pastillas que supone eran más leves, y eso porque aún de repente cuando sentía que no controlaba mis emociones me daban crisis de ansiedad. Después un tiempo tomé terapia psicología y me ayudó bastante a entender por lo que estaba pasando. Y hoy agradezco que aún siga con vida” (Palabras de Nenis).

En la siguiente sección del presente capítulo, vamos a entender de qué manera los rituales funerarios fungen como parte fundamental para aligerar los sentimientos de duelo; de dar consuelo a los dolientes y dar continuidad en la memoria colectiva-familiar e individual, transmitiendo el legado de los difuntos a través de las generaciones mediante la reconstrucción de las presencias de nuestros seres queridos fallecidos. Estas transmisiones van desde las convicciones personales hasta las propias religiones, las cuales, nos ofrecen panoramas esperanzadores de reencuentro. Por otro lado, las exequias funerarias que permiten el contacto entre vivos y muertos sin ser prácticas impuras o paganas, sino bien bendecidas y autorizadas.

3.3 Las memorias en el silencio: Uso de cubrebocas

“Cantando voy, cantando todo
cantando lo que da la vida,
pero hoy al intentar, no tuve que contar
anda de desamor el alma mía”
—Céspedes, F.

Queremos explicarles a nuestros lectores por qué hemos subtitulado a esta sección como: *“Memorias en el silencio”*, precisamente es porque el uso de cubrebocas dificultaba la comunicación entre los familiares de la Sra. Rosa cuando se estaban llevando a cabo sus exequias funerarias.

Como veníamos hablando, cuando acaeció el fallecimiento de la Sra. Rosa, la Ciudad de México se encontraba en semáforo naranja, lo que significaba que el

riesgo de contraer Covid-19 era relativamente alto, por esto mismo, había restricciones sanitarias que imposibilitaban las muestras afectivas a través del cuerpo, esto a fin contener los contagios por este nuevo virus.

Veremos a continuación cuáles fueron los retos a los que se enfrentaron los familiares de la Sra. Rosa para la celebración de las exequias funerarias mientras lidiábamos todos con un contexto epidemiológico. Vamos desde cómo el cubrebocas impidió la performatividad completa de las emociones y cómo las muestras afectivas, por ejemplo: abrazos o besos, no fueron del todo posibles para evitar contagios dentro de la familia.

Por otro lado, nos pareció sumamente importante documentar cómo algunos de los familiares de la Sra. Rosa usan su cuerpo como lienzo para plasmar la imagen de quien fuera ya sea su madre o su abuela, y veremos que esto es una forma más de manifestar el duelo a través del cuerpo y éste último funge como objeto o *recurso mnemotécnico*.

3.3.1 ¡Sin tocarse!, restricciones afectivas a través del cuerpo

La Sra. Rosa falleció en el hospital, rodeada de todos sus hijos. Después correspondía la expedición del acta de defunción para que les fuera entregado el cuerpo y así, posteriormente, dar paso a la celebración de los ritos funerarios. Sin embargo, la falta de ética por parte del hospital, el cual, emitió una primera acta en donde se estipulaba que la causa de muerte había sido la infección por Covid-19; como consecuencia, el cuerpo fue entregado hasta la tarde-noche del día 4 de agosto de 2020, aun cuando se declaró el fallecimiento antes de las doce del día.

Como vimos, la primera funeraria que se iba a ser responsable de los servicios funerarios decidió ya no llevarlos a cabo, esto debido a la supuesta causa de muerte; por lo mismo y de manera urgente, los familiares decidieron contratar a otra funeraria. El cuerpo de la Sra. Rosa salió del hospital en la carroza fúnebre, así

se trasladó a la funeraria para el arreglo estético del cuerpo y realizar el proceso de embalsamamiento. El Sr. Berna y su pareja fueron los que la acompañaron a la funeraria. Por otro lado, todos los demás familiares empezaron a adaptar un espacio de la casa para que pudiera llegar el cuerpo y oficiar el *velorio*.

Una vez que llegó a su domicilio el cuerpo de la Sra. Rosa, se colocó debajo de la plancha de aluminio despegable —en la cual se pone el ataúd— una *cruz de cal* y un recipiente con vinagre de manzana y rodajas de cebolla. La cruz de cal representaba simbólicamente el cuerpo de la Sra. Rosa. El vinagre con la cebolla era para absorber algunos olores que el cuerpo pudiera llegar a expedir. Así mismo, se colocaron otros elementos del equipo de velación que son: los candelabros con un cirio blanco en las cuatro esquinas del ataúd y, a la cabeza de este último se coloca un Cristo de aluminio. A los costados de este Cristo, se puso un vaso transparente con agua pura —para beber— y un platito de barro con un poco de sal. Tampoco debía faltar una fotografía de la Sra. Rosa, por ello, los familiares se pusieron a buscar en sus álbumes de fotos familiares una fotografía en donde se viera su rostro. También se colocaron fotografías de los padres de la Sra. Rosa; nos dijeron que estas fotos las colocaron para invitarlos a que cuiden de su hija en “*el más allá*”.

Al poco tiempo llegó quien fuera la comadre, pero también la mejor amiga de la Sra. Rosa, La Sra. Lupita; ella entre todo el dolor que sentía por esta pérdida, se ofreció a oficiar el rezo —los *rosarios*— para su comadre y poder acompañarla en sus últimos momentos, pues sentía que sus palabras eran una guía espiritual, ya que ella estaba siendo la intermediaria entre el mundo pagano de los vivos y el reino de Dios.

Todos los familiares rezaron con el cubrebocas puesto, y poco a poco se vislumbraban las manchas de las lágrimas absorbidas por este material de protección. Cabe aclarar que, para el *velorio*, solo los familiares y la comadre de la Sra. Rosa estaban presentes, no se invitó a ningún vecino u otro amigo.

Ya terminado el primer *rosario* del *velorio*, la familia cenaba “lo que se acostumbra” en estos eventos, convencionalmente se cena café y pan. Su hijo el

Sr. Roberto se encargó la mayoría de las veces de la preparación de las bebidas para los asistentes. Cuando estaban cenando, unos permanecieron sentados en la mesa, otros sentados alrededor del ataúd de la Sra. Rosa y otros parados a su lado.

Se hicieron algunos grupos de apoyo, en donde platicaban o se abrazaban momentáneamente. Hubo un momento de la noche en donde se “rolaron” las fotografías familiares en donde la Sra. Rosa aparecía, y así empezaron a reconstruir, revivir y recordar la situación que motivó a la toma de las fotografías. Durante toda la madrugada, a la Sra. Rosa se le pusieron sus canciones favoritas, entre ellas la de “Sombras nada más” interpretada por el cantante Javier Solís.

También, fue común ver a casi todos los familiares de la Sra. Rosa con su celular en la mano y, revisando sus perfiles en plataformas sociales virtuales. Ellos habían compartido este difícil momento a través de mensajes o fotografías alusivas a esta situación.

Luego del velorio, se llevó a cabo la inhumación de los restos mortales de la Sra. Rosa en el parque-cementerio o “*parque memorial*” ya mencionado anteriormente. Debido a que la pandemia estaba su etapa máxima de contagios, no fue posible oficiar una misa de cuerpo presente para darle el último adiós a la Sra. Rosa, y tampoco se pudo contar con el servicio de capilla del cementerio porque se negó el acceso a ésta también.

Después de la inhumación, el ritual que seguía era el *novenario*, éste consiste en la celebración de despido de la esencia del difunto. Han de rezarse unas oraciones llamadas “*rosarios*”, las cuales se celebran durante nueve días y, generalmente, siempre se ofician a la misma hora del día, por lo regular siempre son en la noche. Los rezos se llevan a cabo en el espacio en donde se encuentra la *cruz de cal* que, para después de la inhumación, solo se retira el recipiente que contenía el vinagre y las rodajas de cebolla, pero se quedan los demás elementos mencionados. Este lugar se sigue adornando con flores y veladoras que compran, o las que llevan amablemente las personas que quieren acompañar a los familiares de la Sra. Rosa.

Algunos de los asistentes a los *rosarios* se ofrecen también a llevar las piezas de pan u otros elementos para hacer el tradicional café, aunque no siempre se bebió eso; algunos días se hacía atole de masa, de chocolate o de guayaba o una bebida llamada “greca”⁶³.

Cuando se oficiaban los *rosarios*, todos asistían con cubrebocas. Solo se daban palabras de apoyo acompañadas con pequeñas palmadas en la espalda que remplazaban los abrazos que, en otro tiempo, hubieran sido convencionales y completamente normales. Cada que ingresaban al domicilio se les proporcionaba un poco de gel antibacterial y se les sanitizada con alcohol, también había en la entrada una charola con un tapete impregnado de cloro para que se pudieran limpiar las suelas de los zapatos.

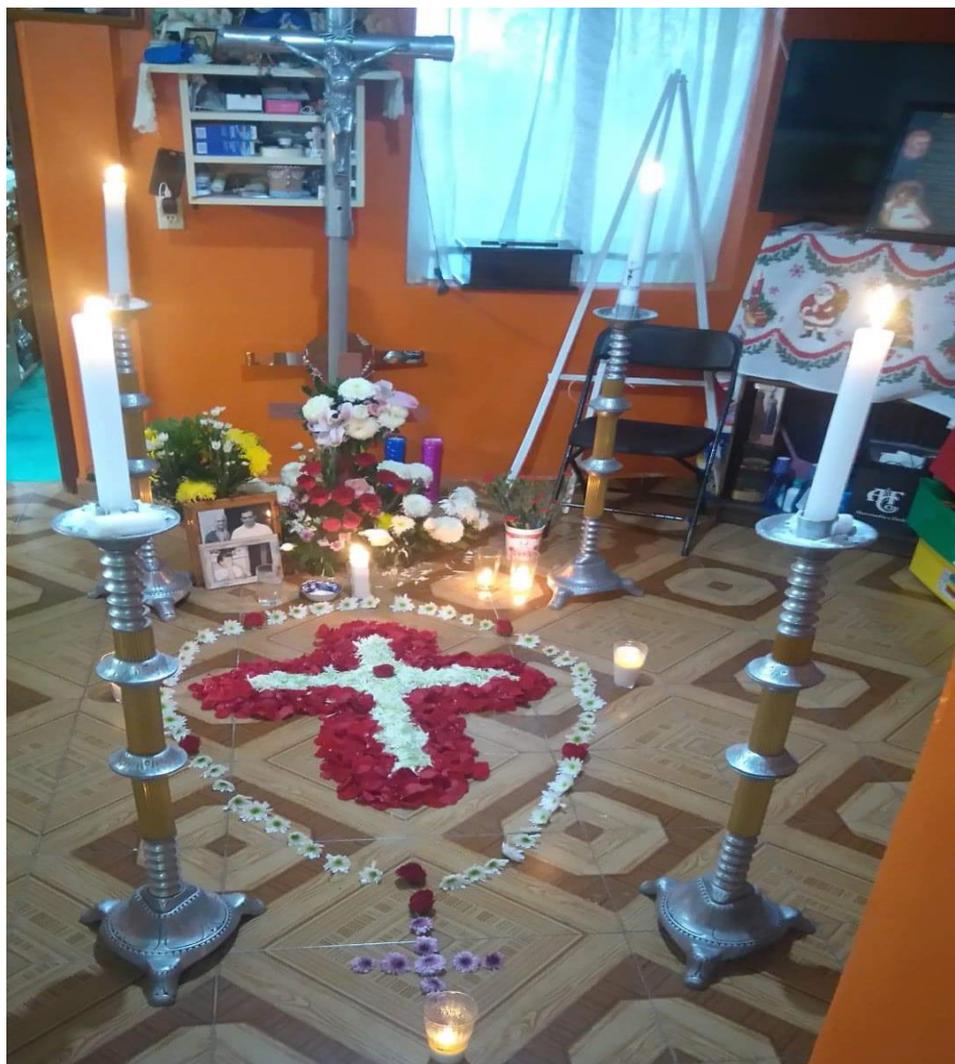
Una vez en un *rosario*, cuando solo se quedaron los familiares, el único — hasta ahora— y primer bisnieto de la Sra. Rosa empezó a contar chistes. En medio de su inocencia no sabía bien la magnitud de lo que estaba pasando a su alrededor, pero eso sin duda distraía a la familia y es la metáfora de pensar que mientras a unos su destino llegó a su fin, otros apenas empiezan a vivir.

Ahora, una vez concluidos los nueve días del novenario, el ritual que siguió fue el *levantamiento de cruz*. El preludeo del ritual fue una lista de materiales que tenían que comprarse para poder llevar a cabo el ritual de forma tradicional. Se compraron veladoras; se construyó un *altar momentáneo* en el suelo cuyos elementos principales fueron las veladoras, las fotografías de la difunta y de sus padres; una cruz además de la que la funeraria prestó; cuatro cirios blancos nuevos; flores de color preferentemente blanco y rojo; el plato que contenía la sal y el vaso con agua limpia y, también, se compraron bolsas de algodón y una escoba con un recogedor en tamaño miniatura.

La cruz de cal se adorna con pétalos de flores blancas y rojas. Alrededor de la *cruz de cal* se construye metafóricamente un *rosario* —como en el primer caso etnográfico— hecho de los botones de rosas rojas y margaritas blancas. En este

⁶³ Es un café que se prepara con leche, pero, en lugar de usarse café soluble, se usa café de grano, se endulza con azúcar o con tabillitas de chocolate y se sirve colado para evitar los tropiezos del café.

caso, también pidieron flores moradas para marcar el ritmo del rezo y la oración que corresponde ligado al color de las flores. También compraron una *cajita de madera* unos días antes del *levantamiento de cruz*, pues sería en este ritual en donde la utilizarían.



Fotografía 24: Preparativos del *Levantamiento de Cruz* de la Sra. Rosa. Esta fotografía la tomó el Sr. César y nos la envió vía Facebook Messenger. Aquí puede verse la cruz de cal adornada con pétalos de flores y el rosario hecho con botones de flores. También se aprecia el equipo funerario que renta la funeraria. Se ven las fotografías familiares, las veladoras, el vaso con agua y el platito con sal.

Con la guía de una rezandera que, en este caso, no fue la comadre de la Sra. Rosa porque ella desconocía un poco sobre el procedimiento que se debía de seguir en el *levantamiento de cruz*, así que le habló a una de sus amigas de la iglesia para

que le ayudara a hacerlo⁶⁴. Los hijos de la Sra. Rosa que estaban comandados por la rezandera, tenían que rezar cada oración; era muy importante que ellos lo hicieran porque ella les había dado la vida, así que esto sería una forma de gratitud. Cada que se terminaba una oración, uno de los asistentes a esta ceremonia tenía que levantar una rosa y depositarla en la cajita de madera. Cuando tenían la rosa entre sus manos, le daban un beso —aunque con el cubrebocas puesto—, se persignaban, la colocaban en su pecho a la altura del corazón, o bien, la ponían sobre su frente como dedicándole algún pensamiento.

Una vez levantado el rosario de flores, se prosiguió a levantar la cruz de cal. Los hijos de la Sra. Rosa también fueron los responsables de hacerlo. La cruz se divide en cinco partes de abajo hacia arriba y el centro: pies, el brazo derecho, el brazo izquierdo, la cabeza y el corazón. Primero se levantaron los pies; su hijo, el Sr. César, utilizó la escoba y el recogedor en miniatura para poder levantar la cal, después le tocó a su hijo el Sr. Roberto, quien hizo a un lado estos materiales y prefirió levantar la cal con sus propias manos, aunque la rezandera le dijo que no era lo correcto:

“Yo no sabía que no era correcto hacer eso de levantar la cal con las manos, pero pues era como el cuerpo de mi madre, se me hizo más respetuoso tenerlo entre mis manos, además de que se siente más cariño y apego” (Palabras del Sr. Roberto el día 14 de agosto de 2020)

Y una vez que el Sr. Roberto levantó de esa manera el fragmento de la cruz de cal que le tocó, todos los demás hermanos le hicieron de la misma manera. Cuando llegó el momento de levantar el ‘corazón’ de la cruz, su esposo y su hija fueron quienes lo hicieron. Cuando la cruz se levanta totalmente, se debe limpiar el piso con el algodón impregnado del agua del vaso que estaba en el altar, y esto también se deposita en la cajita de madera. Una vez terminado este ritual, se levantó el altar que durante los nueve días había permanecido en el piso, y se colocó sobre él la cajita de madera. En este momento, los familiares que quisieran pasar a decirle

⁶⁴ Ni la comadre de la Sra. Rosa ni la otra mujer que rezó cobraron por oficiar los rosarios.

algunas últimas palabras podían hacerlo; algunos las decían en voz alta y otros se reservaban sus pensamientos en la cabina silenciosa de su mente.



Fotografía 25: Los “recuerdos” de dulce.

En este mismo momento una amiga y vecina de la familia dio unos “recuerdos” sobre el evento: uno era una cruz hecha de bombones rosas y con azúcar estaba grabado el nombre “Rosa”. Otro “recuerdo” fue una cruz hecha de harina para galleta decorada en colores rosas y con el nombre de pila de la difunta. Por último, se dio también, una bolsa de dulces de tonos rosados, con una imagen y un pensamiento religioso dedicado a las madres que mueren.

Esta señora llevó estos “recuerdos” porque ella y toda su familia siempre se han dedicado a hacer recuerdos para eventos. Posteriormente, se les dio de comer a los asistentes; de hecho, esta misma amiga de la familia, se ofreció a llevar tamales y atole. Cada que se daba de comer, primero se le ponían los alimentos al altar de la Sra. Rosa. Y cuando se daba la comida, la mayoría de los asistentes se iban a su casa para no quitarse el cubrebocas y arriesgar su vida. La mayoría de los acompañantes fueron vestidos de color negro durante los nueve días que dura el novenario, sin embargo, no era una regla estricta vestir de luto.

“Pues honestamente se me hizo muy extraño lo de los recuerdos, porque pues esos se dan generalmente en una fiesta, esto obviamente no lo era. La intención de la señora fue buena, pero pues si me pareció muy extraña. Aunque cuando pasaba el tiempo veía ese ‘recuerdo’ y me acordaba de mi abuelita, quizá porque ella era dulce, el rosa significaba su nombre y era como sentirla cercana. Quizá mi reacción de al principio fue de molestia,

porque estar enojada también fue una parte del duelo” (Palabras de Nenis en una entrevista durante el mes de julio de 2021).

Al día siguiente, la comadre, la Sra. Lupe; llevó la cajita de madera a escuchar misa y a que el padre la bendijera. Esta cajita tenía que llevarse después al cementerio, pero debido a las restricciones sanitarias, solo fue posible llevarla un mes después, unos dos días antes del cumpleaños de la Sra. Rosa, así que la primera visita al cementerio después de la inhumación fue el día 13 de septiembre de 2020; ese día se enterró la cajita, y se llevó una cruz hecha de vidrio-espejo que su hijo el Sr. César mandó a hacer.



Fotografía 26: Los familiares dejaron la *cajita* que utilizaron para depositar los elementos del *Levantamiento de cruz*. Esta *cajita* la enterraron en el lugar donde descansa su madre en el “*parque memorial*”. En donde a más de un mes de su fallecimiento, aún no se colocaba la lápida que identificara su tumba.

Ya concluido el levantamiento de cruz, las familias tienen que hacer las *exequias mensuales*, en donde también se hacen *rosarios* y se invita a la gente a participar, y al finalizar se les ofrece comida por haberlos acompañado. Los rosarios

los siguió oficiando la comadre Lupe; sin embargo, a unos cuantos meses ella falleció. Ahora la familia de la Sra. Rosa tuvo que organizar las exequias mensuales, en donde, solo asistían algunos familiares.

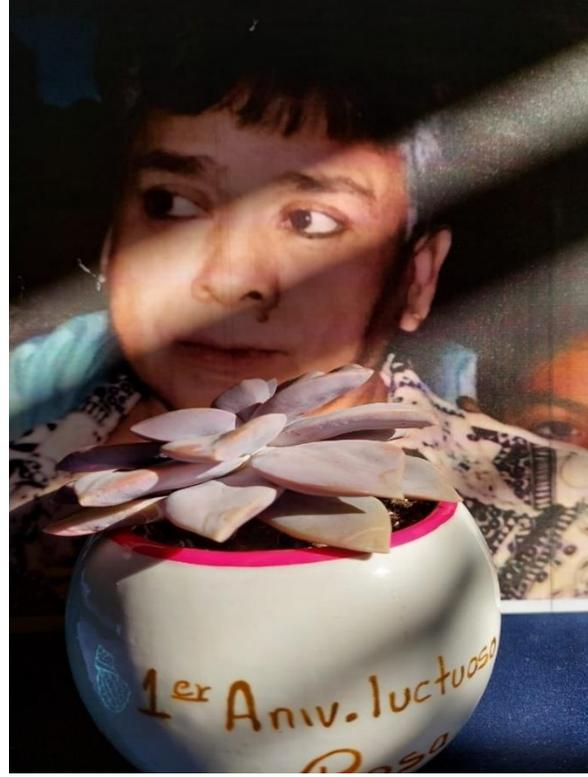
Volviendo a la primera visita al “*parque memorial*”, los familiares se percataron de una situación bastante grave, pues la tumba de su madre no tenía una lápida con su nombre, y ésta fue colocada hasta el mes de junio del año 2021. La lápida sí se había colocado, pero en el otro lote que la familia compró. Aproximadamente hace un mes, la lápida por fin tiene el nombre de la Sra. Rosa y, de hecho, el florero que se coloca también aún tampoco tiene la fecha correcta de defunción.

“Tuve una situación conflictiva con el cementerio. Fue un error de colocación de piedra donde descansa el cuerpo en otro lugar que no era, y nadie daba solución, hasta que amenacé con demandarlos. Sin embargo, con la pandemia se complicaban los trámites, y al querer mi devolución del segundo lote me penalizarían con un 30% o 40% de lo ya pagado” (Entrevista con el Sr. Berna el 22 de febrero 2021)

Ahora, otra de las exequias fúnebres más recientes fue el *1° aniversario luctuoso* el 4 de agosto del año 2021. Para ese día los familiares pagaron una misa en una iglesia cercana. Regresando de la misa, Nenis, su nieta; la que no estaba de acuerdo con los “*recuerdos*” que se dieron en el levantamiento de cruz, ahora ella daría unos “*recuerdos*” para el *1° aniversario luctuoso* de su abuelita:

“Yo no estaba de acuerdo al principio, pero al final decidí dar unos recuerdos para conmemorar el 1° aniversario luctuoso de mi abuelita. Cuando fue el aniversario de mi otra abuelita, una de mis tías dio recuerdos. Y yo pensaba que debido a que en la familia de mi abuelita Rosa casi nadie sabía sobre eso, pues yo quise llevarles esos presentes. Mandé a hacer unas macetas decoradas con rosas de color rosa, y con la leyenda: ‘1° aniversario luctuoso. Rosa. 04-08-2021’ y les puse unas plantitas suculentas porque a mi abuelita le gustaban mucho las plantas. Estuvo bonito ese día porque casi no tenía mucha cercanía con mi abuelito, pero en cuanto él vio las

plantas nos acercamos mucho, porque a él le gustan tanto como a mí y a mi abuelita”
(Palabras de Nenis el día 4 de agosto de 2021)



Fotografía 27 y 28: Recuerdos del 1º Aniversario Luctuoso de la Sra. Rosa que su nieta Nenis mandó a hacer. La planta suculenta que está sembrada en la maceta es una “rosa de mármol”

Después del 1º aniversario luctuoso, algunos familiares van de repente a visitar el cementerio en donde descansan los restos mortales de la Sra. Rosa. Algunos así han lidiado con su duelo, con sentimientos de culpa o nostalgia, otros, por el contrario, han encontrado otras formas de expresarlo. Esto lo veremos en la siguiente sección del presente capítulo, en donde el cuerpo se vuelve un lienzo para plasmar momentos importantes de la vida.

3.3.2 Literalmente, la memoria incorporada: de fotografías a tatuajes

Otra de las situaciones que nos llamaron mucho la atención en esta investigación, es que a menos de un año del fallecimiento de la Sra. Rosa, tres de sus familiares se habían hecho tatuajes en diferentes partes de su cuerpo. Nos pareció que esta era otra de las formas en las que cada individuo maneja su duelo y sus maneras de recordar a un ser querido fallecido. Una vez que ellos nos presentaron sus tatuajes, les preguntamos por qué razón lo habían hecho, y éstas fueron algunas de sus respuestas:

“Porque es una persona bien importante en mi vida y la quise llevar marcada en mi cuerpo para que las demás personas lo pudieran percibir. Porque también la llevo en mi corazón, pero eso no es visible, obviamente. Aparte también tiene que ver mucho con mis raíces, ya que compartimos el mismo nombre” (Entrevista con Chikis el día 4 de agosto de 2021)



Fotografías 29 y 30: Tatuajes de la Srita. Chikis.

“Me tatué porque es algo que me nació, me gustó. Pero fíjate que cuando pasan las cosas es cuando se hacen, o sea, en el sentido de cuando están en vida nunca lo haces y, cuando ya falta la persona es cuando la extrañas, te la quieres tatuar, haces todo por esa persona, y me preguntaba: ¿por qué mejor no lo hacemos en vida?, ¿no?, eso es lo que me pasó a mí. Es un arrepentimiento que ya no se puede solucionar. Pero en sí, me la tatué para tenerla presente siempre en mí, quien me ayudó, fue mi sostén, fue mi todo; ella dio todo por la familia. Ella era una persona hermosa, con toda la extensión de la palabra, era una mujer espléndida, en fin, una persona hermosísima hasta el infinito. Ojalá hagamos algo en el sentido de cuando tengamos a alguien en vida, tratemos de decir: ‘te quiero’, ‘te extraño’, ‘te amo’ o ‘te admiro’, y decirlo siempre en vida, no cuando ya estén ‘tendidos’. Porque en vida también se extraña y eso es más bonito. Incluso llevarle algún detalle a nuestros seres queridos, para que en vida los reciban. Ya cuando están ‘tendidos’ para qué. Incluso en vida tratar de llorarle a nuestros seres queridos, las emociones también son eso. Yo me tatué a mi mamá, a Cristo y una palomita. Todavía me falta hacerme una Virgencita, porque ella era la adoración de mi mamá. La palomita también es ella, porque se convirtió en mi paloma. Y me tatué su cara y a Cristo porque él me la está cuidando y vigilando” (Entrevista con el Sr. César el día 4 de agosto de 2021)



Fotografías 31 y 32: Tatuajes del Sr. César, hijo de la Sra. Rosa.



Fotografía 33: Tatuaje del Joven Nacho

Otro de sus nietos, el joven Nacho; también se tatuó una rosa que metafóricamente representa a su abuela, además, como él es muy buen dibujante, decidió pintar una rosa en la pared de su habitación, esto para tener presente a su abuelita y para que siempre lo cuide.

En base a lo investigado, nos pareció importante rescatar uno de los conceptos que la autora Bertha Mendlovic retoma de Connerton: nos referimos al de “*memoria incorporada*” a la cual define como: “... se refiere a una memoria no discursiva, interiorizada, dada cuerpo y que incluye un proceso emocional” (Connerton en Mendlovic, 2014: 302). Ahora, ejemplifiquemos esta definición: hay una “*conexión entre una emoción y su expresión*” (Rodríguez, Juárez y Ponce de León, 2001: 194); esto quiere decir que las emociones pasan por un proceso de “*gestificación*” que ya fue aprehendido y memorizado.

El cuerpo es un muro en blanco, en donde, tenemos la capacidad de pintarlo cómo uno quiera, o como lo establezcan institucionalmente. En el cuerpo tenemos marcas: unas visibles, otras no tanto; marcas de huellas de personalidades trascendentes en nuestra vida, de quienes nos pertenecen y a quienes nos entregamos con afán de construirnos como pertenecientes de una colectividad. Por eso, la ausencia corporal que en sí significa la muerte quizá sea tan difícil de llevar, porque pone en “jaque” nuestros sentidos pues, en principio, perdemos de vista a quién se fue; no percibimos su aroma; ni la calidez o frialdad de su tacto y trato; dejamos de degustar cualquier sabor a su lado, sea el de la comida, sus labios, su piel; en sí, el gusto que nos provocaba su presencia, y también, dejamos de escuchar las voces, las anécdotas, las historias, los cuentos; e incluso, dejar de

escucharnos a nosotros mismos, porque cuando una persona muere, se lleva una parte muy especial de nosotros, se lleva nuestras memorias, las que ya no podremos volver a escuchar ni recrear al lado de quien las contaba. Así entonces, se muere una parte de la familia, se mueren las memorias. Porque la mente sin el cuerpo no podría transmitirse, y el cuerpo sin memoria tampoco podría construirse.

Algo que nos pareció sumamente importante, fue cuando Chikis decía que la razón de haberse tatuado es para que los demás pudieran percibir este hecho de su vida, ya que, aunque guarde a su abuela en el corazón, los demás no pueden percibir esas memorias. Por ello, el cuerpo se vuelve ese intermediario que comunica a los demás un hecho trascendente funcional para las *memorias del futuro*.

Aunque fuera el cubrebocas una barrera que impide a los demás la transmisión completa de la gestificación de las emociones a través del rostro, pudimos encontrar otras maneras en las que la familia pudo materializar y trascender a través del cuerpo sus memorias. En el siguiente subtítulo veremos cómo la performatividad corporal se traslada a plataformas virtuales que permiten la construcción de redes de acompañamiento virtual.

3.4 La socialización del duelo en redes sociales virtuales

“Más comprendo que llegó tu tiempo
que Dios te ha llamado
para estar a su lado
así él lo quiso⁶⁵”
—Rodríguez, J.C.

En esta parte de la investigación conocimos a la familia de la Sra. Rosa mediante el uso de plataformas virtuales, de hecho, la mayoría de las veces que nos acercamos a este caso etnográfico fue mediante el uso de dichas plataformas, a fin de cuidar la salud de nuestros colaboradores. Primeramente, recabamos información mediante la observación-no participante que, consistió precisamente en dar seguimiento a las publicaciones que hacían en redes sociales virtuales; publicaciones solamente correspondientes al duelo, así les tomamos captura de pantalla e hicimos algunas anotaciones que podrían ayudarnos para entender el funcionamiento de los recursos que ofrecen las plataformas virtuales, por ejemplo: la construcción de avatares, el uso de emoticonos, el uso de gif's y el uso de 'reacciones emocionales'. La finalidad de hacer observación no-participante fue la de no predisponer sus publicaciones o comentarios, y comprender cómo surgen redes de apoyo y solidaridad dentro de las redes sociales virtuales, aunque a veces, un poco efímeras.

Así mismo, la familia hace videollamadas usando WhatsApp para poder mantenerse en comunicación cuando alguno de ellos asiste al cementerio, o bien, invitar a otros familiares —que viven lejos— a las exequias funerarias de la Sra. Rosa. De hecho, desde el proceso de enfermedad de la Sra. Rosa, muchos de sus familiares estuvieron al tanto de su tratamiento o evolución o retroceso mediante la comunicación vía telefónica o videollamadas. La propia noticia del fallecimiento de la Sra. Rosa, se les notificó mediante mensajes por WhatsApp o Messenger de Facebook, sobre todo a los nietos; quienes no pudieron estar acompañándola en

⁶⁵ Convencionalmente, esta canción es muy utilizada por las personas que sufren una pérdida y lo notifican en redes sociales.

sus últimos momentos en la sala del hospital debido a las restricciones sanitarias estipuladas por el semáforo naranja.

3.4.1 Breve manual para entender las redes sociales virtuales en pandemia por Covid-19

En lo que respecta a la socialización dentro de las redes sociales virtuales, podremos darnos cuenta de que las redes de solidaridad, así como los afectos, sentires y saberes, se trasladan a plataformas virtuales que permiten una “*comunidad*”, en donde, los internautas pueden relacionarse sin importar la distancia y el tiempo en el que lo hagan; es decir, son relaciones acrónicas que por el contexto de la crisis sanitaria que estamos pasando, han tomado una gran importancia para poder continuar con la creación de lazos afectivos pero que, al mismo tiempo, estos dispositivos y sus mecanismos de comunicación, promocionan el cuidado de la salud de los miembros de toda una comunidad, así como el autocuidado.

El uso de plataformas virtuales para comunicarnos es relativamente nuevo, teniendo en cuenta que Facebook surgió en el año 2004, Facebook Messenger surgió en 2008 y WhatsApp en 2009⁶⁶. Para efectos de la investigación, fueron estas redes sociales virtuales las más inmediatas en donde se sostuvo comunicación con los colaboradores de investigación. Ahora bien, las personas han adoptado las plataformas virtuales como parte de su cotidianeidad y se han adaptado no solo a las funciones de cada plataforma, sino que también, han adaptado su vida real para destinar tiempo y espacio a la utilización de estas redes digitales, en las cuales, la vida social se extiende y traslada al contexto del “*ciberespacio*”⁶⁷, y es aquí en donde la mayoría de los seres humanos pertenecen a dos mundos, ya que se lleva a cabo la socialización, aunque de distinta forma; pues, han de dividir sus actividades dentro del “*mundo offline*” y el “*mundo online*”⁶⁸. En resumen, podría tratarse de un

⁶⁶ Consulta en Wikipedia.

⁶⁷ (García y Gómez, 2014: 259).

⁶⁸ (García y Gómez, 2014: 259).

“espacio público ampliado, un espacio público digital, escenario de cibernovilizaciones y del ciberactivismo; así como el nicho de las comunidades digitales” (García y Gómez, 2014: 259).

También se debe destacar que los seres humanos hemos aprendido a desarrollar lazos afectivos con ciertos lugares, en los cuales, llevamos a cabo nuestras actividades sociales, y el desarrollo de estos afectos dependerá de la construcción de recuerdos y referentes de ciertos sitios⁶⁹. Así que los ciberespacios deben tratar de conseguir camuflarse con esos lugares tangibles en donde construimos vivencias, para transformarse en una metáfora de la ciudad y su gente (los ciudadanos).

A esto último quiero sumarle cómo nuestros sentires, afectos, saberes, la ciudad, la personalidad, los oficios, profesiones, la muerte y sus lugares, festividades, culturas, vestimentas, alimentos, animales, deportes; símbolos numéricos y religiosos, señalamientos, etc., han pasado a ser digito-virtualizados, creando así una ciudad, una cultura y una comunidad *“emojitizada”* estandarizada⁷⁰ y homogénea; en donde, este tipo de recursos semióticos —los *emojis* o *emoticonos* en español— funcionan como ese lenguaje no verbal que muchas veces acompaña al lenguaje verbal —comentarios—, creando así un panorama aún más explícito con lo que se quiere expresar en ciertas cosas que publicamos en redes sociales virtuales.

La socialización del duelo por medio de las redes sociales virtuales, implica también crear una *“comunidad temporal”*, esto es gracias a la capacidad de convocatoria que tienen estas publicaciones para aglomerar comentarios que tienen que ver con mensajes de afecto y acompañamiento para con los dolientes. Los *“emojis”* también ayudan a crear lazos de reciprocidad entre sentires, y reafirmar la empatía y solidaridad que sentimos para los deudos; así entonces, *“los emoticonos pueden emplearse como una cortesía verbal, pero además son la imagen personal*

⁶⁹ (Quiceno, s/f: 72)

⁷⁰ *“El conjunto de emoticonos diseñado por el consorcio Unicode, integrado por la popular aplicación WhatsApp, incluye más de mil emojis de todo tipo. Entre los emojis se encuentra una gran variedad de gestos”* (Sampietro, 2016: 274-275).

del interlocutor” (Sampietro, 2016: 274-275). Los *emojis* además de construir simbólicamente nuestra imagen personal y nuestros sentires, también aclimatan la conversación entre emisor y receptor, creando un ambiente de empatía, solidaridad, convivencia y coincidencia según la situación a mediatizar. Pero no todos los comentarios o las publicaciones se hacen acompañar de *emojis*, ya que a veces solamente se colocan *emojis* o un grupo de éstos mismos como una cadena de sentido [cadena sintagmática⁷¹].

Es importante destacar que el empleo de *emojis* en ciertas publicaciones está regido por la situación y el contexto a mediatizar. Ahora, también los internautas adoptan los *emojis* de su preferencia y los resignifican de acuerdo a las publicaciones en las cuales los usan.



Fotografías 34 y 35: En realidad se tratan de capturas de pantalla en donde podemos ver el empleo de “emojis”. En la captura de pantalla que está a la izquierda podemos ver como los emojis acompañan un texto, mientras que en la captura de pantalla que está a la derecha, solo se usan los emojis.

⁷¹ Saussure, 1945

Después de analizar la importancia de los *emojis* y a partir del seguimiento de las publicaciones, hicimos un conteo de la cantidad de *reacción* a las publicaciones de algunos familiares de la Sra. Rosa y, gracias a éstas, también pudimos cuantificar la capacidad de convocatoria de dichas publicaciones. Con el pasar del tiempo, nos dimos cuenta de que los familiares de la Sra. Rosa poco a poco han dejado en desuso la usanza de plataformas virtuales para la socialización de su duelo y, si aún a la fecha publican algo referente a su pérdida, ya no se cuenta con un amplio aforo de la comunidad virtual interactuando con sus comentarios en las publicaciones.

Este fenómeno de “*reaccionar*” a una publicación en Facebook es bastante reciente. Las reacciones surgieron en el año 2016 y solo existían las siguientes: “me



gusta” (like), “*me encanta*” (love), “me divierte” (Haha) “*me asombra*” (Wow), “*me entristece*” (sad) y “*me enoja*” (angry).

Fotografía 36: Captura de pantalla de las “reacciones” usadas en Facebook

Ahora, durante el desarrollo de la pandemia en el año de 2020, Facebook agregó una nueva *reacción* con la finalidad de “sentirnos más cerca” porque debido al distanciamiento social en el “mundo offline”, tomó gran importancia el contacto de los internautas mediante plataformas virtuales. La *reacción* que se sumaba a las ya



existentes se llama “*me importa*”. En inglés la *reacción* de “*me importa*” se llama “*care*”, la cual, es su denominación original, y en donde su traducción tiene que ver específicamente con las siguientes acciones: cuidado, atención, asistencia, preocupación e interés.

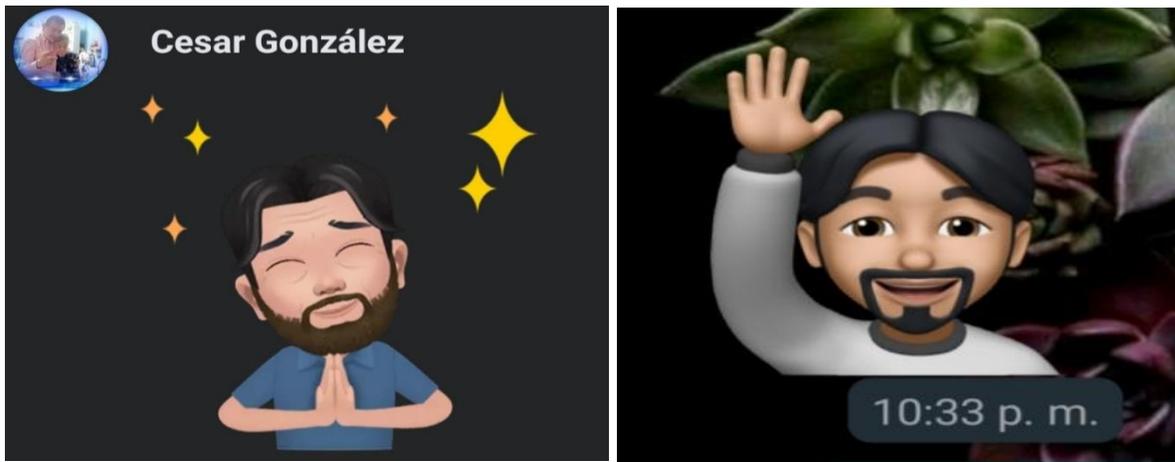
Fotografía 37: Captura de pantalla de la reacción “care” en Facebook.

A pesar de que esta *reacción* no imperó entre las más usadas por los internautas, sí apareció en algunas publicaciones. Realmente la función principal de estas *reacciones* es, de alguna manera, demostrar la recepción de mensajes entre internautas; mostrar apoyo en momentos-publicaciones difíciles y, mediante el *emoji* gestificar la emoción.

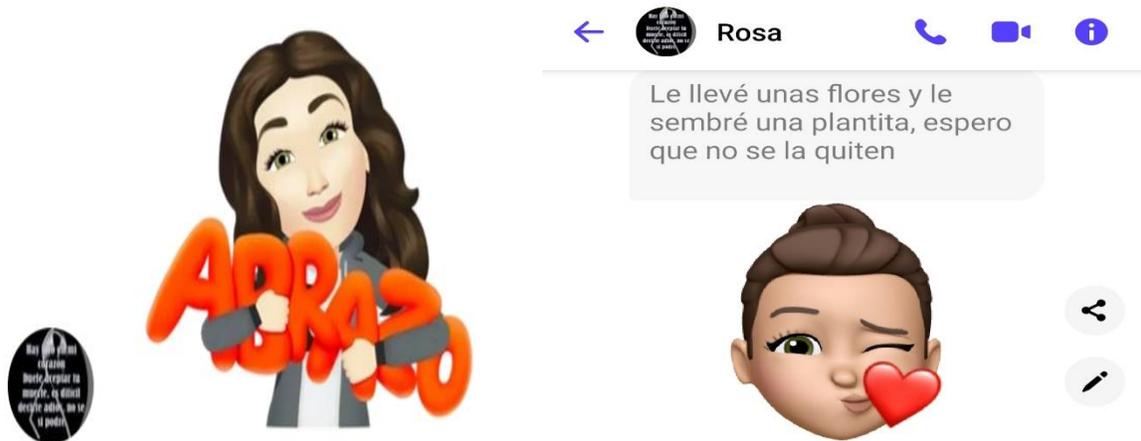
Por otro lado, plataformas como Facebook o Messenger, ofrecen a sus internautas otro recurso para transportar su imagen corporal mediante la personalización de una caricatura virtual. Este recurso virtual se llama “*avatar*”, el cual, se trata de una representación visual que hace referencia al transporte corpóreo a plataformas virtuales. El *avatar* crea una nueva forma de comunidad y comunicarse con los internautas de una plataforma virtual pues, en su mayoría, estas plataformas trabajan sistemas inteligentes diferentes en los cuales puedes personalizar tu *avatar* según la gama de estilos que proporciona cada aplicación.



Fotografías 38 y 39: Este es un ejemplo de “*avatar*” que el Sr. Roberto, hijo de la Sra. Rosa, usa en la plataforma de Messenger.



Fotografías 40 y 41: Otro ejemplo de “avatar”. Este es del Sr. César. El primero lo usa para la plataforma Messenger, y el segundo para WhatsApp.



Fotografías 42 y 43: Otro ejemplo de “avatar”. Este es de la Sra. Rosita. El primero lo hizo con la plataforma Messenger y el segundo con su celular.

Destaquemos ahora la etimología del término “avatar”, el cual encuentra sus orígenes en la cosmología hindú, en donde esta palabra:

Indica la representación corporal de un ser inmortal, entendido que dicho ser se encuentra en otro mundo [el online] que tiene existencia paralela al nuestro [el offline]; estar en el ciberespacio significa tener una representación de uno mismo,

una identidad digital que se va construyendo a partir de la actividad propia y ajena en internet (Valls en García y Gómez, 2014: 266).

La construcción del *avatar* imprime, al plano virtual, nuestra identidad y personalidad; sin embargo, este no es el único recurso que empleamos para autorepresentarnos y habitar en las plataformas virtuales pues, por otro lado, encontramos en nuestros “*perfiles de Facebook*” aquello que nos construye como actores en el plano tangible de la vida. Al menos lo que los perfiles de Facebook cuentan es la “*biografía*” de cada internauta que decide adscribirse a la comunidad de Facebook, entonces, no es casualidad que también sean llamadas de esa manera, porque son las “*biografías*” de Facebook capaces de contarnos la “historia de vida” de los internautas, claro, en medida de lo que personalmente queramos transmitir a los demás. Lo que sí es real, es que las historias de vida en Facebook pasan a ser atemporales e inmortalizadas en el (ciber) espacio, en donde cualquier otro internauta puede meterse a nuestro perfil y conocer un poco de nosotros si es que no establecemos límites de privacidad, o si, por el contrario, si decidiéramos restringir quiénes pueden saber de nosotros en nuestro perfil; donde son las personas que elegimos los únicos que pueden visitar nuestra “*biografía*”. Retomando lo dicho anteriormente, ir de visita a un perfil implica ir de visita a un [micro] sitio en el [macro] ciberespacio.

Tanto los dispositivos electrónicos para la comunicación y los medios digitales, cuentan con una memoria donde pueden almacenar cualquier tipo de información según la capacidad de almacenaje; sin embargo, sería interesante analizar hasta qué punto se trata de una memoria funcional y no una de mero almacenaje indistinto. Terminemos este punto con un argumento de Joel Candau que nos pareció bastante acertado y pertinente para hablar de las memorias digitales: “*podríamos decir que las sociedades modernas tienen una conciencia aguda del olvido y de la pérdida inherentes a todo cambio social*” (Candau, 2006: 106). Es por ello, que además de emplear muchísimos recursos para el almacenaje de los recuerdos y su conservación, también trasladamos nuestra cotidianeidad y nuestra presencia misma dentro de estos medios, como las plataformas virtuales.

Es un momento pertinente para mencionar que la familia de la Sra. Rosa puso en su altar un dispositivo electrónico, el cual, todos los días y a todas horas se proyectan fotografías familiares. Nos comentaron que sienten, aunque sea un poco más cercana a su madre o abuela, y sienten que no se ha ido de casa. Con el pasar de los días desde el fallecimiento de la Sra. Rosa, ella no ha perdido de manera total los espacios de su hogar, sino que ha ganado nuevos: el altar conmemorativo, por ejemplo. Aún se conserva su habitación, y lo único que hizo la familia fue quedarse cada uno con una o varias pertenencias de la Sra. Rosa, que van desde ropa, fotografías o utensilios de cocina⁷².



Fotografía 44: El dispositivo electrónico que transmite las fotografías familiares es una tableta electrónica.

⁷² Los miembros de la familia de la Sra. Rosa, siempre cuentan la “historia del molcajete”. Este utensilio que sirve para hacer salsas, ha existido en la familia por más de 50 años. Cuando la Sra. Rosa falleció, el molcajete pasó a manos de su única hija, la Sra. Rosita; sin embargo, cuando se tiene una reunión familiar importante, nuevamente se traslada —el molcajete— al domicilio de la Sra. Rosa y sus hijos el Sr. Roberto o el Sr. César hacen la salsa para todos.

3.4.2 Resultados, testimonios, redes de apoyo y bibliografías virtuales

Una vez conociendo un poco más sobre los años de origen de las redes sociales y los recursos de comunicación que éstas ofrecen a los internautas, es importante mencionar lo que respecta del caso de la Sra. Rosa, ya que en base al seguimiento de las publicaciones que algunos de sus familiares hacían en redes sociales, pudimos ver de qué manera se apropiaron de dichos recursos digitales para poder notificar su duelo en plataformas virtuales debido a la contingencia sanitaria por Covid-19.

Generalmente como la mayoría de sus familiares hicieron su avatar en Facebook, nosotros también tuvimos que construir uno a fin de contestarles de la misma manera y generar un espacio de confianza para que pudieran compartir con nosotros sus respuestas respecto a la sensación que les generaba compartir su duelo en redes sociales. No con todos los familiares el modo de comunicarnos fue el mismo; otros preferían hacer una llamada y platicar de manera constante y fluida; otros por su trabajo, preferían enviar mensajes hasta en la noche y enviarnos notas de voz y, otros preferían hacerlo por Messenger o WhatsApp; en este último caso, los mensajes generalmente van acompañados de emojis o el avatar.

En las publicaciones que se hicieron y que aun esporádicamente se siguen haciendo, también aparecen elementos bastante interesantes como los saberes religiosos que imperan un consuelo para los deudos. Algunas otras publicaciones consistían en describir momentos claves mediante el uso de fotografías tomadas al momento de la ejecución de alguna exequia fúnebre, por ejemplo: el abrazo familiar después de la inhumación, los preparativos para el levantamiento de cruz y la primera visita al panteón para conmemorar el cumpleaños de la Sra. Rosa, entre otros. Los familiares a veces agregaban una leyenda a dichas publicaciones, a veces podrían confundirse hasta con un *epitafio*. También entre familiares y personas que tenían agregadas en sus perfiles de Facebook, hicieron uso de las reacciones en Facebook para demostrar la recepción de las publicaciones.

De manera personal, hicimos una pregunta para entender la lógica de compartir el duelo por redes sociales virtuales, en donde los actores principales

coincidieron en un concepto clave: para tener un “*recuerdo*”. Podemos decir que el concepto “*recuerdo*” está íntimamente ligado a la experiencia de desarrollar lazos de afecto entre los miembros de un núcleo familiar y, al mismo tiempo, a la construcción de la presencia individual y colectiva. Podríamos concluir que son los recuerdos los mecanismos de defensa que permiten hacer un reacomodo del contexto después de acaecido un fallecimiento. También encontramos otras formas de perpetuar los recuerdos, por ejemplo: a través de la imaginación que imprimen los sueños y los momentos precisos que pasamos en la vida cotidiana que hacen recrear situaciones pasadas a nuestro presente; pues varios familiares de la Sra. Rosa, nos compartían anécdotas que adquirían de sus sueños, o bien, que en algunos momentos creían ilusoriamente ver a su madre, o la re-vivencia de sucesos del pasado que dan la ilusión de estarlos viviendo en el presente, algo a lo que se le llama: “*déjà vu*”.

Los trabajos de la memoria trascienden de manera transgeneracional; desde el acompañamiento en la construcción de las memorias individuales que las personas mayores llevan a cabo con los más pequeños de su familia, pero también la forma de recordar y reconstruir los eventos mediante la apropiación de determinados lugares, o la realización de ciertas prácticas que permiten la inmortalización de momentos que intentamos trascender a las futuras generaciones, a las *memorias del futuro*; y son por ejemplo, las plataformas virtuales, los tatuajes en el cuerpo, los rituales funerarios, el cementerio, los recursos o personas en donde la memoria se apoya para trascender.



Fotografía 45: Fotografía tomada de una visita del Sr. Roberto al *parque-cementerio*, en donde en la actualidad, así luce la tumba y lápida de la Sra. Rosa. También puede verse que van a dejarle su refresco favorito.

Queremos finalizar el capítulo con una metáfora a nuestro parecer con un discurso visual sumamente bello y que funcionará también para nuestro siguiente caso etnográfico. En las navidades del año pasado, la familia de la Sra. Rosa imprimió una de sus fotografías casi a tamaño real, la pegaron en la pared sobre el altar doméstico y alrededor le pusieron esferas navideñas con el nombre de cada uno de sus hijos, la metáfora es: el árbol genealógico. El Sr. Berna nos comentaba que se quería poner el convencional “árbol de navidad”, pero que tuvieron una idea mejor, así se sentirían acompañados por su madre en esas fechas. Por otro lado, el Sr. Roberto mencionó al respecto lo siguiente:



“mi madre es como nuestro árbol, en especial el tronco que conecta cada una de las ramas, o sea a nosotros sus hijos. Navidad es difícil ahora que ya no está, pero a través de esto la sentimos más cerquita” (Sr. Roberto, el día 24 de diciembre del 2021).

Fotografía 46: *“El árbol genealógico”* de la familia de la Sra. Rosa.

Capítulo 4: *Domesticación* de los procesos de morir, muerte y duelo durante la pandemia por Covid-19

En el presente capítulo, abordaremos como tema principal la historia de vida del Sr. Moices contada desde la perspectiva de su hijo menor, el joven Nestor, quien nos cuenta cómo fue el proceso de enfermedad de su padre cuando enfermó del virus Covid-19 a mediados del año 2020. Así mismo, teorizaremos los *lazos afectivos* y la relación de éstos con los temas sobre: *cuidados, saberes y memoria*.

Posteriormente, hablaremos sobre el proceso de *incineración* como una alternativa para el desahogo de los restos mortales; una alternativa que parece ser obligatoria cuando una persona que padeció Covid-19 fallece, ya que, en estos casos, la inhumación en cementerios —ya sea de índole público o privado— se supone, quedó estrictamente prohibida para evitar riesgos a la salud cuando las exequias funerarias se oficiaran y para tampoco apostar la vida de los visitantes a los cementerios. En este sentido, además de que el cuerpo sin vida *perse* significa riesgos a la salud de los demás, cuando la causa de muerte consistió en contraer una enfermedad de altos alcances mortíferos —lo que la convierte en pandemia— se estipula que la incineración es una práctica funeraria que garantiza el resguardo a la salud de la población en general. En este tipo de casos, el gobierno concesiona a las propias familias el resguardo de los restos mortales de sus seres queridos fallecidos dentro de sus *hogares*, porque también y, debido a las restricciones sanitarias de confinamiento social, tampoco se podía hacer uso de nichos en iglesias y cementerios para la custodia de la urna que contine las cenizas.

Ya en el último tema que abarcaremos en el capítulo, tiene que ver con la guarda de los restos mortales en los hogares; de hecho, esto permite que el propio *hogar* funcione como un recinto sagrado, en el cual, se oficiaran las exequias funerarias para darle el último adiós a nuestros seres queridos. Pondremos especial atención a el análisis de los *altares domésticos*, y nos referiremos a ellos como: “*micro-lugares de la memoria*”, porque están implantados en el *hogar* como lugar de la memoria —que se supone, en este sentido, un “*macro-lugar de la memoria*”.

Ahora, aclaremos que pensar a los *altares domésticos* como “*micro-lugares*”, no tiene que ver jamás con minimizar su importancia frente a otros que ya hemos trabajado. Al referir “*micro-lugares*” es porque están contenidos en otros lugares de la memoria—.

Los *altares* son lugares sacralizados en los *hogares*, en donde se ancla la identidad del colectivo familiar. El resguardo y los cuidados que se tienen para con este espacio, sin duda, también son los *lazos afectivos* los que permiten la reproducción y el mantenimiento constante de las *memorias familiares*, pero desde la *intimidad* que el *hogar* proporciona.

4.1 Introducción: Él, mi padre.

“Y me muero por tenerte junto a mí,
cerca, muy cerca de mí.
No separarme de ti,
y es que eres mi existencia, mi sentir⁷³”.
—Manzanero, A.



El joven Nestor nos platicó en una entrevista —que se realizó de manera virtual—, cómo es que él recuerda la personalidad de su padre, el Sr. Moices. A través de Nestor, nos acercamos al contexto familiar en su hogar, esto se pensó porque su familia estaba aún muy convaleciente emocionalmente con la pérdida del Sr. Moices, y él nos sugirió que esto sería lo mejor y, de esta misma manera, cuidaría a sus familiares de volver a revivir un momento difícil que de por sí siempre tendrán presente.

Fotografía 47: Él era el Sr. Moices. Su hijo Nestor digitalizaba las fotos para enviárnoslas.

Conocimos de cerca a Nestor; es un joven cuya valentía le permitió abrirnos su corazón y sentimientos y así sincerarse de todo lo que había vivido al lado de su familia cuando su padre, el Sr. Moices, enfermó de Covid-19. También nos mandaba fotografías cuando se oficiaban las exequias funerarias de su padre, y cómo él lo sigue recordando después de más de un año de su partida.

⁷³ Esta es una de las canciones favoritas del Sr. Moices, su hijo Nestor nos comentó que el grupo musical “Bronco” era su favorito.

“Bueno, pues mi papá era una persona por lo general alegre, bailarina, muy musical; eso me marcó profundamente. Desde niño, recuerdo que él siempre fue muy atento, siempre estuvo al frente de un montón de cosas: de la casa, y de todo... Por ejemplo, recuerdo mucho que de pronto hacía aseo y nos convocaba a todos a hacer cosas. Era esta persona que nos motivaba a hacer cosas.

Aunque para ser honesto, sobre todo en mi niñez, pues era difícil, sobre todo en esta cuestión de mi preferencia sexual, que yo no sabía. Quizá ellos sí se dieron cuenta y, de pronto, mi papá era muy duro conmigo, en cuestiones como de quererme ‘enderezar’ —ríe—; y yo tengo muchos recuerdos que cuando era niño mi afecto por él no era demasiado. En varios momentos sí llegué a tener como rencor.

Ya pasando mi etapa de niñez, a pesar de todo esto, a pesar de que era duro, siempre fue un papá muy consentidor, era muy detallista. De ley, los viernes siempre me traía algo, un disco, un rompecabezas o dulces; como estas cositas que cuando era niño eran como ‘¡woow!’.

Y bueno, ya entrando a la adolescencia, pues fue mi revelación, y fuimos adaptándonos el uno al otro. Como que en algún momento sin saber cómo pasó, nos dimos cuenta que congeniábamos en un montón de cosas. Nos empezamos a escuchar muchísimo. Quizá fue cuando le confesé mi preferencia sexual y, a partir de esto, como que surgió una nueva relación; en donde, él me dijo que me apoyaba porque soy su hijo y me ama y eso no va a cambiar. Yo pensé que esto no iba a pasar, justo por ese pasado, el de la niñez; donde él me quería como cambiar o corregir. Nunca fue violento en eso, más bien me estaba educando para que yo fuera más duro.

En mi casa tenemos esa costumbre, o bueno, teníamos; porque últimamente ya no se ha hecho, algo a lo que le decimos la ‘sobremesa’. Después de comer nos quedábamos un rato a platicar y ‘cotorrear’. Yo le contaba mis cosas, siendo una comunicación constante.

Algo que tengo, es que, en mi relación amorosa pasada, yo estaba muy triste, y le conté a mi papá, de cómo me sentía. De hecho, le comenté que una amiga me recomendó algunos tranquilizantes y me dijo que me apoyaba y que, si me hacía

sentir más tranquilo eso, pues que me apoyaba. Al día siguiente le comentó a una de mis hermanas que estaba muy preocupado por mí, de que no me fuera a pasar nada malo, o que me fuera a pelear con el que fue mi novio... Así era como sentir que podíamos contar con él, y contarle cosas.

Y pues ya, sobre todo en la pandemia, me uní muchísimo más a mi familia, porque estábamos todo el tiempo juntos. Estar solo en mi cuarto me aburría. Entonces, lo que yo hacía era ir a su cuarto y ahí me la pasaba todo el día con mi papá. De hecho, el que era su cuarto ahora es el mío, se lo cambié a mi mamá. Me quedaba con ellos, me dormía hasta con ellos, veíamos películas o reportajes de lugares a los que queríamos ir. Él siempre fue una persona como muy bromista y muy juguetona, siempre 'cotorreaba' con él, nos hacíamos bromas o nos espantábamos.

Hubo un tiempo en el que empezamos a hacer ejercicio por la pandemia también y él se ponía a correr, y pues yo corría detrás de él; y pues ya empezábamos como a jugar, y todo eso... Tengo muy presente que él estaba muy pendiente de la familia, siempre como muy atento y muy servicial, también era muy humilde, muy buena persona. Era muy limpio, muy aseado. Siempre tener esta figura, esta imagen de él limpiando, barriendo, haciendo cualquier cosa con música; escuchando cumbias, a 'Bronco'. Generalmente siempre que limpiaba escuchaba cumbias.

Tengo muy presente este recuerdo de él, que iba a la tienda y nos traía cualquier cosa. Y pues sí, era muy cariñoso. Siempre trató de demostrarnos cuánto nos quería.

También en pandemia hicimos varias pijamadas. Me acuerdo que hicimos un círculo con unas colchonetas y empezamos a contarnos cosas, y hablamos de lo que más nos gustaba. Él dijo que le gustaba mucho barrer. Se me hizo raro que esa fue una de sus actividades favoritas. Ese día pude decirle a él y a mi familia que eran lo más importante de mi vida, y que agradecía mucho tener un padre como él. Le dije que lo amaba muchísimo, bueno, lo amo muchísimo, pero en ese momento le dije eso. Le dije que era muy importante para mí, le dije cosas que no había dicho antes y que yo daba por entendidas, pero que a lo mejor no lo eran tanto. Tuve como este 'chance' de decirle cuánto lo amo.

Lo recuerdo mucho siendo el ‘alma de las fiestas’. Lo recuerdo mucho bailando ‘Cangrejito playero’ de Acapulco Tropical, de hecho, lo llegué a abordar en mi tesis. Fue en su cumpleaños cuando le pusimos esa canción, pues es como su canción, toda mi familia lo recuerda mucho con esa canción, porque hacía todo un show, se tiraba al piso y bailaba —ríe—...”



Fotografía 48: El Sr. Moices en compañía de su hijo Nestor y su esposa la Sra. Carmen.

Como vimos, el Sr. Moices siempre fue un hombre vivaracho, mejor conocido como “*el alma de las fiestas*”, de espíritu alegre quizá por su predilección a la música. Un compañero de vida en toda la extensión de la palabra, porque se entregaba todo para toda su familia. Un hombre comprensivo y caballeroso con las mujeres que conforman su hogar, su familia. Un hombre valeroso y responsable con sus compromisos más grandes: su esposa y sus hijos. Gracias a sus cuidados, sus hijos son personas de bien, que le tienen entusiasmo al trabajo y no se dejan vencer a pesar de las adversidades a las que se enfrenten.

El Sr. Moices desafortunadamente ya no está con nosotros, pero su familia está convencida de que él los guía y cuida desde donde quiera que esté, porque su rol de cuidador como padre y esposo trasciende más allá de su partida, porque sus hijos y su esposa llevan en sus cuerpos y mentes su esencia. Ellos saben que él no se olvidará de ellos, porque ellos tampoco se olvidarán de él.



Fotografía 49: El Sr. Moices, “el alma de las fiestas”

4.1.1 Al cuidado de los síntomas: Proceso de enfermedad en casa

Cuando Nestor y su familia lidiaron con el proceso de enfermedad que su padre enfrentaba debido a que contrajo Covid-19, realmente eran neófitos en cuanto al tipo de cuidados que debían seguir. Con lo que escuchaban en las noticias que aparecían en televisión e incluso por redes sociales virtuales o entre vecinos, podrían darse una idea sobre los cuidados que debían seguir cuando se tenía un paciente covid en casa.

Al transcurrir los primeros meses en que la pandemia por Covid-19 se extendía por todo el mundo. En México las personas estaban escépticas de llevar su proceso de enfermedad en instituciones hospitalarias, debido a los múltiples rumores que había sobre ellos y sobre los cuidados del personal médico; esto hizo

que muchas familias tuvieran miedo de internar a sus familiares en hospitales. También un hecho real es que el alza de contagios incrementó la estancia de pacientes en los hospitales, por ello, muchas personas asistían a los consultorios generales más cercanos de su localidad y llevaban los tratamientos médicos y vernaculares en casa; porque también fue común el uso de medicina alternativa con la esperanza de que los pacientes recuperaran pronto y satisfactoriamente su salud.

Como sabemos, cualquier enfermedad implica gastos económicos altos, y en el caso de la familia del Sr. Moices, el cambio constante de sus tratamientos médicos implicaba gastos en un periodo corto de tiempo. Sin embargo, se tenía la esperanza y la finalidad de poder proporcionar al paciente y a sus familiares la tranquilidad de que su familiar recuperaría su salud.

El Sr. Moices presentó síntomas de la infección por Covid-19 a principios del mes de agosto del año 2020, por lo cual, su familia preocupada lo llevó de inmediato a consulta general con una doctora de toda su confianza. El joven Nestor acompañó a su padre en esta visita al médico. La doctora recetó el tratamiento y, para prevenir, el Sr. Moices fue aislado en una habitación; pero se trató de un aislamiento parcial, debido a que por lo menos, mientras tomaban los alimentos, la familia se reunía como de costumbre. En esa misma semana de la primera consulta, se asistió a la segunda revisión para monitorear el estado de salud del Sr. Moices, esta vez su esposa, la Sra. Carmen, lo acompañó. Afortunadamente se notificó de una mejoría, así que la doctora solo recomendó concluir con el tratamiento médico previo y con otro tipo de cuidados como: comer bien y mantenerse hidratado pues, serían suficientes para que él recuperara su salud. De cualquier manera, la cita quedó abierta por si volvía a sentirse mal o se presentaba algún otro síntoma. El fin de semana concluyó tranquilamente, pero fue al inicio de la siguiente cuando nuevamente el Sr. Moices presentó un cuadro de fiebre, por ello, su familia lo llevó al consultorio para que revisaran su salud.

Fue en esta consulta médica cuando la doctora detectó una anomalía en sus pulmones, por lo cual, solicitó a sus familiares que le hicieran una radiografía de la cavidad torácica para descartar cualquier riesgo. Sin duda, fue una noticia

sumamente difícil. De regreso a casa, su esposa lo tomó de la mano para que el Sr. Moices sintiera su apoyo. Al día siguiente de la consulta, se le tomó la radiografía correspondiente al Sr. Moices, y en cuanto se tuvieron los resultados, fue Nestor el responsable de llevárselos a la doctora para que ella los interpretara y revisara el tratamiento para ver si le indicaba nuevos medicamentos. En este caso, no fue necesario que el Sr. Moices asistiera a revisión, porque Nestor sería el responsable de llevar el diagnóstico médico a su hogar y compartirlo con sus familiares.

La doctora diagnosticó un supuesto cuadro leve de neumonía, en donde también, si él concluía el tratamiento médico, se mantenía en reposo y seguía una dieta saludable, podría recuperar su salud. Después de este diagnóstico, la familia del Sr. Moices toma la decisión de llevar ahora un aislamiento total de su paciente, de su familiar. Pronto la familia ordenaría las tareas que cada uno de los miembros tenía que realizar para que todos pudieran estar pendiente principalmente de la salud del Sr. Moices, pero también, pendientes de su propia salud y la de los miembros más pequeños del hogar. Su esposa, la Sra. Carmen; se quedaría al tanto del cuidado de su esposo, suministrando los medicamentos y llevando el seguimiento de sus alimentos y dieta. De hecho, la familia empezó a adoptar la dieta que debía seguir el Sr. Moices, y esto se hizo como un acto de solidaridad y de acompañamiento.

A pesar de todos los cuidados que su familia le proporcionaba, la salud del Sr. Moices se iba deteriorando, aunque él sostenía que todo iba marchando bien con su salud. Su familia lo conocía física y anímicamente bien, por ello, a pesar de que él negaba que se sintiera mal, ellos se daban cuenta que las cosas no estaban marchando satisfactoriamente; incluso, menciona Nestor, desde el cambio de su color de piel, porque estaba pálido, y eso indicaba que su salud no estaba mejorando.

La familia nuevamente lo lleva a consulta y de inmediato la doctora se percata que su oxigenación en sangre era bastante baja, por lo que receta oxígeno suplementario. Sus hijas, la Srita. Erika y la Srita. Karina se encargan de conseguir el oxígeno. Por su parte, Nestor fue a conseguir las medicinas. La Sra. Carmen se

ocupó del cuidado y vigilancia de su esposo en lo que llegaban los insumos médicos que necesitaban.

Previamente, el Sr. Moices les dijo a sus familiares que él no quería ser hospitalizado, y su familia lo complació. Los hijos del Sr. Moices estaban preocupados también por la salud de su madre, la Sra. Carmen. Además, era común escuchar que los adultos eran más propensos a contraer la enfermedad a diferencia de los más jóvenes. Por ello, Nestor y su hermana la Srita. Karina, suplieron a su madre en cuanto a los cuidados de su padre. Ahora la Sra. Carmen se hacía cargo de las labores domésticas que procuraba para todos. La hija mayor la Srita. Erika, se encargaba del cuidado de los niños que viven en el hogar.

Tanto Nestor como sus hermanas, pensaban que estar al cuidado de su padre significaría ahora regresar todos esos cuidados que él les dio cuando eran pequeños; ahora a ellos les tocaba asistir a su padre y procurarlo, así como él involuntariamente les enseñó cuando cuidó de ellos durante todos estos años. El estar al pendiente y al cuidado del Sr. Moices, hacía que como hijos quisieran disfrutar al máximo el tiempo que tenían con su papá. Además de la asistencia de cuidados no médicos que su familia llevaba a cabo de manera diaria, a veces también tenían momentos de esparcimiento con su padre, como cuando eran niños: veían películas y ahora videos en Facebook o escuchaban música.

Con el pasar de los días, la administración de oxígeno que la doctora recomendó ya no era suficiente, además que los costos del oxígeno eran excesivos; eso como familia los hizo tomar una decisión, la de internarlo en el hospital. Una de las hermanas del Sr. Moices, la Sra. Beatriz; conocía a alguien que trabajaba en el hospital en que fue internado el Sr. Moices, y esto a él y a toda la familia, los hizo sentirse más tranquilos porque eso les dio confianza.

Cuando el Sr. Moices estaba siendo trasladado al hospital en una ambulancia, tanto Nestor como su hermana la Srita. Karina lo acompañaron en el trayecto al interior de la misma ambulancia. Sus hijos lo iban tocando, posando sus manos sobre su cuerpo; esto lo hacían para que su padre sintiera su apoyo y no se sintiera solo, pero sobre todo que sintiera su amor. Sus hijos tenían miedo de no

volver a tocarlo después, por eso, en ese momento querían llenar sus manos de él, de su padre. El Sr. Moices les dio la bendición antes de ser internado.

El desánimo de internarlo fue justo porque implicaría la falta de comunicación constante. De aquí en adelante su cercanía solo sería al momento de que el personal médico les diera informes de la evolución del paciente a determinada hora del día.

Por otro lado, y mientras el Sr. Moices estaba internado en el hospital, cayó su cumpleaños, esta fecha tan importante no podía quedarse como un día más. Nestor nos cuenta que la cama en donde estaba su padre daba directo con una ventana. Así que los familiares del Sr. Moices se subieron a un puente peatonal que también tenía vista hacía aquella ventana, llevaron cartulinas con mensajes de apoyo y de amor, felicitándolo por su cumpleaños, también se hicieron de un megáfono para que él pudiese escucharlos. Dice Nestor que ese día se pusieron a hacer relajo y escándalo para llamar la atención de su padre, pronto él se percató, y tanto el personal médico como el de intendencia, se sumaron a cantarle las tradicionales mañanitas. Posteriormente, pusieron una de sus canciones favoritas, la de “Cangrejito playero” de Acapulco Tropical; el Sr. Moices como señal de recepción de lo que estaba escuchando, con sus manos simuló las tenazas de un cangrejo y, pronto la esperanza de la familia se hizo presente. Nestor recuerda que fue un momento de emociones encontradas, porque por un lado su padre estaba muy enfermo en el hospital, la comunicación que tenían siempre era a distancia, pero de alguna forma celebrar su cumpleaños era sinónimo de festejar su vida.

A mediados del mes de septiembre, nuevamente la oxigenación en su sangre, aunque estable, seguía muy débil. Los médicos sugirieron la intubación con la finalidad de que el Sr. Moices recuperara su salud, fue un momento difícil, y en familia consultaron la toma de decisiones. En este momento asumir la intubación implicaría ahora más que nunca la incomunicación y la ausencia, porque el Sr. Moices estaba, pero como inconsciente, siempre sedado con medicamentos; Nestor dice que ese fue un momento de fractura familiar. Y pronto se preguntaban si de nada habían servido los rezos y las peticiones religiosas.

La familia del Sr. Moices recibió por varios días los mismos informes, en donde su familiar estaba grave, pero se mantenía estable. Sin embargo, para el día 22 de septiembre de 2020, la salud del Sr. Moices empeoró. Para el día siguiente por la tarde, el 23 de septiembre de 2020, la familia recibió —vía telefónica— la lamentable noticia del fallecimiento de su familiar. Acudieron al hospital, y Nestor entró para identificar el cuerpo de su padre; él quiso hacer esto solo, porque no quería que su madre o sus hermanas pasaran por este difícil momento.

Fue —en palabras de Nestor— una de tantas situaciones más importantes y fuertes del último contacto físico que tuvo con su padre. Él tomó la decisión de reconocer el cuerpo de su padre para que se los pudieran entregar, y así planear los preparativos para las exequias funerarias. Empezaron a buscar una funeraria que les ayudara con el traslado del cuerpo. Nestor nos comentó que el personal de la funeraria no llevaba material de protección para poder cargar el cuerpo; por ello, él tomó la decisión de cargar el cuerpo de su padre aun sabiendo el riesgo que esto implicaba, pero también pensaba que por su padre haría cualquier cosa. También él se hizo responsable de proporcionar los datos para tramitar el certificado de defunción, y durante el procedimiento legal, Nestor empezaba a vivir el proceso de duelo: se mantenía en un estado de negación, evadiendo la realidad y a veces con sentimientos de culpabilidad, pero pensaba que el amor que sentía por su padre era más resiliente que cualquier estado negativo como: la culpabilidad.

Nestor dice que conforme pasa el tiempo *“te empieza a ‘caer el 20 de lo que está pasando’, es decir, que empiezas poco a poco a asumir la realidad del momento que estás viviendo”* (Entrevista con Nestor vía zoom el día 15 de enero de 2021)

La familia tomó la decisión de que el cuerpo del Sr. Moices fuera incinerado, con el fin de evitar contagios en la familia y poder oficiar los rituales correspondientes para el despido de los restos mortales, ya que, si el cuerpo era inhumado, las exequias tradicionales de la religión católica no podrían llevarse a cabo, pero este tema lo veremos más adelante.

Entre otras cosas, igualmente importantes para mencionar, son que durante el proceso de enfermedad del Sr. Moices, su familia se fue haciendo de dispositivos médicos para el monitoreo constante de algunos signos vitales y síntomas de su paciente; pronto tuvieron que aprender a utilizarlos y, aún a la fecha, siguen siendo de utilidad cuando algún miembro de la familia se siente mal, sobre todo cuando hay alguna sospecha de posible infección por Covid-19, de este modo proveen su salud.

La unión familiar también se mantuvo mediante las oraciones religiosas en donde pedían por la salud del Sr. Moices, por su pronta recuperación, y fue a través de estas oraciones en las cuales como familia se hicieron más fuertes los lazos afectivos. Se deseaban suerte y se daban ánimos entre ellos. Sin embargo, cuando la situación no mejoraba y, por el contrario, la salud del Sr. Moices empeoraba, se perdía la esperanza y se preguntaban que si de nada servían todas esas peticiones religiosas. En estos momentos de crisis, cuando alguno de ellos perdía la fe, se daban ánimos, se motivaban ya sea con palabras de aliento o con muestras de afecto corporalizadas —a través de abrazos, caricias o besos—.

También cuando el Sr. Moices estuvo en el hospital y antes de ser intubado, se hizo una videollamada en donde él se encomendó a la Virgen de Guadalupe para que todo saliera bien. Su familia le mostró a través de la cámara del celular una imagen de la Virgen de Guadalupe, él Sr. Moices se persignó y posteriormente se realizó una oración colectiva. En esta llamada le reiteraron su amor y sobre todo que lo seguirían esperando. Una vez que la videollamada finalizó, a la familia “*le ganó*” el sentimiento, solo que, enfrente de él no querían decaerse para que él tampoco lo hiciera. No quedaba otra opción más que la de tener paciencia y estar en familia para sentir el calor del apoyo de todos los miembros que la conforman.

4.1.2 Colectivizar el cuidado y la construcción de saberes.

Como hemos visto en nuestros dos capítulos anteriores, son los cuidados y los relatos vistos como trabajos de memoria intercambiables y transmisibles entre miembros de una colectividad familiar, y ahora toca analizar a los *afectos* en este mismo sentido. Los cuidados hacen poseer al otro por los lazos de dependencia que se generan, y el cuidado de los otros implica también que estos se vuelvan actos de amor; un amor que se devuelve igualmente pasando como actos de dar y recibir. Los cuidados son otra manera de materializar los afectos que tenemos hacia los otros —en un contexto familiar—, *“la complejidad del amor devela la búsqueda de alguien diferente como complemento”* (Durkheim en Calderón, 2018: 24). Así entonces, podríamos deducir que los cuidados los lleva a cabo alguien que se supone mantiene una supremacía del estado de salud sobre el otro, incluso una supremacía de conocimientos, los cuales, puede adquirir por la profesionalización o el aprendizaje empírico de los mismos.

Los afectos nos vinculan a alguien o a algo —si se trata de algún objeto—, ese vínculo que se genera permite no abandonar eso que en realidad nos importa. Como hemos visto a lo largo de la experiencia de la familia de Nestor, la división del trabajo fue indistinta a la convencional, en donde los trabajos domésticos, se supone, puedan aparecer feminizados. En este caso, los cuidados pasan por otra definición siendo éstos productos que los lazos afectivos permiten intercambiar, pero al mismo tiempo, son trabajos que producen y reproducen a otros. Cuidar, en este sentido, cobra la personalidad de preservación, del interés por conservar “algo” que no se desea perder por ninguna razón.

Veamos lo siguiente:

...los sentimientos forman parte de los elementos de la conducta social, son motivos o impulsos... existe una relación de dependencia mutua entre el sentimiento y la actividad. La forma más simple de una relación sucede porque un motivo origina la actividad: una vez que la actividad es satisfactoriamente completada, el motivo desaparece. Los sentimientos, no persistirán en realidad, al menos que también lo hagan las actividades con ellos relacionadas. Los vínculos emocionales entre

personas no existen en un vacío, sino que son sustentados por incontables y repetidos acontecimientos. (Homans en Calderón, 2018: 30)

La familia de Nestor, al igual que muchas otras que vivieron de cerca este proceso infeccioso, se enfrentaron con un riesgo desconocido, pero su “*amor supremo es racional y su ferviente anhelo de saber*” (Calderon, 2018: 27), permitió satisfacer su deseo por conocer la enfermedad del Sr. Moices, y se acompañaron con una doctora de confianza que orientó los cuidados que debían de seguir. Así mismo, se adaptaron a los padecimientos de la enfermedad, y esto hizo que su propio hogar y familia se adaptarían también para proporcionar facilidad al momento de la ejecución de los trabajos de cuidado.

También, el amor que su padre o esposo les dio a cada uno de ellos, se vio reflejado en que no lo abandonaron cuando el Sr. Moices estaba muy grave, pues toda la bondad, los aprendizajes y el apoyo que él les dio en su infancia, y a su esposa en otros momentos de situaciones de crisis familiar, permitió que los afectos se interiorizaran (Calderón, 2018: 29) y se devolvieran en cuanto él los necesitase de vuelta.

Entonces, aunque el motivo de cuidar a un enfermo haya concluido, los cuidados no terminan con el morir de alguien, al contrario, el deseo de trascendencia en la memoria persiste en los cuidados que se tienen al llevar a cabo todas las actividades religiosas. El sentimiento de no olvidarse de uno mismo y de los demás es la primera razón de ser de las exequias funerarias.

De igual forma, es importante mencionar que los valores y los afectos que se comparten no son los mismos en cada familia, pues en sus terrenos de la intimidad suceden procesos distintos, cada familia y cada individuo *emosignifica* (Vergara, 2018: 299) sus emociones a su manera y también de esto depende la construcción de una memoria familiar. Las emociones significadas en estos contextos íntimos son saberes transgeneracionales, y el cuerpo también es educado para la recepción de las emociones, en donde la corporalidad actúa las emociones. Los cuidados se vuelven actos de amor, al menos en el contexto familiar de Nestor, y en las familias de nuestros dos casos anteriores, los cuidados se vuelven actos de humanidad y

objetos y trabajos intercambiables porque se supone son memorables, porque hay una memoria de los afectos construida, pero, sobre todo, también autorizada.

4.2 Domesticación de los lugares de la memoria de y para la muerte

En los siguientes temas de este capítulo abordaremos el proceso sobre el desahogo de los restos mortales que se siguió en el caso del Sr. Moices, ya que, a diferencia de los dos casos que se describieron con anterioridad, en donde la inhumación fue la práctica mortuoria que recibieron los restos mortales, y el cementerio la morada de los mismos, toca el caso al análisis de los *altares domésticos* como lugares de la memoria de y para la muerte, con el cual se convive de manera cotidiana; un espacio sacralizado dentro del espacio íntimo de la familia, el hogar. El *altar doméstico* se vuelve un recinto ceremonial de culto hacia la muerte, o más bien, a la memoria de nuestros difuntos que está sujeta a la resignificación que cada individuo le da a dicho lugar —igual que pasa como con el cementerio—, siendo un lugar de consenso en donde se ancla la memoria familiar.

Los afectos vinculados a este lugar se viven de manera cotidiana, porque hay un convite directo con la morada de los restos mortales. La perspectiva de cohabitar con un espacio destinado como guardián de los restos mortales hace que las ideas que se tienen respecto a la muerte también cambien, y Nestor nos llevará también por estos caminos.

4.2.1 Incineración, desahogo de los restos mortales

Recordando la historización de las epidemias en la Ciudad de México y la forma en las cuales impactaron en los procesos de morir, muerte y duelo, es importante mencionar que para el siglo XX la incineración vuelve a ser una práctica funeraria que, de haber caído en desuso porque estaba prohibida, para este tiempo se vuelve a retomar como una alternativa de desahogo de los restos mortales por debajo de la imperante, que es la inhumación. Nuevamente, en el contexto de emergencia sanitaria debido al Covid-19, una de las tantas restricciones sanitarias que hubo fue que los eventos sociales no podían llevarse a cabo para evitar contagios, y si es que eran necesarios, el aforo de gente tenía que ser mínimo.

Sin duda, las personas que sufrieron de una pérdida de uno o varios familiares por Covid-19 se vieron aún más afectados pues, las exequias fúnebres no podían llevarse a cabo, y se estipulaba que, de inmediato, los restos mortales fueran despedidos, pues el cuerpo trascendía su infección aún después de la muerte. Una de las medidas en esta racionalidad de evitar contagios, fue cuando se estipuló que la forma más correcta y sana del desasimiento de los restos mortales de las personas que habían fallecido a causa de la Covid-19 era a través de la incineración, si esto se hace, era probable que se pudieran llevar a cabo las exequias funerarias, claro, aun controlando el aforo de gente, usando siempre el cubrebocas y desinfectando a los asistentes a través de una atomización con algún líquido sanitizante. La incineración en este contexto, se tomó al principio como una alternativa, luego como una regla estricta y después casi como la única forma de deshacimiento de los restos mortales, pues los cementerios se encontraban en su cupo máximo, sobre todo los cementerios municipales, los de estilo tradicional.

De hecho, la incineración a la larga, es una práctica funeraria que reduce gastos económicos vinculados al cuidado del espacio en un cementerio, aunque también, existen otro tipo de gastos vinculados a los cuidados de un *altar doméstico*, pero, en lo que concierne al mero proceso de desahogo de los restos mortales, si resulta ser una práctica más económica, además, el hecho de tener siempre presente el altar en casa, permite que estemos más atentos de sus cuidados, sin

riesgos de sufrir algún saqueo o violación al espacio en donde descansan los restos mortales, pero también nuestra memoria.

Ahora, para entrar en un polémico debate, autoras como Stefania Rasile en su tesis *“Un cementerio para la digitalización de la muerte”* y debido a que la autora tiene un profundo interés en cuanto a la materialidad de los espacios funerarios destinados convencionalmente a las inhumaciones, le parece complicado pensar la práctica de la incineración pues, para ella supone que esta práctica funeraria conlleva a un desarraigo entre cuerpo y lugar, y una fractura entre la pertenencia a la necrópolis. Sin embargo, podríamos mencionar el caso de la familia del Sr. Moices, en donde los restos mortales se anclan a otro lugar no hegemónico y que pareciera ser no tan convencional para vivir y habitar con la muerte tan de cerca y cotidianamente. La familia del Sr. Moices adaptó un espacio que se resignificó para que pudiera ser un recinto ceremonial que les permitiera conmemorarlo, y, de hecho, hay una gran cantidad de objetos que, amalgamados en este espacio, cumplen la funcionalidad de servir como un espacio íntimo y sacralizado dentro del hogar, dando paso a vivir una memoria íntima familiar, a diferencia de la memoria social, colectiva o privada en un cementerio, como vimos en nuestros capítulos anteriores.

Las formas de conmemoración cambian, y ninguna es mejor que la otra, el contexto familiar influye, además del contexto externo; de cualquier manera, la muerte siempre ha sido un objeto que se resignifica de forma individual o colectiva, e incluso la muerte es sujeto porque se le da una identidad y una personalidad también a través de distintas imágenes que, discursos de poder como los religiosos, permiten darnos una idea de la fisicalidad que tiene la muerte. La cohabitación con este espacio, me cuenta Nestor, le ha permitido sentirse más cerca de su padre, no hay desvinculación afectiva porque aún lo siente presente, de hecho, aún siente que visita la habitación de sus padres, jamás ha sentido que solo su madre sea la que esté solo ahí, el altar también es una forma de seguirlo viendo, de estar tranquilo, de no perderlo y tenerlo siempre en mente.

4.2.2 Continuidad de la memoria: el altar doméstico como árbol genealógico



Ahora, en lo que concierne a la morada de los restos mortales del Sr. Moices, se destinó un espacio dentro del hogar en donde se edificó un altar en el cual descansan sus restos resguardados dentro de una urna. Este espacio sacralizado está justamente situado en la habitación en donde está su esposa, la Sra. Carmen. Y a fin de visibilizar otra forma arquitectónica de *lugar de la memoria de y para la muerte*, es de suma importancia destacar la funcionalidad de estos espacios, además de ver el repertorio de elementos que lo conforman.

Fotografía 50: El altar doméstico como morada de los restos mortales.

La función principal de los *altares domésticos* que se construyen para nuestros familiares difuntos es la de conmemorar el evento y el momento de la pérdida familiar, en estos lugares se contienen los sentimientos de duelo, pues “*en la rememoración, el involucramiento emocional desempeña un rol fundamental; aquellos acontecimientos que tienen un significado para nosotros como parte de una colectividad son los que se convierten en memorables*” (Gutiérrez en Aguilar, 2018: 70). A su vez, los afectos que son aquellos que “*nos afectan sensorialmente*” (Vergara, 2018: 310) y que además de vincular a seres humanos que comparten las

mismas significaciones sobre sus relaciones afectivas, también los hace vincularse con ciertos lugares en determinadas temporalidades, a manera de sentirse arraigado y apropiarse de un sitio debido a la importancia emocional que tiene para un individuo o una colectividad (Aguilar, 2018: 72).

“Hacer un altar en casa es una invitación a la familia para guardar un espacio y un tiempo especial para la oración” (Terrazas en Blog Familia católica, 2009). En el caso de la familia del Sr. Moices, ese espacio se destina para honrar su memoria y contemplar nuevas rutinas que surgen en torno a dicho espacio, es común que sus familiares se persiguen frente a dicho altar y, si pensamos al altar doméstico como “una invitación para” en realidad también se sigue invitando la presencia del Sr. Moices dentro de su casa.

Los *altares domésticos* se vuelven objeto de referencias temporales y espaciales, marcan un antes y un después en el tiempo familiar y, también, se vuelven puntos de reunión en determinadas fechas o en la ejecución de rutinas, los altares son ese *“acercamiento social al pasado que se realiza por medio de conmemoraciones, aniversarios, o archivos”* (Aguilar, 2018: 73), así mismo surgen como estos otros *lugares de la memoria* porque hay una necesidad y voluntad de recordar y recordarnos algo (Aguilar, 2018: 73).

Una de las conclusiones a las que llegamos al conocer este altar fue pensarlo como otra especie de *“árbol genealógico”*, en donde, encontramos elementos familiares que nos recuerdan a cada uno de los miembros que conformaron nuestra familia, son las fotos el principal recurso mnemotécnico en el que nuestra memoria se apoya para recordar la materialidad de una personalidad trascendente en nuestras vidas, porque evocan nuestra pertenencia a algún colectivo religioso a través de las imágenes y la liturgia, de este mismo modo, encontramos elementos justa y perfectamente seleccionados mediante la autorización y el consenso familiar.

Así mismo, es común que la familia haga otros altares domésticos momentáneos en algunos eventos sobre la celebración de algunas exequias funerarias; altares alternos al que ya está estandarizado y estático en un espacio del hogar. Este caso en particular parece que hace uso del hogar como una

ciudadela que contiene las memorias, un espacio en donde las memorias se quedan en el espacio de la intimidad familiar.

4.3 Hacia la construcción de una memoria íntima

Volviendo a uno de los temas de los que se han hablado con anterioridad, la pandemia propició —en algunas familias— que los trabajos de memoria, así como los cuidados y los afectos se fortalecieran dentro del hogar, tal como lo vimos en el contexto de la familia del Sr. Moices, en donde pasaban más tiempo juntos en el hogar y compartiendo diariamente los mismos espacios, incluso cuando Nestor nos cuenta que, durante la organización y vivencia de las pijamadas, el mantenerse más comunicados y sincerarse afectivamente de lo que unos sienten por los otros, permitió que estos lazos de cariño ya existentes, se fortalecieran; además de que en esos momentos se conocieron más íntimamente, y no tan superficial al momento de dar por sentadas ciertas cosas y pensar por los demás.

El hecho de mantenerse un altar en casa como morada de los restos mortales significa que la memoria familiar del Sr. Moices se lleva en un espacio privado pero íntimo, a diferencia de los *parques-cementerios* que, a pesar de ser lugares privados, son lugares de cita al que acuden un montón de conglomerados familiares, porque está abierto a ciertas horas del día, porque hay personas que trabajan en ellos para su mantenimiento, y porque son lugares estandarizados de y para la muerte; los altares domésticos no, en realidad son todo lo contrario, pues el mantenimiento del mismo lo llevan las propias familias, su colocación es autorizada también por la propia familia, por ende, solo lo visitan los familiares y amigos cercanos, y es un lugar disponible las veinticuatro horas del día y todos los días del año; estamos ante un caso de patrimonialización de la historia familiar hecha por la propia familia.

A continuación, veremos los procedimientos que se siguieron para la realización de las exequias funerarias del Sr. Moices póstumas a la incineración, en donde, su familia se hizo responsable de los rezos y los preparativos, aunque también hubo momentos en donde se asistía a misas celebradas en la iglesia, las cuales se dedicaban para el eterno descanso del Sr. Moices.

4.3.1 Exequias funerarias del Sr. Moices: Hacía la trascendencia del ser

Después de la incineración, la familia del Sr. Moices empezó a hacer los preparativos del *velorio*, el cual, se llevó a cabo en la madrugada del 24 de septiembre de 2020. Nestor nos compartió que ese día principalmente consistió en la compra de arreglos florales, pan y café para ofrecer a quienes podían asistir a acompañar a los deudos.

El *velorio* se llevó a cabo con las medidas sanitarias según lo dictaba el semáforo naranja para esas fechas. Se pudo contar con la asistencia de allegados a la familia debido a que el tratamiento corpóreo fue precisamente la incineración. Para llevar a cabo el *velorio*, la familia contrató a un sacerdote que pudiera oficiar una misa de “cuerpo presente”, Nestor nos cuenta su perspectiva sobre las cenizas, ya que para él representarán siempre el cuerpo de su padre, aunque otras personas lo vean de distinta manera, porque generalmente se hacen comparaciones respecto de la inhumación y la incineración; así entonces, para Nestor, las cenizas representan de manera simbólica la materialidad de su padre, la urna de las cenizas es lo mismo que una tumba y el *altar doméstico* lo mismo que un cementerio.

Para poder oficiar el *velorio*, la familia montó un altar en donde se colocó la urna con las cenizas, además de poner también en el piso, la *cruz de cal* —igual que en los dos casos anteriormente descritos—.

Una vez terminado el *velorio*, la familia realizó una *procesión*. Nestor describe la *procesión* como un paseo bohemio mientras cargaban las cenizas del Sr. Moices

y las trasladaban a distintos puntos de reunión. Para efectos de este ritual funerario, se llevaron algunos adornos florales y algunas imágenes religiosas de santos católicos que acompañaban a los miembros de la *procesión*. La primera parada fue en la casa de la madre del Sr. Moices, es decir, la casa de la abuelita paterna de Nestor. Para ese momento, se contrató a un grupo musical, para celebrar lo que fue la personalidad del Sr. Moices, porque si recordamos, Nestor nos cuenta que siempre fue un amante enamorado de la música, que le encantaba bailar en cualquier fiesta y siempre había sido muy alegre, incluso hasta en su proceso de batalla con la enfermedad. Ya que las cenizas se llevaron a la casa de la abuelita de Nestor, nuevamente fueron regresadas al domicilio del Sr. Moices y su familia. Durante esa madrugada, además de ofrecer la cena que consistió en pan y café, también se ofrecieron bebidas alcohólicas a los asistentes, y se cantó y bailó en su honor.

El ritual consecuente fue el *novenario*; esta exequia funeraria se celebra durante nueve días consecutivos después del velorio, para ello, los familiares del Sr. Moices contrataron a un rezandero que dirigía los rezos llamados “*rosarios*”, los cuales, se llevaban a cabo siempre a la misma hora, a las ocho de la noche. También, al concluir los “*rosarios*” la familia invitaba a los asistentes a beber café y comer pan, con el fin de agradecer su colaboración e interés por venir y darse un tiempo para hacer la petición de que el espíritu del Sr. Moices encontrara el descanso eterno.

Por otro lado, una de las tías de Nestor se ofreció a officiar y colaborar con los rezos dedicados a el Sr. Moices, pues se tiene la creencia de que cuando un rezo es directamente oficiado por algún familiar del difunto, las peticiones son más sinceras a través del cariño que se construyó a lo largo de los años, así las peticiones respecto al descanso eterno lógicamente intercederían más rápido, por ser más sinceras y amorosas.

Nestor nos contó otro dato de suma importancia, nos dijo que su familia y él se organizaron para hacer un *collage* con fotografías del Sr. Moices, para que al momento de que los interesados en ir a rezarle un *rosario*, cuando entraran al domicilio, pudieran ver y recordar cómo era el Sr. Moices por medio de este compendio fotográfico.



Fotografía 51: Collage, como recurso mnemotécnico.

Una vez concluido el novenario, el ritual funerario que siguió fue el *levantamiento de cruz*, éste consiste en el levantamiento de la *cruz de cal* que se puso el día del velorio. Durante los novenarios, los asistentes se reúnen en el sitio en el cual está la *cruz*, ya que se vuelve un espacio sagrado. Ese día la *cruz* se adorna con flores y alrededor de la misma, se coloca un “*rosario*” hecho de flores blancas y rojas, generalmente se usan rosas. La colocación de este rosario de rosas que representa metafóricamente el rosario de cuentas, que permite justamente el conteo de los rezos y saber qué rezo es el que toca rezar, tiene la misma estructura y funcionalidad que los rosarios que se pusieron en los dos casos etnográficos

anteriores. También para el *levantamiento de cruz*, se necesitó una pequeña *caja* que la familia adornó para depositar las flores del *rosario* y la propia *cruz de cal*, esta *caja* fue de color morado y también se iban a utilizar unos listones para cerrarla al término del ritual.

Cada que se iba a la mitad de una oración, los participantes iban levantando una rosa y la iban guardando en la caja que describimos anteriormente. Una vez que el *rosario* está completamente guardado en la caja, ahora toca el turno de la *cruz de cal*, la cual, se divide en cinco secciones: la parte superior que representa la cabeza de quien falleció, fue levantada por los hermanos y hermanas del Sr. Moices, el brazo derecho de la cruz lo levantaron algunos tíos del Sr. Moices, el brazo izquierdo lo levantaron algunos compadres, la parte inferior, que son los pies de la cruz, fue levantada por primos, y ya la parte central de la cruz que representa el corazón fue levantada por Nestor y su madre, la Sra. Carmen.

Cuando el *rosario* hecho de flores y la *cruz de cal* se depositaron en la *caja*, ésta fue cerrada con unos listones y bendecida con agua bendita. Nestor nos platicó que con una flor llamada “crisantemo blanco” se sumerge en el agua bendita y se sacude un poco con la mano para que las gotas del rocío del agua caigan sobre esta *cajita* adornada.

Después de estos rituales funerarios, continúan las *exequias mensuales*, éstas no solo se siguen llevando en el espacio doméstico, pues en ocasiones también se asiste a misa en una iglesia local para seguir intercediendo por el descanso eterno del Sr. Moices; sin embargo, la familia decide hacer una oración cada semana, la cual, siempre se lleva en casa y frente al altar religioso, la familia directamente es la que participa en estas oraciones semanales.

Para el 23 de septiembre del siguiente año —2021— se ofició lo que sería el *1° aniversario luctuoso* del Sr. Moices, aquí se ofreció un rezo en el hogar a las cuatro de la tarde, y a las seis de la tarde se asistió a misa en la iglesia local. Además del *altar* que se tiene en casa, se construyó otro totalmente diferente, en que podemos apreciar la edificación de un altar de diez niveles, algo así como en forma de escaleras, tapizados con un mantel blanco, una veladora en el centro y a los

laterales de cada nivel, unos arreglos florales con colores alegres: tenían girasoles, rosas blancas y claveles rosa pastel, todas ellas contenidas en una maceta color negra. En el primer nivel se colocó una fotografía del Sr. Moices, y los niveles también había imágenes religiosas de santos de la religión católica, por ejemplo: una Virgen de Guadalupe, un crucifijo y ángeles celestiales.



Fotografía 52: Altar del 1º Aniversario luctuoso del Sr. Moices. Esta fotografía la tomó su hijo Nestor.



Fotografía 53: Altar del 1º Aniversario luctuoso del Sr. Moices. Esta fotografía también la tomó su hijo Nestor, la diferencia es que aquí ya se prendieron las veladoras.

En el altar que se pone convencionalmente sobre una pequeña mesa, también encontramos imágenes religiosas, principalmente la de la Virgen de Guadalupe; el Sr. Moices era muy devoto de ella, recordemos que incluso en una videollamada que tuvo con sus hijos mientras él estaba convaleciente en el hospital, encomendó su salud a esta representación sacra católica. Sobre este mismo altar, descansan sus cenizas dentro de la urna que igual lleva la imagen de la Virgen de Guadalupe, por encima de la urna, había también un crucifijo con la imagen de Jesucristo, un rosario blanco y algunos pétalos de flores. Y en realidad hay más

fotos de él. Por toda la orilla de esta mesita para el altar encontramos unos botones de flores blancas —como rosas— hechas con tela, de hecho, están enlazados los unos de otros con un cable que al conectarlos a la luz prenden unos pequeños focos, algo así como las series navideñas, así se enmarcaban los bordes del *altar*. Hay unos arreglos florales muy coloridos rodeando a la mesita del altar, en realidad son bastantes arreglos florales.

En el altar no puede faltar un vaso lleno con agua pura para beber y un plato con sal; Nestor nos platicó que esto se ofrece para el alma de su papá, porque seguramente el viaje con asenso al cielo es muy cansado y necesitará tomar agua. En lo que respecta a la sal, ésta se pone en el altar porque al ser de color blanco también simboliza la pureza del lugar.

Ese día se vuelve a construir un rosario con botones de rosas blancas y rojas, similar al que se realizó el día del levantamiento de cruz y en realidad se sigue el mismo procedimiento.

Como dato por añadir, Nestor nos cuenta cuál será el destino de estas cajas del levantamiento de cruz y del 1° aniversario luctuoso:

“La idea es llevarlas al pueblo de mi papá, él es del Estado de Oaxaca. La idea era llevar es llevarlas para allá y dejarlas con los restos de mi abuelo paterno y un tío. Las llevaríamos después del levantamiento de cruz, y pues ponerlo ahí; pero pues, justo por la pandemia no se pudo, porque no estaban dejando pasar tanto al pueblo por la contingencia sanitaria. De hecho, se habló con mi abuelita para pedirle permiso y ella también accedió a que se llevara esta cajita para allá, y que se sepultara ahí también, en el cementerio. Porque para esto, la cruz de cal representa como el cuerpo de la persona fallecida o es lo que tengo entendido o es lo que nos dijo la persona que hizo los rezos, entonces era como llevar simbólicamente en cuerpo de mi papá y para que estuviera con mi abuelo y con mi tío. Ya para la segunda levantara de cruz, de plano era lo mismo. Y pues ahorita se está buscando un espacio para poder ir, porque no ha habido como tanto dinero para comprar los boletos y, a parte mi abuela tampoco ha ido, pero la idea es llevar esas cajitas de los levantamientos de cruz a enterrar en Oaxaca”.

Como pudimos ver, la pandemia ha dificultado la finitud total de los procedimientos de cada exequia funeraria, así como otras cuestiones familiares. A continuación, seguiremos hablando sobre los *altares domésticos religiosos* que la familia del Sr. Moices ha construido a lo largo de casi año y medio de la partida de su ser querido.

4.3.2 Objetos de la memoria y/o memoria de los objetos: Recursos mnemotécnicos encontrados en el altar doméstico

La construcción de *altares domésticos religiosos* demanda inversiones de tiempo y económicas, pues la familia siempre debe tener ese espacio con objetos que ofrenden los recuerdos del difunto. También han de comprarse flores, veladoras, inciensos, a veces se les coloca comida. Se colocan imágenes religiosas y se hacen oraciones y otros rituales que tienen que ver con el respeto que inspiran estos altares así, por ejemplo, antes de salir de casa es común que los familiares se *persignen*, pues es una manera de protección e incluso de acompañamiento de manera simbólica, puesto que ha de tratarse de una protección dada por nuestros familiares difuntos, como una necesidad de seguir recibiendo sus cuidados.

Nestor también nos platicó cómo es el altar permanente de su hogar, el que ya tiene un sitio bien establecido y no momentáneo como otros. Como veníamos diciendo, ese *altar* está dentro de la habitación de la Sra. Carmen, la esposa del Sr. Moices.

El altar doméstico permanente que funge como morada de los restos mortales del Sr. Moices, cuenta con elementos siempre similares a los ya anteriormente mencionados como, por ejemplo: imágenes religiosas de santos católicos, específicamente y en mayor medida la de la Virgen de Guadalupe, las fotos del Sr. Moices, la urna en donde están sus cenizas. También siempre debe haber veladoras y flores. Este altar solo tiene dos niveles, que en sí no tendrían un significado tan profundo como los descritos antes, sino más bien es que quepan en

el espacio todos los elementos que debe llevar el altar. El altar puede adornarse con algunos recuerdos de eventos familiares: como el recuerdo de los XV años de alguna de sus hijas o de alguna otra festividad, o incluso, algunas pertenencias del Sr. Moices.

Este lugar siempre debe de estar muy limpio. Respecto al protocolo de cuidados y de limpieza que giran en torno al altar doméstico, Nestor nos compartió lo siguiente:

“El altar está más a cargo de mi mamá y mío que somos los que estamos al pendiente de limpiarlo, y como está en el cuarto de mi mamá pues ella es la que lo limpia, y como yo le ayudo a limpiar su cuarto, también llevo a limpiar el altar. Tratamos de que siempre este limpio, como de quitarle el polvo... Luego igual mis tías le traen flores y se ponen en el altar”

Ahora, además de preguntarle a Nestor sobre los cuidados que tiene el altar doméstico, le preguntamos también si en alguna de las exequias funerarias que se dedicaron a su padre se dio algún “recuerdo” a los asistentes para conmemorar el evento, y él nos dijo lo siguiente:

“No se hizo nada de eso, no se dio algún tipo de ‘recuerdo’. Para el altar del levantamiento de cruz se compraron flores blancas y al final se dieron las flores, porque se juntaron varias, y así cada quien podría cuidar de una flor, porque si eran muchas flores y también para que no se echaran a perder. Entonces se las llevaron mis tías y los demás asistentes, pero en sí no fue algo premeditado, más bien se dio como en el momento. Y pasó lo mismo en el 1° aniversario de mi papá”.

Por otro lado, su familia no descansa en cuanto a la construcción de altares, pues es su manera de recordar al Sr. Moices y de materializar su memoria familiar en el espacio íntimo de su hogar. Para el “Día de Muertos” también se construyó un altar, en donde nuevamente se colocaron los diez niveles como en el 1° Aniversario luctuoso, sin embargo, pudimos notar que ahora la metáfora era distinta: mientras que en el 1° Aniversario luctuoso la verticalidad de las escaleras se veía de abajo hacia arriba en donde se promovía —mediante los rezos—, el ascenso del alma del Sr. Moices, en esta ocasión era al revés. El “Día de Muertos” permite el convite entre

vivos y muertos, y en este caso la verticalidad de las escaleras se ve de arriba hacia abajo, permitiendo el descenso del alma del Sr. Moices para que pasara esta fecha especial al lado de su familia.



Fotografía 54: Altar del "Día de Muertos". Esta fotografía la tomó su hijo Nestor y nos la envió vía WhatsApp.

Quisiéramos teorizar al respecto de lo que serían los *objetos de la memoria*, o la *memoria de los objetos*, algo también a lo que se les llama: *recursos mnemotécnicos*. Vamos a empezar con la afirmación del autor Pierre Nora: "*cuanto*

menos se vive la memoria desde el interior, más necesita apoyos externos y puntos de referencia tangibles” (Nora en Candau, 2006: 94). Por ejemplo, son de gran ayuda las fotografías familiares para recordar la materialidad de nuestros seres queridos, saber físicamente cómo eran hasta el punto de determinar su herencia física en nuestros cuerpos; pero también, al mirar fotografías, hacemos una remembranza de la personalidad de nuestros seres queridos, incluso si fuimos partícipes del contexto en el que se tomó la foto, también lo recordaremos. Las imágenes religiosas nos recuerdan, por ejemplo, a qué comunidad somos adeptos, y en qué educación fuimos criados, nos permiten unirnos como familia y nos propician cuidados tanto de salud como espirituales. Los *recursos mnemotécnicos* de alguna manera también nos proveen los cuidados de la memoria afectiva, porque también pueden ser transmisibles.

Por otro lado, la *memoria de los objetos*⁷⁴ o *memoria inscrita*⁷⁵ está relacionada con los saberes que giran en torno a los objetos, cómo se usan, para qué sirven, qué son, etc. Como en el caso de los objetos que se necesitaban para la realización de las exequias funerarias y, de hecho, son los rezanderos los que tenían un amplio conocimiento al respecto, ponemos de ejemplo: el saber utilizar el rosario de cuentas. Esto nos lleva a pensar que los objetos de alguna forma performatizan las actividades humanas ya sean de producción o recreación. Sin objetos no hay especializaciones laborales, y a su vez, estas especializaciones laborales obedecen a la memoria compartida por una clase de profesionales que desempeñan las mismas actividades. *“Todos los grupos profesionales otorgan valor a los comportamientos apropiados y reprimen los otros para poder reproducir una memoria adecuada para la reproducción de los saberes y de los modos de hacer las cosas”* (Candau, 2006: 109). Por ello, se vuelve de suma importancia, poder contar con alguien que sepa cómo se deben realizar los rituales, de no ser así, los rituales no serían correctos y el descanso de las almas quedaría en el limbo.

⁷⁴ Candau, 2006: 92.

⁷⁵ *“La memoria inscrita se refiere [...] a la memoria representada o encarnada en artefactos físicos, como textos, objetos o imágenes”* (Mendlovic, 2014: 302).

Sin embargo, queda pendiente el papel del hogar como ese lugar íntimo que contiene la memoria familiar; esto lo veremos a continuación con el siguiente tema.

4.3.3 El hogar como ciudadela de la salud y las memorias familiares

Pensar por un lado en el hogar como la ciudadela que, además de resguardar las memorias familiares, conteniendo incluso sus historias en las paredes —pueden verse incluso al momento de pensar en una fotografía enmarcada y anclada a la pared—, queda claro que el hogar contiene varios recursos mnemotécnicos que brindan soporte a nuestra identidad familiar, estos recursos ajenos y externos a nuestros trabajos memoriales internos e individuales, nos orientan y dan conocimiento, además de ser apoyos para nuestras armas sensoriales, y así imposibilitar el olvido de alguna etapa de nuestra vida o algún miembro que conforma o conformó nuestra familia. Olvidarse de alguno o algunos implica olvidarse también de uno mismo, y esto a su vez, sería olvidar también los valores y afectos que nos fusionan como parientes; porque al olvidarnos de otros, en dónde y en quiénes pesarían nuestras existencias o nuestras fases de vida de las cuales en realidad recordamos muy poco o casi nada.

Por otro lado, en lo que concierne a eventos fúnebres y los *lugares de la memoria* que se construyen en algún espacio del hogar, como los *altares domésticos religiosos*, son los afectos los que permiten el manejo y estricto cuidado de su ejecución y preocupación por mantenerlos, esto deviene desde los principales contactos afectivos que se tienen en familia, es raro —aunque no descartamos la posibilidad de que eso pase— que algún colectivo familiar invite a su altar a una persona de la cual no tiene un conocimiento previo registrado, quizá sea mediante la transmisión de relatos en los cuales pueda sostener la idea de invitar a un miembro de su familia que no conoció, pero es la historia familiar y los testimonios de los demás en los cuales se sustentará la legalidad y la realidad de los miembros que conforman y/o conformaron su parentela.

El hogar que contiene lugares bien delimitados que evocan la memoria familiar desde un espacio que cultiva la intimidad, también y durante la pandemia, promovió el cuidado de sus miembros, pues si bien, el hogar tomó el papel de escuela, hospital, iglesia y hasta fungir como un cementerio, los hogares en pandemia proporcionaban seguridad a sus miembros; era común ver familias que usaban cubrebocas fuera de casa y, una vez a dentro había un ambiente de confianza y se sentían seguros y resguardados. Reiteramos nuevamente que no todas las familias vivieran este proceso así, pero al menos estar en casa y en familia parecía casi una garantía de conservar la salud, de ahí que una de las campañas que del gobierno de la República Mexicana incentivara a través del eslogan "*quédate en casa*" para evitar contagios.

Las concesiones respecto a los procesos de morir, muerte y duelo que el gobierno iba permitiendo a los conglomerados familiares, propició poco a poco la relegación de la profesionalización de cuidados en la asistencia de una enfermedad, el oficiamiento de misas exequiales por parte de la iglesia y, que incluso los familiares se hicieran cargo de los restos mortales de sus difuntos, y esto se debió a la crisis en donde los espacios en los cementerios municipales eran pocos y que con todos los gastos económicos que conlleva el cuidado de un familiar enfermo, algunas familias no pudieron hacerse de un espacio en un cementerio privado, o bien, la estructura arquitectónica no era de su total agrado.

4.3.4 El cuidado del altar análogo a la inmortalidad memorial

Como vimos a lo largo de este capítulo, los cuidados y los afectos no mueren cuando se presenta una defunción en nuestra familia, pues es nuestro anhelo de trascendencia lo que permite la reproducción y la producción de las memorias familiares, por lo menos en el hogar, en este caso.

La familia es la primera sociedad en la que vivimos, aquí aprendemos un mar inmenso de cosas que sirven para vivir fuera de nuestro caparazón. En la familia

encontramos esa contención emocional que nos ayuda a enfrentar procesos difíciles, como en el caso de las pérdidas. Los relatos que son contados para formar nuestra historia familiar y encuentran sustento de su veracidad también en los recursos mnemotécnicos porque la memoria se apoya y materializa en ellos, sin embargo, los afectos que no son otra cosa más que *“lo que nos afecta sensorialmente”* (Vergara, 2018: 310) y *“... sentir es ser impactado por algo [...] Esta cercanía y capacidad de afectar es tal que es capaz de disolver fronteras entre un afuera y un adentro”* (Fernández en Aguilar, 2018: 71).

La afectividad vincula seres humanos entre sí que comparten las mismas significaciones sobre sus relaciones afectivas, de no ser así no tendría sentido, y es aquí cuando las fronteras entre lo externo y lo interno se desdibujan, si los afectos no se transmitieran, seríamos seres incompletos, individuos individuales más no divisibles. Los afectos también son responsables de que como sujetos nos vinculemos a ciertos espacios, porque en ellos depositamos nuestras memorias, tal es el caso de los *lugares de la memoria de y para la muerte*, pues los afectos y su expresión en cuidados para con estos lugares dignifica la memoria de quienes ya no están con nosotros.

Y ofreciendo un análisis más antropológico respecto a los afectos y las emociones, podríamos decir que los afectos son significados y clasificados por cada cultura, pero en cada contexto familiar pasa exactamente lo mismo, debido a la *“emosignificación”* la cual *“...no implica la suma de una emoción a una significación –o al revés-, no supone solo juntar significados con sentimientos, sino imbricarlos o fusionarlos “químicamente”* (Vergara, 2018: 300), es decir que:

Emosignificar es representar el mundo (interior y exterior), es expresarlo y sentirlo, sentirlo es a su vez, considerar que las cosas son así: el mundo es como lo habito, es decir, como vivo-siento-pienso, es cognición encaminada por afecciones, y viceversa, y se constituye cultural e históricamente, por lo que manifiesta gran diversidad (Vergara, 2018: 318).

Emosignificar, en resumen, sería simbolizar una emoción, pero al mismo tiempo significarla, y significarla implicaría también una polarización y multiplicación

de significados que, no solo obedecen a formas culturales, sino también, a momentos que suceden en un espacio determinado, así entiendo que un recuerdo en primera instancia almacenado positivo se vuelva negativo dependiendo de la situación a mediatizar, por ejemplo: las emociones que surgen durante las exequias funerarias, en donde los recuerdos que un día nos parecieron gozosos, por el momento de duelo por el que estamos pasando se tornan tristes o nostálgicos, incluso frustrantes.

Igualmente queremos agregar que sí hay vínculos afectivos que pesan más sobre otros, debido a los conocimientos que tenemos de los otros que se adquieren a través de las generaciones, y en este sentido, las brechas generacionales y los roces familiares podrían ser las responsables del debilitamiento de los vínculos afectivos y de la responsabilidad de transmisión de las memorias familiares. Con el pasar del tiempo, el pasado sufre transformaciones significativas, al igual que la emergencia de nuevos integrantes en la familia. Por ello, las memorias del presente tienen que hacer trabajos de memoria que, permitan a las memorias del futuro conocer ampliamente su historia familiar, por lo menos lo de la pandemia quedará para la posteridad a través de los libros de historia, pero las familias deben de perfilar sus narrativas para transmitir también su legado histórico.

Los afectos también se encargan de dar identidad a las relaciones sociales, ya que establecen tanto derechos como obligaciones; además de regular las prohibiciones sexuales y establecer divisiones y jerarquías en los roles sociales para el desarrollo de actividades solidarias que permitan trabajar en pareja o en equipo (Durkheim en Calderón, 2018: 23-24).

Por ejemplo, durante la pandemia, la familia de Nestor se acercó más afectivamente hablando, desde antes y después de la defunción de su padre. La convivencia diaria permitió que los lazos afectivos se volvieran más fuertes. El hogar en esta familia fungió como contenedor de cada uno de los siguientes procesos que van desde la enfermedad, el morir, la muerte y el duelo; de esta forma, estos procesos se domesticaron porque se trasladaron a la esfera de lo íntimo, estando

excluidos —por el momento— los espacios públicos y privados en donde normalmente la muerte y el duelo se sitúan.

En este caso en especial, el *altar doméstico religioso* que fungía como morada de los restos mortales, permitía un “*ambiente depositario de los sentimientos y emociones propios del duelo*” (Oviedo, Parra y Marquina, 2009: 4), además de permitir el “*reacomodo identitario del difunto a partir de la colocación en el plano imaginario de los recuerdos y creencias religiosas*”. Los altares parecen delimitar también fronteras entre los que se quedan y los que se van, pero los afectos permiten que el contacto no sufra interferencias, la interferencia del olvido⁷⁶.

⁷⁶ En el último capítulo veremos cómo el olvido es funcional para la preservación de las memorias autorizadas por las propias familias, y entenderemos por qué y para qué lo hacen. Sin embargo, pusimos olvido pensándolo en su expresión total, como imaginar una mente sin colores, texturas, sin gente y sin historias.

Capítulo 5. Análisis transversal de los casos etnográficos

En el presente capítulo haremos un análisis transversal de los casos etnográficos anteriormente descritos, para poder determinar en qué nodos convergen y en qué puntos difieren; esto se hace con la finalidad de que los lectores puedan conocer de manera más clara y concreta, los cambios que sufrieron los procesos sobre: el morir, la muerte y el duelo, en cuanto se empezó a extender la pandemia por Covid-19 por todo el mundo; sin embargo, nosotros nos centramos en tres casos de estudio dentro de la Ciudad de México. Los puntos a analizar son los siguientes:

- i. Temporalidad en la que sucedieron los casos.
- ii. Memoria de los afectos y su contención en cuidadosos.
- iii. Lugares de la memoria.
- iv. Ritualidad, memoria autorizada y saberes.
- v. La memoria incorporada
- vi. Objetualización de la memoria o memoria de los objetos.

Queremos dar a conocer cómo es que en por lo menos el primer año del transcurso de la pandemia en la Ciudad de México, se promulgaron algunas restricciones sanitarias por parte del gobierno de la República para salvaguardar la vida de la mayor cantidad de población posible. La pandemia en este sentido, trajo consigo varios cambios respecto a la socialización convencional de ciertos eventos, incluso fracturando nuestra cotidianeidad de convivencia social en establecimientos públicos, privados e incluso íntimos. Cada persona, cada familia, así como cada región cultural o comunidad que va desde la presencial hasta la comunidad virtual, vivió a su manera el enfrentamiento con un nuevo riesgo de mortandad.

Los eventos a los que a lo largo de la investigación nos hemos estado concentrando son: *los rituales funerarios correspondientes a la religión católica*: que van desde la forma de desahogo de los restos mortales; la ejecución de las exequias fúnebres; la morada o sitio de ubicación de los restos mortales; recursos nemotécnicos como apoyos a las memorias sociales, colectivas, individuales e

íntimas; la performatividad emocional a través del cuerpo: desde la gestificación de una emoción, hasta los cuidados que se tiene para sí mismo y con los demás, e incluso, cómo nuestro cuerpo es un lienzo en que nuestras memorias se colorean.

Los tres casos anteriormente referidos, empiezan a ser distintos desde la temporalidad en la que acaeció cada defunción. Siguiendo una manera lineal para entender cómo en tan poco tiempo los rituales funerarios fueron modificándose durante el primer año de transcurso de la pandemia.

En los dos primeros casos, la causa de muerte no tiene nada que ver con la enfermedad por Covid-19. Sin embargo, el último y tercer caso tiene como causa mortal la enfermedad por dicho virus; esto a su vez, implica otros tratamientos y restricciones referentes al cuerpo de quien falleció pues, el cuerpo además de ser peligroso de por sí ya por excelencia cuando se pierde la vida, ahora la peligrosidad se vuelve doble, siendo que la enfermedad trasciende más allá de la muerte, pues aún se podría propagar el virus si se permite el convite con las personas que fallecieron a causa del virus de esta pandemia. A continuación, desglosaremos nuestro análisis trasversal en los puntos que ya se acordaron al principio de la redacción de este capítulo.

5.1 ¿Por qué una emergencia sanitaria influye en los procesos del morir, la muerte y el duelo?

Como mencionábamos en el primer capítulo de este proyecto de investigación, los procesos sobre el morir son variables en determinados contextos. Los riesgos jamás son estáticos, siempre unos emergen y otros se erradican, otros por el contrario, siempre prevalecen a través del tiempo. Morir es un proceso biológico y la única certeza que tenemos irónicamente al nacer. Siempre estamos lidiando una batalla contra la muerte, con situaciones que ponen en peligro y en riesgo nuestra vida, de hecho, vivimos en “la sociedad de riesgo”; no solo por riesgos que nosotros no tenemos la capacidad de controlar como: catástrofes naturales, cambios climatológicos, e incluso una pandemia, pero lo que es real es que, al menos en este último caso —porque es el tema que compete a esta investigación—, la falta

de políticas públicas que garanticen por lo menos el retraso de un hecho que algún día pasará y brinden un trato digno en la atención de la enfermedad, o por lo menos, un lugar digno y el derecho a la memoria en los cementerios, aún a la fecha estas crisis no tienen respuesta.

Esta pandemia a todos nos hizo sentir vulnerables y nos dimos cuenta que, si en ocasiones, no se destinan los recursos necesarios para la construcción o mantenimiento de los hospitales, los *lugares de y para la muerte* —los cementerios— se encuentran realmente desolados, incluso olvidados, y se relega su administración hacia otros terceros. En realidad, creo que nadie en un principio se imaginó esta fatídica catástrofe humana, y tampoco se proveen estrategias para sobrellevar esta clase de riesgos. Por ello, los *lugares de y para la muerte* han pasado por “ires y venires” que los vuelven un objeto interesante de investigar para saber cómo han cambiado a través de los contextos históricos.

Las pandemias y epidemias son contextos históricos que, de alguna u otra forma, han impulsado los cambios en los *lugares de y para la muerte*, en donde, al igual que los riesgos en la ciudad, estos sitios nunca han sido estáticos, unos emergen y otros caen en desuso, incluso en el olvido, de no ser por algunos archivos históricos que aún se conservan; sin embargo, el lugar por excelencia y legítimo para darle un lugar a la muerte, para estructurarla en la urbanidad, ha sido el cementerio.

Con los contextos históricos de los que hicimos referencia en el primer capítulo, podemos resumir que la administración de los *lugares de y para la muerte* han pasado por distintas manos, por distintos actores de su gestión, desde aparatos de poder hegemónicos —como la iglesia— o el gobierno cuando normatizó el control de la población y los índices de mortandad a través de su legislación, además de hacerse responsable y quitar de en medio lo que la iglesia venía haciendo con los procesos de muerte y duelo desde hacia muchos siglos atrás; además de la descentralización de estos sitios con la urbanidad, esto se hizo con fines tanto estéticos como higiénicos.

O también cuando los espacios de los cementerios que el gobierno administraba, empezaban a resultar insuficientes y se dieron concesiones a

empresas particulares, en donde los *lugares de y para la muerte* se privatizaron. La privatización de los cementerios sigue otras lógicas, de hecho mercantiles. Es un hecho real que los cementerios gestados por el estado —en su mayoría— se encuentran en condiciones precarias. Las concesiones a empresas privadas han visto en la muerte un negocio factible e interminable, con estrategias en el mercado que permiten la adquisición de sus servicios; estrategias en donde el argumento central es el de ofrecer “un mejor lugar” para los muertos. El cuidado del espacio en cementerios privados se garantiza mediante cuotas y altos costos de servicio. Se ofrece una mayor seguridad y resguardo de los difuntos a través de la constante vigilancia que los trabajadores hacen. También tienen sus propios servicios religiosos, por ejemplo: las capillas; y quizá la arquitectura del lugar, permite facilitar las labores de vigilancia y de limpieza.

Y ya, por último, pero no menos importante, durante la pandemia por Covid-19, pudimos ver la desvinculación de los cuerpos en los cementerios, pues debido a la falta de espacios en cementerios ya sea públicos o privados y la crisis económica que enfrentaban las familias, la incineración fue una práctica funeraria imperante para el desahogo de los restos mortales, siendo ésta más barata que las inhumaciones e incluso también, más higiénica; sobre todo si se trataba de una defunción por Covid-19.

Ahora, todo esto a su vez, transforma también la forma de memorialización y la modificación de los imaginarios que se tiene respecto a la muerte, y la forma de llevar emocionalmente la defunción y la objetualización de nuestros duelos. Por lo menos, lo que tenemos que decir al respecto de los procesos de duelo en la actual pandemia, y en base a nuestros casos etnográficos, la emergencia y posterior apropiación de las plataformas virtuales permitieron en este contexto, la comunicación sin riesgo de contagio. A través de estas plataformas, las personas se reunían por medio de los recursos virtuales que facilita cada plataforma, y así se construía una colectividad que permitía la solidaridad emocional y el acompañamiento del duelo de forma no presencial, y sin que esto signifique que sea menos valiosa que el consuelo físico-emocional.

La presencia de un nuevo riesgo hace que como seres humanos nos apropiemos de medidas preventivas que resguarden nuestra salud, en donde este cuidado de sí también proporcione el de los demás, porque “*si te cuidas tú, nos cuidamos todos*”; en pandemia, este slogan se escuchaba frecuentemente en los anuncios como campañas de prevención, se hacían recomendaciones al respecto del protocolo de cuidados que individualmente uno tenía que seguir de forma estricta, y este cuidado individual proveía también en de los demás. Así entonces, pasemos a otro tema que concierne a este proyecto de investigación: *los cuidados, los relatos como analogías de una memoria afectiva*.

5.2 La memoria de los afectos construye la historia familiar: cuidados y relatos

Cada una de las familias con las que hicimos etnografía, pasaron por complejos procesos de acompañamiento en aras de sostener los cuidados para con un familiar enfermo. Las enfermedades, vistas desde el contexto familiar, son momentos de crisis severas, momentos traumáticos. En suma, existen otros factores alertantes que nos hacen pensar en una pérdida inminente, como por ejemplo: tener una edad avanzada o quizá enfermarse de una enfermedad en donde aún el tratamiento parece ser desconocido.

Las labores de cuidado demandan, además de un desgaste físico de los cuidadores, también un desgaste emocional. Jamás ha sido fácil afrontar la enfermedad de un ser al que apreciamos, de hecho, todos en algún momento hemos pasado por esa experiencia; más es la unión familiar lo que permite colectivizar el cuidado y llevar hasta el final estas tareas destinadas principalmente a la recuperación de la salud.

Sin embargo, nos hicimos una pregunta: ¿por qué cuidar de otros?, y la respuesta fue la siguiente: en los conglomerados familiares, al menos de los que previamente estudiamos, encontramos que: cuidamos de otros porque esos otros algún tiempo cuidaron de nosotros, los cuidados en este sentido, no se ven como

objetos mercantiles, sino como trabajos afectivos que permiten la producción y la reproducción de individuos y su colectividad —la familia—.

Siguiendo con el argumento anterior, los cuidados también son productos sociales de intercambio transgeneracional, pero desde el ángulo afectivo. En el fondo, si los cuidados no fueran memorables, no serían objetos intercambiables ni transmisibles entre personas, mucho menos entre generaciones; nuestra afirmación de la “buena memoria” en eso consiste, no solo se trataría de la correcta fisionomía del proceso de evocar recuerdos del pasado, sino con una perspectiva moralista que hace que por el cariño y el afecto se realicen, además de generar también un sentido de obligación por lo que unos hicieron por nuestro cuidado antes de que estuviéramos conscientes de que el cuidado de sí existe.

Los miembros de la familia que olvidasen los cuidados proporcionados y las herramientas que nos equipararon mediante los saberes, serían portadores de una memoria desagradecida, al contrario de la otra que lleva los cuidados como actos de gratitud transgeneracional. Los cuidados, en este sentido, quedan desnaturalizados, porque no nacemos equipados con ellos, porque son productos sociales en constante construcción que producen y reproducen a los miembros de un conglomerado social.

Por otro lado, los cuidados no solo se concentran en el plano físico, sino también en el plano cognitivo de uno mismo y de los demás, en la lectura que se tiene sobre los demás, es decir lo que se sabe de nuestros familiares.

Fue constante encontrarnos en los casos etnográficos cómo las familias hacían constantes trabajos de memoria que consistían en la evocación de eventos pasados en aras de traer al presente algunas situaciones que nos recuerdan momentos de los que tenemos pocos recuerdos, o más bien, no tenemos. Los relatos también son productos sociales de transmisión generacional, éstos nos proporcionan una idea y un panorama de quiénes somos individualmente hablando.

Los relatos que los otros tienen de los demás, orientan la identidad individual y al mismo tiempo, la identidad colectiva. Nuevamente, cuando detectamos esto en nuestros casos de estudio nos preguntamos ¿por qué son importantes los relatos en un contexto familiar y qué es lo que los legitima?. Llegamos a la conclusión que

los relatos son trabajos de memoria encaminados al cuidado de las memorias de los demás, al cuidar de las memorias de otros, también estamos previendo la de nosotros, producimos a las nuevas generaciones y éstas, en futuro sea próximo o lejano, será su turno de reproducirnos para no caer en el pozo del olvido.

Casi siempre que nuestras familias de los casos etnográficos de esta investigación recuerdan a sus seres queridos, generalmente siempre se traen a colación buenos momentos, los malos se trastocan aunque no de manera inquisitiva, más bien como para saber que estuvieron pero que hemos sanado esos momentos de nuestra vida. Si esos momentos se evaden, o no, en realidad el propósito es recordar lo mejor de cada miembro de la familia, no se recalcan sus defectos, y si se hace, casi siempre viene de inmediato una justificación, dice un dicho: *“no hay muerto malo”*...

La importancia de los relatos consiste justamente en construir y en transmitir la memoria familiar, uniendo las memorias individuales que conforman una familia. La hipótesis a la que llegamos fue pensar que la legalidad de los relatos esta sucintada por los roles sociales de la familia y por la longevidad de sus miembros, lo cual, representaría sabiduría y un amplio conocimiento de los demás y de sí mismo. Las memorias individuales siempre se apoyan de la memoria de otros individuos, cuando la comparten, es porque son partícipes de un mismo contexto y grupo social.

Como hemos visto, la memoria de los cuidados es una unidad fundamental que permite que unos cuiden de otros, ya sea mediante cuidados físicos y emocionales, o bien, mediante trabajos de memoria. La transmisión que gira en torno a los relatos y a los cuidados, pero ahora en el sentido de considerar a los cuidados y a los relatos que se siguen haciendo para conmemorar a los difuntos, tiene la razón de ser de que, al proteger de ellos, de la memoria de nuestros ancestros, también estamos protegiendo la memoria propia *“y si en el momento en que reconstruye su filiación, tiene la posibilidad de embellecerla o incluso de ennoblecerla, sacará de ello un provecho identitario evidente”* (Candau, 2001: 137).

Ahora vamos a revisar cómo es que los cuidados trascienden más allá del morir, siendo la apropiación de los *lugares de y para la muerte* una extensión más sobre la necesidad de seguir cuidando un lugar, el cual, funge principalmente como el vertedero de los restos mortales. Este anclaje de cuidados, además de hacerse por la memoria afectiva, nos lleva a pensar ¿por qué y para qué le damos un lugar a la muerte?, ¿Cuáles son los *lugares de y para la muerte* que conocemos y cuál es la relación que éstos tienen respecto de la memoria?.

5.3 Para la posteridad: Patrimonialización pública, privada e íntima de los *lugares de la memoria de y para la muerte*

Ahora sí, vamos a empezar con las más notables diferencias en nuestros casos etnográficos, pues la muerte se vive en lugares distintos, cada familia la sitúa y significa a su manera, aunque compartan la misma religión: la católica.

En los *lugares de la memoria* suceden “*relaciones simbólicas que establecen los habitantes con determinado espacio, con el fin de sacralizar su memoria y representar su identidad*” (Campos y López, 2004: 24) y esa es la racionalidad de su existencia, además de que “*va más de su valor de uso, pues concentra sentidos vinculados a la emotividad, a la historia o a ciertos elementos que se consideran propios y fundamentales para la representación de valores y visiones que se tienen de la realidad*” (Campos y López, 2004: 28), así entonces es una “*unidad significativa, de orden material o ideal a la que la voluntad de los hombres (las personas) o el trabajo del tiempo convirtieron en un elemento simbólico de una determinada comunidad*” (Candau, 1996: 112).

La situación a analizar en nuestros estudios etnográficos fue centrarnos en los *lugares de la memoria* que se encargan de mediatizar los procesos de muerte y el duelo, desde las percepciones más individuales hasta las colectivas; identificamos tres:

1. Cementerios públicos o privados.

2. Los hogares, específicamente analizando los altares domésticos como “*micro-lugares de la memoria*” (Candau, 1996: 115)
3. Las plataformas virtuales.

Los cementerios, como hemos visto, nunca han sido estáticos. Hubo situaciones que los han llevado por crisis, tanto sanitarias como ideológicas, a veces nos lleva a pensar que “*los lugares de la memoria de hoy serán los lugares de la amnesia del mañana*” (Candau, 1996: 113). Pensemos cuántos cementerios ya cayeron en desuso y en el olvido, éste último como la verdadera muerte de las relaciones sociales afectivas entre colectividades y el lugar.

En lo que concierne a los cementerios como los principales *lugares de la memoria de y para la muerte*, como lugares en donde se arraigan bastas historias e identidades familiares; lugares que por excelencia están vinculados con el destino de los restos mortales, porque históricamente se fue construyendo su propósito, el de situar lo que alguna vez nos conectó con la vida, y esa conexión sustentada en la capacidad del ser humano de dejarse afectar por sus emociones y sentimientos, es lo que nos permite regresar al pasado, ya que forma parte de nosotros aún después de la muerte, y esto se expresa en los cuidados y tratamientos de los restos mortales, en donde también se realiza el cuidado del espacio que adquirimos en un cementerio para usarlo como una cápsula del tiempo, del pasado y del presente para el futuro.

En los dos primeros casos de esta investigación, se realizaron inhumaciones en cementerios de distintas concesiones, arquitecturas e ideologías. Veamos sus principales diferencias:

CEMENTERIOS		
Tipo de concesión y/o administración	Pública	Privada
Arquitectura	Estilo tradicional, <i>cementerios municipales</i>	Estilo americano, parque-cementerio: <i>“parque memorial”</i>
Ideología en torno a la representación visual del espacio	* <i>“Escenificación y personificación de las memorias colectivas”⁷⁷</i> familiares a partir de la apropiación del espacio mediante la creatividad, en donde se hacen presentes las diferencias socioculturales de los difuntos y sus dolientes.	* Promoción de un espacio para la preservación del paisaje natural. * Espacio laico y homogéneo en cuanto a las diferencias socioculturales de los difuntos y sus dolientes.
Tipo de memoria en el espacio	Memoria social pública y memoria colectiva familiar	Memoria colectiva familiar privada

Los cementerios como patrimonios tanto de la humanidad, locales y familiares, trazan fronteras que, primeramente, dividen y distancian la vida de la muerte y viceversa. Son igualmente otros los recursos ideológicos los que no ayudan a coartar esta división, sin embargo, eso lo veremos más adelante en el siguiente subtema del presente capítulo. Los cementerios, en resumen, son una “estrategia de segregación” que promete y garantiza la salud y seguridad pública. Por otro lado, como representantes de identidades colectivas o particulares, permiten *“asociaciones con temporalidades y especialidades diversas”* (Aguilar, 2018: 76), porque son sitios transgeneracionales que, cada generación se apropia y resignifica.

En base a nuestras descripciones, quisiéramos sintetizar, por ejemplo, que los cementerios públicos a diferencia de los cementerios privados —como el visto en el capítulo tres— son *“espacios patrimoniales compartidos, y espacios de delimitación, sin recurrir a estrategias totalitarias que niegan la diversidad y encubren la diferencia”* (Campos y López, 2004:32). Sin embargo, las reglas de restricción arquetípica del espacio son reglas inamovibles del lugar.

Las familias pueden decidir cómo quieren recordar a sus familiares, y por qué escogen ciertos lugares para vincular sus memorias y del cómo quieren seguir

⁷⁷ *“La escenificación de memorias colectivas en tanto indicadores de cierta identidad, se construye en formas particulares de generación de patrimonios, donde lo fundamental no sería el patrimonio en sí mismo, sino la singular estrategia de construcción de éste”* (Campos y López, 2004: 30).

trascendiendo sus cuidados hacia sus seres queridos fallecidos. Finalmente, la función principal de vertedero local se cumple en ambos casos.

Ahora, los hogares como lugares de la memoria que contienen a otros *micro-lugares de la memoria*⁷⁸: *los altares domésticos*, como recintos ceremoniales en donde se adscribe la memoria familiar; sobre todo queremos mencionar los altares domésticos que fungen como morada de los restos mortales, tal es el caso de nuestro cuarto capítulo.

Durante la pandemia por Covid-19, las prácticas funerarias sufrieron cambios importantes, una de ellas fue la desterritorialización y la desinstitucionalización de los *lugares de y para la muerte*, ya que el gobierno concesionó a las familias el hacerse cargo hasta de los restos mortales de sus difuntos. Debido a la precarización de espacios en los cementerios públicos, y que los precios son elevados respecto de los servicios funerarios en un cementerio privado; además de que, en la actual pandemia, los fallecimientos a causa de Covid-19 debían seguir estrictas medidas de restricciones sanitarias, para por lo menos poder llevar a cabo las exequias funerarias; en estos casos, la incineración como práctica para el deshago de los restos mortales, podía proporcionar además de esta garantía de bienestar a la salud, también garantizaba la celebración de rituales mortuorios.

Los restos mortales incinerados también necesitan de un sitio que los estructure en la vida social, y para ello, existen nichos en cementerios públicos, o privados o en las iglesias; sin embargo, la utilización de estos sitios también se supone quedaba prohibida por lo menos en el primer año de la pandemia, por ello, las familias que incineraron los restos de sus familiares destinaron de un espacio dentro del hogar para que éste fuera la morada en donde descansaran los restos mortales. En estos casos, también podemos ver la movilidad que tuvieron los *lugares de la memoria de y para la muerte*, pues si bien hay un desarraigo en un lugar institucionalizado a través de la historia, y que se usa convencionalmente

⁷⁸ Candau, 1996: 115.

como depositario de los restos mortales, emergen otros lugares bajo la misma lógica: la de contener, preservar y transmitir la memoria de la historia familiar.

Estos lugares son de arquitecturas variadas, cada familia los adecúa a su pleno gusto y con los recursos que se tienen. En ellos también encontramos bastos elementos que permiten objetualizar las memorias del conglomerado familiar, este espacio también está personificado y desurbanizado porque no está en el ámbito de lo público en la ciudad, más bien, se encuentra inscrito en la intimidad de los hogares; en este sentido, los procesos de muerte y duelo se fueron domesticando. La socialización con estos lugares es cotidiana, por ello sus cuidadores también se encargan de manera más próxima de su mantenimiento.

La vinculación con los lugares de la memoria es otra forma de materializar la memorialización de los afectos, de darle continuidad a la sociedad mediante trabajos de memoria y cuidados encaminados a la transmisión de estos sitios a las generaciones venideras: *“el derecho a construir memoria y protegerla, es una garantía para la consolidación de las identidades”* (Campos y López, 2004: 32).

Por último, vamos a hablar sobre las plataformas virtuales como *lugares de la memoria*, pues debido también a la contingencia sanitaria, las personas que son usuarios a alguna red social virtual, hicieron uso de las mismas para poder transmitir algunas exequias funerarias, o bien, para socializar su duelo. Cada red social virtual ofrece a los usuarios una amplia gama de recursos que les permiten o facilitan la forma de comunicarse, sintiéndose los usuarios más cercanos los unos de los otros, ahí podremos encontrar el uso de:

- a) Emojis: Son unos íconos en donde se expresan desde las emociones; los perfiles físicos de los individuos y animales; comida; signos y símbolos; artefactos; profesiones y oficios; eventos climatológicos, etc. Así estos íconos estandarizados son la representación de la emojitización de la ciudad. Estos emojis generalmente acompañan mensajes textuales y funcionan como una cortesía verbal al momento de emitir los mensajes.

- b) Avatares: Son una representación caricaturesca de la fisicalidad de los usuarios. Personificamos una imagen respecto a nuestros rasgos físicos y los trasladamos a las plataformas virtuales. Esto hace sentir a las personas más cercanas, porque son una extensión de las presencias corporales, pero ahora digitalizadas.
- c) Reacciones: Se encuentran más específicamente en la plataforma de Facebook. Las reacciones se usan para reaccionar emocionalmente a una publicación, una fotografía, un comentario, etc. La reacción emocional va acompañada de un emoji en movimiento, también estandarizado.
- d) Perfiles (de Facebook, por ejemplo): Los perfiles de Facebook — aunque no en todos pasa esto— también llamadas “biografías”, funcionan como lienzos en donde agregamos nuestras preferencias o algunas situaciones de nuestra vida mediante lo que decidimos compartir, por medio de éstas, la gente puede conocer lo que personalmente desean que se sepa por los demás.

La pandemia condujo a un:

...uso cada vez menor que los habitantes le dan a la ciudad... por una evaluación amenazante de ella... experimentan vivencias vinculadas a las nuevas tecnologías (internet), se trasciende la exposición directa (física) de un individuo a los mensajes, provocando un efecto de “*transversalidad*” (Campos y López, 2004: 26)

La socialización del duelo en plataformas virtuales nos lleva a evocar — mediante imágenes, publicaciones, mensajes o fotografías digitalizadas— y a tener presente, —en el plano del ciberespacio—, a nuestros seres queridos y esto complace a un “*deseo de visibilización de carácter dual*”, veamos por qué:

...visibilidad del ser querido en un intento de rendir homenaje al difunto y perpetuar su recuerdo y al mismo tiempo, visibilidad del doliente, que pasa por ser reconocido como tal, a través de la creación del homenaje, su gestión y la expresión escrita mediante sus comentarios (Morcate, 2020: 33).

Como vimos, el arraigo de las memorias en estos lugares nos llevó a pensar que en los cementerios públicos se llevan a cabo los siguientes tipos de memoria: en el cementerio público se lleva una memoria social por parte de las colectividades que se anclan a dicho lugar. En el espacio personal de la tumba, hay una visibilización de lo que sería la memoria colectiva familiar, pensando que el espacio puede personificarse. En los cementerios privados, existe una memoria colectiva familiar privada, puesto que las formas de conmemoración se llevan en silencio, ya que queda prohibida la personificación del espacio. En los hogares, se lleva a cabo una memoria colectiva familiar íntima, ya que las formas de conmemoración se llevan a cabo dentro del hogar como un lugar que contiene únicamente a los miembros que comparten una misma historia familiar.

Sin embargo, existen otros lugares ideológicos concentrados en los mitos religiosos. Llevar a cabo los rituales al final de la vida de algún ser querido, es de suma importancia para el acomodo identitario de la vida y los roles de los difuntos y los dolientes, también nos permiten la reproducción de la historia familiar, además de ser un recurso que podría aliviar los sentimientos de duelo debido a que fortalece y promueve los lazos de solidaridad y apoyo.

5.4 Ritualidad y memoria: Las religiones como agencias de viajes

Nuestros tres casos etnográficos son conglomerados familiares adeptos a la religión católica, bueno, al menos la mayoría de los dolientes lo son, el punto es que las exequias se oficiaran como lo dista la iglesia católica, esto lo sabemos debido al contacto que se tuvo con algunos de los rezanderos de las exequias funerarias, quienes han construido sus saberes por su asistencia constante a las iglesias, y durante esta pandemia, se dedicaron a hacer una especie de “servicio comunitario” para hacerse cargo de officiar los rezos de las exequias funerarias y apoyar a los dolientes con esta ejecución litúrgica que provee el descanso eterno de las almas de los difuntos.

En las exequias funéreas como: el *velorio*, el *novenario*, el *levantamiento de cruz*, hasta el *1° Aniversario luctuoso*, hay una “*tensión entre la memoria y la espera que caracteriza el presente, por cuanto organiza el paso de un antes a un después*” (Auge, 1998: 65). A lo largo de la investigación etnográfica, nos encontramos cómo los rituales funerarios iban cambiando de acuerdo a la temporalidad en la que sucedieron las defunciones, veamos el siguiente cuadro:

	Caso 1: Sra. Julia	Caso 2: Sra. Rosa	Caso 3: Sr. Moices
Fecha de defunción	1° de abril 2020	4 de agosto 2020	23 de septiembre 2020
Desahogo de los restos mortales	Inhumación	Inhumación	Incineración
Exequias	<ul style="list-style-type: none"> * Velorio * Misa de cuerpo presente * Inhumación en cementerio público * Novenario * Levantamiento de cruz * Exequias mensuales en el hogar * 1° Aniversario luctuoso 	<ul style="list-style-type: none"> * Velorio * Inhumación en cementerio privado * Novenario * Levantamiento de cruz * Exequias mensuales en el hogar * 1° Aniversario luctuoso 	<ul style="list-style-type: none"> * Incineración * Velorio * Procesiones * Novenario * Levantamiento de cruz * Exequias mensuales en la iglesia y en el hogar * 1° Aniversario luctuoso

Como vemos, de acuerdo a la temporalidad de los fallecimientos y de la forma de desahogo de los restos mortales, en algunos casos hubo la desinstitucionalización total del papel de la iglesia para la oficiación de las misas exequiales; siendo el papel de los rezanderos la guía espiritual y; el hogar, el recinto ceremonial. En otro caso, el último, contó con una *procesión*, hecho que en los dos casos anteriores no se vieron; y dos de los casos no tuvieron una misa de cuerpo presente después del velorio. No solo la pandemia condujo hacia estos cambios, pues también es importante mencionar que en caso de nuestro capítulo tres, hay una proliferación religiosa en la familia, lo que implica que, de manera individual, cada quién resignifique sus formas de memorialización de su ser querido fallecido.

Las funciones de los rituales funerarios siempre tratan de ser las mismas en cada caso, llevar a cabo los rituales es una forma más de expresión de los

sentimientos de duelo, y la empatía y la solidaridad permiten la creación de lazos afectivos o la fortaleza de los que ya existían; incluso, en algunas situaciones, la debilidad de los mismos, aunque esto no fue lo que hayamos visto en nuestros casos etnográficos.

Las emociones que surgen del duelo, encuentran su materialización a través del cuerpo, mediante gestos, consuelo corporal, señas, y algunas acciones como el llanto o la risa. A continuación, veremos qué es y cómo se construye la memoria incorporada.

5.5 La memoria incorporada: la materialización de los afectos a través del cuerpo

Las emociones y los afectos son productos sociales que se transmiten entre individuos y de una generación a otra, éstos tienen su performance a través del cuerpo, que es el que se encarga de materializarlos. Los afectos al ser productos transgeneracionales, nos llevan a interiorizarlos en la memoria, pues son parte de la educación desde la infancia. Cada cultura y cada familia las significa quizá de distintas maneras, algunas emociones son positivas —como la alegría— y algunas, por el contrario, resultan ser negativas —como la tristeza, el enojo e incluso el miedo—. Las emociones son esporádicas, momentáneas, y luego cuando el motivo que las provoca desaparece, éstas lo hacen también. Sin embargo, algunas emociones se interiorizan y se vuelven estados de ánimo recurrentes y sentimientos prolongados; algunos son objetos a represión mediante el uso de fármacos controlados, pues como individuo, a veces estos estados anímicos no se pueden controlar, y necesitamos de los medicamentos para poder hacerlo.

Cuando se presenta una defunción, las emociones se hacen presentes: hay momentos de tristeza, de furia o de miedo y, el cuerpo las transmite mediante el llanto y gestos de inconformidad, desánimo y desagrado a la situación real que se está viviendo pero que nos negamos a aceptar. Sin embargo, el sentimiento de

pérdida ese nunca se nos va a quitar, perdimos a alguien importante, a alguien en quien depositamos nuestros afectos, esos que alguna vez nos enseñó a sentir.

En algunos de los casos nos encontramos con una situación a la que se le llama : *“duelo patológico”* (Meza, García, Torres, Castillo y Martínez, 2008: 30) y, justo consiste en la incapacidad de sobrellevar las situaciones que fracturan nuestra realidad, y las ideas que teníamos a futuro, ya que se trata de *“la intensificación del duelo a nivel que la persona está desbordada, recurre a conductas desadaptativas o permanece en este estado sin avanzar en el proceso de duelo hacia su resolución”* (Meza, et. al. 2008: 30)

El hecho de llevar nuestras emociones al máximo o, por el contrario, reprimirlas, a la larga, nos crea conflictos emocionales bastante severos, como lo vimos en el capítulo tres, cuando se detallaron dos casos de crisis de pánico. La verdad única es que nunca sé está preparado para vivir la pérdida de un ser querido, pero la eternidad no es para siempre. Para lidiar con todas las dudas que la muerte genera, los rituales funerarios en su función antropológica, nos ayudan a darle un significado y un lugar a la muerte, funcionan como un consuelo que produce en nosotros una aproximación hacia la esperanza de volver a estar en familia.

Por otro lado, también vino la metáfora de la memoria incorporada y cómo el cuerpo se transforma en un lienzo, en donde el tatuaje resulta ser un recurso mnemotécnico que le da soporte y continuidad a nuestra memoria individual pero también colectiva, pues conforme se tenga el tatuaje y los portadores convivan con las nuevas generaciones, éstas podrán ver en su cuerpo situaciones y personas relevantes en su vida.

La materialización de los afectos no solo se reduce a performatividad de los afectos llevados por el cuerpo, también encontramos otras materialidades que brindan soporte a las memorias, pues éstas se vacían en los *recursos mnemotécnicos*. La necesidad de trascender nos lleva a objetualizar nuestras memorias afectivas, hacerlas tangibles a los sentidos.

5.6 Objetualización de la memoria en los procesos de duelo

La objetualización del duelo se vio concretamente en los elementos que encontramos en los altares domésticos, los cuales, mediante la fotografía familiar como —primer recurso mnemotécnico— evoca la fisicalidad de nuestros seres queridos fallecidos; por otro lado, encontramos imágenes religiosas que nos recuerdan a qué comunidad religiosa pertenecemos. En los altares domésticos también se ponen objetos de algunos otros eventos familiares, como: los recuerdos que se dan en una fiesta, o las pertenencias personales favoritas de los difuntos, sus flores, comidas o bebidas favoritas, en función de personalizar su espacio.

En otros casos, la objetualización del duelo fue dar “*recuerdos*” en eventos fúnebres para la conmemoración de una fecha, como en el *1° Aniversario luctuoso* o en el *levantamiento de cruz*.

También las canciones que pusimos en los capítulos etnográficos, funcionan como objetos de la memoria, pues la familia al escuchar esta música, recuerda a sus familiares; de hecho, esa fue la razón de citar dichas letras en la investigación, ya que desde ahí partimos que hay múltiples recursos mnemotécnicos que nos apoyan en la memorialización de alguien o de ciertos eventos.

También el regalar o quedarse con algunas pertenencias de los difuntos, es justamente la transmisión de objetos que, aunque antes cubrían una mera necesidad básica, ahora se vuelven objetos de la memoria; tal es el caso de quedarse con la ropa que perteneció a nuestros seres queridos fallecidos, ésta también pasa por generaciones, si se usa o no ese no es el asunto, el asunto es usarla, pero para la memoria, como objeto que nos ayude a representar los recuerdos.

5.7 El per-Don, el olvido y la postmemoria: Miradas hacia el futuro

Las “*memorias del futuro*” son estas generaciones peligrosas para el sustento de la identidad original del grupo, porque de hecho podrían generar una nueva, regenerarla o degenerar la previamente existente (Candau, 2001: 137); porque al construirse de nuevos actores que irán surgiendo, éstos también buscarán sus métodos de trascender en los otros. La muerte biológicamente existe, y hablar de la muerte en carácter social, implica la sucesión de roles, pérdidas de un ser querido y los lazos afectivos. La muerte según nuestro análisis antropológico, solo existe con el olvido. Olvidarse totalmente de alguien, implica su desaparición completa, en donde, al no recordarlo, tampoco puede ser un sujeto transmisible.

La transmisión completa de los acontecimientos de origen es una ilusión. El movimiento del paquete memorial que se hace con los elementos que anteriormente expusimos en cada punto de análisis, imposibilita que éstos no sufran cambios sustanciales y significativos; pero la responsabilidad de transmisión que las memorias del presente hacen de las memorias del pasado, puede impactar de forma significativa para que las memorias del futuro —las receptoras, en este caso— puedan también hacerse responsables de su propia historia familiar y de sus antepasados, de tomarla como propia y legitimarla a través de la trasmisión oral, de objetos, de cuidados, etc.

Como vimos en nuestros casos etnográficos, cada una de las tres familias consideraban eventos trágicos como elementos que componen la historia de vida, el hecho mismo de la defunción ya es, de por sí, un hecho trágico. Retomando al autor Joel Candau (2001), los acontecimientos trágicos son “*tiempos fuertes que construyen memorias fuertes*” (Candau, 2001: 97), posibles relatos que, por su fortaleza, puedan pasar a la posteridad; la pandemia, incluso, es un ejemplo también.

Por otro lado, pasando en las historias de vida y retomando los ritos funerarios como otra manera de conmemoración, podríamos decir que son métodos resilientes capaces de “*aplacar la memoria*” (Jean-Claude Schmitt en Candau, 2001:

143). Los rituales funerarios que citamos en nuestros casos etnográficos se vivieron —en su mayoría— en colectivo, y es que *“la reminiscencia común y la repetición de ciertos rituales [...] la conservación colectiva de saberes, de referencias, de recuerdos y de emblemas”* (Candau, 2001: 138) permiten la construcción de una identidad compartida que consta de acontecimientos pasados y presentes; en este caso, los que llamamos “eventos trágicos.”

Por otro lado, en los rituales funerarios hay una especie de negociación de la deuda que se tiene con ellos, no en un sentido monetario, sino moral. Por ello, es *“necesario saber pactar con los muertos y con su memoria para evitar el dolor de sus desapariciones”* (Jean-Claude Schmitt en Candau, 2001: 143) pero también el padecimiento de sus venganzas:

La existencia de los muertos como espíritus malignos... algo que nos llama la atención en cualquier funeral y que, probablemente, tenga relación con el temor a “molestar” a los muertos y por consiguiente atraernos sus desgracias, es la costumbre generalizada de recordar y verbalizar exclusivamente todo lo bueno que tuvieron en vida, incluso exagerando sus bondades, mientras que hacer comentarios reales pero negativos del difunto, crea fuerte incomodidad, malestar y rechazo entre los que escuchan (Pacheco, 2003: 31).

La deuda que debe cubrirse con los difuntos es el resarcir sentimientos de culpabilidad que surgen a partir de la tortura de pensar que se hubiera hecho más para evitar dicho suceso doloroso. Conseguir el “perdón (per-Don)”, otro tipo de producto social pero incompleto —a diferencia los cuidados, los afectos o los relatos—, se intenta ganar a través de “trabajos de duelo” (Ricoeur, 1999: 11). Pensamos que el “perdón” es un producto social incompleto porque no cumple con todos los procesos de dar, de recibir y devolver. Si se tuvo la suerte de dar perdón y recibirlo de vuelta, puede haber alivio tanto para los dolientes como para la persona desahuciada por la vida. Sin embargo, cuando esto no sucede o aunque suceda, la culpa siempre asiste al pase de lista de las fases de duelo, así que aunque el perdón llegue o nunca lo haga, las ceremonias funerarias ayudan a participar en la resarción de la deuda, al igual que lo hacen las historias de vida, en donde los difuntos pasan a ser una especie de *“prosopopeya memorialista”*

(Candau, 1998: 140), y en la cual *“disimulan los defectos y se magnifican las virtudes”* (Candau, 1998: 140), además de que también *“glorifican su pasado”* (Comte en Candau, 2001: 144).

Reflexiones finales. “*Memorias del futuro*”

Ahora, dejando un poco de lado el abordaje sobre el impacto de la pandemia en relación con los procesos del morir, la muerte y el duelo —pero de lo que hablaremos más adelante—. Quisiéramos extender la reflexión respecto a los siguientes temas: la *postmemoria* y a las “*memorias del futuro*”.

Cuando construíamos este proyecto de investigación, pensamos también en lo frágil que resulta ser la memoria, pues los andamiajes o paquetes memoriales que las generaciones del presente construyen para y hacia el futuro, deben de contar con determinadas características y, en base a éstas, se podría garantizar la transmisión de la historia familiar para así seguir compartiendo la misma identidad en función de una memoria colectiva. Pero, en realidad, no sabemos qué pasará con el recibimiento por parte de las generaciones venideras, las que vienen del futuro.

Las familias que analizamos en los capítulos etnográficos, tienen tres líneas generacionales, pero qué pasará cuando devenga la cuarta generación, ¿acaso las formas de memorizar habrán sido tan sólidas que no se transformaron con el pasar de los días?, esto obviamente es improbable; ningún recuerdo por más reciente que parezca, no quiere decir que no haya perdido su originalidad. El tema de la *postmemoria* tiene que ver justamente con las formas de transmitir la memoria, de cómo grupos o individuos logran trascenderse con los demás a través de relatos, rituales, cuidados, objetos, lugares, afectos, etc. Entonces, es importante cuestionar la fortaleza o la fragilidad de las “*memorias del futuro*”.

Por otro lado, y como mencionábamos antes, los *acontecimientos trágicos* o los que son significativos por la fuerza que los viste; como en este caso lo son las defunciones familiares y la pandemia por Covid-19, estos sucesos son vivenciados en el presente, pero los conglomerados sociales, los individuos o ambos, buscan trascender las *tragedias* a partir de la construcción del empaquetado memorial de relatos a través de la narrativa de las historias de vida, la herencia de objetos, e

incluso, la herencia moral de preservar y trascender los cuidados, los afectos y los saberes que se construyen en una familia.

Las “*memorias del futuro*” no vivieron de manera experiencial tales sucesos *trágicos* como sí lo hicieron sus ancestros, y éstos últimos deben hacer un paquete memorial de carga emocional bastante fuerte que sea capaz de traspasar las brechas generacionales. Las “*memorias del futuro*” se responsabilizarán de la transmisión del empaquetado memorial que les fue conferida, con la confianza de que se conviertan en guardianas de la identidad de su comunidad. Sin embargo, no descartamos la idea de que el producto original del relato de la historia familiar pueda sufrir transformaciones a lo largo del tiempo, posiblemente no conserve su originalidad debido a que estará en una constante generación —en el sentido de “producir”— porque justamente estará en movimiento por las rutas familiares, haciendo paradas en cada miembro de la familia. De hecho, sería importante cuestionarnos si la identidad familiar de las “*memorias del presente*” en realidad sea tal cual como las “*memorias del pasado*” transmitieron la que habían creado para estos tiempos.

En ningún momento quisiéramos romantizar la transmisión original de las memorias familiares, porque eso resultaría ser una utopía y un escape a lo que es la realidad. En los movimientos transgeneracionales que sigue el relato, se pueden ganar o perder historias, mediante la adhesión de eventos relevantes para la comunidad, como bien decíamos: los *sucesos trágicos*.

Retomando lo anterior, las pérdidas familiares son acontecimientos fuertes y trágicos que nos hacen volver hacia la historia familiar y conjuntar las memorias pasadas y presentes para construir relatos transmisibles para el futuro. En suma, el contexto de la pandemia también resulta ser un acontecimiento de alcance mundial que es fuerte y trágico; quizá esto pueda servir de sustento para que las memorias que se están construyendo en él y del presente sean el soporte del relato y éste pueda transmitirse sin tantas alteraciones sobre el origen; al menos esa sería nuestra hipótesis.

Hoy a la fecha, hay basta documentación al respecto de dicho evento de crisis sanitaria y de los efectos que ésta suscitó. Esta documentación es otro recurso identitario social que se anexa al momento de empaquetar los relatos memorables, ya que su formalidad permite visibilizar la de la existencia certera de dicho acontecimiento. La documentación la podremos encontrar en los relatos de las personas sobrevivientes a la pandemia y de las que cuidaron a los enfermos, así mismo, los propios objetos para la toma de signos vitales se vuelven objetos de la memoria o, incluso, el uso de dispositivos móviles y de plataformas virtuales en donde se almacena información de dicho contexto.

Con lo visto anteriormente, podríamos decir que presentada la defunción de un familiar; las exequias, objetos, el cuerpo y los lugares, tendrán la misión de transmitir a las nuevas generaciones las presencias de los que ya no están, en aras de transmitir la memoria familiar, pero ¿cómo se construye una memoria hacia el futuro y para qué se hace esto?

Mediante la ejecución de rituales, en este caso, que analizamos las ceremonias funerarias, pensamos que los lugares en donde se llevan a cabo o los objetos que circulan durante las celebraciones, así mismo, los estados anímicos y las conductas físicas que surgen para “*performacear*” el duelo, o los saberes y sentires que deja estar al cuidado de sí mismo y de los demás, son algunos elementos que permiten la construcción de una identidad compartida que consta de acontecimientos pasados y presentes, y cuya finalidad es transmitirla para el futuro. Padeciendo de manera transgeneracional la herencia de la deuda de “*ser recordados, de ser memorables*”, veámoslo a continuación:

Durante todo el proceso de duelo en donde se celebran las exequias y se asume la pérdida, los dolientes harán un esfuerzo extra para perpetuar a sus seres queridos fallecidos. Así como se hacen trabajos de memoria —de los que hemos venido hablando con anterioridad— el olvido también resulta ser uno de ellos. ¿Qué queremos transmitir o, más bien, qué se nos autoriza transmitir?...

El respeto y solemnidad por la muerte aparece desde el hecho de que nos parece prohibida y peligrosa, no solamente hablando de los restos mortales, sino

del alma que las religiones se encargan de abstraer de los cuerpos. En los rituales de transición funerarios, hay toda una serie de tabúes respecto a los difuntos; por un lado, su cuerpo es profano y riesgoso, probable causante de daños contra la salud; pero por otro, es un ser sagrado y elevado, porque los rituales funerarios lo sacralizan mediante los rezos y peticiones que se hacen en su honor, en honor de la esencia invisible, aunque incuestionablemente existente de los difuntos. Recordemos cómo en el primer caso etnográfico, giraban tabúes respecto a la correcta ejecución de los rituales funerarios, por ejemplo: llevar los materiales utilizados durante algunas exequias inmediatamente al cementerio y contener las emociones, ya que, de no hacerse de forma correcta, el difunto podría “enojarse”.

Existen otras formas de extender la presencia de las personas fallecidas; frases como “*no nos vayas a olvidar*”, ofrendar comida o pensar en una posible represión por parte del alma de los difuntos —a pesar de que materialmente ya no se encuentren entre nosotros—, o en su reencarnación en algunos otros seres vivos, son algunas maneras de traer a la vida a alguien que biológicamente ya no la conserva.

La oficiación y solemnidad que deben seguir los rituales funerarios es justo para resolver la disyuntiva entre entes malignos y benignos; y para situar y diferenciar la vida de la muerte. Emocionalmente, la construcción que los dolientes hacen de la abstracción de sus eventos y cualidades más sobresalientes, crean un sentimiento de esperanza ante la tragedia desoladora de la pérdida, ya que, a través de las conmemoraciones, las citas y lo permitido del convite entre vivos y muertos, acuden a nuestros intentos por el refuerzo de los lazos de filiación y afectivos, y la idea de que aún están entre nosotros, genera sentimientos de arraigo con su carácter espiritual en el plano terrenal.

Por ello, los difuntos pasan a ser una especie de “*prosopopeya*”, pues son por su característica de sacralización, arquetipos ideales. En las historias de vida, la narrativa que surge después una defunción en la familia, generalmente lo que fue la experiencia de vida del ahora difunto, perfila a éste como un ser de bastas virtudes y con defectos perdonables mediante un buen discurso de justificación, o

simplemente olvidados para conservar lo mejor de ellos, llámese: la personalidad o sus acciones individuales y colectivas con su grupo familiar o con algunos lazos de amistad. Los difuntos son seres de la dualidad; por un lado, la magnificencia de sus virtudes bondadosas y, por otro, la perversidad de sus alcances para hacer mal. Sin embargo, son seres inanimados que, mediante ideologías religiosas o convicciones propiamente individuales, aún conservan cualidades humanas, y entonces, los ritos funerarios justamente proveen la humanización de los fallecidos y, al mismo tiempo, sus familiares a través de esta conmemoración, tratan a toda costa de alabar y honrar su pasado y a los ancestros que lo representan.

Es común que en los rituales funerarios las personas evoquen solo eventos positivos y ensalcen las virtudes de los difuntos, con la finalidad de construir su presencia de la forma más positiva posible.

Los trabajos de memoria también consisten en omitir y evadir ciertos eventos mediante el *olvido*. Surge entonces la construcción del “*per-don*”, visto como una deuda social que aligera sentimientos de culpabilidad que devienen después de una pérdida familiar, en donde, se cuestiona si todos los cuidados y los afectos fueron los suficientes, si no fue así, probablemente aún se debe algo, que se “debe perdonar”, desde un sentido de deber ser y en el sentido de deuda.

Después de la muerte, y si no hubo oportunidad de pedir perdón por las deudas —llámese de cuidados, afectivas, de pagos y conflictos de otra índole—este sentimiento de sentirse un deudor jamás nos dejará tranquilos. Estas deudas trascienden en los trabajos de duelo que tienen que ver íntimamente con las conmemoraciones a través de eventos funerarios. Los trabajos del cuidado de la memoria de nuestros difuntos, están pensados para la ganancia de su perdón, aunque jamás sepamos cuándo eso va a pasar.

El perdón después de que uno de los deudores ya no es receptor, siempre significará una deuda impagada e infinita, y tal es el sentimiento de culpa y de deuda, que éstas mismas se intentan traspasar a las generaciones del futuro. Y aquí radica la lógica de la transmisión de las mejores virtudes y los mejores recuerdos al lado del difunto, porque esto genera una sensación de alivio, en búsqueda de un

perdón inalcanzable, pero también de la necesidad de ser recordados por los demás, porque esto sería una prueba de la realidad de nuestra existencia.

Así entonces, la historia familiar debe estar llena de batallas en donde las victorias se alzan por sobre las derrotas, en donde el bien prevalece sobre el mal, y hacer de la memoria familiar con todos los miembros que la conforman, un modelo de vida a seguir, como un manual conductual.

En lo que concierne a esta investigación, ojalá ésta funja como un archivo de y para las *memorias del futuro* de nuestra ciudad en su conjunto, pues contiene una pequeña parte de los efectos que la pandemia por Covid-19 como contexto histórico modificó en las formas de socializar la muerte y el duelo, así como una forma nueva de abandonar nuestro lugar en el plano terrenal; una nueva forma de morir biológicamente hablando.

Porque no hay muerte social y total hasta que somos olvidados para siempre; por ello, extendemos y prolongamos el olvido mediante la transmisión de lo que nos perteneció, desde la historia de vida hasta lo que revistió nuestra personalidad, o bien, traspasamos la herencia moral de hacer trabajos afectivos en favor de preservar, producir y reproducir la identidad familiar a través de los cuidados físicos y de la memoria. En otras palabras, por ello construimos constantemente las memorias del futuro.

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilar, M.A. (2018). "Capítulo II: Memoria y afecto en el caminar urbano" en *Cultura y afectividad. Aproximaciones antropológicas y filosóficas al estudio de las emociones*. UAM. México. 65-86 pp.

Arellano, C. (2020). "Y un siglo después, el jinete del apocalipsis volvió. La gripe española en México". *Milenio* 2020 (periódico en línea).

Auge, M. (1998). *Las formas del olvido*. Gedisa Editorial. Barcelona, España. Pp. 107.

Bonfil, G. (1987). "El orden colonial" en *México profundo. Una civilización negada*. Grijalbo, México. Pp. 113-143.

Bueno, N. (2013). "La muerte en la ciudad. Una reflexión filosófica sobre el modo de morir" en *Revista de filosofía Eikasía. Núm. 6*. Pp. 85-99.

Campos, L. y López, L. (2004). "Identidad y memoria urbana. Recuerdo y olvido, continuidades y discontinuidades en la ciudad". *Revista de urbanismos*, núm 10. Pp. 24- 33.

Candau, J. (2001). *Memoria e identidad*. Editorial Del Sol, Buenos Aires. Pp. 9-208.

Candau, J. (2006). "Capítulo VI: El campo de la antropología de la memoria" en *Antropología de la memoria*. Nueva Visión. Buenos Aires. Pp. 87-121

Carderón, E. (2018). "Introducción. Emociones, pasiones, sentimientos y afectos" en *Cultura y afectividad. Aproximaciones antropológicas y filosóficas al estudio de las emociones*. UAM. México. Pp. 21-42.

Carmona, Z. y Bracho, C. (2008). "La muerte, el duelo, y el equipo de salud" en *Revista de Salud Pública*, Núm. 2. Pp. 14-23.

Díaz, F. y Toro, A. (2020). "SARS-CoV-2/COVID-19: el virus, la enfermedad y la pandemia". *Artículo de revisión*. Núm. 3, Vol. 24. Pp. 183-205.

Douglas, M. (1988). "Los dos cuerpos" en *Símbolos naturales*. Exploraciones en cosmología. Alianza. Madrid, España. Pp. 89-109.

Duche, A. (2012). "La antropología de la muerte: autores, enfoques y periodos". *Revista Sociedad y Religión, Antropología e Historiade la Religión en el Cono Sur*. Buenos Aires, Argentina. Pp. 206-215.

Foucault, M. (1967). Des espaces autres. Conferencia dictada en el Cercle des études architecturales, 14 de marzo de 1967, publicada en *Architecture, Mouvement, Continuité*. Traducida por Pablo Blitstein y Tadeo Lima. Pp. 1-6.

Garcés, L. y Giraldo, C. (2013). "El cuidado de sí y de los otros en Foucault, principio orientador para la construcción de una bioética del cuidado. Divisiones Filosóficas. Año. 14, núm. 22. Pp. 187-201.

García, M. y Gómez, E. (2014). "Avatar-habitar-actuar. Jóvenes en las redes sociales virtuales: ¿habitantes, navegantes o actores digitales?". *Revista análisis*, vol. 46, núm. 85. Pp: 253-283.

González, L. (2021). "La muerte tuya es la muerte mía?: La imposibilidad social de olvidar-se. *Revista Rito*. Convocatoria Noviembre. Pp. 3.

Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Presas Universitarias de Zaragoza, Clásicos. Zaragoza, España. Pp. 7-190.

Herrera, E. (2013). "La arquitectura funeraria en la Ciudad de México desde la Época Virreinal. *Revista inter-legere*, Janeiro, Pp. 114-136.

León, X. (2019). "Introducción" y "Capítulo 1. La muerte: ideología, cosmovisión y pensamiento" en *Entierros prehispánicos y prácticas funerarias. La muerte en el sur de Veracruz*. Biblioteca Digital de Humanidades, Universidad Veracruzana. Pp: 9-30.

Lomnitz, C. (2006). *La idea de la muerte en México*. FCE, México. Pp. 525.

Mandujano, A., Camarillo, L. y Mandujano, M. (s/f). "Historia de las epidemias en el México Antiguo. Algunos aspectos biológicos y sociales". Pp. 1-13.

Matos, E. (1986). *Muerte a filo de obsidiana*. SEP, México. Pp. 149.

Mauss, M. (1979). "Esbozo de una teoría general de la magia" en *Sociología y antropología*. Tecnos, Madrid.

Mendlovic, Bertha. (2014). "¿Hacia una "nueva época" en los estudios de la memoria social?". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. UNAM. Nueva Época, Año, LXI, núm. 221, mayo-agosto 2014. Pp. 291-316.

Meza, E., García, S., Torres, A. Castillo, L., Sauri, S. y Martínez, B. (2008). "El proceso de duelo. Un mecanismo humano para el manejo de las pérdidas emocionales". *Revista de Especialidades Médico-Quirúrgicas*, vol. 13, núm.1. Pp. 28-31.

Morcate, M. (2020). "Tipologías y re-meditación de las imágenes de muerte y duelo compartidas en la memorialización online". Departamento de Artes Visuales. Facultad de Bellas Artes. Universidad de Barcelona. Pp. 13.

Oviedo, S., Parra, F., y Marquiria M. (2009). "La muerte y el duelo" en *Revista electrónica cuatrimestral de Enfermería*. Núm. 15. Pp. 1-8.

Quiceno, Adriana. (s/f). "Vida y memoria vs muerte y olvido". *Miradas. Revista de la Maestría en comunicación Educativa*. Universidad Tecnológica de Pereira. Pp. 69-78.

Ramos, M., Ávila, M., Chiapas, M. González, M. y Pérez, L. (2002). "La cremación. Un capítulo en la salud pública en la Ciudad de México". *Revista Cuadernos de Antropología Social*. Universidad de Buenos Aires, Pp. 233-256.

Rasile, S. (2019). *Un cementerio para la digitalización de la muerte*. Escuela de arquitectura. Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos. Pp. 162.

Ricouer, Paul. (1999). "La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido". Universidad Autónoma de Madrid, Arrecife, España. Pp. 1-16.

Rodríguez, G., Juárez, C. y Ponce de León, M. (2011). "La culturalización de los afectos: emociones y sentimientos que dan significado a los actos de protesta colectiva". *Interamerican Journal of Psychology*, vol. 45, núm. 2. Pp. 193-201.

Rodríguez, M. y Rodríguez- de Romo, A. (1999). "Historia y filosofía de la medicina. Asistencia médica e higiene ambiental en la Ciudad de México Siglos XVI-XVIII". *Gaceta Médica de México*, México. Pp. 189-198.

Ruiz, C. y Kuri, P. (2016). "Comportamiento de las temporadas de influenza en México de 2010 a 2016, análisis y prospectiva". *Gaceta Médica de México* Secretaría de Salud, Facultad de Medicina, UNAM, México. Pp. 205-213.

Saban, Karen. (2020). "De la memoria cultural a la transculturación de la memoria: un recorrido teórico". *Revista Chilena de Literatura*. Mayo 2020, Núm. 101. Pp. 379-404.

Sampietro, A. (2016). "Emoticonos y multimodalidad. El uso del pulgar hacia arriba en WhatsApp". Aposta. *Revista de Ciencias Sociales*. Núm. 69. Pp. 271-295.

Valdés, A. (2010). "Tumbas y cementerios en el siglo XIX mexicano". *Boletín de Monumentos Históricos*, Tercera Época, núm. 19, mayo-agosto. Pp. 74-88.

Valencia, C., Canaval, G., Rizo, V., Correa, D. y Marín, D. (2007). "Signos y síntomas en personas que viven con el virus del sida (PVVS) en Cali Colombia". *Colombia Médica*, núm. 4, vol. 3. Colombia. Pp. 365-374.

Velásquez, P. (2009). "Los cementerios... Territorios intersticiales". *Revista Hacia la Promoción de la Salud*, vol. 14, núm. 17, julio-diciembre. Pp. 119-150.

Vergara, A. (2018). "Capítulo XII: Emosignificaciones. Un ensayo antropológico sobre las emociones significadas" en *Cultura y afectividad. Aproximaciones antropológicas y filosóficas al estudio de las emociones*. UAM. México. Pp. 299-348.

Thomas, L-V. (1983). *Antropología de la muerte*. FCE. México. Pp. 640.

Torres, D. (2006). "Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre personas y las culturas". Sapiens. *Revista Universitaria de Investigación*, vol. 7, núm. 2. Pp: 107-118.

Zapata, Miguel. (2018). "Capítulo VIII: El papel de las emociones en la deliberación sobre riesgos" en *Cultura y afectividad. Aproximaciones antropológicas y filosóficas al estudio de las emociones* UAM. México. Pp. 217-240.